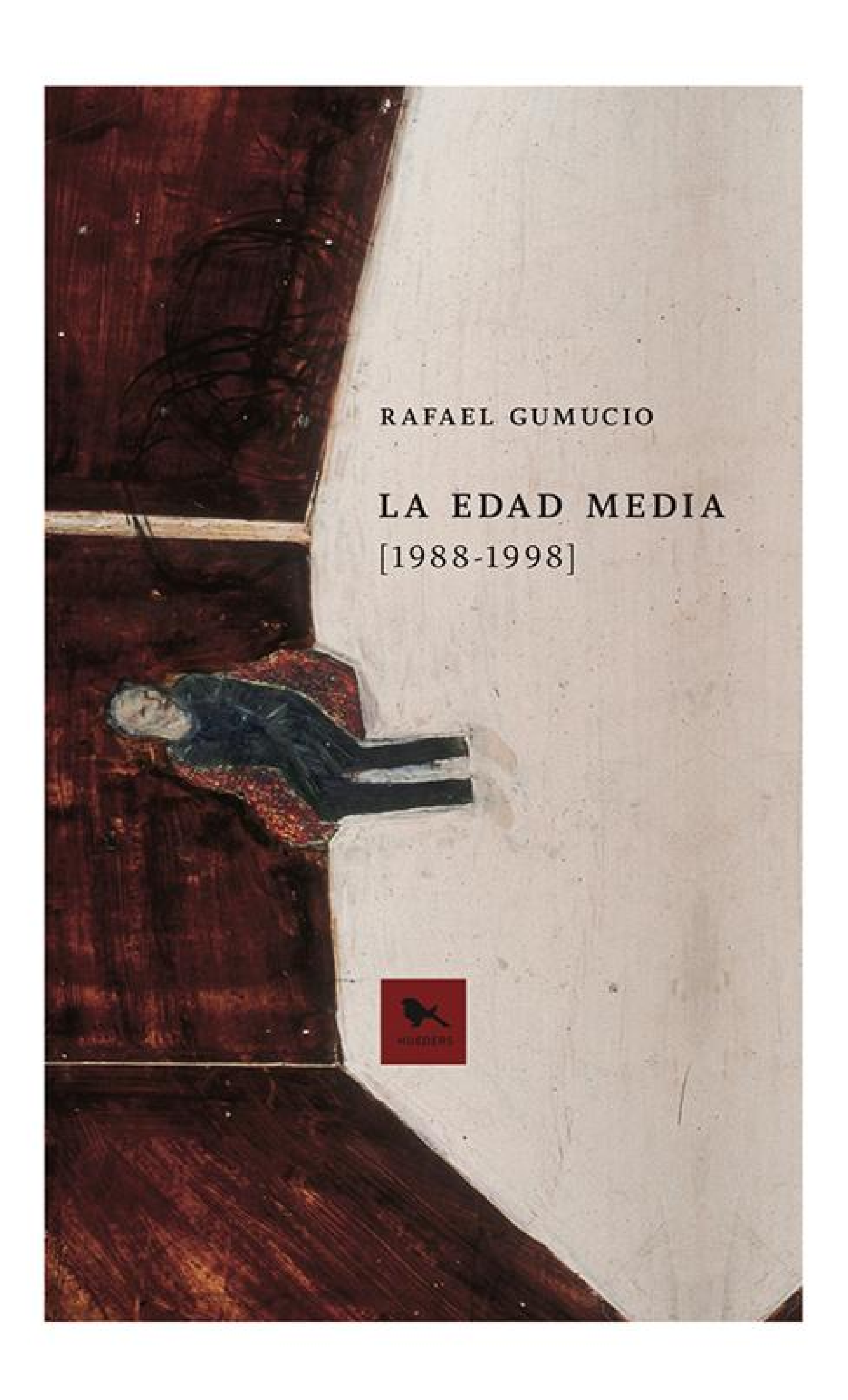

RAFAEL GUMUCIO
LA EDAD MEDIA
[1988-1998]

RAFAEL GUMUCIO

LA EDAD MEDIA

La edad media
Rafael Gumucio

Primera edición: octubre de 2017

Registro de propiedad intelectual N° 289.390
ISBN edición impresa 978-956-365-063-1
ISBN edición digital 978-956-365-184-3

Diseño de portada: Inéas Picchetti
Diseño de interior: Valentina Mena
Imagen de portada: *Marcianito* (1994), de Ignacio Gumucio

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com



www.hueders.cl | contacto@hueders.cl
SANTIAGO DE CHILE

RAFAEL GUMUCIO

LA EDAD MEDIA

[1988-1998]



Para Beatrice,
a quien le gusta la Historia

Una cara en el espejo

Recuerdo el día en que empecé a tener cara de adulto. Muerto de sed, me levanté a medianoche hacia el baño de la casa de mis padres, con los que vivía todavía. Sin encender la luz, me miré y no me reconocí. Era y no era yo. Ya no quedaba nada de esa cara de tragedia, de hambre, de espera, que no sabía si mostrar o esconder ante las mujeres que trataba de seducir con los ojos, mascota salvaje que posaba siempre entre los jumpers de mis compañeras de curso, quienes me sometían cada vez que podían a alguna variante de la ley del hielo.

Ya no era una posibilidad. Era alguien. Acababa de cumplir 25 años, pero tenía la misma cara que tendría a los 50, a no ser que interpusiera entre mi rostro y yo una barba como recurso de amparo, como una forma de desviar la potencia misma de ese rostro que ahora se me revelaba. Mis opiniones y mis dedos siempre manchados podían permanecer en una pubertad infinita, mientras que mi cara decidió a los 25 años convertirme en un señor hecho y derecho, una cara agraciada solo a ratos, imposible de estilizar o de dibujar de un solo trazo sin que se confundiera con otras cien caras iguales a la mía a la salida del cine Lido, Gran Palace, Capri. Era un caballero, un jubilado de 20 años, un diputado de Renovación Nacional, un dueño de fundo tranquilo que arrastra los restos de sus ancestros. Una cara más que cómoda y acomodada, que podía leer a Rimbaud o a Baudelaire, pero que no sería jamás un poeta maldito; a no ser que, como el poeta Enrique Lihn, se refugiara en una mueca de sospecha eterna.

Ni feo ni buenmozo, mi cara era una despedida de los fuegos de la juventud, de cualquier locura y heroísmo. Era un aprendiz de adulto que no podía retroceder: estaba atrapado en el presente, lanzado hacia el futuro. Me vestía con la ropa de mi tío ministro, heredada pese a medir 30 centímetros menos que él. Y mi pelo expulsaba caspa por todas partes. Mucho antes de que lo hiciera mi mente, o mi estado civil, mi cara se asentó en una versión inesperadamente tranquila de

mí mismo. Sin esposa, vivía como casado; sin trabajo estable, tenía pinta de funcionario; sin pesar un kilo de más, me veía fofo; escribiendo nada más que críticas de televisión en la revista *Apsi*, ya era un cronista chileno, de esos que acumulan polvo en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. Profundamente chileno en esa redondez saludable, mi cara confirmaba lo que mi carnet de identidad señalaba: profesor de castellano, nacido en Santiago de Chile en 1970.

Nunca había sido más triste ser profesor de castellano y más vergonzoso parecer un funcionario que en ese entonces. El año 1995 todo el mundo quería ser distinto. La ropa usada americana llegó por kilos y acabó con la uniformidad que distinguía a los chilenos hasta entonces. La rutina y la normalidad eran tan nefastas como la pobreza, la enfermedad o la debilidad. Todo era emprendimiento, inversión, crecimiento. Los condominios que se construyeron jugaban a ser mansiones con nombres que recordaban La Dehesa o Lo Curro, aunque estuvieran en La Florida, Peñalolén o Maipú. La palabra burgués había pasado de ser un anatema con el que nadie quería cargar, a ser simplemente invisible. Todos era tan burgueses que resultaba redundante decirlo. Se buscaba entonces ser algo más: empresario bohemio, emprendedor insomne, especulador nietzscheano. De la revolución de los 70 se había aprendido a vivir en perpetua guerrilla y, por contraste, se adquirió el amor al lujo. Un amor que nada podría atenuar. Mi cara se quedaba en la otra orilla, en otra época. Amaba yo la fama, las luces, la fluidez de las colaboraciones, los neones de Tokyo, los videoclips de Nueva York, pero estaba condenado físicamente a pertenecer al mundo antiguo de la bibliografía, los trenes, la socialdemocracia y el matrimonio para toda la vida. No podía evitar que me preguntaran por mi abuelo del mismo nombre, fundador de la Democracia Cristiana, el Mapu y la Izquierda Cristiana, senador de la Unidad Popular, obsesionado por la teología de la liberación. Mi cara confirmaba lo que sabía sin saber, que estaba condenado al siglo xx, aunque iba a cumplir recién 30 años el 2000, y seguramente pasaría más años en el siglo xxi que en el xx. Estaba condenado a las pasiones y dudas de mis padres y abuelos.

Mi cara, como la máscara de hierro que le ponen al rey en la novela de Alejandro Dumas, limitaba la posibilidad de esa fama, porque no sería ya cantante de rock, artista plástico o modelo de Calvin Klein. Ni siquiera sería el actor cómico que anhelaba ser cuando chico. Justo cuando llegaron a Chile los gimnasios decidí ser gordo. Y cuando llegó la obesidad mórbida, fui solo redondo. Justo cuando los chilenos

empezaron a medir un metro ochenta y más, me asenté en mi metro sesenta y tres. Dejé de ser fotogénico cuando aparecí por primera vez en la televisión y en los diarios. Dejé de parecer joven sin atreverme a pedirlo, cuando empecé a trabajar en el canal Rock & Pop (donde estaba prohibido tener más de 30 años). Con esa cara que había renunciado a cualquier aura de seducción, perdí la virginidad o lo que perdemos los hombres cuando nos acostamos por primera vez con una mujer. Con esa cara de profesor alejé de mí el peligro de serlo realmente, aunque es lo que soy ahora que escribo esto, profesor universitario que constata, perplejo, que sus alumnos nacieron casi todos ese mismo año 1995 en que, asustado, me desperté para ver en el espejo del baño a alguien que era más yo que yo mismo.

Vengo de una época aún palpable, aunque para mis alumnos sea algo inimaginable. No tengo su edad, pero tampoco tengo suficiente edad para que esto sea evidente. También me cuesta imaginar esa extraña república soviética de extrema derecha que aún era Chile el año 1995. Las máquinas de escribir que alcancé a ocupar, el primer McDonald's en la esquina de Ahumada con Huérfanos, la sensación de que en todo momento nos seguían. Ese país tan pobre, tan nuevo, tan ansioso de todo, donde Pinochet no era presidente, pero mandaba a callar y a la cárcel a cualquiera que se le ocurriera hablar mal de él. Ese extraño limbo entre democracia y dictadura, entre el siglo xx y el xxi, entre pobreza y abundancia, en el que nadie sabía muy bien qué estaba pasando, porque de noche se instalaban en los diarios interventores del gobierno, directorios con curas y uniformados. Fiebre y control, el sueño de un mercado sin límites pero, por otro lado, censura y autorregulación a raudales. El fin de la Historia era el comienzo de mi historia. Todo ocurría al mismo tiempo.

Soy de la generación del fin de siglo, que en Chile era cualquier cosa menos un final. En 1988 la dictadura chilena y el socialismo real estaban cayéndose a pedazos ante mis ojos, sin saber cuál de las dos cosas debía celebrar primero. El fin de la primera, del miedo a un poder soviético que pudiera hacer la revolución en Chile, explicaba el fin del segundo. Pinochet se había convertido para Estados Unidos en una redundancia. Nos dejaron la ilusión de que lo habíamos derrotado, cuando en verdad era víctima de su propio éxito. Cuando hablo con polacos o rusos de mi edad, las experiencias, las impresiones y las decepciones se parecen extrañamente. Ellos perdieron el comunismo en una fiebre de color y MTV; nosotros vimos caer un gobierno anticomunista tan gris, tan triste, tan uniforme como

el comité central de Albania.

Justo me había inscrito en el Registro Electoral, abierto por primera vez en 17 años. Fui, entonces, parte de la primera generación de chilenos que tuvo derecho a decidir. Tuvimos más oportunidades que cualquiera. Las aprovechamos antes de que se desvanecieran. Educado en el marxismo, o en el terror a él, nutrido en la crisis de la OPEP, en un mundo en que todo era problemas, límites, diferenciación, la vida se me abrió de pronto indistinguible, fluida, colorida, posmoderna. Mis alumnos pueden decidir si su vida es o no política. Yo me hice mayor de edad inscribiéndome en los registros electorales para el plebiscito de 1988. Mi primer acto de madurez fue hacer la cola para votar, en el Escuela Costa Rica de la Plaza Ñuñoa, seguro de que en la noche los militares entrarían a mi casa y nos obligarían a culatazos a exiliarnos de nuevo. Tenía sobre todo la certeza de que no me quedaba otra que apostar con los ojos cerrados a votar, para denunciar después el fraude. Me veo esa mañana del plebiscito en que ganó el NO a Pinochet: 5 de octubre, la Alameda, levantábamos la mano hacia la policía para que supieran que éramos todos hermanos, y en la marquesina del Normandie, al llegar a la Plaza Italia, estaban dando *El gran dictador* de Chaplin. Los perros vagos, confundidos ellos también, las rejas en las explanadas, las caras de los otros estudiantes que iban dispersándose por entre las ramplas de hormigón mientras corrían como antes, como siempre, las botas de los carabineros, y el chorro de agua y el humo y el limón y la sal que nos pasábamos de mano en mano. Ya saben todo eso, han pasado por eso también. Eso era lo inconcebible entonces, que 20 años después jóvenes como nosotros siguieran pasando por el mismo gas, la misma agua, los mismos gritos, administrados por los que éramos perseguidos en ese entonces. Perdonen queridos alumnos, soy un viejo que se llena de detalles para explicar lo inexplicable. Soy un señor que explica y explica, sin poder dar siquiera con la impresión de ese tiempo que nunca pensé que se convertiría en melancolía, en culpa o en historia. Qué frío también fui, concentrado en no dejarme ir, en no dejar que ninguna idea ni beso me atraparan. Huyendo siempre hacia el centro de mí mismo. Qué poco aventureras fueron mis aventuras, porque trataba de moverme lo menos posible de lo que yo creía que era mi centro: ser como Víctor Hugo, Chateaubriand o nada más. O sea, en mi caso, Neruda, García Márquez, Cortázar o Enrique Linh: ser escritor y nada más.

Un inevitable entusiasmo, una pegajosa nostalgia, me obliga a

confesar que tuve 18 años alguna vez, que el lugar y el momento en que esto sucedió explica quién soy y quién no soy ahora. Clínicamente deprimido, saliendo lo menos posible de mi casa, viví contra todos mis principios, como hay que vivir en la adolescencia. Hambriento, desorbitado, ilusionado y desilusionado al mismo tiempo. Enamorado también, aunque más de mi sombra que de cualquier mujer. "¡Puta que eres autoconstructivo tú!", me decía el autodestructivo Guatón Hidalgo, quien ya no está vivo. Todo eso y más. Qué cantidad de ilusiones tuve. Qué cantidad de azares me obligaron a llegar a esa cara en el espejo, que me cubre, que me esconde, que no me conoce. No puedo evitarlo: a los 45 años, mientras escribo estas páginas, tengo eso que jamás esperé tener: recuerdos de juventud.

Discoteca Las Brujas

“El 90. Tienen que publicar el 90. Es el año. Ahí va a pasar todo. El 90. Va a pasar todo el próximo año”, nos insistía Marco Antonio de la Parra, el siquiatra que hacía clases en el taller de Skármeta cuando este viajó a Alemania para arreglar asuntos de su recién terminado exilio. El 90 llegaba con todo. La democracia, periodistas, escritores, editores de todo el mundo pasarían por Chile a ver en qué estaba el país de Neruda, de Allende, de Pinochet. Después de ser preocupación, después de ser afiche, después de no ser nada, íbamos a estar de nuevo de moda, se entusiasmaba pensando el también dramaturgo De la Parra. Los exiliados volvían, los clandestinos salían de las ratoneras, algunos iban a gobernar con sus casi-enemigos. En el escenario, Los Prisioneros con Inti Illimani y Quilapayún e Illapu, los Parras (Ángel e Isabel) en pleno y el grupo de jazz de moda: Fulano. Todos decididos a dejar la guerra en paz y hablar del corazón, la piel, las ganas infinitas de que todo sea en colores, muchos colores.

El 90 todo iba a ser nuevo, incluso la vieja Feria del Libro (que se desplazó del Parque Forestal a la recién reacomodada Estación Mapocho), el vetusto Festival de la Canción de Viña del Mar (donde cantó el hasta entonces prohibido Joan Manuel Serrat) e incluso el otro Festival de Viña, el de cine, que marcaría el nacimiento del cine chileno para siempre. Unidas las películas prohibidas con las permitidas, todo contado de un modo sintético, más norteamericano y ad-hoc con las nuevas tendencias.

Todo estaba preparado, el diario *La Época* y su suplemento cultural, el *Fortín Mapocho*, las revistas que sobrevivieron a la dictadura, hasta la “Revista de Libros” de *El Mercurio*, recién fundada. Eso, más la Biblioteca del Sur de la editorial Planeta, las coproducciones con España para hacer cine, los programas de gobierno para fomentar el teatro alternativo que sobrevolaba la ciudad desde el cerro Santa Lucía, donde se instaló *La Negra Ester*, con Boris Quercia haciendo de Roberto Parra y Álvaro Henríquez recién llegado de Concepción

tocando la guitarra en la Regia Orquesta, y Andrés Pérez, el director, recién de vuelta de París, vendiendo comida macrobiótica a la entrada de la carpa.

La enumeración me espanta hasta hoy. Sentía esa promesa, la de un año en que todo pasaría como una especie de soga al cuello. Tenía 19 años, había vivido el exilio, conocía la izquierda por dentro, no abrigaba ninguna nostalgia, ningún deber con lo que ya no era posible. Era moderado, ansioso de fama, de luces, sin prejuicio alguno contra el capitalismo, es decir, contra el mercado y el éxito. Era el hombre perfecto para esos tiempos que empezaban. Tenía un libro inédito e ideas de películas por cientos y, sin embargo, algo que no sabía explicar me mantenía a una justa distancia de toda esa brillantez prometida. Tal vez el propio De la Parra me asustaba. Me asustaba el entusiasmo y la ansiedad, la fe de que hay un año, que hay un lugar, donde hay que estar. O me asustaba ver en él una versión posible de mí mismo, una tentación que podía disolverme.

El diablo se parece al que tienta. De pronto, Marco Antonio de la Parra era un diablo preparado para mí. Sus manos como remolinos, sus ojos centelleantes, su frondosa barba de ministro iraní de cultura, repartiendo a grandes zancadas libros, frases tajantes, chistes, mientras terminaba a la vez una novela, dos obras de teatro, un guion para la tele y algún artículo para *Caras*, la revista que quizás mejor represente esos años: papel cuché, fotos a color y escrita por los mismos periodistas que antes llenaban las revistas de oposición a Pinochet, libres aquí de dejar correr una frivolidad reprimida durante años: los restaurantes de moda, los actores y cantantes chilenos en portada, cuentos eróticos de escritores. Una competencia directa de *Cosas*, única habitante hasta entonces de la consulta de dentistas y salas de espera del doctor, que entrevistaba a políticos, pero que no se le había ocurrido aún la audacia de salirse de la obligada portada de Carolina de Mónaco o Estefanía y sus problemas con los hombres.

Vuelve la cabalgata de datos, de nombres, de claves; la necesidad irrefrenable de acallar cualquier duda en una lluvia de nombres y listas interminables: estadísticas, hechos, páginas y páginas de frondosos detalles, nombres de gente y formas de alabar. "Delirante, increíble, absolutamente delirante", dice De la Parra mientras reparte libros entre nosotros, sus alumnos, sentados en el sofá freudiano de su consulta. Se le hacía agua la boca mientras abría lo más que podía el arco de sus cejas entregando volúmenes: a ti *Bajo el volcán* y a ti *El buen soldado*, que es la novela perfecta por excelencia, digamos. Hay

un demente francés que se llama Georges Perec que escribe sin la "e". Hay que releer a Milan Kundera, aunque esté de moda, y *Los adioses* de Onetti, que es un milagro que hay que aprenderse de memoria. A mí me tocó *V* de Pynchon y *Ferdydurke* de Gombrowicz, que era su forma sutil de elogiarme y destruirme, obligarme a la rareza de la que escapaba a gritos. Y también estaban los consejos que recibía en el taller de Donoso, donde iban los adultos, y la manera despiadada y útil con que Juan Forn, un escritor y editor argentino más joven que él, le había obligado a reescribir su novela *La secreta guerra santa de Santiago de Chile*. Forn y Rodrigo Fresán, que en esa época eran una especie de dúo, habían leído todos los libros, pero también sabían quién era Peter Gabriel (héroe de esos tiempos), y eran amigos de Fito Páez y Andrés Calamaro, que aseguraban que era el Lou Reed argentino. Lou Reed, otro héroe de aquella época en que el rock era lo más parecido a la militancia.

De la Parra nunca había salido de Chile. Después de aprender a callar en el Instituto Nacional, estudió medicina en la Universidad de Chile y montó con el también siquiatra León Cohen una obra de teatro, *La secreta obscenidad de cada día*, donde Marx y Freud, cubiertos apenas con impermeables, esperaban exhibirse a la salida de un liceo de niñas. Todo eso el año 1985, cuando Marx estaba prohibido y Freud era un lujo que nadie se podía permitir en Chile. De la Parra tenía la ironía, la inteligencia y la falta de creencias de los nuevos tiempos, no obstante usaba la barba rabínica de los izquierdistas de ayer. Atado a los libros que devoraba a razón de tres novelas por semana, hubiese querido ser rostro de TV y publicista, pero su ansiedad estaba enraizada en el Instituto Nacional y la clase media chilena en su más asustado momento. Un falso loco, pensaba yo para mis adentros, pero quizás también un loco verdadero, porque su vida perfectamente burguesa podía ser la señal de un desequilibrio más profundo, un desequilibrio que mi olfato de perro hambriento ya percibía. La ansiedad por estar y también por ausentarse, porque De la Parra, que nos repetía una y otra vez que todo iba a pasar en Chile, que era el momento, que había que estar, se iría ese mismo año 90 de agregado cultural a Madrid, perdiéndose la mayor parte de la orgía que había ayudado como nadie a organizar.

¿Presentía De la Parra hasta qué punto esa conjunción sin precedentes de entusiasmo y ansiedad terminaría siendo casi estéril? El 90 fue el año de las promesas incumplidas. La nueva narrativa, la nueva democracia, el nuevo cine chileno, era demasiada novedad para

una generación que envejeció prematuramente y en dictadura, que aprendió a culatazos que todo tiene un límite, que quien se pasa de la raya no llega a ninguna parte.

Estaba todo listo en el 90, digo, menos nosotros. Como esos concursantes que con un micrófono en la mano y todos los focos sobre la cara tienen que decir la palabra exacta en el segundo exacto, y son incapaces de pensar en otra cosa que en la rara sensación de "estar ahí, ahora, ahora". Y la chicharra y el animador que lo lamenta mucho y la luz y el micrófono que pasan a otro concursante.

De la Parra publicó en 1989 *La secreta guerra santa de Santiago de Chile,* una novela conspirativa que de alguna forma quería romper con cualquier señal de duelo. Laberintos de jabas de cerveza, persecución por Avenida Matta, conspiraciones y más conspiraciones, el guion de una película imposible de filmar que tenía por protagonista a la ciudad. Ah, la idea de que no se puede filmar en Santiago... y que tampoco se pueden escribir novelas en un país de poetas... Esa era nuestra revolución, la prosa y la ciudad. La nuestra fue la lucha contra la verticalidad del mando (la épica y la lírica).

El lanzamiento se hizo en la discoteca Las Brujas, en La Reina. Al lado de la Academia de Guerra, donde la ciudad se funde con los cerros. Cisnes y nenúfares rodeaban un viejo edificio, sin forma clara, pura nostalgia de los años 60, cuando la discoteca brilló con luz propia y nuestros padres y abuelos y seguramente los hermanos mayores de De la Parra le declararon el amor a sus novias y bailaron hasta el amanecer, que en ese entonces era cuando asomaba el sol y no cuando los militares paseaban solos en autos achatados, pidiéndole el carnet de identidad a quienes tenían la mala suerte de cruzarse con ellos.

Era lo que se empezaba a llamar "un evento", que es también el título de un best seller periodístico-cómico de la sempiterna Totó Romero y la frondosa Ximena Torres Cautivo, quienes, por lo demás, debieron haber estado allí esa noche. Cóctel abundante, editores argentinos (Ricardo Sabanes siempre flanqueado por la Marcela Gatica), gente que se conoce y reconoce en los pasillos tras desprenderse de sus respectivas máscaras. Todo era así de evidente, de subrayado, de claro. El reencuentro con un tiempo separado del nuestro por el espanto. No me acuerdo quién habló. Veo, o creo ver, caras barbadas en un estrado mal iluminado. Eso recuerdo, que todo hablaba de fiesta y luz, y todo transcurría en penumbra, que eso era lo espantoso y divertido del lugar: no había cambiado nada desde la

última fiesta de 1978.

Caminaba por entre los cuerpos, trataba de adivinar las siluetas, sabiendo que esto era una despedida, porque con esta fiesta se acababa el taller literario que me había sacado de las sombras todo ese año. Desde entonces no hay fiesta que no sea para mí una despedida. Solo así siento que tengo el permiso para disfrutarlas. No conocía a nadie más que a los integrantes del taller, un grupo de 12 miembros de no más de 30 años, que habíamos resultado elegidos de entre 200 postulantes, para recibir lecciones y un estipendio mensual. La primera plata que recibí en mi vida por trabajar, y me dio la equivocada idea de que era un signo de que podía vivir de lo que escribo. Martes y jueves entre futuros escritores; yo, que me hundía aterrado entre futuros profesores en el Instituto Blas Cañas –hoy Universidad Silva Henríquez–, que era pobre y no del todo honrado, pero al que mi paupérrimo puntaje me había condenado.

Explico y explico cosas, lleno de datos y más datos cuando quisiera simplemente flotar en esa rara soledad de la fiesta llena a rabiar de caras nuevas, gente famosa que iría de a poco conquistando y olvidando, que sería parte de mi vida hasta entonces tan vacía como puede ser la vida de un espía. Como ese provinciano que nunca fui, como ese recién llegado que era, me mantenía sobrio a la orilla de la música, pasando a Luis Alberto Tamayo, alias El Chacal, a la preciosa Liliana Elphick, a Pablo Azócar, que ahora que lo pienso debió haberse ido ya a Italia o Portugal, donde hacía de corresponsal, y a la Carola Díaz, que se iba a Madrid a trabajar y a estudiar en el diario *El País*, aterrada también por esa promesa del año 90, en la obligación de ser alguien cuando queríamos justamente tener el permiso para ser nadie.

Me veo en el umbral mismo de esa noche, parado ahí como si mi deber hubiese sido escribir lo que veía. Alberto Fuguet, que detestaba a la gente que baila, bailó esa noche con Paula Doberti, rubia en una época en que las mujeres volvían a permitirse ser rubias sin complejos. O las rubias podían aparecer en esa fiesta llena de escritores y gente de teatro. Es imposible para mí separar a Fuguet del año 90 en que, siguiendo el llamado de Marco Antonio de la Parra, publicó el libro de cuentos *Sobredosis*. Fuguet había aceptado la tentación. Quizá no tenía escape, porque no tenía 19 años, como yo, sino 24, y había aprendido inglés antes que castellano en Encino, California, donde también te enseñan a estar como un soldado donde te esperan. Fuguet caminaba a grandes zancadas, balanceándose sobre

su cuerpo, un poco como Richard Gere en *Gigoló americano*, una película de la que nadie se acuerda, pero donde Fuguet, que era por entonces sobre todo un crítico de cine, había encontrado la señal de redención cristiana, además de una cita a *Pickpocket* de Robert Bresson al final. Todos aún éramos cristianos, o nos gustaba pensar que lo éramos, los críticos de cine más que nadie. Bresson y Tarkovsky vistos en un ciclo. Y *Stalker,* de la que nos salimos con Jaime Jara y el mismo Fuguet después de un *travelling* infinito en las brumas de una Unión Soviética futurista. Una frivolidad de ese tiempo, pensé al volver a ver hace poco todas las películas de Tarkovsky con pasión. Todas menos *Stalker*, en una especie de homenaje involuntario a la impaciencia del año 90.

En Fuguet reconocía un contrario que se me parecía mucho más de lo que podía confesar. Odiaba con furia lo que leyó en el taller: historias de gente que tenía mi edad y fumaba marihuana y jalaba cocaína y viajaba con el curso y penetraba mujeres increíbles mascullando letras de canciones en inglés. Eso no es literatura, pensaba. Eso dije en el taller, cuando me tocó comentar eso que se llamaba algo así como “El Coyote se comió al Correcaminos”.

> Estoy en la arena, tumbado, raja, pegoteado por la humedad, sin fuerzas siquiera para meterme al mar y flotar un rato hasta desaparecer. Estoy aburrido, lateado. Hasta pensar me agota. Desde hace una hora la única entretención que he tenido ha sido sentir cómo los rayos del sol me taladran los párpados, agujas de vudú que alguna ex me introduce desde Haití o Jamaica de pura puta que es.

Eso no es literatura, así no son los jóvenes. Eso es el colmo del consumismo. ¿Bien escrito o mal escrito? Esto no está escrito. Pero me daba cuenta, sin embargo, de que la furia con que trataba de explicar que eso no era mi vida, que ser joven no era eso o que si era eso no valía la pena que existiera, era síntoma de algo parecido a la admiración. No habría sido capaz de escribir yo algo tan detestable sin hacer morisquetas al público, sin coquetear, sin seducir. No habría sido capaz de quedarme tan solo como de alguna forma se quedó Fuguet cuando publicó sus cuentos, el desmentido más atroz a todos los que querían creer que Pinochet no había penetrado nuestros sueños más húmedos. Un horror que iba desde el cura Valente, el crítico plenipotenciario del Opus Dei que ejercía en *El Mercurio,* hasta todas las capas de la izquierda nostálgica.

> Grandes serán las tragaderas que necesita un crítico literario –decía el cura–, y creo que las mías lo son, pero no llegan a tanto para terminar esta bazofia (...). El autor se especializa en lo más tonto que el alma adolescente puede albergar, rindiendo un culto desproporcionado a lo más efímero de la moda juvenil del día.

Una rabia de otra naturaleza que la mía, porque el cura, al igual que los izquierdistas de ayer, no tendría que convivir con Fuguet. Yo sabía secretamente que este era mi destino. No podía adivinar que la muchacha que en unos años más traduciría al inglés su novela *Mala onda* sería mi esposa, o que trabajaría en un canal donde él sería la inspiración, pero de alguna forma extraña sabía que su manera de aceptar el peso de la época lo hacía dueño de ella. Y la Andrea Palet y la Carola Díaz y el programa de la radio Concierto en el que hablaban sin parar, como un club de fans, luego serían una a una mis amigas. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?, pensaba. ¿Por qué no me tocó Bob Dylan, por qué no Fellini, por qué no André Breton, por qué no Cortázar? ¿Por qué no yo, por último? Sobre todo eso: ¿por qué no me tocaba a mí dictar el tono de mi época? Una impotencia que se repitió cuando Roberto Bolaño volvió a poner los relojes a la hora. Aunque lo haría a su hora y no a la época a la que Fuguet y yo, periodistas después de todo, nos veíamos irredimiblemente condenados.

¿Por qué él y no yo? Porque yo tenía donde volver y Fuguet no. Fuguet no podía permitirse ese lujo. Lo comprendí solo cuando leí *Missing*, 15 años después. Me sorprendió que dejara de pasar por niño rico, por privilegiado, por gringo imperialista, cuando la verdadera historia era más bien pobre, la de inmigrantes sin familia en Chile, que habían elegido vivir aquí por repugnancia al sueño americano de su padre. ¿Por qué no había alegado nunca nada de eso en su defensa? Fuguet tenía eso de suicida; no le parecía urgente o necesario aclarar los furiosos malentendidos que su nombre, sus declaraciones, sus cuentos incluso, dejaban tras de sí. Alimentaba esos malentendidos como un león que creía domesticar. Fuguet se veía a sí mismo como alguien que había puesto las manos al fuego y las había tenido que reemplazar por cuchillos afilados que sabían cortar, pero no tocar. Quizás por eso admiraba tanto *El joven manos de tijeras*, una de las primeras películas de ese género, hoy habitual, de cuentos de hadas para adultos.

Yo, en cambio, solo jugaba el juego de estar al borde de la fiesta. No sabía aún hasta qué punto ese año 90 y los siguientes, me dejarían marcado a fuego, obligado a explicar lo inexplicable, ser el que

bailaba en esa fiesta del que era, sin saberlo, sin esperarlo, el verdugo. Año 1989, último año de los 80, fiesta perdida de una discoteca también perdida, el intento de despercudirse de una generación condenada a administrar y administrarse hasta la extinción. La juventud no se compra, aunque era eso lo que trataban de hacer justamente los jóvenes profesionales de la discoteca Las Brujas: comprar una juventud de la que Fuguet trataba, sin mucho éxito, de escapar.

Al centro del mundo

De mi cama de adolescente se veía un árbol cualquiera, de esos que a nadie le interesa el nombre, perdido en el patio entre máquinas oxidadas y maleza seca. Era el jardín de la vieja del queso, como llamábamos con mi hermano a la anciana Armenia, quien regentaba un almacén cerca de donde vivía. Mi casa se reducía a esa pieza estrecha y aislada en el tercer piso de esa construcción que imitaba un suburbio obrero de Holanda, moderno y compacto. Era un pasaje de casas de ladrillos nuevas donde se alojaban en su mayoría izquierdistas, artistas, gente tan asustada que necesitaba rejas y un patio común para saber cuándo venía el allanamiento.

El primer piso de la casa lo ocupaba un gallo salvaje que después de haber agotado las fuerzas de las tres gallinas a su cargo, aterrorizaba a cualquiera que se atreviera a pisar su territorio. Un territorio que incluía el living, el lavadero y la cocina. Había que entrar a la casa apurado para que no te picoteara entero y correr por la escalera hacia una reja de madera que había que cerrar para impedirle el paso. El segundo piso era de mi madre, mi padrastro y mi hermana, quienes llevaban sin nosotros su vida de familia más o menos normal, más o menos feliz, una vida que a mí me aterraba. Contra ellos, mis hermanos Ignacio –que tenía casi mi edad– y Salvador –que tenía 12 años menos– vigilaban nuestra barricada. Los muros pegoteados y pintarrajeados por mi hermano Ignacio, las camas destrozadas yaciendo por el suelo, el televisor prendido a toda hora. Una especie de naufragio perpetuo al que oponía la foto de César Vallejo que pegué al librero prefabricado. Mi cama en el suelo, el escritorio estrecho, la máquina de escribir que memorizaba frases enteras antes de escupirlas en el papel, los blocks Torre donde anotaba versos, ideas, prosa, mirando en la ventana las cintas de plástico negro con que trataba de dibujar algo parecido a un vitral que complementara mi celda medieval.

Castidad total. Era la celda de un convento y yo era un monje que

soportaba con alegría la escarcha sobre la cara en la madrugada. Evitaba masturbarme lo más posible, no por santidad, sino para acumular líquido y que el orgasmo semanal fuese más placentero. Me resultaba a veces increíble que fuese todo eso tan breve, tan resbaloso, tan silencioso, en circunstancias de que los libros de Henry Miller decían que era monumental, final, universal, inevitable. La calentura nunca me obligaba a nada, pero sí me impedía terminar los libros, porque era incapaz de leer acostado sin que mi sexo se irguiera, tibio pero sin consecuencia. Lo acariciaba sin motivo para calmarlo, como si fuese el manubrio de un barco a la deriva, apurando y ralentizando la tibieza de una madriguera donde, agazapado en mi pecho, oía pasar a los cazadores. Eso es lo que me gustaba de los libros que fingía leer, el tiempo sin borde en que mi cama flotaba, la sensación felina en que mi cuerpo por fin cabía entero. Y la piel blanca de las rusas en sus carruajes, y Natacha Filipovna que lanzaba al fuego un fajo de billetes, y el resplandor del whisky en Los Angeles en las novelas de Chandler.

Por eso quería ser escritor. Para vivir en esa pereza incestuosa, en esa cama eternamente tibia de los amantes denunciados en *Hamlet*, el niño que embaraza a su amante hasta matarla de amor en *El Diablo en el cuerpo*, ese rubor de incesto, esa sensación de volver al vientre materno que nadie te reprochaba cuando estabas protegido por un libro. Por eso quería ser escritor, por eso aún quiero serlo, para no hacer nada, para ser nadie, o sea yo antes de nacer y después de morir, flotando sobre mi cuerpo en pleno accidente de auto, el cuello torcido entre las hojas muertas hasta encontrar, como un zorro en la trampa, como un lobo en las cenizas de la hoguera de los cazadores, encontrar, digo, una tibieza que borra todas las preguntas e invita al sueño.

Despertaba con el frío escarchando mi cara en la mañana, la rigidez de las planchas de madera en mi espalda, con los libros que fingía leer y se me quedaban pegados a la piel, seguro de eso y solo de eso: querer ser escritor en un país en que apenas se publicaba algo chileno y donde era absolutamente inconcebible vivir de eso, a no ser que te fueras lejos, a Barcelona o a París, como los del *boom*. Lejos yo, que no podía concebir la idea de llegar a la casa de mi mamá después de las 12 de la noche. Eso, cuando obligado por ella fingía salir.

Escribía para que todo esto tuviera sentido. Para ser el profeta en mi propia torre. Concentrado en que no se escapara nada de esa soledad que penetraba la médula de mis huesos, como si fuese la secreta

grandeza que me haría vencer a todos los enemigos. Ese árbol sin atributos, hojas en verano, ramas en invierno, único testigo de esas horas de huelga de hambre, de masturbación silenciosa, horas y más horas de flotar en un sarcófago, de ser parte de mis huesos, encerrado en una timidez galopante, en un aislamiento completo del que quiero creer que no queda nada. Pero todo queda, no hace otra cosa que quedar, que quedarse. Y mi cama en el suelo, a centímetros del polvo, estrechísima, donde dormía mal, pero durante muchas horas. A ras de piso, no como un príncipe flojo sino como un soldado que se hace el herido para que el general no lo obligue a levantarse y volver a pelear. Un metro sesenta y tres, 57 kilos, vivía para caber en cualquier parte. Esa era mi obsesión: ser parte de un espacio reducido, donde se supone que no había espacio para un hombre como yo. Esa era mi obsesión, pienso recordando esa ventana, esa pieza, ese árbol, una obsesión paradójica, la de ser discreto y caber en cualquier parte, la de ser indiscreto e infiltrarme en todas partes también, ser un profeta, no dejar a nadie indiferente. Ese era yo: un inmigrante que se esconde en el fondo del barco para llegar a puerto, pero también un actor en el camarín a punto de vomitar su papel. Aterrado por lo que venía e incapaz de volver de donde venía, vivía esperando, amarrado a mis propios brazos para no tener que abrazar a nadie.

Aplastado por el peso de ese deber, sorprendido de tener a pesar mío un cuerpo, miraba desde la cama el cielo casi siempre azul de Santiago de Chile, mi ciudad desde hacía apenas cinco años. Era –me sentía– un extranjero. Mi infancia no se parecía a la de ninguno de mis compañeros de universidad ni de colegio. Mi abuela, mi madre y mis hermanos tampoco se parecían a los suyos. París, la excentricidad de cierta clase alta chilena, la política, la izquierda, los libros en la sala, todo eso era distinto, todo eso lo escondía inventándome recuerdos de infancia con el Tío Memo, la chanchita Piggy y *El Chavo del Ocho*, tan triste, tan fome la infancia de mis amigos, tan vergonzosamente diferente a la mía, a la de Antoine Doinel en *Los 400 golpes*.

La ciudad me daba miedo. De los abrazos pasaban a las patadas y de las patadas a la risa. Eso me resultaba indescifrable. La policía, política o no, me daba miedo. Las mujeres, lindas y feas, pedían un grado de insomnio que no estaba dispuesto a regalarle a nadie. Todo era horrible pero estimulante, como el centro de Santiago, donde nos arrestaron los detectives de la PDI porque era Navidad y robaban mucho, pero sobre todo porque andaba esa mañana con el Cuye, el

presidente del centro de alumnos del Blas Cañas, demasiado moreno para no ser sospechoso.

No hablaba el idioma de nadie más, por lo que fingía que hablaba muy rápido el castellano. Como si sufriera una enfermedad venérea, en las torres San Borja me humillaban los vendedores de la librería Mímesis. Artaud en México, entrevistas a André Breton, el supermacho de Alfred Jarry que los dependientes pesaban y sopesaban con aire de superioridad, recomendándome otros títulos que no tenía la plata para comprar. Mis ojos hundidos en la profundidad del suelo, buscando sin embargo absorber hasta la última sílaba de lo que decían esos sabios. Desesperado a la salida del Microcine de Bellavista o del Normandie en la Alameda o, en el peor de los casos, del Centro de Extensión de la Universidad Católica, de conversar con los espectadores más frecuentes, los que como yo no se saltaban el ciclo entero de los cuentos morales de Rohmer, las primeras películas de Wim Wenders, todo Fellini y todo Bergman.

Sonrisas, miradas, silencio. Mi abrigo, mis manos en los bolsillos, el fervor de lo que vimos, la sensación de haberlo visto juntos se iba alejando paso a paso mientras me alejaba de ellos, que sí eran amigos, que sí se conocían. Incomprensible distancia que no me permitía argumentar con ellos, porque me saltaba el ciclo de Fassbinder y el de Herzog. Un miedo a todo lo que es demasiado alemán, es decir, puro, extremo, final. Miedo a todo lo que no tenía retorno: la homosexualidad en Fassbinder y la naturaleza en Herzog. Algo adivinado a lo lejos, porque solo después, mucho después, me atreví a atravesar las fronteras de cartón y planchas podridas que vivía haciendo y deshaciendo para no ser tragado por la inmensidad de lo que quería saber, de lo que sentía que era mío por derecho propio, porque esperando solo la micro en la Plaza Italia, una vitrina llena a rabiar de papas fritas recién salidas del aceite, los neones flotando en el esmog invisible, sabía que nada ni nadie se podía negar a mi encanto.

Para muchos, *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño puede ser un clásico; para mí es una sucia mentira. Esos poetas leen juntos los libros que yo leí solo, y se drogan y se besan, y conocen poetas mayores, y se pierden en el desierto. Perderse en grupo no es perderse, leer poesía para tener amigos no es leer poesía. Escribir para seducir a las mujeres no es escribir, aunque eso hacía yo, escribía para mujeres que no existían, hablaba con amigos que no tenía, modulaba canciones sin fin para ver como las palabras flotaban solas sobre el

pantano de petróleo. Sin cómplices, sin enemigos, sin público. Los amigos del colegio de los que no tenía ni dirección ni teléfono, los amigos de la universidad, el Pájaro Rodríguez y Carlos Mejías, que vivían muy lejos de mi casa, uno en el paradero 14 y medio y el otro en el siete y medio de la avenida Vicuña Mackenna.

Ni amigas ni amantes. Virgen, virgen, virgen, virgen. Escuchaba a oscuras con mi hermano Ignacio un movimiento por día de los cuartetos de Webern, tratando de extraer de los violines todas las sensaciones más felinas, más misteriosas, más oscuras posibles. Tratando de avanzar en orden desde el posromanticismo a la dodecafonía, ayudado por un curso que impartía Juan Pablo Izquierdo y Cirilo Vila en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, más los libros de Adorno, que sacaba junto con las óperas enteras de la biblioteca del Goethe Institut.

Estudioso, concienzudo, riguroso en todo lo que no tuviera que ver con lo que se supone que estudiaba, pedagogía en castellano en una universidad católica barata en que nadie más soñaba siquiera con hacer otra cosa que clases.

–¿Quién quiere ser escritor aquí? –preguntó el profesor Ramírez y, asustado, levanté la mano. Fui el único entre los 35 alumnos, entre los cuales figuraba una monja.

–Los que quieren ser escritores, se equivocan de carrera –se complació en subrayar el profesor Ramírez, aunque la carrera la dirigía de modo más o menos honorario un escritor: Guillermo Blanco, quien tenía la edad y la condición de José Donoso y Jorge Edwards, pero se había quedado en Chile cuando, para ser escritor, un escritor de verdad debía irse. Pasar por Barcelona, publicar allá y emborracharse en París, y hacer clases en Princeton y Saint Louis, toda esa cosa que no me atrevía a hacer yo, que ni siquiera quise saber los resultados de la lista de espera de la escuela de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso, de puro miedo a verme separado por una semana de mi madre.

Había llegado de París hace apenas cuatro años. Una distancia que nadie notaba a primera vista, pero que se interponía en cualquier conversación. Fingía entender quiénes eran el Chavo del Ocho, la Tía Pucherito y el tío Memo, la diferencia profunda entre la U y el Colo, el paradero 14 y el 14 y medio de la Gran Avenida. Hablaba de Chaplin, y me respondían con Cantinflas. Hablaba de los hermanos Marx y me salían con *Los Tres Chiflados*. Hablaba de *El ladrón de bicicletas* y me contestaban con *La naranja mecánica*. Me inventaba una infancia que

pudiera pegotearse con mi adolescencia. Exilié de mi vida mi exilio: París, y la manía de mi familia por contar el cuento más raro y divertido posible, quedó separado de mí. Decidí ser normal hasta la locura, ser más de aquí que ningún otro, como si este fuera el centro del mundo.

No tenía más vida privada que el centro de Santiago, donde me perdía a la hora en que aparecía *La Segunda*, con sus titulares rojos contra fondo verde. Mezclaba mi corbata roja con puntos blancos con la de los oficinistas, en lo que era una especie de parodia adolescente. Veía salir del cine parejas y señores solos. Entraba y salía de las galerías. Relojes, videos, revistas porno, casetes, los primeros CD del mercado. Concentrado en estar solo y al mismo tiempo estar con todo el mundo, ahí mismo donde abogados, clientes, vendedores y compradores de dólares, secretarias, militares de uniforme y de civil, confluían en la misma marejada, cuando se suponía que todo estaba cambiando en este país.

Bajando y subiendo por el paseo Huérfanos quería estallar en mil pedazos, para que nadie olvidara mi nombre. Quería de un solo salto pasar de ser el extranjero clandestino al héroe de una ciudad normal.

Y sin embargo, ya estaba, sin saberlo, salvado. En *Interface,* el único programa de rock de la radio Beethoven, dejaron por una sesión de aleccionarnos con largos solos de música progresiva para transmitir un especial de los Velvet Underground. Era rock, era ruido salvaje y joven, y me gustaba justamente porque no tenía solos largos ni flautas traversas, sintetizadores y violonchelos. Podía a través del molde de esa voz grave y distante, hacerme una voz propia, mi propia versión de los Estados Unidos, ese país que se volvió de pronto, ese año 1989, una asignatura obligatoria. Pude de alguna forma elegir un mundo que tenía algo de Baudelaire y los surrealistas, algo artístico que contaba historias sucintas y reales, y seguía melodías repetitivas y sencillas. Sin dejar la vanguardia, pude abandonarla de a poco. Pude, a través de esa música de mediados de los años 60, convertirme en alguien de mi propia época.

Velvet Underground, guitarras que no quieren besar a nadie, voces que recitan casi tanto como cantan, y una ciudad (Nueva York) que no conocía y era, asimismo, mi ciudad porque era, en definitiva, “la” ciudad. De ella iba a hablar y me iba a defender cuando saliera de la oscuridad en que estaba sumergido. La ciudad, toda la ciudad. Santiago de Chile, ni grande ni chica. De eso sabía que podía escribir. París no sería nunca más mi ciudad. Saldría del cine y de los cafés y

de las librerías y me disolvería en la calle junto a las baratas. Por primera vez me miré sin miedo al espejo y saqué de la nada un nombre con el que salir al mundo: Héctor Ortega.

Héctor Ortega

Héctor Ortega caminaba por el centro como yo. Héctor Ortega no tenía novias. Héctor Ortega no tenía amigos. Igual que yo. Héctor Ortega se quedaba parado a la salida de los cines. Esperaba el instante preciso en que los espectadores dejan de serlo, cuando la película abandona sus cuerpos y empiezan a ser transeúntes. Coleccionaba el instante preciso en que volvían a tener sus nombres y ya no era Chicago, y no era París ni Nueva York, y no eran inmortales ni gigantes. Héctor Ortega pensaba que eso era lo más importante de la película, el instante en que aún es parte de la sangre de los espectadores, cuando los defienden los neones, los vendedores ambulantes y las 800 motos estacionadas una al lado de la otra en el Paseo Matías Cousiño.

Cuando sentía que lo estaban reconociendo los espectadores, Héctor Ortega arrancaba. Imaginaba películas donde Allende seguía viviendo en el cerro Santa Lucía y Tarzán se deprimía entre los techos del cine Lido. Era una forma de salvarse de una pieza tan estrecha como la mía. Más chileno que nadie, sin señas particulares, enamorado de puros rostros que no lo veían, Héctor Ortega era yo sin futuro. Era yo sin pasado también.

Héctor Ortega era algo –alguien– que necesitaba extirpar de mi piel escribiendo. Una forma de hacerme un nombre sin que manchara el mío. Al tratar de hacerlo más anónimo que yo, descubrí que tenía una voz. Al tratar de dejarlo solo en un departamento del centro, me di cuenta de que vivía con mi familia en una casa de Ñuñoa. Al inventarle una pasión sin límites por las películas malas, me di cuenta de la impaciencia que me provocaban. Al leer sus quejas, sus gritos, sus ganas en el taller de Skármeta, me deshice de parte de mi rabia, de mis quejas y de mis gritos. Sudando por todos los poros, limpiándome los mocos con un boleto de micro, leí unas grandes hojas fotocopiadas a la rápida, lo que fue, quizá, mi primer texto escrito con absoluta libertad, sin saber ni sospechar hacia dónde iba.

Mientras tartamudeaba, supe que mi soledad era también una forma de coquetería. Quería conquistar de todas las formas posibles, con el patetismo, la soberbia, las palabras difíciles, las fáciles también, la poesía, el cómic, a esos alumnos serios e inteligentes que venían de otros talleres y publicaban microcuentos y relatos sutiles sobre la violencia política en antologías bilingües en sueco o franco canadiense. No había otra salida. No tenía otra. Que desnudo debí parecer en la sala calefaccionada del segundo piso del Goethe de la calle Esmeralda, donde habíamos sido seleccionados entre otros 200 postulantes, para dejar en claro que también en la literatura se había acabado la dictadura y los talleres semiclandestinos y las publicaciones en mimeógrafos. Qué patético, leyendo como un sordo metáforas sobre metáforas, imágenes y más imágenes para que me dejaran ahí, para merecer el milagro de sentarme los martes y los jueves, y ser un escritor prometedor. Desafiaba también porque los otros cuentos tenían desarrollo y personajes bien perfilados; lo mío eran versos en prosa, declaraciones de guerra, sin articulación alguna más que la voz misma del Héctor Ortega, desesperado, a la espera de algo que no sabe nombrar.

Agregando en vez de explicar, escribiendo en mayúsculas, corregida la ortografía en lápiz rojo por mi abuela unos minutos antes que me lanzara a leer... Terminé, sin sudor en el cuerpo, sin fuerzas para levantar la cabeza. Por unos segundos interminables nadie dijo nada. Hasta que el Chacal Tamayo (el muy premiado escritor de literatura infantil Luis Alberto Tamayo) se atrevió. No sabía muy bien qué era esto, si novela o cuento, pero lo encontró poético. Y mi forma de leerlo, altamente cómica. Le recordaba a Gregory Cohen, que leía unas cosas así en las peñas de la ACU (Asociación Cultural Universitaria, el reducto de los jóvenes escritores contra la dictadura). No sabía si leído de otra forma tendría gracia, no sabía si corregido y ordenado serviría de algo. Loco, raro, posmoderno, poético. Había imágenes, momentos, algo indeterminado, pero lo encontró original. Lo mismo opinó la Lili Ephick, la estrella del taller de la Pía Barros, y Pancho Mouat, quien citaba como si nada a Pavese y Borges en artículos sobre la coyuntura política. También Juan Pablo Poblete, que luego de leernos un cuento donde dos chicos saltaban las rejas de la Quinta Normal para hacer el amor, se hizo llamar Juan Pablo Sutherland. Y la Alejandra Farías, de la Universidad de Chile, que hablaba de textos y paratextos. Y la Andrea Maturana, que tenía apenas un año más que yo, pero contaba historias de señores mayores

acostándose con adolescentes en laboratorios de biología.

Nuestro líder, Antonio Skármeta, grande por todos lados, generoso hasta la brusquedad, después de diagnosticarme sida ortográfico se reservó un día para entregar su opinión. Quedé en suspenso hasta la próxima sesión. Skármeta suspiró desde la altura de su metro 90, como si se sintiera profundamente ofendido por mis desacatos. Lo pensé, dijo, lo pensé mucho, y concluí que era un desastre, que no tenía ni pies ni cabeza, pero que por eso mismo era genial. Para él daba lo mismo la verosimilitud, la coherencia, los diálogos, los personajes, todo lo que llevaba meses enseñándonos. No era novela ni cuento ni relato; era poesía. Eso era, para bien y para mal, era poesía. No sé qué se puede hacer con eso, no sé hacia dónde va, dijo Skármeta, quien no dudaba que esa mezcla de Holden Caulfield e Ignatius Reilly era yo. Esa era la gracia, nos explicó, no hay espacio para pensar que el que escribe miente o que lo que cuenta no es urgente para él. Yo anoté mentalmente Holden Caulfield e Ignatius Reilly, como a dos enemigos que debía eliminar cuando me los encontrara frente a frente.

Skármeta terminó por recomendarme que encontrara una novia con buena ortografía y que siguiera así... aunque no dejaba de temer por mi salud mental si seguía por ese camino.

Yo sabía que era incapaz de encontrar esa novia con buena ortografía que me pedía el profesor. Si hubiera sido capaz de conseguir una novia con buena ortografía no habría escrito Héctor Ortega. ¡Pero yo no era Héctor Ortega!, estuve a punto de gritar, de susurrar, de implorar, de aclarar, mientras Skármeta pasaba a otra cosa. Era demasiado tarde.

Esa es la versión que prevaleció de mí mismo, la que yo mismo vendí a los incautos: Héctor Ortega, con abrigo largo y el pelo que me cortaba yo mismo, mientras veía en la televisión a Montgomery Clift. El partidario de la poesía y el absurdo como único recurso, escribiendo cuentos de fisicoculturistas alemanes y conspiradores que dibujan en sus piezas el mapa de las migraciones de los perros callejeros de Santiago. Me hice solo, exageré aún más mi soledad. Postulé como cualquier mortal al taller, me entrevistaron en un departamento al lado del hospital Calvo Mackenna. Recibí con sorpresa mi cheque mensual, un expendio que nos pagaban los alemanes, el primer dinero que recibí por trabajar. Supe mucho más tarde que Skármeta era amigo de mi tío Alejandro, que José Donoso había sido en los años 50 el mejor amigo de mi abuela, que las

revistas de oposición en las que soñaba escribir eran financiadas por las mismas ONG italianas y holandesas que financiaban las actividades semi clandestinas de mi padre. Supe, después, que mi lugar en esa pequeña burguesía de izquierda era completamente natural. Por pura timidez, por puro desdén, por pura soledad, usé como único enchufe, como única carta de visita, a Héctor Ortega, es decir, a nadie.

O menos que nadie. Fue lo mejor que pude hacer, pienso hoy. Me trataron como lo que yo era en el fondo: un desconocido que desea incendiar la pradera. Tuve esa ventaja. Supe en ese taller que fue mi umbral al mundo, ser un recién llegado de ninguna parte. Yo, a gritos, dije estoy solo, y gracias a ese grito dejé instantáneamente de estarlo. Fuimos a celebrar el nacimiento de Héctor Ortega a un restaurante peruano-chilote de la calle Miraflores. No había ningún otro restaurante peruano en Santiago y este pedía disculpas por serlo, sirviendo curanto en olla. Me senté entre Alberto Fuguet, que escribía con su nombre las críticas de cine de *El Mercurio* y con el nombre de Enrique Alekan una especie de diario de vida del primer *yuppie* chileno, y la Carola Díaz, que estaba a cargo de las páginas culturales de la revista de izquierda *Análisis,* aunque le gustaba contar que había desfilado por Pinochet cuando este firmó la Constitución del 80. Ellos descubrieron que habían pasado su infancia a una cuadra de distancia, entre María Luisa Santander y Ricardo Matte Pérez. Antes de terminar la frase, el otro la completaba. Impactado por la velocidad con que se miraban, me daba cuenta de que yo dejaba de existir ante los achinados ojos de ella, la más pesada, la más distante del taller y al mismo tiempo, la única que se había enterado de mi existencia antes de que leyera Héctor Ortega. Toda esa electricidad que me alimentaba y al mismo tiempo temía, obligado como si tuviera esposa e hijos, y debiera volver temprano a casa, me fui de la reunión. ¿A qué? ¿Por qué? Para no molestar, para no incomodar, para quedarme también en la cima del momento, para no pelear mi lugar con nadie.

Sin reparar en mi ausencia, supe que terminaron en una salsoteca en Pedro de Valdivia con Bilbao. Ahí Alberto recordó que no le gustaba bailar. Se supone que ella tampoco bailaba, sobre eso y tantas cosas como esas habían hablado los dos, pero bailó con Pablo Azócar, de abrigo, pelo rizado en perpetuo desorden, dueño de un saxo que llamaba Lester y unas frases insinuantes con que exorcizaba su tartamudeo. De paso por Santiago, entre distintas aventuras en París, Roma y otras ciudades donde era preso de amores fatales y mujeres

irrepetibles y jazz y tríos sexuales, Azócar escribía en una prosa que parecía verso a veces (tanto, que terminaría por cometer la anomalía de descubrirse poeta a los 50 años).

Mi vida como mascota

Pablo Azócar y Pancho Mouat me adoptaron como mascota. Recuerdo exactamente cuándo y cómo. Una noche después del taller los acompañé caminando a un cierre de la revista *Apsi*, la única revista que citaba a Pavese y César Vallejo para hablar del comité por las elecciones libres y la nueva directiva del partido socialista. Atravesamos el Parque Forestal y el puente Pío Nono hasta la calle Alberto Reyes, donde la revista ocupaba una casa celeste de tres pisos. Pelamos a los otros integrantes del taller. Hablamos de libros, de los libros que ellos habían leído, que yo solo hojeaba o adivinaba. De pronto recuerdo que hablé de alguien que era comunacha. "Como un hacha para el pico", dije. Recuerdo la risa desproporcionada que esto les produjo. Era un chiste típico de mi universidad, pero debió sonar en mi virginal boca, en mi agachado cuerpo vestido de abrigos dos tallas más grandes, tremendamente inesperado. O estaban dispuestos quizás a esperar cualquier cosa de mí, ya que para ellos era Héctor Ortega. Y Héctor Ortega era el más solo de los solitarios del centro.

Paseando con ellos por las calles de Bellavista debí parecer algo así como Pinocho conversando con el Zorro y el Gato. No sé cómo no me vendieron en una feria, como lo hicieron con Pinocho. Aunque algo parecido intentó Azócar al pretender que escribiera artículos irónicos en los especiales electorales de *Apsi*.

Y la Mariluz Velasco, la encargada de las páginas, dejándome entrever a través del generoso escote de su *pullover* verde turquesa el movimiento de sus senos pequeños pero alegres, solo para que Azócar los viera de rebote. ¿Qué edad tendría ella?, ¿25 o 26 años? ¿Qué edad tenía la Milena Vodanovic, más linda todavía, que escuchaba con paciencia cómo un tipo de barba muy negra y sandalias le hablaba de un tal Fuguet que escribía unos cuentos raros? ¿Qué habría dado yo por interrumpirle y decirle que yo conocía a Fuguet, que era de mi taller, que sin ser mi amigo era mi amigo? ¿Habría sacado algo con adelantarme dos años y conocer a Roberto Merino,

que insiste en que nunca en su vida ha usado sandalias?

No sé qué dije, no sé qué hice ese día. Inmovilizado por lo fácil que me había salido todo. Las páginas llenas de manchas, unos chistes, una noche... y de pronto, las puertas de la revista abiertas (aunque los artículos de prueba que escribí para el suplemento se perdieron en algún basurero). Me bastaba, aún me basta, la sola idea de ganar. Me quedé mirando el movimiento delicado del aire entre las mujeres, mientras Pablo Azócar me presentaba como un logro propio, un adolescente de verdad, o más bien, un adolescente de libros, de esos que solo salen en los libros, rabioso y solo, implacable y desesperado, torpe y decidido, a pesar de mi radical timidez. Todo eso que Azócar había logrado cubrir de su saxo Lester (por Lester Young), de mujeres inolvidables que entraban y salían de su vida al ritmo de las frases sugerentes que anotaba para su novela *Natalia,* que comenzaba así:

> "Por esos días, había que tener talento para no morirse. No cabíamos en nuestros calzones ni en nuestro sueño, caminábamos sin mirar para atrás, fumábamos como si fuera un acto de lucidez y tomábamos café negro para disipar el espanto. Nos rondaba la sospecha de que cada mañana iba a ser la última, y algunas lo fueron. Cometíamos tantos errores que se hubiera dicho que se trataba de un sistema de vida".

Natalia era todo eso: mujeres imposibles, citas, sexo y saxo también, zigzagueo, poesía, chistes que querían ser crueles y eran casi siempre tiernos, como el propio Pablo, al que en la revista le decían Pablo Azúcar. Él había convertido su tartamudeo en una forma de seducción. Y defendía el valor de la ambigüedad, si bien sobresalía entre los escépticos del *Apsi* porque creía aún en muchas, en demasiadas cosas: en la literatura, el jazz, las mujeres, la poesía. Todos los deslumbramientos que lo habían alejado de la pichanga y los amigos del colegio, de la impecable normalidad de su familia impecablemente chilena, un ingeniero, un doctor y un periodista, al que se le permitía ser "medio poeta".

Quizás terminé por defraudar a Pablo al elegir el "poder", o lo que él llamaba "poder", muchos años después, al no irme del *The Clinic,* cuando decretó que este medio se había vendido al poder y el dinero al despedir por exceso de cocaína y falta de trabajo al argentino Enrique Symns. Nunca pude explicarle a Pablo que era eso lo que buscaba en el *Apsi* esa tarde en que me presentó como un monstruo perfecto a la Mariluz Velasco. Mi virginidad, mi sobriedad, mi soledad eran cualquier cosa, menos inocencia, Pablo. Nunca entendiste eso,

que mi empeño por no hacerme culpable de casi nada nacía justamente de esa seguridad, la de ser culpable de todos los deseos más innobles, de las ganas de aparecer, de no desaparecer nunca más. Tú que decías desconfiar de los que no toman y pensabas que la virginidad era una tara, en el fondo me felicitabas por mantenerme a resguardo del mundo, expectante, como si se tratara de mi libro y no de mi vida.

Pero yo estaba vivo, quizás de un modo que hasta a mí me parece inadmisible, Pablo. Era inexperto, pero no era ni por un minuto ingenuo. No me iba a matar ni en broma ni en serio, aunque te tenía convencido en Lisboa, donde te refugiaste después de publicar *Natalia* ese mismo año 90, de que me iba a suicidar si ella admitía que no podía leer la letra enrevesada con que le escribía cartas.

"Escríbeme, escríbeme, no dejes de escribirme, por favor. No te desanimes, no te desesperes, espérame y escríbeme", terminaba Carolina sus cartas, donde me contaba sus veraneos en Mallorca, de su departamento en alguna calle con nombre de conde en el centro de Madrid. Y me ordenaba ir al japonés de la calle Merced, ese con fotos de barcos y japoneses de verdad, y comer sashimi, que era todavía una rareza. Y caminar de noche entre los flippers de Irarrázaval, no perderme la noche, sino que perderme en la noche, como ella se perdía en Madrid, orgullosamente sola, desesperada de ganas y de miedo de escribir, de estar todo por dentro escrita.

Leía por ella, con ella, *La campana de cristal* de Silvia Plath. La adivinaba convertida en esa niña talentosa y demasiado seria que empezaba a delirar en la novela de Plath. Sabía, como sabía la Carola, que el final del libro no estaba en el libro, sino en la solapa, donde se contaba que la autora había terminado por hundir su cabeza en el horno de la cocina. Y el marido, Ted Hughes, se fue con otra, quien a la postre terminaría por matarse también.

"No dejes de escribirme Gumucio –me imploraba–, no te desesperes con mi vagancia, escribe como si fuera lo último que tienes que hacer. Escribe, no dejes ni un segundo de escribir", leía en las tarjetas postales mandadas desde Sevilla o las Islas Baleares. No respondía nunca a las insinuaciones muy vagas que yo dejaba flotar entre líneas. Escuchaba con delicia a la Cecilia Bolocco en la televisión solo porque su voz quebrada me recordaba a la de la Carola.

Nunca me he comunicado con mayor sinceridad con alguien, quizás justamente porque la Carola nunca contestaba a ninguna de mis insinuaciones. No importaban las respuestas, aunque viviera uno para

las respuestas, porque las cartas podían perderse, porque mi letra ilegible en el sobre no aseguraba que el cartero supiera a qué dirección enviarla. Suspendido entre la carta y su respuesta... así me sentía, en un limbo hablando con la sombra de la sombra de Carolina. La idea misma de la existencia de un mundo limpio y de la Católica, casi tan virgen como yo, que tenía mis mismos miedos y otros que era incapaz de imaginar siquiera. Carolina interrumpía bruscamente la carta para naufragar entre los cines de la calle Princesa, donde me perdería yo también 10 años después.

Fines de los 80, principios de los 90: las cartas se mandaban aún por correo, escritas a mano, sobre papel roneo, a la oficina de Providencia con General del Canto, al lado de la oficina de mi mamá en Almirante Pastene. Me gusta pensar que pertenezco a la última generación que envió cartas así. Me da vértigo imaginar la cantidad de cosas que se hacían hace siglos de una manera y que justo en esta época dejaron de hacerse así. Viajar, por ejemplo, que ya no es lo que Carolina hizo cuando aceptó la beca que le ofreció Juan Luis Cebrián para hacer el máster de *El País*. Viajar, irse, borrarse del planeta, arrancar con todo a medio hacer, irse al verano cuando aquí es invierno, a la noche cuando aquí es de día. Esa valentía era inconcebible para quien había borrado la idea misma de que pudiera existir algo más que Santiago.

No importaba. Digo lo que todos los viejos dicen, que la vida en ese tiempo era otra cosa. Había escogido a los compañeros del taller como amigos. No me atrevía a llamar a los demás. Odiaba el teléfono, no salía a la calle lejos de mi barrio. Tenía las cartas, sin embargo. Por carta era valiente y único. Por carta era aún la promesa. Por carta era Héctor Ortega de un modo en que no alcancé a ser cuando escribía con su nombre. Por carta seguí viviendo esos años, como vivió Carola, lejos, muy lejos, extraña y extranjera, aunque yo tenía la ventaja y la desventaja de hacer eso en mi propia ciudad.

–¿Por qué no escribes a máquina? –me lanzó bruscamente en una de sus primeras visitas a Chile–. No entiendo nada tu letra. Es como si me escribieras en chino.

–¿Por qué no me lo dijiste? Pensé que te gustaba mi letra. Pensé que era más auténtico. ¿Por qué no me dijiste que no entendías nada? Tengo una máquina de escribir en la pieza.

–No podía decirte la verdad, no podía hacerte eso. Pablo me convenció de que si te lo decía, te ibas a matar. Yo no quería tener esa responsabilidad encima. Parecía tan importante para ti lo que escribías, que no te podía decir que no leía nada.

Pero no me voy a matar nunca, pensé por primera vez con toda evidencia. ¿Cómo no sabes eso tú, Carolina? ¿Cómo podía creer mi mentira, como la creía Pablo, 10 años más viejo que yo? ¿Cómo no sabían que mi secreto era ese, y ese mi poder?

Ziggy Stardust en Viña del Mar

Era el año 1990. Bowie acababa de dar un recital casi vacío en el Estadio Nacional que le había gustado hasta a Ítalo Passalacqua. Yo tenía 20 años y había pasado la infancia y la adolescencia escuchando música clásica y cantautores franceses. Sentía que era tiempo de iniciarme en el rock, pero quería recubrirme con cierta barrera profiláctica, algo de prestigio, de referencia cultural, de vanguardia, para no caer en la vulgaridad de los videoclips que seguían aturdiendo a la gente de mi edad. Bowie parecía un candidato ideal para esa iniciación. Mi hermano Ignacio había escuchado en la escuela de arte un casete de grandes éxitos y me dijo que las canciones se parecían un poco a las de Lennon.

Prevenido, informado, protegido, puse en mi walkman *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars.* Un hombre vestido de cocodrilo delante de una caseta de teléfono londinense. El cielo amenazante, la luz extraña de un cartel, la insolencia de su gesto de guerrilla con la guitarra como metralleta. El casete empezó a rodar. A lo lejos, una batería se iba acercando, primero sola y luego acompañada de una especie de guitarra que se esparcía como gotas de lluvia espacial. Las arañas de Marte iban tejiendo su red de ecos y reverberaciones eléctricas, hasta que llega la voz: una voz de gemido, de chillido, de llamado, una voz de niño y de vieja a la vez, una voz de apuro y de orden perentoria, una voz que no tenía nada de humana y nada de inhumana tampoco, una voz que era la que tenía atravesada en el pecho cuando nadie me veía, cuando no sabía si era hombre o mujer, niño o anciano, cuando solo sabía que quería ser estrella para que nadie más me tocara.

No sé por qué estaba en Viña del Mar ese día. Creo que había acompañado a mi papá a alguna reunión política. Me había escapado con el walkman a caminar por la plaza, el Hotel O'Higgins, las vías del tren. Estaba nublado, las tiendas vendían botones, posters de Emmanuel, Super 8. Entre las palmeras sucias y los buses, las

mansiones y las pensiones se mezclaban en el cielo sin gloria, sin estilo alguno. Ziggy Stardust hablaba de todo eso, supe de pronto. Su esplendoroso mal gusto no quería ser auténtico ni profundo. Su música hacía todo para que se te pegara al cerebro y desde ahí estallar. La guitarra era desafiante, pero se perdía en el eco de los violines que, a su vez, se convertían en rumores de brujas electrónicas. El piano a veces era noble y sentimental, si bien la voz seguía siendo un graznido de otro planeta.

Todos los resguardos que había interpuesto entre mi conciencia y el rock, cayeron. De Bowie no me gustó el buen gusto de sus años de pelo rubio y traje impecablemente cortado, ni sus coqueteos infinitos con la vanguardia, sino eso que en Chile uno había visto en Miguel Bosé y Elton John y hasta en el Luis Miguel de niño, y también en Albano y Romina Power y Jeannette cantando "¿Por qué te vas?", ante una orquesta de instrumentos naranja, todos sintetizados o desviados en estudio de su sonido original. Ziggy era brillantina y pelucas, pero con un resplandor de muerte, con una voz que asustaba y que, asimismo, daba la idea de que tenía miedo, miedo a ser tragada por sí misma. Era rock sin ningún toque de blues, era la ciudad completa: el asfalto y los electrodomésticos y las industrias y la contaminación: cero rastro de hippismo pastoril. Era televisor en la pieza. Era música de alguien que aprendió a tocar escuchando la radio y no a los abuelos. Era música de gente que no tenía ya relación alguna con la tierra o el mar. Música de gente que no usaría nunca más sus manos, que no sentía del todo su cuerpo. Era música de fantasmas que no comen o comen demasiado, pero viajan entre los objetos sin tocarlos. Era música de un buen hijo que se rebela por donde menos lo esperan los padres, usando el lápiz labial de la mamá, pero parándose en el escenario con la insolencia que nunca tuvo su padre.

Yo no sabía por entonces suficiente inglés para entender que Bowie cantaba como si fuese una súper estrella venida del espacio a suicidarse en público. Sabía que representaba todo lo que la educación de exiliado de izquierda me prohibía: la pretensión y la fama, la extravagancia de las ropas y el maquillaje, el capitalismo sin cristianismo, el aura decadente pero nueva, siempre nueva. Todo eso venía envasado en canciones filosas y sutiles a la vez, que tenían la astucia de desafiar tus oídos con sonidos nunca antes experimentados, hasta que llegaba el coro, preciso y pegajoso, que te recordaba que esto era pop después de todo. Limpio, exacto, sin huellas ni evidencia,

como un crimen perfecto.

Escucharlo era lo de menos. Lo terrible era que Bowie te proponía jugar a ser Bowie, a moverse como un lord entre los desechos industriales, ser el payaso blanco que su mamá reta en una playa después del Apocalipsis. La magia de Bowie no consistía en su capacidad para armar personajes para después matarlos en el escenario. La gracia estaba en cómo su música se infiltraba en tu médula espinal. Eso y una cierta elegancia que se podía adivinar hasta en Ziggy Stardust, el menos sofisticado de los discos de Bowie, una manera de pasar por las canciones como quien atraviesa un desfiladero, una cierta distancia que hace tan raro pensar que podía morirse como mueren los seres humanos, de cáncer al hígado, a los 69 años.

¿Dónde estaba el hígado de Ziggy Stardust? ¿Dónde estaba la vejez del Duque Blanco? Y, sin embargo, de eso hablaban las canciones en mi walkman, que luego sería discman, iPod, iPhone. De eso siempre hablaron todas las canciones de Bowie, del miedo a quedarse solo y morirse, y de su reverso: del vértigo de seguir vivo a pesar de todo. No de mujeres fáciles o difíciles, no de protestas contra la autoridad, no de drogas ni alcohol, no de liberaciones de ningún tiempo. Bowie hablaba del tiempo, de la fragilidad de nuestros sexos y nuestras mentes, del terror a volverse loco, de las ganas de perderse en la multitud, de nuestras palabras que chocan siempre en el mismo auto. Hablaba de la fama, es cierto, pero sobre todo de la ansiedad que te impulsa; es decir, el terror a no ser nadie si no te recuerdan cada cinco minutos quién eres. Había que inventarse un personaje, crear tu propio maquillaje.

Algo parecido al cielo se abrió con David Bowie. Antes de esa mañana en Viña del Mar coleccionábamos con mis hermanos revistas en fascículos de historia del rock de los años 70. Escuchábamos a los Velvet Underground, los Beatles y los Rolling Stones. El rock nunca fue para nosotros un desborde. Tampoco recitales, gritos, drogas o alcohol. Fuimos la primera generación que escuchaba rock como quien escucha el cuarteto de cuerdas de Brahms. Bailábamos solos en la pieza. No, ni siquiera: escuchábamos con el cuerpo, recitando letras en un idioma que no conocíamos, pero que quedaban marcadas a fuego. El idioma del mismo imperio que nos exilió. La música de los enemigos. Y nos gustaba también por eso: como la cera caliente, había moldeado nuestros sueños, nuestras fantasías, nuestros cuerpos.

El rock era una forma de aceptar lo que éramos. La luz de los tubos

fluorescentes y la posibilidad de hacer arte con cajas rotas y guitarras saturadas, la ropa usada y la música usada también. La onda, la vibración y hasta la excitación sexual de admirar a un hombre pintado de mujer cuya música nos lleva a esas fábricas de válvulas, de ampolletas, de vasos, de ropa donde trabajaban los padres reales o imaginarios de los cantantes de rock.

Nos perdimos con mi hermano la primera parte de esa revolución, esa que hizo de la fábrica, la música y la comida en serie una forma de arte. Un arte que tiene justamente en su falta de materialidad su aura. Nos negábamos a usar jeans y a masticar chicle. Nos negábamos a escuchar la música que daban en la radio. Íbamos donde un vendedor de vinilos en San Diego, que nos grababa casetes de Paolo Conte (que no era particularmente rockero) y Tom Waits y su piano lluvioso de perros abandonados. Coleccionábamos discos ligeros, de esos que venían con los fascículos de Otis Spann, B.B. King, pero también de Buddy Holly y los Beach Boys. No, los Beach Boys vinieron después.

En esa época anterior al rock –para nosotros, repito–comprábamos los casetes en rebaja de la Feria del Disco. En un solo casete venía Percy Sledge, Otis Redding y Wilson Pickett. Otro casete con Marvin Gaye, las Supreme y los Four Tops. Esa música que podía explorar todos los sentimientos sin ser sentimental. Batería y violines que te arrastraban como las olas del mar. Motown, que cristalizaba mejor que ninguno mis inconfesables ganas de vivir. Era el talento como única opción de sobrevivencia. Era subirse al ring a noquear el aire con la ligereza de una avispa, como decía Mohamed Alí para asustar a sus oponentes. La música de Motown era lo contrario de la música posromántica de los hijos y nietos de Wagner, que era la que escuchaba con pasión hasta entonces. Era mi forma de saltarme el callejón sin salida de la dodecafonía y la atonalidad serial en que terminaban fatalmente los experimentos de Wagner y Gustav Mahler.

Esas verdades de la Motown y David Bowie estaban dentro de mi cuerpo, eran conocidas, como un idioma común. Esa fue una sorpresa de la que aún no me repongo: tener un cuerpo que vibra y habla y calla y se mira y se olvida cuando se deja llevar por el baile.

John Lennon, Keith Richards, Pete Townshend, o el mismo David Bowie, hablan de su infancia entre sirenas y racionamiento. Su inconsciencia, sus contoneos en el escenario, sus gritos y sus solos de guitarra surgieron de los bombardeos sobre Inglaterra en medio de los que nacieron. Su conciencia siempre tuvo la guerra como frontera.

Entiendo por qué no se hicieron nunca grandes, adultos quiero decir, por qué no dejaron nunca de alimentar una rabia que ni los millones de fans y dólares, ni las sobredosis sin fin de droga y whisky, logran calmar. La guerra no es algo que sucedió; es algo que sucede y se repite en el fondo de algo anterior a los recuerdos.

Esa mañana nublada de Viña descubrí eso. La batería que palpita una promesa temible y la guitarra que despega toda su lluvia radiactiva representaban el derecho a tener un cuerpo que huele la distancia de las cosas, que entra y sale de ciudades que no conoce. Es lo mismo que decía Roger Waters, el ex líder de los Pink Floyd, tocando su *The Wall* en la Postdam Plazt abandonada de Berlín, el 21 de julio de 1990. Esa guerra con alambres de púas y militares vigilando en ambos puntos del Checkpoint Charly era también una guerra interior, una guerra moral que se libraba en cada uno de nosotros, protegidos nuestros miedos y traumas por un muro de órdenes, frases hechas, bombas atómicas que podían acabar con el planeta, guerrilleros impotentes, mentiras que, una vez derrumbado el muro, nos dejaban desnudos ante nosotros mismos. Miles y miles de alemanes y polacos e ingleses escuchando el coro de Ejército Rojo, y Van Morrison, Cindy Lauper, Scorpions, Ute Lemper y el mismo Roger Waters sobre los ladrillos rotos de plumavit de su propia depresión convertida en un síntoma del mundo.

El talento como única opción de sobrevivencia, decía David Bowie esa mañana en Viña del Mar. Me rebelaba contra mis padres escuchando música que hacía gente de su edad, desmesuradamente joven aún en el escenario, en su momento de gloria, justo antes de la decadencia, cuando el rock se convirtió en un deber más. Reconstruía una parte perdida de mi propia genealogía, los años 70, cuando mis padres escuchaban boleros, cha cha cha, Violeta Parra y Víctor Jara. Pensaba que yo y mi hermano estábamos más o menos solos en esto, así que me decepcionó profundamente enterarme por Iván Valenzuela de que existía un tal Lennon, de Concepción, que escuchaba la misma música que yo. Era la primera reunión de la “Zona de Contacto”, el suplemento juvenil de *El Mercurio*. Para impresionar a Valenzuela, que era crítico de música en el mismo diario, le presté los audífonos de mi walkman y le puse “Eight Miles High”, de los Byrds, la guitarra que pierde cualquier continuidad, dispara notas como llamados de telégrafo, y las voces como fantasmas que se sobreponen. Parece una canción de los Beatles pero es lo contrario, la noche y sus faroles y sus ciudades dormitorio, suburbios, gasolineras, estrellas, galaxias,

agujeros negros.

–El Lennon está haciendo un disco así –me informó Valenzuela–. Graba en Filmocentro. Si quieres, lo vamos a ver. Tiene un grupo, se llaman Los Tres, aunque son cuatro. Hay un guitarrista de jazz espectacular. Uno que tocaba con Cometa. ¿Te acuerdas de Cometa? Jazz-rock. Dejaban la cagada en la sala Isidora Zegers. Angelito Parra se llama, hijo de Ángel Parra. Cuando quieras vamos a escucharlos.

Yo no quería. Yo quería mantener el rock y el soul como una pasión secreta. Era, ahora que lo pienso, la primera vez que iba a *El Mercurio*, el diario que había apoyado el exilio de mis padres y que fue financiado por la CIA para propagandear el golpe militar. Éramos nosotros, los jóvenes de la Zona, la representación de los nuevos tiempos. No había que pedir perdón ni reincorporar a nadie, sino apostar por los jóvenes, los nuevos, los que fueron criados en los videoclips de Michael Jackson y Madonna.

Mentiría si dijera que sentía algún tipo de duda o de escrúpulo. Todo eso me parecía natural, nos parecía natural. Para dar por inaugurada mi entrada en sociedad, escribí un artículo odioso contra Silvio Rodríguez y la gente que lo escuchaba. Era sincero, puedo alegar en mi defensa. Su gangosa voz, sus metáforas de flores y unicornios, sus complejos acordes y su simpleza ideológica, me repugnaban tanto entonces como ahora, que lo escucho sin parar, como si algo de esa juventud que no fue nunca la mía se hubiese quedado pegada en los complicados arpegios del trovador y el piano y las metáforas floridas y La Habana vieja y su lluvia de tejas. Silvio, la “Zona de Contacto” y Ziggy Stardust... de qué callada manera, como diría Pablo Milanés, termina uno con tal de ser totalmente parte de su época.

El camino de las letras a las artes (pasando por las ciencias)

Yo no quería ser Héctor Ortega. Esa certeza –la única–guió mi vida. Escribí su vida para no vivirla. Es la razón por la que escribí casi todos mis libros, para separarnos. Los recuerdos, pero también las probabilidades. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que me hiciera famoso, incluso ser Héctor Ortega por un rato, como ya dije. En tres años escribí dos versiones distintas de *Menos uno*, la novela que leí en el taller y que, al corregir su ortografía y sintaxis, iba disminuyendo en páginas, en intensidad y, lo peor de todo, en densidad. Quizás tenía razón el Chacal Tamayo, el libro solo tenía sentido leído por mí, en esas hojas tamaño oficio en que pegoteaba frases de otras hojas que nunca salían derechas, donde sobraban algunas h y faltaban todas las s y los acentos. ¿No era eso, mi novela, una acción de arte, una especie de objeto que solo se podía leer a través de sus faltas de ortografía, como si lo hubiese escrito el desesperado Héctor Ortega?

Miraba al perro de la Lily Elphick mientras se iba deslavando mi manuscrito. Ella se había propuesto ayudarme a corregirlo en el jardín de la calle Nevería, donde vivía con su marido feliz y su familia ídem. Me resultaba todo eso, de pronto, más interesante, más misterioso, que mi propia novela. El invierno sobre el pasto, el marido ingeniero que coleccionaba discos de Cream, la esposa escritora reduciendo sus cuentos para que se convirtieran en microrrelatos. Si hubiese sido valiente, habría persistido en la vanguardia de mi manuscrito ilegible, pero quería esa realidad legible de jardín y estufas, quería ser, al mismo tiempo, el disléxico que solo sabe hablar de sí mismo y el observador paciente que deja para siempre escritas esas tardes normales de un barrio cualquiera.

A algo debía renunciar, pero no sabía todavía a qué. Las tres versiones de la novela, que llegó a tener apenas 70 páginas, fueron

rechazadas. Pero seguí, no me detuve y escribí *Color de hormigas*, una novela policial con fondo de música clásica y otra sobre un grupo de niños rockeros que se quedan abandonados cuando misteriosamente los padres se van de la casa. También se me ocurrió otra novela sobre nada muy concreto, gente que se enamora y no se toca, oficinas vacías donde un funcionario colecciona motas de polvo sobre el parqué… la cosa se alargaba por 600 páginas y la llamé, tampoco sé muy bien por qué, *Antofagasta* (ni yo ni nadie en esa novela conocían la ciudad).

Recibí, a pesar del apoyo inagotable de Antonio Skármeta, cartas de rechazo de Planeta, el único sello en que valía la pena publicar entonces. Me acercaba con miedo y respeto a las oficinas de la editorial en la Avenida Bulnes. Ricardo Sabanes, el argentino que oficiaba de editor y que era lo más parecido a un *yuppie* –esa especie también nueva de ejecutivo con corbata y camisa italiana, apurado, seguro de tener el mundo por delante–, flanqueado casi siempre por la rubiedad de la Marcela Gatica, quien no sabía si sonreírme o no. Inaccesible élite para mí. Tuve que resignarme a recibir los llamados del siempre suave Arturo Navarro, y luego de Jaime Collyer, ex sicólogo y escritor de cuentos inquietantemente antropológicos, premiados en España, para preguntarme si me había masturbado o si estaba tirando. Collyer me entregó una carta razonada que explicaba el rechazo, haciéndome prometer que no me desalentaría, que seguiría escribiendo.

¿Delirante? ¿Existencial? ¿Pop? ¿Surrealista? Rechazaban mis manuscritos de un modo tan educado, gentil, que hubiese podido pensar que en el fondo los aceptaban. Me querían dar a entender que aunque esta novela no, y la otra tampoco, no me alejara de ellos, porque les seducía la idea de un joven nuevo, casi adolescente, que fuera a renovar la nueva narrativa chilena. Es decir, les gustaba yo, pero no mis libros. Eran años raros, en los que las novelas y hasta los libros chilenos agotaban ediciones completas en unas pocas semanas, además de acumular elogios unánimes de la crítica. Sólidos, austeros, realistas, nuevos; los escritores del año 90, 91, 92: Gonzalo Contreras, Carlos Franz, Arturo Fontaine, Pablo Azócar, Alberto Fuguet… Sus caricaturas y fotos aparecían en las portadas de los suplementos culturales de *El Mercurio* y *La Época,* que era la copia local del diario español *El País*, y cuyas oficinas estaban en el mismo edificio de color gris fiscal que las de Planeta. El parnaso del mundo por venir, el nuevo Chile completamente españolizado que parecía invencible entonces y se cansó tan luego de su propia fuerza. El universo

transparente de la transición cuando todavía todo parecía posible para los amantes de "en la medida de lo posible". Los que se quedaron en Chile, los que no vociferaron en la UP, los que entendieron que se podían lograr las cosas de a poco, con elegancia, con profesionalismo, con sutileza.

A tres pasos de la editorial, el trabajo desechado dejaba de ser real incluso para mí. Eran puras ganas de escribir, de dar por supuesto lo que yo suponía: que reflejaba la intimidad de mis rodillas pegadas a mi pecho. La lluvia en el patio del Liceo Fleming donde terminaba la práctica profesional, el frío en los pies, los canarios diabéticos de mi supervisor de práctica… ¿Cómo se llamaba? ¿Tenía nombre siquiera?… El supervisor, no el canario, quiero decir. La cola de niños empujándose en el patio antes de recibir su vacuna… Y eso se mezclaba con el Paseo Bulnes, las tiendas de armas, las oficinas públicas, las librerías de saldos, la paz militar que en esa época daba todavía miedo, que me da miedo aún cuando paso por el edificio de las Fuerzas Armadas. Recuerdo a los guardias de esos edificios vestidos de comando y la cara desencajada del ministro del Interior, asegurando que todo estaba en perfecta calma, cuando era evidente que nada lo estaba.

La normalidad era en ese tiempo una combinación de tensión con sonrisas forzadas. Un compañero de curso del Blas Cañas, Carlo Crino, se fue a la cárcel cuando, borracho, meó sobre la llama de la libertad, es decir, sobre Pinochet y O'Higgins. Santiago, su centro, resistía marcial. El Club de la Unión, la Bolsa de Comercio y los edificios del Paseo Ahumada enredados en los cables, amarrados como ballenas a punto de ser arponeadas. Las torres de San Borja decapitadas, la Estación Mapocho desnuda y sola en medio de la Norte Sur, las oficinas del centro tropezando sus muletas para tapar la Alameda, el Regimiento Tacna atravesando la avenida Vicuña Mackenna. Los elefantes del zoológico implorando por su tumba. Todo lo que esperaba y aguantaba, mientras seguía siendo en las listas de las revistas y los suplementos un "escritor prometedor".

¿Qué prometía? Tenía miedo que al saberlo se disolviera de golpe. Al lado de mi pieza, mi hermano veía tele el día entero. ¿Qué haría con mi vida? Titulado de una carrera que nunca quise estudiar, era un escritor prometedor, pero sobre todo inédito, cada vez más inédito.

–Déjate de tonteras, mijito –me dijo mi abuela cuando insistí en que quería ser escritor y nada más que escritor–. No seas neurasténico. Un cartón no le hace mal a nadie. Mira todos los escritores de ahora,

todos tienen su posgrado... Proust no, claro, Proust era un flojo, pero tú no eres Proust, mi amor. Hacer clases en la universidad es lo más fácil que hay. Estás lleno de vacaciones y sabáticos. En la Católica les regalaban el título a los hombres. Deja que hable con la Nelly Donoso, ella es especialista en el papeleo.

El edificio de hormigón había querido ser alguna vez la biblioteca de la universidad. Desmantelada durante la dictadura, se había convertido en la Facultad de Humanidades, la más olvidada de las facultades de la universidad. En el primer subsuelo, los alumnos de pregrado eternizaban el mismo partido de ping pong en que los heideggerianos peleaban con los hegelianos. Otros castigaban el taca-taca. Los muros se llenaban de fotocopias de peñas y protestas, y lecturas de poesía a las que nadie asistía.

La Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile no era otra cosa que un jardín abandonado donde crecían, entre la maleza, los revolucionarios encapuchados que protestaban el día del joven combatiente, el día del Golpe, el día de la elección de Allende, el día del trabajador. Paulo Estrelinguis atravesaba el humo de las lacrimógenas; era un lituano especialista en Kafka, que en realidad más parecía un personaje de este último. Parado como si nada con su perfecto traje de dueño de pompas fúnebres y sus 120 años, esperando que se disolviera el humo de las lacrimógenas para volver a respirar.

Cristián, un compañero de curso gentil y paciente, hacía clases de guitarra clásica para pagarse el sicoanálisis tres veces a la semana. Milton trabajaba de corrector de pruebas durante las noches en *La Nación*. David vendía libros en la Mímesis. El otro Cristián usaba corbata y gomina a los 20 años, y había leído casi todo. Nadie, que supiera, quería ser escritor. Les parecía un poco frívolo o ingenuo intentarlo después de dos cursos de teoría literaria a cargo de Aguilera, un profesor que era también un obispo evangélico. Todos nombraban intertextos y paratextos que yo no conocía. *Job Boj*, Soriano cuando el Gordo y el Flaco salen de la novela a hablar con el novelista, Pedro Lastra y Enrique Lihn, *Cocuyo* de Severo Sarduy, el neobarroco, la inscripción en el cuerpo de las letras, Foucault, ¿Juan Cameron, ubicái a Juan Cameron de Valparaíso?, es el mejor poeta de su generación. Nada de lo que leíamos o hablábamos en el taller literario de Skármeta.

Mi mujer suele presentarme ante sus amigas gringas como autodidacta. No sacaría nada con explicarles que estudié más de siete años en distintas universidades, entre ellas, la más antigua y

prestigiosa de mi país. El magíster en Literatura que conseguí 12 años después de dar los cursos, en esa eterna primavera polvorienta del 93, no le impide a mi mujer tener algo de razón. No soy autodidacta, pero me gustaría serlo o parecerlo al menos. Los escritores no van a la universidad, pensaba entonces. Y sigo, a pesar de todas las pruebas en contra, pensándolo. Los escritores, los de verdad, los que de verdad importan, no tienen posgrados, y menos posgrado en literatura (que es lo que conseguí muchos años después). Todas las razones que mi abuela me daba para que consiguiera mi título, un mundo más suave en el que los libros importan y ser escritor no es una deshonra, me parecían razones atendibles y, por lo mismo, peligrosas. El escritor que saca su posgrado para escribir después tranquilamente tiene algo de Esaú vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Lo quiera o no, piensa que si la literatura no le resulta, igual va a recibir un sueldo a fin de mes.

La universidad está llena de gente asustada, gente que estudia el mundo para no tener que ser herido en la batalla. El claustro seguía siendo un convento donde solo se es feliz si te castran antes. Pasé todos los años que estuve ahí pensando en cómo escapar. Pero nunca escapé de nada. Y estaban las clases de Waissman, que nos hizo leer *Los espectros* de Ibsen como si fuéramos actores; Hozven, que volvía a Chile en esa fecha; María Eugenia Góngora, que nos daba a tomar té hablándonos de cómo castraron a Abelardo por culpa de Eloísa; Subercaseaux, que dirigía con Mariano Aguirre un taller de crítica literaria, y un brasileño que nos enseñó a cocinar feijoada y a leer a Machado de Assis. ¿Cambiaría algo si me hubiese tocado una universidad menos confundida que la Universidad de Chile de 1993? Las salas vacías, las sillas rotas, los profesores que acababan de volver de su exilio o salir de la lista negra de la universidad, que eran tratados por los alumnos como si fuesen sucios esbirros de una dictadura que flotaba en todas partes y más aún en la cabeza de los propios alumnos: allí sí que la dictadura ejercía su peso. Murales sobre murales, fotocopias de mártires, conmemoración tras conmemoración, hasta que los carabineros lanzaban sus bombas y mojaban sus cuerpos que volvían a tener piernas, brazos, pechos. Tiempo redondo e infinito en que las protestas no tenían necesidad de tener petitorio, dirigidas por nadie y por todos, gobernadas por la simple idea de hacer lo que sus hermanos mayores hicieron unos años antes: lanzar las botellas encendidas y correr hacia el “verde bosque”, ese páramo entre la Facultad de Humanidades y la de Ciencias, donde varios experimentos

de los biólogos locales dieron origen a monstruos legendarios. Tan legendarios como el estudiante de arte que drogado con alucinógenos se perdió entre los arbustos de la Facultad de Arte de la calle Las Encinas, el campus Pink Floyd, como lo llamaba mi hermano, quien estudiaba ahí mismo.

Mi hermano Ignacio estudiaba arte en Las Encinas, en el otro extremo del campus Juan Gómez Millas. En el catálogo de su exposición *Falsa modestia*, mi hermano recuerda el período como una infinita huelga de hambre.

> La huelga de hambre me recuerda una sala de pintura en Las Encinas, la Escuela de Arte de la Universidad de Chile, con los estudiantes famélicos y sus profesores frente a una estufa que es igual a la de la oficina parroquial donde dejan de comer unos sindicalistas (...) Digo la huelga de hambre y recuerdo los jóvenes que entramos el año 1990 a la Escuela de Arte para pintar cosas, y cómo todo se llenó de dificultades, y nada era lo que parecía, y fue necesario tomar en cuenta miles de problemas antes de hacer cualquier cosa. Me invento una huelga de hambre de estos alumnos, sentados con un cartel que dice: ¡Todos contra los problemas previos, todos a favor de los problemas posteriores! Huelga de hambre y pienso en que no me puedo ir antes de que acabe la huelga, no puedo dejar la colchoneta, la pieza, Santiago, ni Chile.

Pero mi hermano también recuerda una cantidad de cosas que he querido olvidar. Si bien era con él con quien iba al Normandie y al Microcine de Bellavista, y con él era con quien tomaba fotos en blanco y negro de edificios sin gracia, para parecernos a los personajes de Wim Wenders, yo me empeño en recordarme solo, completa y perfectamente solo todos esos años en que formábamos una especie de facción artística, sola y consanguínea, contra el resto del mundo.

> De las clases particulares de pintura que tomé –dice mi hermano Ignacio–, de los profesores de la Universidad de Chile, de los artistas gurús disponibles, solo escuché la mitad de su prédica, preservando lo más que pude la autoridad de la casa. Evité todo lo que creía que podía avergonzar a mi hermano mayor; rigurosamente no leí ni escuché nada que me sonara francés, sociológico, posmoderno, pretencioso, humilde, snob, caro o serio.
>
> Prácticamente no leí ni oí nada. Refugiado en el taller de grabado, resistí como pude el canto de las influencias. No fui el discípulo disponible y fanático que mi carácter comandaba, sino esquivo y aparentemente escéptico. Cuento este mal arreglo sin un atisbo de queja. Más bien con algo de nostalgia.

En su catálogo mi hermano consagra un capítulo entero a la dictadura, pero aclara muy luego que no piensa en la de Pinochet:

> … sino en la que me impuse usando a mi hermano Rafael. En realidad ambas coinciden, por lo que podemos decir las dos cosas al mismo tiempo. Decir por ejemplo: añoro a la dictadura.
>
> La dictadura que entendí a la perfección. Eso fue tener 13 años el 1984, entender lo que tus padres solo podían padecer o disfrutar perplejos. En un país gobernado por las pulsiones pueriles que correspondían a mi edad, entregado a la crueldad infernal, el humor violento, la candidez torcida, la ética del cachamal de patio de colegio, los adolescentes de entonces fuimos los únicos adecuados.
>
> Sentados frente a un televisor del que mis apoderados huían, recuerdo la insana sincronía que se estableció entre mi aburrimiento de púber y el que ofreció en ese momento la televisión chilena. Los tres canales, como si fueran espejos de mi ánimo, le impusieron a 13 millones de chilenos dosis diarias y precisas de mi desidia adolescente. Tuve en este tiempo todo el poder, toda la comprensión, los tuve en mis manos y estuve con ustedes, gentes. Y los perdí. No sé exactamente cuándo. Tal vez fue el 5 de octubre de 1988.

Campus Juan Gómez Millas, el camino de las letras a las artes pasando por las ciencias, la historia misma de Occidente, que en la versión de la Chile eran álamos, casuchas, jaulas rotas de serpientes, condones en el suelo, matas de pasto oxidado, señores de barba hablando solos, escultores que se titulaban haciendo agujeros en el suelo, casilleros de metal descerrajados y baños taponeados que llenaban los pasillos de una capa perpetua de agua sobre la que flotaba el reflejo de un tubo fluorescente moribundo.

No había futuro en la Universidad de Chile de 1992-93, pero eso no era lo peor. Lo peor es que había solo un pasado posible, el de los años 80, que aquí nunca murieron del todo. Día del joven combatiente, el 4 de septiembre, el día en que eligieron a Allende, el 11, el día en que cayó, el 5 de octubre en que cayó Miguel Enríquez, el líder del MIR y que llegó “la democracia traidora”. Tomas y retomas, protestas sobre protestas. Correr cuando venían los pacos, desafiarlos desde el techo de la facultad, el mismo escenario de las más interminables asambleas de estudiantes secundarios durante la dictadura. Todo lo que pensaba haber dejado atrás: la clandestinidad, el terror, la cobardía, mi cobardía, que había tenido la única valentía de reconocer. Mi cara encubierta por el cuello del abrigo, caminando apurado hacia la avenida Los Presidentes y Las Torres, donde vivía la

Lorena, una belleza de la época secundaria que no me habría atrevido siquiera a desear.

Pasaba como un fantasma por esa facultad que era también una facultad fantasma, el fantasma de la efervescencia que fue en los 60 y comienzos de los 70, y del terror en el que devino en los 80. ¿Habría cambiado algo mi vida si me hubiese tocado una universidad menos confundida? ¿Habría terminado mi doctorado, me habría ido, como tantos escritores de mi edad, a posgraduarme a Estados Unidos? ¿Habría terminado por ser un tranquilo profesor en Nueva Inglaterra o California o París o Montreal? ¿O en el mismo campus Juan Gómez Millas? ¿Habría hecho carrera escribiendo *papers* y dictando seminarios, distraído y amable, publicando entre medio novelas más construidas y citables de las que escribí? ¿Habría sido una suerte de Ricardo Piglia, autor que admiraba y detestaba en esa época, justamente por el temor a convertirme en un animal puramente literario?

Pero era incapaz de ensuciar mis trabajos con citas. No había leído a Derrida y Baudrillard, pero estaba en contra de ellos por principio. Pensaba que haber sido educado en Francia me permitía saltarme toda la teoría francesa. Sospechaba que había entre mis compañeros y algunos profesores algún error de traducción. Mi abuela tenía unos casetes donde Michel Foucault hacía clases en el Collège de France y era un señor que citaba a los griegos y los latinos entre tosidos y tosidos, un profesor como los que yo había tenido en el colegio. Pensaba, sin atreverme a decirlo, que mis compañeros debían estudiarme a mí en vez de estudiarlos a ellos.

Hice todos los cursos y presenté mi proyecto de tesis sobre Domingo Faustino Sarmiento, con el que estaba inconfesablemente de acuerdo en casi todo. Llegó el verano. En marzo tenía que pedir reunión con Bernardo Subercaseaux, mi supervisor. No pedí la reunión. Desaparecí en ese campus en que era tan fácil desaparecer, donde era casi imposible resistir la tentación de perderse en esa inmensidad en que nadie preguntaba por ti. No sé si corrí, supongo que no, pero me veo ahora corriendo por la avenida Grecia, libre de todos los colegios al mismo tiempo, decidido. No terminé, no entregué el informe, no hice la tesis, aunque pagué por el semestre. Con ese acto de valiente cobardía, di por terminada mi educación.

Doctor Amor

No tenía paciencia, no la tengo todavía. La universidad es para todos, menos para los impacientes. Sabía que allí no había ni poder ni gloria. Estaba dispuesto a renunciar a lo primero, pero no a lo segundo. En la Guerra Civil Española, las tropas pelearon duramente alrededor de las ciudades universitarias. Pero en Bosnia, en Moscú, en Bagdad, los rebeldes se tomaban o bombardeaban primero las antenas de televisión. Había en Estados Unidos un canal llamado MTV, con animadores de chaqueta de cuero, jóvenes que hablaban muy rápido y muchachas con la chasquilla brillante. Los jóvenes empezaban a ser un buen negocio. Televisión Nacional, el canal de gobierno, cambiaba de piel delante de nosotros. Katherine Salosny, que había sido uno de los rostros del Sí en el plebiscito, animaba *EneTV*, una torpe e inocente copia de MTV. ¿No decían los jóvenes todo el tiempo “ene”? Claro, te quiero ene, mucho mejor que te amo caleta. No le vamos a poner al programa CaletaTV, ¿no? Risas creativas. *Brainstorming* permanente, un poco de locura, pero sin volvernos locos.

El programa era algo así como el diario de vida de una joven que descubría, de la mano de Alberto Fuguet e Iván Valenzuela, todo lo que había estado medianamente prohibido hasta entonces. Un sillón que hablaba hacía de antihéroe al que le daba miedo todo y no creía en nada. Luego había baile y concursos, y Luis Miguel entrevistado de camino al camarín por la Kathy, que se asumía de entrada como fan.

“En pedir no hay engaño”, me dijo Fuguet cuando me lo encontré en el metro. La más engañosa de las frases. “Llama, a ver si te va bien”.

Me invitó con ese tono imparcial que solía aplicarme, incapaz en el fondo de perdonar el apresurado juicio con que lapidé el pedazo de novela que leyó en el taller y que estaba a punto de publicar: *Mala onda*. El lanzamiento fue en una discoteca subterránea de la calle Suecia (¿por qué todos los libros se presentaban en discotecas?); José Donoso sentado al lado de Gonzalo Contreras, quien a su vez recibía las bendiciones por haber ganado el primer premio de la “Revista de

Libros" por *La ciudad anterior*. Los elegidos, pensaba, los escritores de verdad. Y Fuguet afeitado al ras, para de alguna forma dejar en claro que no sería el mismo que hasta entonces. Según supe después, la cocaína corría sin restricción. Yo no vi nada, pero cumplí con el deber de contarle todo esto a la Carolina para que pudiera leerlo.

No sé por qué me parecía que ser parte de la tele era más urgente y más digno que terminar mi posgrado en la Chile. No me resistí a ninguna tentación, menos a las del sexo, las drogas y el alcohol. Perfectamente sanos mis pulmones y mi hígado, pude sin miedo enfermar mi ego hasta que reventara. Me veo parado al otro lado, de nuevo, esperando en la penumbra del estudio de TVN. O mejor: en la parte que nadie ilumina del set. Camarógrafos con parcas, la productora haciendo signos, vasos de café, galletas y, de pronto, el resplandor de una niña rubia vestida de hippie que hace maromas con las manos. Su amiga, tan linda como ella (una versión linda y ligera de Barbra Streisand), se esforzaba también por no mirarme.

"¿Qué hace él?", preguntaba la Consuelo, la rubia con un vestido vaporoso de colores pastel, que acentuaba la irrealidad de sus enormes ojos, a la directora del programa, la Oro Colodro.

"Es el doctor Amor", respondía ella. Porque eso se suponía que iba a hacer o eso hice al menos en un capítulo y medio, de consejero sentimental de Katherine Salosny. ¿Qué podía aconsejarle yo, virgen hasta las orejas? Amores menos que platónicos. Cartas a la nada, solo de soledad absoluta, con la torpeza de un salvaje encerrado en un bosque cuando me acercaba a las dos estudiantes en práctica, la Consuelo y la Diana: nuevas, lindas, limpias, ellas y otras como ellas en el patio del Campus Oriente, tan cerca de mi casa, que de vez en cuando iba a comer un sándwich de jamón queso al patio de Letras y Periodismo para vigilar el fluir de sus faldas y sus chasquillas, y sus colas de caballo, sus carreras de ida y vuelta al baño en grupo, el esplendor mismo de su piel sin maquillaje. O con muy poco, muy disimulado, para no desteñir ante las otras.

Ocupaba mi tiempo decidiendo cuál de todas me iba a gustar: ¿la de pelo negro y cara muy blanca, que parecía heroína de novela rusa, o la angulosa y risueña con los ojos que brillan siempre, o la rubia de trenzas que corría al fondo del jardín? No quería saber sus nombres, adivinar sus perfumes, saber dónde vivían. Me bastaba saber que existían, al lado de mi casa, al otro lado de la avenida, que se llamaba aún Diagonal Oriente, porque no habían matado todavía a tiros a Jaime Guzmán a la salida de sus clases de derecho (y de derecha).

Variaciones de ojos que me atravesaban. Horriblemente solo, horriblemente lejos, pensaba, pero de alguna forma aliviado de no ser uno de esos compañeros de curso de abrigo largo, de peinado corto, de libro bajo el brazo y chaleco tejido por la mamá que ellas, en el fondo, no podían más que despreciar. Feliz de tener el privilegio de ser para ellas un extraño, de ser alguna vez, cuando me atreviera a ser presentado, una novedad irresistible.

–¿Doctor qué? –insistía la Consuelo en preguntar por mi inopinada presencia que parecía incomodarla más que maravillarle.

–No te preocupes, es una cosa medio Almodóvar –explicaba Jaime Sepúlveda, el encargado de escribir conmigo los guiones.

–Pucha, a mí me encanta Almodóvar –decía la Tita Colodro, productora del programa y hermana de la directora, quien trabajaba en el canal desde su fundación, en tiempos de Frei Montalva, pasando por todos los años (17) de Pinochet. Almodóvar, Rossy De Palma y Carmen Maura, todo lo que los directores de televisión podían admitir de vanguardia y delirio. Un nombre en clave que permitía casi todo: las faldas cortas de la Diana, el uso indiscriminado de la palabra "cult", "bomb" y "freak" por parte de Fuguet, los videoclips de Lou Reed con John Cale presentados por Iván Valenzuela, los arbustos en forma de pájaros y dinosaurios, y el sillón que hablaba con la voz de Miguel Barriga, el vocaindenta de Sexual Democracia, grupo cómico de rock que también estaba a punto de triunfar… y que no triunfó nunca.

–Escenografía del doctor Amor –ordenó el jefe de piso y aparecieron de la nada tubos de ensayo, pipetas, pizarrones de laboratorio y humo de hielo seco. Asustado como animal que va al matadero, salí con mi bata blanca y mi guion ensayado a medias. La voz congelada en mi garganta no sabía qué estaba diciendo y qué no. Caminaba con miedo a tropezarme. Katherine, que tenía cuatro años más que yo, pero era en todo infinitamente más joven, me ayudó a no perderme. Caminamos por la escenografía llena de trampas, tratando de fingir el coqueteo que tan bien nos salía con Jaime Sepúlveda cuando lo ensayábamos en su oficina. Los camarógrafos, los jefes de piso, los productores, no parecían inmutarse ante ninguno de mis chistes. ¿Se escucha? ¿Se entiende? Quería preguntar, pero no podía.

Me agradecieron cuando terminé.

–Gracias, doctor Amor –me sonrió la Katherine. Y volví a la sombra, del otro lado de las cámaras y los cables. Ensayamos otro libreto y después hubo cambio de editorial. No volvieron a llamarme.

La victoria del Pato Lucas

Antes de irse a Lisboa (*El invierno en Lisboa*, otro título de esa época), Pablo Azócar insistió en que me contrataran como columnista ocasional en *Apsi*. Los italianos u holandeses que financiaban la revista durante la dictadura habían dejado de hacerlo, lo que había obligado a irse a los cocineros que servían el almuerzo y a la mitad de la planta de periodistas. Se esperaba que el nuevo gobierno, lleno de amigos, avisara en las páginas. Con esa esperanza habían contratado un nuevo equipo, que estaba encargado de convertir la vieja revista *Apsi*, la menos épica, la más moderada y moderna de las revistas de oposición a la dictadura, en la revista del "destape" a la española. Al *Apsi* (sigla voluntariamente ambigua para que la censura no tuviera nada que reprocharle) le habían añadido un "Lo que viene" a modo de epígrafe. ¿Qué viene? Las páginas satinadas se llenaron de color berenjena y rojos y verdes brillantes también. Una mujer imaginaria, de nombre Patricia Sucker, contaba sus aventuras sexuales para dejar paso a un correo del corazón. Azócar se internaba en Bellabestia, como se bautizó a Bellavista. Travestis, rockeros y escritores empezaron a circular en medio de las tradicionales páginas de coyuntura política que luego, muy luego, dejaron de hacerles gracia a los amigos de La Moneda, quienes prefirieron que el Estado siguiera avisando en *El Mercurio* y *La Tercera*.

Azócar me guió entonces hasta el tercer piso de la mansión súbitamente vacía de mujeres con senos traviesos y sonrisas inesperadas. Me esperaba Rafael Otano con su bigote, su calva, su cuerpo delgado, enjuto, su acento navarro. Lo flanqueaba Roberto Merino, serio y marcial como un pope griego. Azócar se incorporó a la santísima trinidad. Parecía la foto de un comité revolucionario, el barbudo sin merced, el jefe de calva y bigote y el joven poeta de pelo revuelto y abrigo largo.

Otano me preguntó qué traía. Le mostré una alabanza al Pato Lucas, el de *Looney Tunes*: siempre enojado, siempre queriendo ser más

astuto, el más irónico y eternamente derrotado por el distante y desapegado Conejo de la Suerte. Lo leo ahora y suscribiría cada palabra. Sin embargo, la inocencia desatada, la necesidad de impresionar, de chocar y de ser alguien me avergüenzan profundamente. Opinar con esa gratuidad, sin peso ni responsabilidad, pienso ahora, fue una forma de salvarme de Héctor Ortega. La opinión me liberó de la cárcel de la ficción, de ese personaje que había terminado por confundirse conmigo mismo. No sería ya José Donoso o Carlos Droguett (un escritor que nadie leía, pero del que todos hablaban con admiración), ni Faulkner ni Kafka. Estaba condenado a ser el payaso, el mono sabio que era de niño, un personaje de circo, un intelectual público, como dicen los gringos, un intelectual en público, un actor que recita sus propios monólogos en el escenario nunca solitario de la prensa.

Sigo viviendo de opinar. Sigo diciéndoles a todos –y a nadie– cómo deben pensar. Lo hago por juego, con la desesperada ansiedad con que juegan los niños. Jugar a ser alguien para no desaparecer en la nada. De ahí viene mi autoridad, de la urgencia de escribir, de la necesidad imperiosa de encontrarme la razón como quien la perdió debajo de la cama, buscándola desesperadamente, con el cuerpo entero debajo del catre donde retozan los adultos. Escribir ha sido eso, esconderme debajo de la cama de los grandes y el armario a oscuras. Tenía 20 años, ni título ni poder público ni privado que me apoyara, pero tenía ese derecho y ese poder: cabía en todas partes y sabía esconderme para escuchar lo que decían los grandes. No hacía, al escribir, nada distinto de lo que solía hacer a los tres años: levantarme sobre la mesa de la casa del embajador de Francia y repetirles a los asilados sus mismas promesas, lemas, gritos y manifiestos, para que no se desesperaran. Repetirlo en el orden que dejaba la infancia, más literal aún, más inocente también, menos ambiguo, más cruel, como son crueles los niños que mienten muchas veces, pero nunca dejan de decir la verdad.

“No vamos a leerlo delante tuyo. Vamos a leerlo con calma y después decidimos”, decretó Otano. Su profesionalismo y sangre fría me dejaron sin palabras, onda *El País* o *Ajo Blanco*, esos inaccesibles estándares bajo los que medíamos entonces nuestros intentos.

Estos lo están haciendo de verdad, pensé, seguro de que tampoco allí lo lograría. Por eso me sorprendió que el propio Otano me llamara apurado a la casa. Le faltaba un párrafo a mi artículo del Pato Lucas. Fui a la revista. No quedaba nada de la calma profesional de Rafael

Otano. Llevaba dos días terminando su columna, siempre lúcida, de coyuntura política. Sabía que terminaría a las dos de la mañana, justo cuando la revista se iba a la imprenta.

–Falta un párrafo para llenar los caracteres –me dijo. Yo no sabía qué eran los caracteres ni que mi columna debía tener una cantidad exacta de palabras y espacios en blanco. Me senté como los periodistas de verdad ante una máquina de escribir y en cuanto empecé a teclear, descubrí que no se marcaban las a. Le pregunté a Otano qué debía hacer.

–Escribe a mano –me dijo apurado. Agregué, con mi ilegible letra, un párrafo al artículo que la Chandy, la maqueteadora de la revista, transcribió apurada para dar por terminado al menos ese pliego. Así ingresé al equipo de la revista. No se habló de plata. Nicanor, el contador de la revista, iba acumulando mes a mes las colaboraciones impagas, cancelando con un mes de atraso primero, luego con dos, tres, un año, dos años... Como nadie ahí veía televisión, me ofrecí a ser el crítico y conseguir, de paso, una frecuencia estable. Otano, el editor que había sido cura escolapio y que de alguna manera no había dejado nunca de serlo, le puso a mi columna “Limbo Catódico”. Me saqué una foto con anteojos negros para ilustrar la página. Era una página morada o verde que iba en medio de la “Guía de Pecadores”, como se llamaban las páginas culturales.

Quizás esta era la razón profunda del fracaso de la revista: trataba de vender atrevimiento, sexo y destape en manos de un ex cura y varios torturados, llenos de eso que justamente estaba prohibido: la culpa cristiana.

Noticias de un secuestro

Para saltar de las páginas de cultura a la portada, propuse pasar 48 horas despierto viendo televisión. La televisión por cable no había llegado todavía a Chile y solo el nuevo Canal 4, propiedad de unos audaces ex partidarios de Pinochet, transmitía toda la noche videoclips de The Cure e Inxs. ¿Quién recordará en 10 años más a Inxs, grupo australiano cuyo vocaindenta terminó estrangulado en su pieza de hotel tratando de conseguir la erección perfecta?

Encerrado en el hotel Fundadores, que tenía convenio con la revista, probé tres distintos controles remotos. Me vigilaba una montaña de Bloody Marys de tarro dispuesta para la llegada de las visitas que los jefes habían invitado para presenciar el récord. Mi cuaderno de notas estaba lleno a rabiar de frases lanzadas al pasar en jardines de estudio, Anthony Quinn brindando por la victoria parcial, "que es la única que existe", mi hermano Ignacio mojando mi frente y abriéndome los ojos para no mentir, para quedarme despierto al menos hasta el final, cuando ya no llegó nadie, cuando tuve que enfrentar un calambre en el centro del estómago que una doctora toda redonda vino a atender, sin comprender muy bien qué estaba haciendo allí.

–Un reportaje –gemía, atravesado por una enorme espada sobre la cama.

–¿Un reportaje de qué? –preguntó con sorpresa.

Un experimento, debí haber explicado, porque eso era lo que intentaba. Modificar mis células. Qué miedo no salir nunca más de esa "trampa de labios", como cantaba Ángela Carrasco en el televisor, y la chalupa en blanco y negro de un video de Sting que da vueltas en redondo, y el olor a frambuesa de la alfombra a la salida del hotel, esa mañana de enero, al costado de la Universidad de Chile, un domingo donde no existí, y que anunciaba que nunca existiría, borrado del rumor de todos, invisible justamente por esa necesidad de ser mirado. Ser la portada de la revista, de ahí saltar a la pantalla misma del televisor en que miro y miro a sexólogos dando consejos sobre vaginas

infectadas, mucho llamado en vivo y concursos telefónicos, un despacho desde un hotel donde un periodista quiere batir el récord Guinness de horas viendo televisión.

"¿Cómo es esto, Patito?".

No es eso, no es nada de eso, traté de explicarles a los distintos matinales que me llamaron, que no quería el Guinness, que el Guinness era de 60 horas de televisión ininterrumpida, que yo quería el Nobel, yo quería ser el inobjetable escritor que vigila la pantalla por ustedes.

Era un intruso, lo sabía, pero no podía retroceder, tenía que seguir, no tenía escapatoria, como no la tuvieron dos días después de mi hazaña los hermanos Pablo y Alexis Muñoz Hoffman y su amigo Fabián López Luque, caminando decididos hacia el camión de Prosegur estacionado a la entrada del Campus Oriente, justo a dos cuadras y media de donde trataba de escribir mi maratón televisiva, interrumpido justamente por la noticia del secuestro en la televisión.

Ellos, mis vecinos, que podían haber sido también mis compañeros de curso o de universidad en la Facultad de Filosofía y Letras. Pablo tenía un año menos que yo, 21; Fabián y Alexis tenían 22, igual que yo. Compañeros seguramente del Chino Vergara, de Oriones, de Miguel, en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, los descolgados de la guerrilla urbana de la dictadura.

–Al suelo, conchasumadre, no se resistan –y un guardia obedece, y otro que corre. Y Fabián que dispara con los ojos cerrados para escucharlo gemir:

–No me maten, por favor, no me maten.

–Vamos huevón, vamos –ordena no saben quién, cuando ven llegar por todas partes autos de policía. Las escaleras interminables, la explanada donde el camión amarillo trata de atropellarlos. Más disparos, hasta que Pablo grita:

–¡No salen más tiros!

Su hermano ve en la escalera el cargador extraviado.

–No importa huevón. Corre, huevón corre.

Se acercan las sirenas de los pacos, las balizas de investigaciones, un gran silbido en el aire que parece fallarle en los pulmones, la tranquilidad que tratan de inventarse mientras corren hacia las palmeras de la calle Regina Pacis, donde tiene que estar el auto. Pero resulta que ya no está.

–Puta el huevón –insulta Fabián.

–Cada uno por su lado –ordena Pablo sin aliento, cuando una bala le

pega en la pierna–. Sigan sin mí, huevones –dice mientras se agacha sobre el pasto de la Diagonal. Todas son diagonales aquí, nada es como en el mapa que dibujaron en hojas de cuadernos cuadriculados que tampoco logran recordar bien. Fabián toma a Pablo, que se resiste. Alexis ayuda como puede. Se escuchan los gritos por todas partes de los policías alcanzándolos por los cuatro costados. Los helicópteros bajan sin pudor hasta sus cuerpos, el peso de la metralleta de Fabián, la pistola de Alexis, su hermano caído a sus pies.

–Corran maricones, corran –ruega Pablo, la pierna toda roja debajo del blue jean. En dos segundos o menos, las metralletas de la policía lo rodean mientras sus amigos corren sin aliento… la luz en plena cara por entre las rejas de las casas, la botillería… los árboles enanos, otra calle más grande por la que bajan hasta que no les alcanzan las fuerzas y ven otra camioneta acercarse y saltan sin saber cómo, sin saber dónde… Una casa cualquiera, donde hay autos en la cochera, niñas rubias, dueñas de casa que levantan las manos.

–Arriba las manos en nombre del pueblo. Ríndanse –les dicen a unos rehenes que no piensan ni por un segundo en rebelarse. La cocina, el jardín, el primer piso y el segundo. Una casa normal de una familia que espera que el dueño de casa vuelva de la oficina antes de que oscurezca. La madre y la empleada pasan del terror inicial a la calma cuando comprenden que sus raptores son niños, solo ni-ños más asustados que ellos. Como en mi hotel, la acción se ralentiza hasta volverse incomprensible. Llegan hasta los canales e instalan sus cámaras en las ventanas de los vecinos. Los periodistas esperan apenas protegidos por los arbustos alguna señal de la policía para disparar. Los canales transmiten en vivo y sin comerciales la negociación con los “subversivos”.

Dejo de escribir sobre mi maratón televisiva para sentarme delante de esta otra maratón televisiva, la que todo Chile sigue al mismo tiempo. No importa el récord, se pierden de vista la hora y el lugar de los hechos. Ningún control remoto sirve. Las aspas de los helicópteros, las radiopatrullas, las antenas, los satélites por todos lados. Las mujeres y los niños dicen que están bien, que no les han hecho nada, que incluso los tratan bien, que escuchen a sus captores, que son buena gente. Los guerrilleros, que por su lado no tienen más que pedir lo imposible, solicitan que repartan comida gratis en las poblaciones y un avión a Cuba, a cambio de la liberación de los rehenes. Sigue la tarde de verano sin sombra y sin piedad en el patio de la casa. Unos policías escoltados de metralletas dejan en la puerta sándwiches y

bebidas, que rehenes y captores comen juntos. Se miran como si se conocieran de siempre. La madre consuela como puede a Alexis por su hermano que está preso, amarrado a una cama de la Posta Central. El redoble de tambores de la radio Cooperativa, que cuando era niño anunciaba las protestas, ahora informa de ellos: terroristas, subversivos, frentistas. Para romper la intimidad, Fabián sube al techo a reponer la antena de la televisión. Mira desde ahí la mezquita en construcción, la iglesia lefebvrista, la iglesia ortodoxa rusa, los restaurantes chinos en Irarrázaval, el tiempo suspendido, la brisa por primera vez fría que llena sus pulmones.

–Baja, huevón, baja –le ordena Alexis, porque vuelven las conversaciones con el enemigo. Los periodistas en la vereda entrevistan por enésima vez a los pocos oficiales de la policía que tienen permiso para hablar.

–Van a soltar a los niños –anuncian extraoficialmente. Los fotógrafos en masa esperan en la reja y la niña de seis años lleva en brazos a su hermano de tres. Es la portada de las revistas y los diarios de esa semana, incluida la de *Apsi*, que a todo esto coloca mi hazaña televisiva en la esquina más perdida de la portada. No me tocaba ser famoso. La televisión que creía comprender acababa con mi propósito al reportear un secuestro en directo. Cuarenta y ocho horas de televisión ininterrumpida no podían competir contra seis horas en las que vimos los últimos estertores de la guerrilla contra la dictadura. Y el sol que de a poco bajaba entre las hojas de los árboles. Y La Moneda que repetía por cuarta vez que no iba a negociar con terroristas, aunque estaban los dos solos en la casa.

La noche cayó y toda la familia fue liberada. Por una hora o dos queda todo en un limbo, sin explicación, hasta que de pronto las cámaras avanzan justo cuando la policía les ordena retroceder. Agazapados como gatos, los francotiradores avanzan por los techos. Una orden, menos que eso, un gesto, y saltan al patio de la casa. En dos segundos o menos empiezan los disparos, los flashazos, los perros que ladran, los policías que corren mientras los periodistas protegen como pueden sus micrófonos, preguntando en voz alta si llega la señal al estudio.

Dos minutos después, todo ha terminado. Alexis muerto de siete disparos en la cabeza, Fabián todo el pecho agujereado por las balas. Después de repetir el nombre de los muertos, volvemos a los estudios centrales y el noticiario de las nueve comenta en extenso la jornada que acabamos de ver minuto a minuto.

Un día en el tiempo

Debió ser el 88 o el 89. En las pausas de un seminario para sindicalistas, los directivos y trabajadores del Serpaj (Servicio Paz y Justicia) se pusieron a rememorar el 11 de septiembre de 1973. Todo sucedía en alguna playa de la zona central de la que no recuerdo el nombre: arena amarilla, casas heladas como refrigeradores, hierbajos hasta un mar de olas gigantes y grises. Recuerdo ese frío profundo (aunque había sol allá afuera) y la ropa sin color ni brillo que cubría a los adultos que por primera vez se allanaban a hablar de ese día que cambió sus vidas, como quien habla de la graduación de fin de año, un cumpleaños, el fin de un noviazgo.

Porque ese era el ejercicio al que se habían abocado: hablar del Golpe de Estado sin heroísmo, contar lo que realmente sintieron, lo que les pasó ese día nublado en que no alcanzó a celebrarse el día del trabajador radial. Finales del invierno, comienzos de otra cosa más fría y afiebrada a la vez, la casa llena de pistolas con las que ensayaban en un potrero cerca de la facultad, los bandos de los militares, la confusión total.

Ahora sé que no había nada inocente en el ejercicio. Los miembros de esta ONG, fundada por el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, para denunciar los crímenes de la dictadura argentina desde una perspectiva cristiana, sentían o presentían que empezaba una nueva etapa: el fin de la dictadura a través de un plebiscito, la transición donde muchos de ellos volverían a ser funcionarios, es decir, a funcionar en el mundo real. El discurso heroico o patético en torno a su pasado no les ayudaba a vivir ese presente donde ya nada sería grandilocuente, definitivo, épico, donde la orden era reintegrarse. Reintegrar incluso eso: la memoria, el dolor. Necesitaban armonizar su vida personal con la histórica y contarles a sus primos y enemigos de ayer, los del otro bando, los que no tenían bando, una historia que no siguiera dividiendo el mundo entre héroes y traidores. Necesitaban que el Golpe se convirtiera de alguna forma en

pronunciamiento, para poder conversar con los derechistas que testarudamente lo llamaban así, "pronunciamiento militar". Necesitaban, para poder razonar en democracia, dejar de tener siempre la razón.

Ante mis ojos sorprendidos, la película del Golpe pasó de ser filmada por el Helvio Soto de *Llueve sobre Santiago,* a convertirse en una larga comedia de Dino Risi o el Raúl Ruiz de *Diálogos de exiliados,* esa película que habían detestado justamente porque adelantaba ese momento en que la tragedia se convertiría en picaresca. ¿Dónde estaba la verdad? ¿Cómo había que filmar el Golpe: en blanco y negro o en colores chillones? Creo que nunca lo sabré.

Mi papá contribuyó en esa tarde de confesiones con el relato de su propia entrega a las autoridades. Forzado por mi mamá, que con ese gesto pensaba protegernos a nosotros, mi papá acudió al llamado de los marinos que lo citaban a registrarse en el cuartel más cercano. Tomó, para lograrlo, una tira entera de Valium. Los guardias pensaron que se trataba de un borracho y casi no lo dejan entrar al cuartel. Sosteniéndose apenas sobre sus pies, terminó por ingresar a la oficina del jefe de guardia. Lo recibió un viejo oficial de marina (¿Teniente? ¿Capitán de fragata? ¿Contralmirante?) que se apiadó ante su calamitoso estado. Le confesó que él también se sentía socialista, pero como en Suecia, no a la cubana.

"No somos suecos, joven. ¿Usted me entiende? Estamos en Chile. El problema es la raza. Todo eso de la Unidad Popular habría sido una buena idea si fuéramos suecos. Pero somos indios mal mezclados con españoles testarudos, más unos pocos ingleses y alemanes, como en mi caso. Usted es un idealista, se le nota, mire en qué estado viene aquí: usted no le puede hacer mal ni a una mosca. Vuelva a su casa mejor. No haga más tonteras, cuide a su familia y no vuelva a meterse en problemas.

Completamente drogado, mi papá no tuvo fuerzas para contradecirlo. El piadoso oficial terminó por firmar un certificado que repetía eso mismo, que mi papá era un idealista inofensivo. ¿Volvió para la casa? ¿Se fue a Santiago? Las fechas de todo ese mes me resultan confusas. Ese día es de alguna forma –vaga, quizá pura imaginación– lo único que recuerdo. ¿Cuántos días tuvo ese mes? ¿Hizo sol alguna vez? ¿Una tarde? ¿Una mañana? ¿En septiembre o en octubre? ¿Qué día de ese mes? ¿Qué pasó cuando llegó octubre y noviembre y el verano que fue invierno para mí, porque ya estaba a finales de octubre en París?

Si me esforzara en aclararlo, sé que lograría saberlo. Sería cosa de

investigar un poco en los documentos y reconstruir un calendario aproximado de los hechos. No tengo fuerza ni para intentarlo siquiera. Quiero, de alguna manera, que ese tiempo se mantenga fuera del tiempo. En la raíz de todos los demás recuerdos está ese terror mío que no puedo expresar, que no puedo mirar de frente, de puro miedo a ver en el fondo del espejo mi cara, esa que tengo cuando nadie me ve. Dejo los hechos reducirse a anécdotas para convertirlos en eso inofensivo que se llama relato, novela, historia: el beso en la boca que mi papá tuvo que darle a la esposa de un tío en el muro de entrada de la embajada de Colombia, para disimular que estaban buscando la puerta trasera del jardín donde refugiarse; la vez en que mi abuela trató a la brigada que venía a allanar su departamento como a unos empleados encargados de limpiar las partes altas de la biblioteca, o la vez que los marinos entraron a la casa a llevarse a mi mamá delante de mi hermano y de mí.

Sobre esta escena, de la que casi no tengo ningún recuerdo, ha girado la mayor parte de las sesiones de sicoanálisis a las que he sido sometido desde que tengo cuatro años. El panadero de la esquina nos denunció, dice mi mamá. Nos atribuyeron una lista de hijos de marinos y comerciantes locales que según el fantasmal Plan Zeta queríamos matar. ¿Se había ido mi papá a Santiago? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué no nos fuimos nosotros? ¿Qué esperábamos para irnos? ¿En qué y en quién confiábamos? Esperamos hasta que los marinos entraron armados a la casa de Agua Santa en Viña del Mar a buscar armamento y quemar libros, la mayor biblioteca de marxismo-leninismo del puerto. Un núcleo ausente al que tengo que volver una y otra vez. Un horror al que no puedo acceder más que a través de metáforas y comparaciones que alcanzan apenas, porque lo que sentía me dolía justamente porque no tenía palabras con qué decirlo, porque a los tres años y medio carecía de puntos de referencia con qué compararlo. Una sensación, una vibración incluso, que no me deja terminar las series de televisión como *Holocausto* o películas como *La decisión de Sophie,* donde la madre tiene que elegir cuál de sus dos hijos va a sobrevivir. Un miedo instintivo a los perros y a los uniformes, una sensación de humillación previa a la humillación misma que me hace agachar la cabeza ante cualquier orden dicha en voz alta. Eso, y al mismo tiempo y ante esas mismas órdenes, las manos apretadas, el empeño en resistir, en no dejarme caer o decaer para vengarme algún día, para que sepan esos que entraron a mi casa de qué soy capaz.

¿Era eso lo que mató a los secuestradores de la calle Alonso de Ercilla? ¿Era la misma rabia que me hizo querer ser portada con mi triste récord? ¿Era eso nuestro destino, ser portada para que no nos olviden, con armas o con impaciencia, ser alguien antes que los enemigos disparen en la oscuridad sobre nuestros cadáveres vivientes? Repito lo que me contaron como una película que otros filman sin mí, que a mí me toca montar, musicalizar y subtitular para que tenga alguna forma. La secuencia de los hechos: las metralletas que entraron en mi casa; yo que me tiré al suelo y cubrí a mi hermano con el cuerpo; me hice el muerto, mientras le ordenaba a mi hermano de dos años apenas, que hiciera lo mismo. "No digas nada, no te muevas, deja que pasen las metralletas, los adultos, los hombres, los enemigos".

–¿Estábamos solos? ¿No había nadie para cuidarnos?

–me atrevo a preguntarle a mi mamá finalmente. Había alguien, una amiga de mi mamá, tan asustada como nosotros, quien nos cuidó esa noche que debió ser eterna y que de alguna forma se prolonga todavía. La noche en que mi mamá yació desnuda en la Academia de Guerra, entre cientos de alumnas y sus propias compañeras de universidad. Todas igualmente vendadas, amarradas, esperando su turno para ser torturadas, como consta en el Informe Rettig en el que mi mamá atestiguó, venciendo toda suerte de escrúpulos, porque a ella no le había pasado nada comparado con otras, sus amigas, sus discípulas, sus compañeras, toda esa gente que cometió el error fatal de creer lo que yo también creía: que mi mamá era capaz de protegernos a todos, que podía, que debía salvarnos del terror que terminó finalmente por morder nuestros pasos.

La leyenda y los hechos mezclados, mi mamá que le rezó a la suya, muerta y enterrada desde 1948, para que la salvara del subterráneo donde las tenían encerradas. El milagro que ocurrió al otro día, cuando un oficial le mostró la puerta entreabierta: "¿Ve esa puerta, señora? Aprovéchela, corra, corra, señora, no se dé vuelta, no mire para atrás, corra, siga corriendo nomás".

La casa de la calle Tongoy, las maletas hechas a la rápida, mi hermano y yo mirando sin decir nada –supongo, relleno, invento una escena donde no hay testigos que valgan; hay solo una sucesión de casas de conocidos, desconocidos, el asiento trasero de un auto en el que debimos escondernos para refugiarnos en la residencia del embajador de Francia, donde protegido por un casco rojo me subía sobre una mesa y ordenaba al mismo tiempo que dejaran de ensuciar

la casa del embajador y fueran a pelear a la calle por el presidente Allende, banda de cobardes.

¿Cuántos meses en que no tuve casa segura, pasando de una pieza a otra de hogares llenos de niños que no se atrevían a tocarnos y niñas que querían jugar con nosotros a cualquier precio? Y la separación de mis padres en París, cuando vivíamos en distintos hogares de curas obreros. Y ese compañero de juego, solo 15 años mayor que yo y que mi mamá se llevó a su cama y a nuestra vida. Y el colegio donde todos hablaban un idioma que no entendíamos. Y mi hermano, al que golpeaba una brigada de vietnamitas de ojos azules a la que, a su vez, yo golpeaba de vuelta. Y la cesantía sempiterna de mi padre, y el frío en los gimnasios de la periferia comunista de París en que celebrábamos toda suerte de homenajes a los caídos, avergonzado de no ser alguno de ellos. Y las canciones de puros ponchos negros que van intercambiando en sus voces la palabra fusil y hermano y sangre y señor y mañana y sangre, más sangre, hasta el infinito. Y el cantante al que le cortaron las manos los militares y la obligación de colgar en alguna parte de la casa el *Guernica* de Picasso y los anteojos de Allende y la cara de resfrío de Miguel Enríquez y los anteojos oscuros de Pinochet. El exilio dorado que nos será reprochado en Chile. Porque en Chile todo era mucho peor. Porque los que estábamos en el exterior estábamos salvados.

Según la primera siquiatra que me trató en París, decidí morir el día en que Allende murió. No me movía, no hablaba, solo golpeaba a los que golpeaban a mi hermano. Creo ahora que mi muerte no tenía que ver con algún tipo de solidaridad con Allende, sino con esa entrada de las metralletas en mi vida. Morir antes de la muerte fue mi estrategia. Soldado que arranca sirve para otra batalla, dice el refrán, y no hay forma más efectiva de arrancar de la guerra que hacerse el muerto. Acostarse sobre tu hermano, callarse, que no te vean, que no te obliguen a levantarte nunca más, que todo pase como en un sueño, como en una pesadilla, sobre tu cuerpo que ya no importa, que ya no duele.

Estaba en guerra, eso lo recuerdo yo, eso lo sé sin que mi madre o los sicólogos me lo recuerden. Siento aún ese empuje, ese mordisco, ese terror cuando leo sobre la batalla de Waterloo, la de Normandía, los bombardeos sobre Londres y Bagdad y Fabián y Pablo y Alexis en la calle Alonso de Ercilla. Entiendo a qué se refieren Lennon o Keith Richards cuando hablan de su infancia en medio de las sirenas y los racionamientos. La guerra no es algo que sucedió, sino algo que

sucede, que se repite en el fondo de algo anterior a los recuerdos.

Es esa la sensación exactamente, la de una pesadilla de la que despiertas todo sudado, sabiendo exactamente lo que sientes, pero sin poder recordar del todo qué es lo que te asusta tanto. Eso, y la forma fugitiva del sueño del que desperté para siempre a los tres años y que no me dejó dormir nunca más en absoluta paz. Es eso lo que no logro concebir desde entonces, algo que el cantante sin manos llamaba "El derecho de vivir en paz". Una canción, como tantas de Víctor Jara, que parece haber sido escrita después de los hechos y que fue compuesta antes, presintiendo, esperando, el sacrificio, la sangre, los dedos aplastados, la guitarra que no puede tocar.

Reporteando para un diario el 11 de septiembre de 1999 me tocó recibir palo y escupo de una patrulla de pinochetistas y, unas horas después, insultos y desprecio de unos familiares de detenidos desaparecidos a los que no les gustaba que hablara mal de Fidel Castro. Los primeros estaban enojados porque Pinochet estaba preso en Londres por culpa de nosotros, los exiliados, que le habíamos hecho mala fama al "Tata". Los segundos estaban enojados con nosotros, los exiliados, porque nos habíamos renovado y olvidado el compromiso con los sagrados ideales de la revolución traicionada. Lloroso frente a la sede de la Democracia Cristiana, me puse a buscar por teléfono celular a alguna amiga que me consolara. He quedado así para siempre, a mitad de camino, le dije.

Ese es mi destino. No me gustan los llantos ni las víctimas. Nada me provoca más lipiria que la voz de profundo dolor de los que ante cualquier debate lanzan a los muertos y los torturados sobre la mesa. He tratado muchas veces de comprender las razones de los otros, de los que descorcharon champaña, de los que callaron ese 11 de septiembre del 73. Trataba cada vez que podía, en las distintas revistas y diarios en los que he trabajado, de entrevistar a militares o derechistas acérrimos. Algo en mí se complacía de dolor tratando de no ser desleal con sus testimonios, aunque contradijeran el mío. Hijo del miedo, entiendo el miedo que pudo provocar en comerciantes, taxistas, agricultores y funcionarios esa horda de extraños con ideas raras, que juraban construir un mundo en que no tendrían cabida. Mi mamá y mi papá fueron castigados por sus ideas, por su militancia, pero también en parte por venir de Santiago e ir a predicar a Viña del Mar la buena nueva. No tenían nada que perder porque sentían que en el fondo nunca perderían, que el país era suyo. De alguna extraña forma les agradezco a los militares habernos recordado que eso no era

cierto, que Chile no era nuestro, que nuestros juegos, que nuestros fuegos, tenían consecuencias y un precio.

Tengo la suerte, esa suerte que mis padres no tuvieron, de saberlo de entrada. Puedo ser tonto, torpe, equivocado, pero me libré ya de ser inocente. Es quizás lo que me desconcertaba esa tarde del año 88 en esa playa del Serpaj, la inocencia de mis padres a la que no tuve derecho yo, la capacidad que tenían los adultos que vivieron los hechos de manipularlos, cambiarlos de acento y sentido, enfatizar una cosa o la otra según el tenor de sus experiencias. Es lo que yo no he podido hacer nunca con ese día de septiembre en que aprendí a contar los segundos, los minutos y los siglos, para siempre. Ese recuerdo que me rebalsa, que me resbala, no es mío, pero tampoco puedo compartirlo con nadie más. Escapa a todos los mecanismos del perdón o del olvido, es anterior a ellos, más fuerte y más invisible que cualquier terapia o reconstitución de escena, que cualquier voluntad o representación. Es parte del mito, de la inextinguible leyenda sobre la que me paro cada mañana.

No sé qué recuerdos tenían los hermanos Muñoz Hoffman y Fabián López del día del Golpe. Sé que su vida, que su muerte sobre todo, fue una repetición de ese día en el tiempo. La historia podrá cambiar, los hechos podrán ser desentrañados y corregidos; el mito no tiene otra salida que permanecer. Pasar por una experiencia te obliga, lo quieras o no, a resucitarla. Cientos de jóvenes que nacieron 10, 15 o 20 años después del 11 septiembre se disponen todos los años a quemarse las manos y apedrear todo lo que huela al Golpe. Otros defienden a bastonazos y gritos las obras de un general que dejó el poder justo cuando ellos mismos nacieron. Los testigos de los hechos, los adultos que eran grandes para ese día de septiembre del 73, han logrado quitarle su estatus de avenida y de día feriado. Los que no lo vivimos, los que lo vivimos como yo, Pablo, Fabián y Alexis, es decir de oídas, no podemos olvidar ese día en que los adultos se portaron como niños y los hombres como perros. Ese recuerdo anterior, ese pasado que no pasa del todo nunca, es más fuerte que cualquier voluntad, que cualquier idea, que cualquier deseo.

Carlos Porter

En uno de los viajes de Rafael Otano a Madrid, le tocó a Roberto Merino hacer de editor general de *Apsi*. Ocupaba la oficina del tercer piso del mismo modo en que ocupaba cualquier otra donde lo instalaban. Se mantenía parado en medio de cualquier espacio sin hacer nada, sin quejarse tampoco, evitando tocar cualquier objeto a su alrededor. Su barba negra le permitía esconder la idea misma de sus labios cuando en la reunión de pauta hablaban de las divisiones internas del Partido Socialista o la nueva estrategia comunicacional del gobierno. Apenas se discutía cualquier tema contingente, su mente se concentraba en un árbol solitario en una colina de China.

Nadie se atrevía a preguntarle su opinión. Si lo hacían, decía que sí o que no, sin pensar mucho. Nadie hubiese tenido la osadía de pedirle que fundamentara su respuesta.

"No habla, Merino", me advirtieron cuando me lo presentaron, y por eso me sorprendió que de pronto se pusiera a conversar de cualquier cosa sin importancia, retirando la cabeza hacia atrás, con un aire a soldado de la Guerra del Pacífico, interrumpiendo su discurso cada tanto con pausas –pausas de pensamiento–, como si diera por acabado el tema, para después retomar el hilo con otro ejemplo, otra anécdota, otra variación sobre el mismo tema.

Debimos hablar de televisión seguramente, ya que de eso hablaban mis artículos. Él había escrito antes que yo las críticas de televisión en el *Apsi*. Dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de que no le exigieran reportear, Merino era capaz de llenar páginas y páginas sobre esquinas legendarias, las letras de Morrissey, el Café Haití, las mañanas huyendo del colegio o la vida de Thomas Hardy; cualquier cosa que no fuese urgente o actual. Su alergia a la noticia lo había llevado a abandonar incluso sus legendarios conocimientos futbolísticos, deporte que le salvó la vida en el Instituto Nacional, donde estudió a comienzos de los años 70, evitando como podía militar en contra o a favor de los variados partidos que dibujaban

carteles en el patio, asistiendo, sin embargo, obligado por sus padres, a las marchas de todos los sectores. Tan alejado de cualquier entusiasmo épico, que miraba el de los demás con una mezcla de curiosidad y casi alegría, como quien viaja de ida y vuelta a la luna.

Para Merino, el 11 de septiembre de 1973 no era un trauma terrible como lo era para mí. O le resultaba, quizás, tan traumático como muchos otros días de primavera en su vida. Junio del 71, abril del 67, marzo del 85, meses y años que tenía perfectamente anotados en una bitácora mental y que usaba para ejemplificar cualquier cosa. No era de izquierda, no era de derecha; era un conservador sin patrimonio que conservar, vivía en otro tiempo, que era exactamente este mismo, el de los años 90, la década que trató de superar los 80 y los 70 lo mejor que pudo, viajando para atrás y adelante en una máquina del tiempo colorinche, parecida al auto que usaba Michael J. Fox en *Volver al futuro*.

Cada cual tuvo en esos años su manera de escapar a la urgencia de la memoria: el estilo, la onda, los mercados, los peinados más o menos nuevos. La mía fue Roberto Merino, la única persona sinceramente apolítica que he conocido. Perfecto transeúnte, mirón discreto, anotador de peculiaridades, Merino caminaba toda la noche sin saber hacia dónde, expulsado de su casa a veces, reclutado por mujeres para ir a comer un hot dog a una gasolinera o para hablarle interminablemente de los hijos del ex marido.

Hablábamos de eso, de nada, de todo, una colección de anécdotas que Merino, sin apuro y sin pausa, sopesando la conversación, tomando su cabeza enorme y barbada con su mano misteriosamente delicada, para seguir sin buscar nunca el asomo de una conclusión al hablar de literatura, que era el tema al que yo lo dirigía siempre. Merino resultaba una especie de puente posible con algo parecido a la elegancia del pasado. Un anciano de 30 años, pensé, que a su vez trataba de ser un anciano de 20, aunque terminaría descubriendo que en el fondo era un adolescente en “paz con los hombres y en guerra con sus entrañas”, como decía Antonio Machado, poeta al que despreciaba por el simple hecho de ser español, es decir “palabrero”. Fuera de la historia, anterior a Marx y Freud, pero completamente atento a los más inmundos chismes de la televisión, y luego, muy luego, cuando tuvimos amigos en común, a los chismes en general.

De los amigos en común se encargó Merino rápidamente. Me invitó a su casa un sábado a redactar un artículo sobre autores que habían escrito sobre Chile, sin nunca haber pisado suelo nacional. Que la

necesidad guía nuestros pasos es una verdad tan evidente que nos gusta obviarla. Merino tenía toda la infancia en Chile que me faltaba. Vivía y escribía en Santiago como si fuera natural hacerlo. Le parecía natural también que fuese parte de la historia de la literatura.

Llegué con un queso ridículamente francés colgando de una bolsa de plástico al departamento de Carlos Porter, al lado de la Plaza Italia. En la habitación más grande estaba Carlos Altamirano, diseñador en *Apsi,* quien terminaba de pintar unos soldados prusianos presentando armas en uniforme de desfile. En otra pieza nos esperaba en cuclillas sobre un mueble, Natalia Babarovic.

–Hola –sonrió cuando entré como si nos estuviera esperando. El pelo castaño, los ojos brillantes que te diseccionaban en cuatro segundos. Delgada, con pantalones y camiseta de trabajo, pintaba una tela enorme que la representaba de espalda, pintando un desnudo de ella misma también de espalda. Nada chilena, nada mediterránea, de una edad imposible de determinar, ese "hola", directo, fácil, expectante y al mismo tiempo sardónico, que era el comienzo de todo lo demás, me integró sin dificultad en una conversación que Merino y ella llevaban 10 años manteniendo, a pesar de que no conocía ni a la mitad de las personas que nombraban.

Hablaban de una fiesta infernal en que el infame Torres –una especie de ex novio de la Natalia– entró quebrando todos los visillos de las persianas. Merino se puso violento y terminó corriendo sobre los autos persiguiéndolo. No sabía dónde situar en el tiempo y en el espacio a esa pareja que no era tampoco del todo una pareja, porque él había sido su novio cuando ella tenía 16 y él 25. Habían dejado de serlo más o menos hace 10, con ocasionales recaídas y un noviazgo con la hermana mayor de la Natalia, Mariana. El departamento era desolado y blanco, no era nuevo ni antiguo. Los muebles eran viejos, pero sin gracia o armonía alguna. Nadie se había preocupado de decorar ese espacio de paso. Merino adentro de la casa usaba abrigo, las ventanas daban a un callejón sin salida. Autos, humo, el eco a lo lejos de la Plaza Italia demasiado cerca, se quejaban intensamente ese día.

Como la Tala y Roberto no se resignaban aún a tener teléfono, todos los que iban camino al centro tocaban el timbre del departamento de Carlos Porter. Ese era también el nombre de la editorial de Merino, que publicó *Arte marcial,* de Bruno Vidal, abogado que orquestaba en sus poemas voces de torturadores, y dementes de apellidos vinosos, que le puso a Merino "el rabino de la Plaza Italia". El otro libro del sello era *Sentado en la cuneta,* de Claudio Bertoni. Variación infinita

sobre el tema “Qué será, será”, cantado por Doris Day a finales de los años 50:

Qué será de la Ernestina
y de la dulce Alicia qué será
y del Gordo y
del Flaco Valenzuela
¡Qué será!
y del Cachoto
y del Práctico Pantruca
y del Ángel Face
Y de la Pati
　　tan calientita
　　tan chiquitita
　　tan “paquita” como diría la Erna
　　y sobre todo tan deseadita por todos nosotros
　　en su suéter nocturno
　　¡Qué será!
　　y del Cacerola
　　y su trompeta de oro de cobre.

Y así por 58 páginas más.

En ese libro, como todo lo de Carlos Porter, me atraía y asustaba el contraste entre su amor a la formalidad, su admiración por lo victoriano y ese vocabulario de jóvenes de los 80. La música de los Smiths de fondo y los volúmenes de Benjamín Vicuña Mackenna sobre la medicina en la época colonial, que Merino encontraba “para cagarse de la risa”, los cuadros de la Tala que pasaban por alto la existencia misma del cubismo, y lo que vino después, que volvía a Delacroix y David, pero que necesitabas desenfocar para mirar mejor.

Carlos Altamirano probó en una de esas mesas frágiles el queso que traje. Feliz de poder rezongar con su voz nasal, se quejó de las ineficiencias administrativas del *Apsi*. Un tipo de preocupación intencionalmente pedestre, que era su forma de salvarse de las otras, las preocupaciones estructuralistas-políticas-estéticas de la Escena de Avanzada, el grupo de artistas plásticos en el que cayó huyendo del maltrato al que lo sometieron sus compañeros de la Escuela Naval.

Era la regla del lugar, lo supe inmediatamente: defenderse de cualquier tentación sublime con una especie de quejido permanente contra el *Apsi*, la secretaria que se tiró a Silvio Rodríguez, la Chandi, y su metro cincuenta y mal carácter, que tenía que esperar que Otano terminara a las cuatro de la mañana las editoriales que le costaba un

mundo escribir; o Parrini y Moulian, que se tomaban cada uno una botella de vino de un golpe, como si se tratara de una mamadera. Hablar huevadas, pelar huevones, y entre medio hablar de Stevenson, Conrad, Melville –¿Gaspar Ruiz se llama el personaje chileno?, ¿*Benito Cereno* transcurre cerca de Concepción?– y Edward Lear, que escribió:

Esta era una vieja persona de Chile
cuya conducta era penosa y estúpida
sentado en una escalera comía manzanas y peras
esta vieja e imprudente persona de Chile.

¿Quién más escribió de Chile sin haber pisado suelo nacional? A ver, ¿quién más? –pensábamos mientras íbamos con Merino a comprar Coca-Cola a la botillería de la esquina. Un artículo que de vuelta al departamento no hizo ni el más mínimo amago de intentar escribir, y que yo tuve el extraño sentido común de no mencionarle más en la siguiente visita a Carlos Porter.

La sociedad de los poetas muertos

–¡Hasta cuándo los finados! A esos pobres cabros los engrupes con los muertos –se burlaba la Natalia cuando venía un estudiante de la Católica a entrevistar a Merino para que le hablara de alguno de sus amigos muertos–. Te vas a terminar por convertir en Borges o algo peor.

–Qué culpa tengo yo, huevona enferma. Yo no los mato, se mueren solos –Merino luchaba entonces contra esa leyenda: todos sus amigos morían o se mataban: Rodrigo Lira, Juan Luis Martínez, Enrique Lihn y Adolfo Couve unos años después.

¿Cómo era Rodrigo Lira?, le preguntaban los estudiantes. ¿Cómo hablaba? ¿Se reía? Se había suicidado hacía solo 10 años y ya era un mito. Un hippie viejo y calvo, ex estudiante de muchas carreras, que recitó a Shakespeare en *¿Cuánto vale el Show?* Leía en el patio del Pedagógico largos poemas irónicos sobre las distintas tribus urbanas escondidas bajo el toque de queda. Esquizofrénico diagnosticado, a Merino le resultaba totalmente normal, lleno de proyectos y lecturas raras, dueño de un entusiasmo y una capacidad de iniciativa que siempre le faltó a él.

–¿Cómo se mató?

–Trató antes de cortarse las venas, pero se le secó la sangre. Una mina en una fiesta se rio y le contó que había que hundir las venas en agua tibia para que no se secara. Rodrigo anotó. Anotaba todo. Era metódico. Hijo de militares. La semana después se mató.

–¿Y Enrique Lihn, cómo era? ¿Tú crees que yo le habría caído bien a Enrique Lihn? –pregunté yo, porque *La musiquilla de las pobres esferas*, que compré sin saber muy bien por qué en la librería Mímesis, me había dejado la impresión de tener por fin alguien en la poesía chilena que hablaba mi idioma. Aunque la única vez que lo vi, cruzando el puente Pío Nono, me espantó la mueca de disgusto eterno que tenía, las cejas torcidas de desconfianza, un mes o dos antes de morir. Lihn sin cuello, como yo, con una cara cuadrada y mediterránea, como yo.

Una cara como la mía, de caballero chileno, pero atravesada por una desproporcionada mueca de disgusto y sospecha, con el pelo salvajemente negro y joven, la falta absoluta de corbata. Lihn, que había escogido la lucidez, la crítica y la autocrítica, era una especie de llamarada, una mueca que daba miedo, pero que, supe después, viendo videos, podía también dar risa. Actuó de Tarzán y Pompier; podía, contra toda apariencia, jugar. En "La pieza oscura" confiesa eso que su cara lanzaba como un desafío:

> Nada es bastante real para un fantasma. Soy en
> parte ese niño que cae de rodillas
> dulcemente abrumado de imposibles presagios
> y no he cumplido aún toda mi edad
> ni llegaré a cumplirla como él
> de una sola vez y para siempre.

Ese secreto inconfesable volvía doblemente irónicos, doblemente heroicos, sus versos más conocidos.

> Pero escribí y me muero por mi cuenta,
> porque escribí porque escribí estoy vivo.

"Pero escribí y me muero por mi cuenta", cuando no pudo, por escribir, ni pagar la cuenta del hospital ni la del cementerio Parque del Recuerdo, un cementerio de tumbas norteamericanas que pagó Jorge Edwards, un escritor con más suerte que él.

"Porque escribí porque escribí estoy vivo", dice el otro verso, y ese sí que no miente. Vivo, terriblemente vivo, Enrique Lihn.

–Le habrías caído bien –me confirmaba Merino. Pero otros dejaban en claro que habría sido nuestro amigo solo hasta que alguno amenazara con un éxito demasiado rutilante. No le perdonó eso a Raúl Zurita y terminó por sentirse ahogado por Parra. Era terrible Lihn, vivía en guerra y en fiesta permanente, con la idea de que la literatura chilena era un escenario posible. Cuando todos se habían exiliado, él se quedó solo en Chile, inventándose una versión artesanal del estructuralismo francés, tratando de aplicar el rigor de la crítica a la desolada dictadura que terminó más o menos cuando él murió.

Claro que la democracia por la que luchó Enrique Lihn le habría terminado por indignar al final. Se habría terminado por sentir desconcertado por la Concertación. Pero no creo que habría tenido la deshonestidad de unirse a las quejas de los exiliados recién retornados. No me lo imagino dejándose llevar por la nostalgia de la

Unidad Popular, donde lo pasó tan mal. No podía simplemente disfrutar el lugar de poeta laureado que solo la muerte le daría sin pelear.

Homenaje a Lihn, agosto de 1988. Skármeta y Uribe, Fontaine, Contreras y Stella Díaz, Lemebel y Pancho Casas –aún eran las Yeguas del Apocalipsis– y Erwin Díaz, que vendía sus libros en la calle. Los recién venidos, los que nunca se fueron, los desconocidos, los decadentes, los míticos... todos reunidos en el homenaje que la Sociedad de Escritores de Chile (SECh) le brindó al poeta caído. *La sociedad de los poetas muertos*, película de Peter Weir de ese mismo año, 1989. Típico tema de conversación. Unos alumnos de colegio privado asisten al suspiro de rebeldía de su profesor, el ahora también suicidado Robin Williams, que les obliga a pararse sobre las sillas de sus pupitres y recitar en voz alta en el patio "Oh Capitán, mi capitán", de Walt Whitman, y arrancar páginas del libro. Y esa otra escena en que un alumno, en plena reunión de castigo, descuelga un teléfono diciéndoles a los espantados profesores y directivos que está Dios al otro lado de la línea. Y "Carpe Diem", vive el día, el lema que el profesor les enseña a sus alumnos a traducir, que es quizás el lema de la época. Carpe Diem.

"*Carpe diem, quam minimum credula postero"*, dice Horacio. "Aprovecha el día, no confíes en el mañana". Obligados de algún modo a la desconfianza, forzados a vivir el día porque la idea de que haya mañana era una herejía. La sociedad de los poetas muertos. La colección inesperada de difuntos de Roberto Merino que fue engrosando después de Juan Luis Martínez por Adolfo Couve. Merino que impresionaba por su absoluta falta de tristeza. Sí, el experto en nostalgia no echaba de menos a nadie.

> La llave de las cosas no está afuera –escribió en esa época.
> como tampoco adentro la salida.
>
> De solitaria, nocturna expectativa
> la lluvia amaga el fuego.
>
> Vivir, morir es un asunto
> Que siendo de vida o muerte no es urgente.

¿Sabía que esa muerte que coleccionaba lo rondaba a él también? ¿Presentía que esto estaba indento para que fuera uno más en esa indenta interminable?

Merino y la Tala compartían la admiración por esos padres que esforzadamente no hacían nada: el culto por la inacción, la idea de

quedarse quieto viendo el polvo y el tiempo modificando la relación entre los objetos. “Los jardines colgantes del polaroid”, como dice Merino en “Parque Gran Bretaña”, un poema de su libro *Melancolía artificial*:

el non sancto sepulcro de las colillas,
polillas, flores y otros testimonios.
El fin dominical de ningún viaje.

Esa especie de santidad de lo que no es santo, esa fijación en los vestigios, la borra del café, las marcas del humo y la humedad en las paredes que van y vuelven en los poemas que Merino escribía y perdía en el disco duro de varios computadores de la revista *Apsi* en esa misma época.

En el patio interior las ramas grises
y el humo del lavado, la inminencia
de una vida que es propia y no vivida

No sé hasta qué punto nada de lo que hace o deja de hacer Merino es consciente. Lo cierto es que esos mismos años reemplazó a los amigos muertos, siempre más viejos y frágiles que él, por amigos más jóvenes y sanos que él: Matías, Andrés, yo, jóvenes de buena familia y buena salud sobre todo, sedientos de escuchar de primera mano las anécdotas de los poetas muertos. De alguna forma, Carpe Diem, consejo que le parecía tan despreciable como la película, empezó a ser su lema.

Los Mudos

A Merino le hablaba de Cociña y a Cociña de Merino. Los dos tenían la misma edad –10 años más que yo– y el mismo tiempo infinito para escucharme. Todo el resto los separaba: Merino era una sola barba que parecía empeñada en devorar los rasgos de su cara; Cociña afeitado y achinado, no había roto con el niño que jugaba a ser un espía entre los grandes. Merino se quedaba inmóvil, Cociña era todo movimiento, agachado contra un viento que solo él sentía, decidido a enronquecer su voz con cigarrillos para perder el aspecto de joven de primer año de universidad, una universidad que nunca terminó. Se arrancó de la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción para vivir en Madrid. Volvió 10 años después sin un peso, con 30 recién cumplidos y su mujer embarazada de su primera hija.

Cociña no creía en la melancolía –ni siquiera en la melancolía artificial de Roberto Merino–. La nostalgia le resultaba ofensiva. En sus poemas, como en la vida, todo debía ser nuevo, limpio, útil, necesario. Le gustaba la idea de que Santiago no tenía historia que contar y que por eso era la mejor ciudad del mundo, o la única sobre la que valía la pena escribir. Leía sobre la extrañeza misma de estar parado, sentado, como un maniquí disfrazado de marino, de enfermera, de doctor, de gerente de la papelera (que es lo que fue su papá).

Me gustaba la tensión entre esos dos mundos, esas dos maneras contrarias y complementarias: los estantes sin libros de Luis Cociña en la calle Crescente Errázuriz y las cajas que nunca terminaba de desembalar Roberto Merino en Capitán Orella. Cociña reivindicaba como una especie de conquista esa falta de libros y de muebles. Pedía los libros en la Biblioteca Municipal, los leía ahí mismo o en la casa, en menos de un día. Era parte de su guerra contra la pátina o el aura, aquello que obliga a la reverencia, que impone autoridad e impide, en el fondo, maravillarte ante la banalidad de las cosas tal como son. Lo señala en un poema que corrigió durante 30 años, para terminar

publicándolo cuando ya nadie lo esperaba:

Poco se sabe de la casa que estableció el prototipo
Del modelo que nació de la nada y que sobrevivió por mucho
[tiempo
De la época de su construcción y de su primer momento
Del lugar donde supuestamente se encontraba y de sus primeros
[objetos
De cuándo fue abandonada definitivamente y de sus hitos
De su sala y su patio, su dueño y sus vecinos.

Cociña quería filmar una película entera a las 11 de la mañana, cuando la luz no es fea ni bonita. Una casa que en el día es oficina en el paradero siete de la Gran Avenida, que no conocía pero que suponía que era una prolongación de la Concepción de su infancia, una ciudad donde los terremotos y saqueos indígenas no dejaron nada en pie que tuviera más de 50 años de antigüedad. Ahí la Catedral es de cemento y hormigón, y el barrio universitario es la copia de una copia de un campus norteamericano. Eso le gustaba, la idea de la copia de una copia: algo que tampoco quiere ser auténtico.

“Trataré no de ser una invención, sino repetición”, propone en otro poema. De espaldas al río y al mar, a los mapuches del sur y a los huasos del norte, todo en Concepción huía de la historia porque estaba demasiado cerca. El cerro Caracol, el saludo con que se encuentran los francmasones, los buses llenos a reventar de obreros que se pierden en los bloques de departamentos de Chiguayante o San Pedro, barrios que solo tienen de diferente el nombre; bloques y más bloques de hormigón, cemento, casas de ladrillo, supermercados, restos perdidos de un bosque, un perro solo ladrándole a un charco infinito de agua marrón… y el cielo que se despeja y los cerros verdes, y el mar al fondo del río Biobío. Una inmensidad a la que Cociña se negaba ajustando su vida a unas pocas imágenes:

En el pie
El color del calcetín debe corresponder con el color de los
[zapatos o los pantalones
En el piso de madera
Dos calcetines medianos
Y en el parquet
Los dedos del pie se apoyan
Sobre las tablillas podridas, que se comban

En la mesa
En lugar de comer, se juega con la cuchara
Que refleja el plato
Y el tenedor pinchando
Lo que cortará el cuchillo
Y en el espejo
Una ampolleta corriente

Suburbio de revista gringa, con señoras felices en la cocina, dibujos de niños en el refrigerador y un auto también nuevo, de esa novedad de los años 60, esa época que creía que la novedad era aún posible. Todo eso que de pronto en sus poemas, se desbarranca y desnuca a la pareja feliz que no era tan feliz:

En casa, mi padre es como un perro apacible que solo es agresivo
[cuando se lo provoca
Y mi madre, como una planta no anual, pero que cuando se
[cultiva en maceta se la trata como tal
En el patio, en cambio, mi madre es como una maleza que ve
[cómo un insecto la acecha
Y mi padre, como el insecto que ve en la maleza a una sencilla
y escotada joven que, levantando su delantal, recibe las doradas
[galletas que él mismo –como hornero– deposita.

Luis Cociña, el último hijo de una pareja feliz que murió en un accidente de auto cuando él tenía 12 años, se negaba a cualquier cosa que se pareciera a la pena, la piedad o la rabia. Se negaba a ser adoptado, aunque ese era su estado natural, ser un huérfano que las tías y los vecinos adoptan. Pasaba los veranos cuidando las casas de sus hermanos mayores. Le gustaba la idea de tomar prestada una vida completamente ajena, sin poder cambiar ni arreglar nada. “No quiso los golpes ni el sometimiento de las casas de verano”, dice en su poema largo “Hablando solo”, un título que resume todos sus poemas.

No instalarse del todo era una suerte de misión. Cuando lo conocí, él y su mujer española arrendaban una pieza en el fondo de una casa gigantesca de un amigo de infancia, convertido en seguidor de Osho, profeta hindú de barba blanca y ojos severos que permitía casi todas las formas de meditación, sobre todo las sexuales.

“Esta gente que no odia a nadie, odia a todo el mundo”, descubría Cociña atraído por la idea de ser un espía en territorio enemigo. Prefería mil veces estar rodeado de Saniash, que estar en medio de

artistas e intelectuales. Se definía por oposición, la primera de las cuales había sido la oposición a su hermano mayor, Carlos Cociña, también poeta, autor del libro *Aguas servidas*, pero poeta reconocido y reconocible hasta físicamente (larga barba, cara de meditación) en su condición de poeta. No rompía sin embargo las amarras con nadie. Su forma de rebelarse era justamente restarse, aligerar el peso de las cosas que necesitaba para vivir, escribir sin publicar durante décadas, "irse por otro lado", encontrar bueno un libro que todos encuentran malo y viceversa, inventarse un criterio suyo y solo suyo, del que yo bebía de manera insaciable.

Era el más walseriano de los escritores que he conocido: quería convertirse en un cero a la izquierda, llegar al punto en que la nada se conecta con el todo. Walser le hubiese parecido interesante pero fingido. "Solo las mujeres saben escribir", decía para convencerme de leer una y otra vez los poemas de Emily Dickinson. Por cierto, si a algo se parecían los poemas de Lucho, era a los de las solteronas de Nueva Inglaterra, si bien le resultaba imposible también ignorar la vanguardia y el espanto:

Manzana es flor y kilos en sus cestas
Cortar la manzana y comérsela
Comérsela totalmente desnudo
Desnudo como un filete
Filete es perro y kilos de vacuno en sus neveras
Cortar el filete y comérselo
Comérselo completamente desnuda
Desnuda como una manzana

Esas instrucciones caían en terreno fértil: yo necesitaba órdenes más que nada en el mundo. Seguro de querer ser escritor por sobre todas las cosas, debía admitir que no tenía, después de abandonar el surrealismo de mi juventud, ninguna estética que reivindicar. Leía los libros que leían los jóvenes escritores de mi edad, tenía mis rencores y mis miedos, quizá una pinta más intensos. Admiraba a Beethoven y los Beatles, como cualquier hijo de vecino, y a Schoenberg y Paul Klee, como cualquier pedante que se respeta. Buscaba desesperadamente una ley a la que asirme, un dogma sobre el que alzarme. No era chileno, pero quería serlo. Para mí era un alivio que Cociña decidiera por mí que El buen Apetito, con su menú intercambiable y fotos anodinas, era mejor que el Bierstube, donde solían juntarse los alumnos del taller de guiones de cine en que lo

conocí. Ahí nos querían convencer de que era mejor dejar de jugar a ser diferentes y hacer cine de bajo presupuesto, con clímax, desarrollo y final, como en Hollywood o Sundance (que no es lo mismo, pero es igual). Cociña admiraba tanto como yo las películas gringas y despreciaba las pretensiones del cine europeo. Le hubiese ofendido profundamente reconocer que hacía cine arte o video arte. Dicho esto, hay que asumir que su película no contaba nada. Y esa nada era, en el fondo, el centro mismo del conflicto, lo único que le interesaba, los personajes como maniquíes en una vitrina que presentíamos que iba a estallar en cualquier momento.

Pensaba, ciegamente, que eso es justamente lo que la gente común quiere ver y que los mandos medios no entienden que la gente sabe contemplar una película como quien contempla una manzana. Nos interesaba la idea misma del pop: hacer algo que saliera a la calle, que todo el mundo viera, que no le perteneciera a ninguna minoría iluminada. En su casa analizábamos largamente las mecánicas del éxito, mientras los panaderos de la esquina escuchaban a todo volumen The Doors. Pensaba todo el tiempo en cómo vender ideas de guiones, películas, comerciales y videoclips como el que filmamos en mi casa para Los Mudos, un dúo que componíamos él y yo, los dos completamente incapaces de tocar cualquier instrumento. Si los Beatles no sabían leer partituras y los Rolling Stones solo repetían los mismos acordes machacosos del blues, nosotros iríamos un paso más allá y haríamos música sin música, pensábamos, o pensaba él por mí. Había que hacer mal las cosas para que salieran bien. Eso le enseñaron los punks que vio florecer y desaparecer por las calles de Madrid cuando Franco no terminaba de morir nunca.

“Es punk sin odio, con un poco de cariño”, decía Cociña, porque le importaba la idea de evitar cualquier superioridad moral, mirar a la dueña de casa, al contable, al niño que hace rebotar una pelota contra el muro sin explicarlo ni justificarlo, sin épica ni drama. Sobre una vieja canción de Los New Animals improvisábamos una letra que Cociña cantaba o recitaba, mientras yo, en segundo plano, estiraba las sábanas y los cobertores de la cama de mis padres. ¿No hacían videos así en MTV? En Manchester y Londres algunos grupos usaban instrumentos previamente programados, computarizados, para evitar justamente la estética del esfuerzo, del virtuosismo y del dolor. ¿No era ese el aire mismo de la época, hacer vanguardia para todo público? No explicar nada, evitar la miseria del argumento, solo desviar un poco lo más cotidiano de lo cotidiano para que podamos

ver lo extraño que es.

La Sonia, grande y asturiana, se quejaba de los dolores del último mes de embarazo. Íbamos a comprar cigarrillos, hablando de Tennessee Williams. Escribíamos a cuatro manos una obra que lo tributaba, ambientada en una casa de playa y protagonizada por un joven que irrumpía en ella, alterando la vida de todos sus habitantes. Yo pensaba que algo debía pasar en la obra, pero a Cociña le interesaba la escena, la monstruosidad de todo lo que es completamente normal. Entre medio, el guion para *Papelucho*, la serie, y un documental sobre la elaboración del pisco. Con este último, misteriosamente, ganamos un premio, el único que obtuvimos juntos. Entre frase y frase, Cociña se preguntaba si estaba a favor o en contra de ese tipo de guion, de ese tipo de historia, y de la filosofía zen y de lo que había visto en los cuadros de Tapies.

La ilusión de algo parecido al éxito brillaba lo suficiente para no desanimarle del todo. Porque Cociña trabajaba en Filmocentro, la productora en que se había hecho el clip del NO y del que salían todos los directivos de la televisión y el cine de la transición. Cociña era ahí el joven de las ideas locas, que podía renovar el ambiente un poco hippie y bastante convencional de la productora. Era la lógica de "lo que viene", del *Apsi*. La espera desesperada del destape que venía incorporado a la transición a la española que nos habíamos comprado los chilenos. Nadie sabía muy bien por dónde vendría la cosa. Cociña podía quizás ser eso nuevo que todos buscaban sin saber dónde ni cómo. Por de pronto, era la mente inspiradora de *Luna*, un programa piloto para Megavisión, el recién inaugurado canal de Ricardo Claro, un millonario que aún no le revelaba al mundo su integrismo católico.

Escena 1, interior, noche. Directo a cámara, el rostro de una modelo cuidadosamente elegida, sobre la que se refleja el agua, recitaba de un modo robótico los versos de Cociña:

Desde niña hago todo casi sin dificultad, casi sin esfuerzo
Y desde entonces, también, la gran alegría de mi profesor es
[llevarme con él a sus excursiones
–Yo me ocupo de enroscar las piezas, poniendo en ello todas
[mis fuerzas–
Hasta que un día dulcemente tiro de su manga, saltando tan
[rápido a sus rodillas, que no tiene tiempo de rechazarme
Y, creo, que se emociona, sintiéndose conquistado como nunca
[lo ha sido por ninguna mujer

Confuso trata de tomarme la mano
Pero la mía, mejor dirigida, le rechaza
Entonces recojo mi arma, y con toda mi alma se la hundo en
[el vientre
Pudiendo mostrar, así, toda mi habilidad e inteligencia
Ya que, creo, a todos –padre, amigos, hermanos, abuelos, tíos
[y amigos de la familia– les gusta ver mi demostración.

Reuniones en el Tavelli con Arévalo, apurado siempre, nervioso, probando posibles panelistas para el programa que se supone iba a ser, al mismo tiempo, un programa de arte y un informativo de tendencias juveniles. Yo estaba feliz de sentarme en la heladería naranja y blanca, donde toda la gente se sentaba a mirarse. Feliz solo de nadar en esa pecera transparente, yo que hasta ahora la había mirado desde fuera. Todos los panelistas con la camisa abotonada hasta el cuello, un viaje a Nueva York del que vienen o al que van, un peinado desigual con laca y recortes, un CD de Cocteau Twins o Cabaret Voltaire recién comprado en la disquería Fusión, justo al lado. David Lynch, Depeche Mode, *Corazones* de Los Prisioneros, las Cleopatras, *Drugstore Cowboy*, los Electrodomésticos, ciertas canciones de Upa, los cuadros de Duclós y de Cabezas y Bruna Truffa. Todo lo que quedaba de la New Wave, el rock glacial que nos tocó en plena dictadura, fiestas al fondo mismo de la discoteca, raros peinados nuevos que ofendían tanto a la izquierda como a la derecha. ¿Cómo se nos ocurrió siquiera que un programa así podía pasar por la televisión de entonces? Pelo corto, afeitado a ras, limpios, por un segundo o menos tuvimos la audacia de pensar que bastaba acabar con las metáforas para que la poesía pudiera pasar por televisión.

Demasiado viejos ya cuando los *new waves* tuvieron derecho a celebrar su victoria, el fin del Muro de Berlín y la Guerra Fría. Más allá o más acá de cualquier épica, por un breve instante pareció que la razón estaría del lado de Cociña. Fuimos informados muy luego de que efectivamente nos necesitaban, pero que necesitaban que nuestra rareza siguiera siendo rara, que nuestra disidencia no decidiera nada. La ilusión de que en el fondo el poder nos rechazaba porque nuestros hermanos mayores habían cometido el error de despreciarlo, resultó fatal. *Luna* no pasó nunca por Megavisión, los videos raros de MTV fueron reemplazados por los comerciales que en el fondo querían atraer. Los Mudos no cantaron nunca ni en vivo ni en *play back*. Lucho tuvo una hija, Carla, y pospuso la película y el libro por 10, 15 años

más.

Utopía(s)

El Tavelli era un café de muros naranja y blancos, que tenía la gracia de ser también una suerte de corredor que te llevaba de la calle Andrés de Fuenzalida al centro del Drugstore, la galería comercial en la que disponía buena parte de sus mesas. Se podía circular en él, vigilar quiénes estaban o pasar de largo cuando no había nadie interesante. En esa época pagabas antes de consumir, en dos cajas ubicadas al fondo, al lado de los helados y la vitrina de las tortas. Te sentabas en la mesa con un minúsculo papel que indicaba tu consumo. Los jugos de papaya y los cortados aterrizaban sin que tuvieras que intercambiar ni una palabra con los garzones. Creo que eso, más su inmejorable ubicación, era parte del encanto del lugar. Ahí todo era rápido, limpio, impersonal, aunque justamente ese anonimato te permitía sentarte muchas horas con un café y una soda a observar los encuentros más o menos casuales de las otras mesas.

El Tavelli era, más que un lugar de encuentro, una especie de oficina sin vidrio, el comienzo y el fin de muchos proyectos en carpetas azules, letras subrayadas, actores y directores, escritores y editores, y Jorge Díaz, el dramaturgo, sentado casi siempre solo, como si este fuese una sucursal del Café Comercial de Madrid, al que solo se le parecía por el tráfago anónimo, esa tibieza de vientre de alquiler que iba adquiriendo conforme pasaba la tarde.

El Tavelli no tenía estilo. Trataba de ser, simplemente, moderno. Transparente, ligero, viñamarino. Mesas de formalita, paraguas blancos bajo el cielo techado del centro comercial, jóvenes cesantes de la Orquesta Sinfónica tocando violonchelo y fagot delante de la librería Altamira, donde llegaban directamente de Barcelona todos los libros de portada color vainilla de la editorial Anagrama. Los discos de rock progresivo y punk los vendían en la Fusión, la disquería donde Jorge González había sido vendedor antes de convertirse en cantante exclusivo del sello, fundado allí mismo.

El Tavelli de entonces cristalizaba todo lo que quería ser nuevo, lo

que evitaba las catacumbas. Sus habitués tenían derecho a los 15 minutos de fama de Warhol. La Paula Zobeck, diseñadora de encajes rotos y ropa de niña mala que andaba siempre con el pelo parado, pasaba vigilando las mesas por las que navegaba también el Craso, un dibujante de metro noventa y barba, que había perdido la cabeza por culpa del ácido en los años 60 y mendigaba unas monedas a cambio de un retrato o si no, insultarte.

Viví cerca de ahí muchos años después y pude observar el declive de las horas, la llegada de la señora con los hematomas en la cara, la de la enferma de cáncer que vende carretes de hilo, las tertulias de Julio Retamal, las de Walter Garib o la lectura solitaria del diario de la abogada de derechos humanos Pamela Pereira. No hay un solo Tavelli, aprendí al vivir al lado, sino una declinación infinita de posibilidades encontradas, entrevistas con grabadora y todo, reuniones después de la oficina, gente que habla sola, gente que se queda callada acompañada, todo abrigado por esa falta absoluta de misterio. Porque en el Tavelli era imposible no mirar, aunque sea de reojo, las otras mesas. A eso se iba, o al menos a eso iba yo. Me gustaba estar entre las muchachas de mochilas rojas furiosas y furiosas chasquillas que miraban de reojo a Alfredo Castro, galán de telenovelas, director de teatro de la escuela de Artaud, el teatro de la crueldad, con el que compartimos mesa en el seminario *Utopía(s)*, organizado por el Ministerio de Educación en el Edificio Diego Portales.

Si tengo que señalar una fecha para designar el final de la perestroika chilena, diría que fue durante ese seminario: septiembre de 1992. Académicos de Chile y el mundo discutían con fondos públicos sobre el fin de las ideologías, la caída del Muro de Berlín... en fin, ¿qué creer? ¿Cómo creer? ¿Por qué creer? Hubo otros seminarios después, pero este era una fiesta llena de estudiantes de la Católica, revistas de papel cuché y locutores de la recién nacida Rock & Pop, que dejaron en el suelo a los locutores de perfecta modulación FM que gobernaban hasta entonces las radios locales.

Alfredo Castro representaba los dos mundos. Galán de teleseries y director de obras terribles, en las que otros actores de telenovelas también dejaban ir sus entrañas. El título del panel que debíamos compartir, “Dispositivo del cuerpo: programa, eclosión y simulacro”, era para mí un completo galimatías. Se lo hice saber en la mesa del Tavelli, sin darme cuenta de que lo había inspirado o al menos aprobado él. Otros temas del encuentro:

a) ¿Cuáles son hoy los lenguajes de la utopía?

b) Utopía e imagen, la no consumación del consumo en la utopía actual.

c) Los habitares, los espacios posibles, los espacios imposibles, o la posibilidad o la imposibilidad de un espacio.

d) Anatomía de la transgresión, lengua, lugar, abismo.

e) Utopías y cruces culturales.

f) Agujeros negros: utopía y realidad...

Quedamos de encontrarnos en el Diego Portales. Él no tenía por qué impresionar. Con su voz pausada, dulce y calibrada, habló de cómo en el escenario el cuerpo del actor se deconstruía para volver a construirse. Dio ejemplos sin nombre, pero que siempre imaginaba, no sé por qué, que aludían a Luis Gnecco, actor calvo y entrado en carnes que solía, cuando no actuaba con Alfredo Castro, hacer comedias. Me imaginaba quizás a mí mismo desconstruido en el escenario, convertido en cuerpo que se incendia para iluminar con sus emanaciones y simulacros el escenario.

Impaciente, esperé mi turno para lanzarme sin piedad contra el título de la charla. ¿Eclosión del cuerpo –me pregunté–, qué es eso, espinillas, mocos, semen? Y como si obedeciera a la perfección mis propias órdenes, salivaba el papel en que leía como quien fusila a un ejército de idiotas acomodaticios. Sarcasmos, ocurrencias, burlas. Concentrado en la cara de las niñas de la Católica que llenaban la sala, caminé feliz sobre la cuerda floja, sin saber muy bien lo que decía. Supe que había logrado mi cometido cuando una niña de pelo muy negro y piel muy blanca me sonrió como si me conociera de toda la vida.

Sus ojos achinados decían "juguemos", y empezamos automáticamente a jugar. Dimos vueltas entre los paneles de cobre y los militares en uniformes que defendían el Ministerio de Defensa instalado en medio del edificio, sí, el mismo que fue la sede de la Junta de Gobierno, el lugar donde la dictadura emitía sus decretos y lanzaba sus auspiciosas cifras y resumía la historia de Chile en apenas dos fechas: 1810-1973. Entre medio estaba 1971, el año en que Allende mandó a construir el edificio con puros obreros voluntarios, y la comida al final de la obra, una mesa infinita por la Alameda donde los mismos obreros se sentaron a comer en plena calle.

–¿De dónde se te ocurren tantas cosas raras juntas? –se acercó a mi cuerpo aún tembloroso aquella niña, Paula. En 15 segundos la miré, registrando cada detalle, como una habitación que no necesitaría ver

nunca más para simplemente habitarla: las pecas, la descalcificación de sus dientes delanteros un poco separados, la raya de caspa en su pelo negro, la blancura de su cuello, la crueldad tártara de sus ojos. Todo eso por separado y junto al mismo tiempo, como una extraña droga cubista que obliga a los objetos a girar y girar sobre su eje.

–Eres muy divertido. ¿Cómo te llamas? ¿Gumucio? ¿Tu nombre me suena de algo?

"Soy escritor", le confesé avergonzado. Quizás por ahí. ¿El taller literario de Skármeta? ¿Pablo Azócar, el *Apsi*? ¿Pancho Mouat? ¿La Carolina Díaz, que vive en Madrid pero ahora está viajando en tren por todo el sudeste asiático?

–La Carola Díaz, *olé, joder*, esa me cae mal, se cree la raja esa mina. Engrupida. ¿De dónde conozco tu nombre? Escribí un artículo sobre escritores nuevos en la revista *Caras*. Soy colaboradora. No sé si sales, parece que no... –sonrió, sabiendo que no había mejor negocio que hacerme sufrir.

Si no salgo no hablamos más, tuve la valentía de exponerme. Muerto de miedo caminamos hasta el quiosco de Lastarria. Compramos la revista de papel cuché, buscamos y buscamos. En la foto posaban los nuevos descubrimientos de la editorial Planeta. No salía, pero en la indenta, ahí perdido entre los otros miembros del taller de Skármeta, estaba.

–Viste, te nombré. Que inseguro eres. Un apellido raro, sabía que te había nombrado. Volvamos a la conferencia, van a creer que tenemos algo.

"Vámonos, ya vuelve ese tipo a acosarme". Porque con los ojos brillantes de ilusión se abalanzaba sobre nosotros el organizador del evento, Eugenio Llona Mouat. "Ven aquí, ven", decía mientras pasábamos por las conferencias, hasta que terminamos juntándonos con la Consuelo Saavedra, la del doctor Amor, que parecía haberme olvidado por completo, y con Iván Valenzuela y sus anteojos de seminarista.

Todo fluía, se movía, todo era como yo lo soñaba: joven, serio, irónico, vivo. Profesores, actrices, sociólogos, antropólogos, periodistas, escritores, incipientes lobbistas y Raúl Ruiz, ¡el cineasta que salió en *Cahiers du Cinéma*!, mitómano y chistoso y genial y un poco chanta, que nos explicó el Chile de los 90 a partir de una imagen de su época: en el restaurante El Bosco se instalaban wagnerianos en una mesa, partidarios de la ópera italiana en otra. Todo, la UP, el Golpe, la dictadura, se explicaban en esta división central entre los

partidarios de Wagner y los de Verdi.

Yo, feliz con la luz polarizada de los ventanales del edificio militar, traté de desplegar todos los encantos que llevaba meses ensayando en mi pieza. Cuentos imposibles, discos de los 60, programas de televisión raros que mi hermano Ignacio veía por mí. Ya no me bastaba la Paula, quería también impresionar a la rubia Consuelo Saavedra y otros sin nombre que se iban acercando a nosotros. Hasta que de pronto Alfredo Castro, con su chaqueta de cuero llena de hebillas y su beatle rojo, hizo una señal con la cabeza y Paula, que se había movido hasta ahora con singular libertad, terminó por irse hacia su lado. Sin despedirse, sin verme siquiera, atravesaron la puerta inmensa de cristal hacia el aire de primavera en la Alameda. Me quedé solo en el hall lleno a rabiar de intelectuales descontentos. Tímido, seguí con la mirada hacia donde se iban perdiendo. Después de una cuadra se perdieron sin que pudiera adivinar sus pasos.

Sexo, mentiras y video

La Carola Díaz me avisó en una de sus cartas desde Madrid. "Si llega a Santiago tienes que verla Gumucio. Tú, sobre todo tú, tienes que verla sin falta. Se llama *Sexo, mentiras y video,* ganó Cannes. Es tu película, Gumucio". La foto del afiche, Andie MacDowell, con sus deliciosos rizos húmedos, apuntando a los espectadores con una cámara Betacam, me confirmó la intuición de la Carola. Iba a ser mi película, nuestra, de ella y mía. El fruto de nuestro amor no correspondido por correspondencia. Semanas antes me puse a redactar potenciales críticas en mi cabeza. La película no tenía enemigos, pero yo me ponía a defenderla.

Ahora me ruboriza lo obvio que me parece todo en ella, empezando por su título, quizá la razón de ser de la película: llevar al mundo otros tantos títulos de artículos y libros del tipo: "Sexo, represión policial y video", "Sexo, candidaturas a concejal y video", "Sexo, libros y video ", "Sexo, verdades y video". Igual que *Crónica de una muerte anunciada* y *Vicios privados, virtudes públicas*, de los que se reía Pancho Mouat en el taller.

Era quizá una de las características del arte de ese tiempo: el título venía antes de la película. O del libro. Se supone que la antología de cuentos *McOndo*, de Fuguet y Gómez, marcaría el nacimiento de una nueva literatura latinoamericana. Pero era una fórmula tan perfecta, que los cuentos ahí reunidos se sentían incómodos debajo de ella. *Sexo, mentiras y video*, como nombre nada más, recogía la vibración de algo que flotaba en el aire, una promesa sulfurosa: lo pecaminoso y prohibido puesto sobre la mesa, en la crudeza de las imágenes caseras. Una idea genial: Sexo + Mentiras + Video, las partes de la pornografía descompuestas como un juguete que el espectador tenía que reconstruir solo. Pero la película era singularmente puritana: el sexo era sugerido apenas, las mentiras son castigadas y el *video tape* se convierte en un instrumento de redención personal. Ni la sombra de una teta o de un culo, apenas un gemido, todo eso filmado en

escenografías baratas, bajo la luz amarilla de las películas de *soft* porno de Joe D'Amato, con Shannon Tweed y Victoria Paris, que daban directo en video en el cine Lido de la Plaza de Armas.

Al igual que en esas películas, el sexo sugerido no termina nunca de ser real. El sexo es mentira, como las imágenes del *video tape* que aplana las sombras. Sospechaba que eso era una verdad que nos querían esconder los adultos: el sexo era mentira. Las parejas se encierran en piezas de hotel a mirar el reloj, vestidos. No hacen nada, solo se mojan el pelo y las pupilas para no decepcionar a los espectadores. O, peor aún, era una trampa en que se quedan estacionados los que no tienen la valentía de flotar, de cambiar de trabajo, de profesión, de amistades.

James Spader mira sus grabaciones semidesnudo en el sillón de su departamento vacío. Se acaricia el pecho con paciencia, mientras Laura San Giacomo le pide permiso para masturbarse en cámara. Y de repente me da vergüenza no ser impotente yo también... Tres gotas de nada resbalando por mis dedos en el baño de la casa de mis padres. El olor extrañamente limpio del semen recién salido, su viscosa blancura que no salta al techo, que no muerde nada, como decían las películas, que solo mancha el piso. Una mancha que cuando se seca se vuelve parda y huele de a poco a pescado, como todo el amor... el suave olor de los terminales pesqueros y la gente que lo intenta y la gente que lo hace viendo *Sábado Gigante*. Confesiones en el paradero que el ruidoso tráfico se lleva, la fricción de la bragueta de tu blue jeans con el cierre de la suya... Las mejillas rojas, la sonrisa incómoda. "Voy a buscar un chaleco arriba", susurraba la prima para deshacer la posibilidad del atraque. Y tú agradecías volver al frío, la risa de los amigos fumando, la otra pareja que se besaba de verdad al fondo de la sala. El miedo de ella a que se supiera demasiado cuánto le gustaba que le acariciaran los pechos.

> "Esa mina se culeó a todo su curso".
> "Es que le crecieron las tetas demasiado pronto".
> "Esa chupa el pico de entrada".

Miserias de la edad. Antes de que la vida sea posible, antes que la muerte sea decente. El cariño terrible de los padres, la complicidad de los compañeros de curso. Celebrar un mes, un año o dos de pololeo, pelearse por toda suerte de malentendido, planificar un veraneo a Chiloé o a Perú, pasar el resto de las vacaciones con la familia. Y después falta amor, no sé qué me pasa, tenemos que decirnos las

cosas, tenemos que ser sinceros, tus amigos, mis amigas, y si va a ser así mejor no seguir, no sé, estoy embarazada parece. Y tienes que decirle a los papás de la novia que parece que van a ser abuelitos, y la escena con el televisor prendido y la familia que al final se une y adopta al recién nacido como si fuese parte de la familia, porque un niño siempre es una buena noticia después de todo. Pero cargar con ese bulto... ser un niño con un niño en los brazos en la clínica que pagan los suegros...

El sexo era así, el enemigo, un terreno en el que tarde o temprano seríamos humillados. Pasaba por el Tavelli sin sentarme en ninguna mesa, a ver si aparecía la Paula de *Utopía(s)* y su mochila roja. A la Carolina Díaz le escribía cartas desesperadas rumbo a Madrid, cartas donde trataba al mismo tiempo de esconder mi desesperación. Una semana decidía que me gustaba la Leila, de la universidad. Y el Pájaro Rodríguez me presentaba a una tal Luna, a la que acababan de dejar plantada en el altar.

¿No hay algo que explique mejor a mi generación que esa escena de *Sexo, mentiras y video* en que Andie MacDowell encuentra el sexo *overrated* –palabra de moda en esos *overrated* tiempos–, mientras James Spader, con voz muy suave, le cuenta que es impotente? La complicidad erótica se establece entre ellos desde el momento en que han sido librados del enemigo, del problema, del horror que se interponía entre su deseo, la obligación de consumar su deseo más allá de las palabras. Excluido el sexo, ambos se ven obligados a hablar y a mirarse. La intensidad con que las pupilas de Andie MacDowell, pero también las de Laura San Giacomo, atraviesan el lente de la cámara con que James Spader iba coleccionando sus confesiones para sanar su impotencia. En un mundo que rinde pleitesía a la utilidad, la última de las utopías era amar lo que no se toca, como antes los machos aprendían a tocar lo que no se ama. Solo ese año 1989 un impotente podía ser el galán de una película. Pocos años después filmarían otra, *Antes del amanecer,* en que dos jóvenes guapos recorren Viena. El sexo –sida mediante– se había convertido en algo serio, algo que volvía a tener consecuencias. Las fiestas más desatadas de entonces, las Spandex, muy luego tenían por objeto pagar el tratamiento de Daniel Palma, el decorador que descubrió que tenía sida en Nueva York. Toda una generación que esperó el final de la dictadura para salir del clóset descubrió que no tenían más opción que seguir adentro. Fue la época en que el *walking closet* se convirtió en un sinónimo infinito de lujo.

Todo esto hasta que al final MacDowell, con un crucifijo gigante colgando del cuello, dé vuelta la cámara y obligue a James Spader a decir la verdad. Y así descubren que los dos odian las mentiras, que por eso desprecian el sexo, pero que ese rechazo común les permite justamente gozar juntos, puros en ese mundo manchado de deseo irrefrenable. Porque al final el amor es eso, dice la película, dos personas que intercambian la verdad antes de que sus cuerpos les permitan esconder el rubor de sus caras.

Salí del cine tan entero como había entrado. La idea de penetrar a una mujer me resultaba tan probable como viajar en una nave espacial. Era como si fuese la mujer que nadie debía preñar. Conservaba algún sello secreto escondido en el fondo de mi cuerpo, ese cuerpo que pasaba por alto sin problemas. Leía a Leopardi, porque era jorobado. Jorobado era también Kierkegaard, dedicado a dejar a la pobre Regina en la puerta del altar, porque el noviazgo era para él la metáfora del mundo, la seducción y después su contrario: el cuchillo a punto de abrir en dos a Isaac en la cima del monte, en *Temor y el temblor*, mi libro de cabecera de aquella época. Y también estaba Kafka, que no era jorobado pero que hacía mérito para serlo, seguro de contagiarles a las que amaba una noche después de años y años de cartas, su enfermedad que era y no era la tuberculosis que sufría. Volumen de Alianza Editorial, pedido prestado en la biblioteca del Goethe Institut, *Cartas a Milena* y las mucho más terribles *Cartas a Felice*, la novia que también dejó esperando a la orilla de la iglesia. El amor que se consumó más tarde en Berlín, con otra, cuando no le quedaban más que unos meses de vida y se puso a escribir sobre ratones.

Mi joroba era más invisible todavía que la de Kafka, pero estaba imbricada con la fibra más honda de mi ser. No sabía despreciar nada. Me ponía corbata para bajar a la playa de Cachagua con mi primo Marco, quien intentaba, no sé cómo, tratar de convencerme de que le iba tan mal como a mí con las mujeres. No me iba mal, no intentaba siquiera un beso. Me quedaba en la orilla misma del otro lado, temeroso de quedar esclavizado, alérgico a la idea de necesitarlas y no tenerlas después. Después... Después... ¿Cómo hablar después? ¿Cómo convencer y seducir? De eso hablaba, ahora que me acuerdo, mi conferencia en el seminario *Utopía(s)*, la desconfianza del cuerpo, el miedo ante el instinto puro y duro, la necesidad de volver a la razón que nunca había abandonado del todo. Alegaba contra el cuerpo mirando a los ojos a las niñas de la Católica que habían ido a ver a

Alfredo Castro o por el brillo de los ojos de ella, de cualquiera, de todas ellas.

La nubube de smog

El diario *La Nación* tenía una verdadera obsesión por regularizar la situación de sus trabajadores. A lo mejor era porque al lado estaba el Instituto Nacional Previsional y sus legiones de ancianos con abrigos, mostrando los papeles mal timbrados de la caja de empleados particulares, públicos, mutuales y fondos de pensiones fantasmas.

Pasé muchas tardes explicándole a un señor de apellido Larraín que no tenía interés en conseguir un contrato con beneficios sindicales y médicos. Tenía 23 años y temía instalarme en cualquier parte. Había llegado ahí porque mis jefes del *Apsi* pensaban que una forma de pagarme las colaboraciones que no me pagaban era conseguirme trabajo en *La Nación*, en el que eran parte del directorio. Pensaban que si recibía dinero por colaboraciones en alguna otra parte podían seguir distanciando los pagos de su propia revista. Nicanor, el contador que al mismo tiempo era obispo de una iglesia evangélica, movilizaba a miles de fieles mientras trataba de convertir tu sueldo en canjes de gimnasio y restaurantes. No me quejaba. Boleteaba ("asesor en artículos", decía el giro comercial de las boletas), no tenía hijos, no quería tenerlos. Con lo que ganaba, pagaba en mi casa una línea de teléfono propia y una pequeña pensión para que me siguieran aguantando en mi lugar de anciano encerrado en su pajarera, escupiendo sobre la máquina de escribir eléctrica.

En los pasillos sin ventanas de *La Nacion* caía sin avisarte algún apestado de la prensa, alguien que Agustín Edwards echó personalmente, alguien que militó demasiado vistosamente en la campaña de algún diputado de la Concertación y que había recibido a cambio un puesto en el diario. Y luego de una puerta, otro grupo de periodistas renunciaba porque el gobierno volvía a intervenir su suplemento de actualidad política, esas páginas "al hueso" que los editores se empeñaban en sacar, a pesar de saber que este era un diario de gobierno y este gobierno quería cualquier cosa menos la verdad al hueso.

Me resistía a los contratos, pero en los veranos en *La Nación* era, sin embargo, un empleado más. Hacía reemplazos en la sección de cultura. Hacíamos pauta el lunes, aunque dependíamos la mayor parte de la semana de las muertes que el cable nos regalaba. La Ana María Risco, pequeña y coqueta, a punto siempre de casarse con un periodista de economía que no se decidía, rancagüina que con su andar gatuno preguntaba en voz alta en esa oficina tan estrecha y oscura como el pasillo: "¿Alguien sabe algo de Juan Benet? Se murió recién". Y yo, con tal de no reportear las peleas en la Dibam (la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos) o la queja de algún Ramón Griffero contra la falta de políticas culturales, me hundía en el archivo del diario a escribir un sentido recuerdo de gente que nunca conocí.

Me encargaba de los centenarios, bicentenarios y cincuentenarios, también de los premios españoles, cualquier cosa en que no tuviera que hablar por teléfono con nadie. Para el Festival de Viña me prestaban a la hermana sección de Espectáculos, donde tenía que escribir columnas irónicas sobre los cantantes y los animadores de turno. Antonio Vodanovic presentando a Joan Manuel Serrat, al inexplicable Jon Secada (promesa nunca cumplida de la canción latina), a Joaquín Sabina, a quien odiaba con particular furia solo para molestar a los cuarentones y su satisfacción de bar; al humor de Sandy, un boliviano semiargentino que iba perdiendo partes del cuerpo año a año, y para terminar, a Gloria Trevi, deliciosamente alborotada, las medias agujereadas, el pelo suelto, llamando al desorden y la rebelión cuando, se supo después, era la esclava sexual de su mánager, encargada por él de proveerle jovencitas amarradas y golpeadas sin fin (entre ellas, algunas chilenas conseguidas en ese mismo festival).

A la Ana María le gustaba comparar mis columnas con las de un ex estudiante en práctica, un tal Álvaro Díaz, que según ella tenía que conocer de todas maneras.

–Te va a encantar, es como tu onda, como que no le gusta nada. Mira justo está ahí, te lo presento. Álvaro, este es Gumucio.

Vi agitarse a un vikingo incómodo, en la mitad de la sección, con su talonario de boletas de honorarios abierto. Más tímido que yo, pero grande y rubio, los ojos que evitaban mirar lo que se suponía debía mirar, vestido como si acabara de subir o bajar de una montaña en Colorado Springs. Le gustaba la idea de ser un leñador del medio oeste americano. Era su modo de traducir al idioma de la Universidad

de Chile su juventud de boy scout de la rotonda Atenas, un templo griego sin griegos entre los supermercados y casas de un piso o dos, donde la gente creía que era feliz. Me había leído, aunque no tenía la falta de pudor de decir algo tan simple como “te leí, me gustan tus huevadas”. Yo tampoco cometí el error de decir que me gustaban sus columnas. Para pasar el bochorno se puso a hablarme del grupo Queen, que había adorado cuando adolescente y que no le gustaba nada ahora, porque trataba de que le gustaran los Rolling Stones. Hablamos de eso, creo, de por qué los Rolling Stones no tenían ningún éxito en Chile y Phil Collins o Elton John sí. Y Rod Stewart, que llenó el Estadio Nacional, y Cindy Lauper, que hizo lo propio, mientras David Bowie cantó ante las graderías vacías.

La risa gruesa de Álvaro contrastaba con sus rizos de Principito. Sin esa risa y un cierto brillo en los ojos hubiese creído que sufría al hablar conmigo. Es tan raro que alguien de una especie física tan distinta, sea en el fondo de la misma, pienso ahora. Hablábamos como desafiándonos, como si todo fuera una prueba. Con sutileza de Neanderthal, llenó la boleta y desapareció en la escalera, sin la esperanza de volver a verlo. La idea de que el mundo es un pañuelo era para mí una de las tantas frases que se dicen al pasar. Si hubiese sabido hasta qué punto era imposible no terminar siendo parte de mi generación, creo que me hubiese esforzado bastante menos en ser parte de ella. De haber sabido que estaba condenado a no seguir solo, habría disfrutado más de la soledad. No me arrepiento de mi apuro, solo lo miro con distancia. Pude hacer menos y ser lo mismo, pude hacer más y tampoco cambiaría nada, las fiestas a las que te invitan y a las que no te invitan terminan por mezclarse en una sola gran fiesta ajena y propia a la vez, la de tu época. Mi época, contra la que no sacaba nada con resistirme de forma histérica hasta los 20 años, para de esa misma forma abrazarme a ella después. Es el mismo apuro que me hace atragantarme con la comida... y con las palabras.

No creía todavía en nada de eso. Leía y escribía cuentos de gente sola en departamentos que miran las luces bajar por los cerros hasta desaparecer, también ellas, en la noche y el smog. *La nube de smog,* una novela de Ítalo Calvino, me parecía lo más santiaguino que hay, si bien creo que se ambientaba en Turín u otra ciudad industrial donde se llega a vivir porque sí, porque hay que vivir en alguna parte.

> En una de esas épocas –empieza Calvino– en que no me importaba nada de nada, vine a establecerme a esta ciudad. Establecerme no es la palabra

> adecuada. La estabilidad no me interesaba; quería que a mi alrededor todo siguiera siendo fluido, provisional, y solo así me parecía salvar mi estabilidad interna que, por otra parte, no hubiera sabido explicar en qué consistía. Por eso cuando, por una cadena de recomendaciones, me ofrecieron un puesto de redactor en la revista *La Purificación*, vine a buscar alojamiento.

Yo podría haber escrito ese comienzo. O soñaba con escribirlo. Un texto que me habría costado porque era demasiado simple, contenía demasiada verdad para que pudiera escribirlo yo el año 1993, interesado entonces en definirme en cada página que escribía. Y de pronto, Calvino con un párrafo cualquiera:

> Todas las mañanas y todas las tardes seguía yendo al barrio de las avenidas tranquilas donde estaba mi oficina, y a veces recordaba el día de otoño en que había ido por primera vez, cuando en cada cosa que veía buscaba una señal, y me parecía que nada era bastante gris y sórdido para mí. También ahora mis ojos seguían buscando señales; nunca había sido capaz de ver otra cosa. ¿Señales de qué? Señales que se remitían unas a otras hasta el infinito.

Ese otoño, uno de los más contaminados que recuerdo, también leí *Los amores difíciles* y *La hormiga argentina*. En esa época era Tusquets la que sacaba a Calvino. No estarían ninguno de esos libros en mi actual indenta de libros favoritos. No porque no me gusten, sino porque se adhirieron a esa época. O quizás porque me da vergüenza el haber intentado ser un lector a la moda, que lee libros que se editan y alaban en Barcelona. O quizás simplemente porque su ligereza, eso que Calvino les pedía a los libros del nuevo milenio, es algo que aprendí demasiado bien de ellos. Qué raro era leer al fin los títulos que recomendaban en *Apsi* Pancho Mouat, Pablo Azócar o Andrés Braithwaite, gente que tenía esa maldición tan frágil que se llama el buen gusto, y encontrarme con eso que le pedía por entonces a la literatura: manos que se rozan apenas en el tranvía, el olor de una mujer que se va borrando de tu ropa mientras el amanecer también pasa por la ciudad. La ciudad era lo único que unía a todos los escritores, músicos y pintores que me gustaban. Una ciudad cualquiera, un poco francesa, un poco Los Ángeles (en Chandler); el Dublín de los primeros cuentos de Joyce, la Odessa de Isaac Babel, las ciudades de los cuentos de Chéjov, que recuerdo mejor que a los personajes; la Orán de *La peste*; el ya visitado Turín de Calvino, que sería, después, la ciudad de Pavese:

El centro de Santiago a la hora de colación. El Banco Central, el Gran Palace, el Paseo Huérfanos y en Ahumada, en el subsuelo, una Feria del Disco en la que me hundía a revisar las portadas de los CD. Las secretarias de vuelta de su colación. Y las visitadoras médicas, apuradas, terminando su cigarrillo de media tarde antes de que empiecen a gritar *La Segunda* y sea todo demasiado tarde. La sensación rara de ser parte de una película que nadie puede filmar, porque nada es menos fotogénico que el centro de Santiago del 93. ¿O era ya el 94? Achatado y secreto, lleno de galerías invisibles, cuerpos sin cuello, corbatas color crema. Tiendas de medias antediluvianas. El café Santos y sus ancianos, que cerró, claro, igual que el Hotel City, aunque este sobrevivió unos años más. Los cines continuados que intentaron renacer proyectando películas de *softcore*, para convertirse en sucursales de multitiendas donde ir a pagar las cuotas de las tarjetas. Falabella, París, Hites, La Polar (llegar y llevar) y Ripley a los pies del edificio de oro y ámbar de Huérfanos con Estado, donde había terminado por trasladarse, a pesar de su vistosa preferencia por los suburbios, mi amigo Luis Cociña.

No era precisamente su decisión. Pancho Vargas, con quien trabajaba en Filmocentro, terminó en el hospital después de un extraño dolor en el pecho. No volvió. La división de video de Filmocentro se disolvió. Los infinitos proyectos en que intentamos vendernos como guionistas no llegaron a ninguna parte. Apurado por la necesidad de llegar a fin de mes, Lucho cuidaba la oficina de la asociación de productores de cine. Colgaban alrededor suyo los afiches de las películas que se filmaban gracias a un crédito especial del Banco del Estado. *Amnesia* de Gonzalo Justiniano, *Los náufragos* de Miguel Littin, *Valparaíso* de Mariano Andrade, *Entrega total* de Leo Kocking. Películas que iban a resucitar el cine chileno y terminaron siendo, cada una a su manera, un fracaso de taquilla. Mar, desierto, paisajes, primeros planos, exilio, militares. En medio de todos esos intentos, un solo éxito, *Johnny cien pesos*, de Gustavo Graef-Marino, que sucedía justamente en el centro de Santiago, en una oficina cualquiera a la que llegaba un delincuente vestido de escolar y otros forajidos. La desvalijaban, convirtiendo su robo en un asunto de Estado, con ministros, helicópteros y metralletas.

Un thriller de esos que se enseñan en las escuelas de cine (Graef-Marino lo había aprendido en la muy efectiva Escuela de Múnich), pero también era una buena muestra del centro de Santiago. Por fin ocurría algo en esas calles, en esos cafés de sexo sin sexo, entre

vendedores ambulantes, jubilados y apurados oficinistas. La transparencia más opaca del mundo, me explicaba Luis Cociña, es lo que distingue al centro. Sí, allí la gente va a exponerse y, al mismo tiempo, a desaparecer, me explicaba con los dientes negros de tanto café. Luis, que no terminaba nunca de llegar de Concepción, admiraba ese anonimato perfecto de una ciudad casi grande, casi provinciana, donde en pocos días acababas por conocer a todo el mundo, pero donde todo era al mismo tiempo tan ruidoso y desordenado como Nueva York.

–Nadie es de aquí, fíjate bien. Todos vienen de partes distintas de Chile, pero no se nota, porque en todas partes hay un paseo Ahumada. Todos llegan entrenados –remataba Cociña.

Fumando desde alguna de esas vitrinas, mi amigo se dedicaba a desentrañar el misterio del centro a las 11 de la mañana, a las dos de la tarde, a las cuatro, siempre la calle llena a rabiar de gente que no está haciendo lo que se supone que viene a hacer, apurarse por el puro placer de apurarse. Él también era uno de ellos, uno más que fumaba en la esquina, con un cuaderno de dibujo en el que anotaba cosas, el espejo donde miraba sus rasgos de aprendiz de cosaco, el pelo entrecano ahora, los anteojos de marco más grande.

–Estoy escribiendo una novela –me decía, como si confesara así que la prosa era la forma preferente de la verdad.

Su novela, por supuesto, se oponía a las novelas que cuentan una historia, aquellas que defendía yo entonces. Esas con conflicto, desarrollo y final. Transcurría en Madrid, que según Cociña era como el centro de Santiago (y de Turín y de Orán y de Odessa y de Dublín): un lugar por el que la gente pasa sin mirar. Edificios, cines, porteros, tiendas, farmacias... bueno, muchas menos farmacias que en Santiago. Un lugar donde la gente no es de ahí, eso es lo que le interesaba al menos a Cociña. Madrid podía ser cualquier ciudad, subrayaba, si bien resultaba verosímil que llegara hasta allí el héroe de su novela: un filipino que no era más que otra versión de la niña que no envejece nunca de su guion todavía no filmado y del piloto de televisión para Megavision muerto y enterrado ya.

¿Era así? No me acuerdo. No sé por qué prefiero no preguntarle. Lucho fumaba teorizando sobre su obra rigurosamente inédita. Cuando daba señales de querer escaparme, sacaba de las carpetas los variados proyectos que teníamos juntos. El primer capítulo de *Papelucho*, una serie que queríamos que fuera tan triste como el libro de Marcela Paz. *Carlos-Carola*, otra serie para TVN, sobre un travesti

que se filmó sin nosotros cuando Ignacio Agüero, el director, no quiso negociar con el canal los cambios a nuestros guiones. Y obras de teatro y canciones... Avanzábamos apenas unas páginas y volvía a su novela para ejemplificar algo que no funcionaba o estaba funcionando demasiado bien en nuestro proyecto. Yo empezaba a impacientarme, buscando un final, una trama, y veía con horror cómo a la novela le sumaba fragmentos del guion de cine que antes había estado en la obra de teatro. Pero Lucho, ¿por qué no contar una cosa y después otra? ¿Por qué no separar los poemas de la novela y la novela del guion? ¿Por qué no salir al mundo con algo terminado, definido y después seguir con lo otro?

–¿Quieres ver algo? –se levantó de la mesa y caminó por el pasillo hasta una puerta que entreabrió apenas.

–Ten cuidado que entra viento –me advirtió. Ninguna oficina de Cine Chile estaba del todo habitada, pero esta había permanecido completamente vacía desde que la asociación arrendaba el local. Ni grande ni pequeña, una ventana que daba a otras ventanas de otro edificio la iluminaba. Los muros eran blancos y el parqué de madera.

–Mira esto –me mostró Lucho justamente sobre la capa de polvo que cubría el suelo hace meses. Era algo anterior a la mugre y posterior a la limpieza, lo que queda de los pasos de la gente en esa oficina y la restante, una obra que nadie más podía siquiera sospechar, un alfabeto secreto.

–¿Zen, no es cierto? –sonrió orgulloso.

Un suicidio

No escapaba siempre al reporteo en la sección de cultura de *La Nación*. Una vez, al final del verano, me mandaron a entrevistar a un tal Germán Marín, que acababa de publicar en Planeta una novela de 500 páginas, que era solo el primer tomo de una trilogía de tres mil páginas más.

–Exiliado –me dijeron, como para explicar por qué se me asignaba a mí el tema.

En la foto del libro, el autor se veía viejo y mal humorado. Había vivido en Barcelona, en México y en Buenos Aires, explicaba la solapa. Amigo de Raúl Ruiz, para más señas. A pesar de sus 60 años, este era su primer libro (en rigor era el segundo; el primero, *Fuegos artificiales,* fue íntegramente quemado por los militares después del Golpe de Estado). Empecé el libro, pero tenía muchas notas a pie de página. Las notas las escribía otro narrador que comentaba el texto que leía. La entrevista era el jueves y, como ya era martes, era imposible que lo alcanzara a terminar.

Al sentarme en el Café Di Roma, el lugar donde el escritor se escondía en plena vereda de Providencia a escribir y fumar, sentí algo parecido al miedo. Marín era grande, pesado, su ojos te taladraban de pura desconfianza. Sus gruesas manos estrangulaban un lápiz bic que llenaba con minúscula letra un cuaderno escolar de cien hojas.

–Un libro nuevo –me explicó con su gruesa voz de locutor de radio. Como sabía que había vivido en Buenos Aires, empecé a hablar de Leopoldo Marechal, Roberto Arlt, Borges y la revista *Sur*, Pepe Bianco, las hermanas Ocampo y hasta de Arturo Cancela, un escritor de tercera fila del que Merino me había prestado una especie de sátira política que, leída fuera de contexto (como solía leer todo Merino), resultaba un cuento absurdo.

Marín, sorprendido, aflojó la vigilancia y empezó también a comentar libros y contar anécdotas propias y ajenas con las que la entrevista se escribió sola.

–Te encontró inteligente Marín. Dijo que eras el único periodista que entendió su libro –me informó Matías Rivas en la casa de la Natalia. Rivas era ya entonces el ministro de relaciones exteriores de los Desviernes. Rivas tenía sobre casi todo el mundo un comentario terminante y final. Sin duda hubiese detestado que lo calificara de "curioso" y "sociable", pero estaba condenado justamente a eso: a seleccionar, reclutar y descalificar a extraños. Era partidario, como todos en el Desviernes, de la decencia, la tradición, el sentido común. Lo era más que nosotros, porque Rivas siempre es un poco más que el resto. Rivas venía de Roma, de Catulo y Marcial. Dominaba la perfecta construcción de un verso que destroza a un enemigo sin nombrarlo siquiera. Pero parecía, como él mismo dijo en un poema, que lo rodeara un panal de abejas zumbantes que no dejaba ver sus ojos azules, su piel en mal estado, todo nebuloso, como una foto corrida, expresión visible del movimiento perpetuo y laberíntico en que vivía incluso cuando se sentaba al borde de la mesa o al final del salón, siempre cerca de la puerta, como para poder escapar.

–Cómo odio a los hippies –decía aspirando lo que iba quedando de un pito de marihuana. Pasó de la nada al entusiasmo total por Carlos Leppe, quien iba a dejar la cagada con la exposición que estaba montando. Pero unos días después declaraba que Leppe era un enemigo contra el que preparaba venganzas bíblicas que ni siquiera se atrevía a enumerar. Los odios de Rivas se parecían a sus aficiones: obsesivos, persecutorios, fatales, pero al final plurales. Vivía de hacer indentas negras que tenían los mismos nombres que las indentas blancas. No tenía indentas grises. Nada le era indiferente, o no perdía ni un segundo de su tiempo hablando o escuchando hablar de algo que no sabía o no le importaba personalmente, desde los zapatos hasta la pornografía, desde la poesía y el arte conceptual hasta las minas y los huevones. Para Rivas todo era personal.

¿Cómo separo lo que sé ahora de Rivas de lo que me parecía entonces? ¿Puedo permitirme la ficción de ver por primera vez lo que luego recorrí por todos sus costados? ¿Qué puedo decir de alguien con quien hablo al menos una hora al día por teléfono? Alguien que se ha convertido para mi sorpresa, en mi cómplice principal. Lo leal sería volver al Rivas del 94, según las fotos, más delgado y buenmozo; según mi recuerdo, tanto o más atribulado que hoy, con sus ojos inyectados de sangre que te evitaban como los lobos rehúyen la mirada de los que no son de su especie. Obsesionado con ver todo sin ser visto. Ese espacio que fue por un tiempo la librería Altamira del

Drugstore, donde más que vender libros, anotaba mentalmente lo que leía cada cual.

–El maricón del cura Silva va al fondo de la librería a leer *Cartas de amor ambiguo* (de Allen Ginsberg y Neal Cassady). No lo compró nunca el avaro.

Desde la librería de Jorge Edwards, el más internacional de los escritores locales, podía mirar hacia las mesas del Tavelli y espiar la configuración de los desayunos, entrevistas de prensa y paseos de escritores que se acercaban a la vitrina a ver si estaba o no su libro.

–Los escritores chilenos no leen ni una huevada –comentaba, ofendido ante la ignorancia del gremio. No tenían idea de quién era Mauricio Wacquez, el mítico autor de *Frente a un hombre armado* y de unos cuentos anteriores (*Excesos*) que, según Cociña, eran lo único bueno que se había escrito en Chile.

Para Rivas, todo y todos estábamos a prueba. Necesitaba a los demás porque solo el ruido acallaba una tormenta interior. Le interesaba el control, algo que al resto del Desviernes nos resultaba incomprensible. Hijos de una época rara en ese mismo sentido, Merino, la Tala y hasta cierto punto yo mismo, nos habíamos hecho artistas porque no queríamos, porque no sabíamos, porque no nos gustaba ganar en ningún juego. Matías, en cambio, había sido educado en el Verbo Divino, colegio cuyo motor es la competencia, la burla y ridiculización del prójimo. Un sobrenombre nacido en esos patios se queda pegado para toda la vida. Incluso cuando soñaba lo hacía en términos estratégicos. Quizás nos necesitaba o nos quería porque éramos una especie de descanso. En vez de atacar, estaba siempre defendiéndose de la posibilidad de que lo humillaran distintos "rotos grises" que le habían hecho una cosa "muuuuyyy graveeee".

–Este huevón la cagóóóó, que no venga a pedir agüita después –repetía una y otra vez.

Merino se sentaba como si se tratara de una película: las batallas que Rivas ganaba, las que perdía, luego volvía a ganar y a perder luchando contra su agenda infinita de citas de hace dos días, de visitas que nadie esperaba, de urgencias que iba inventando todo el tiempo sobre la marcha.

Y estaba su decisión, inesperada, de no invitar a nadie más, que dejáramos el grupo tal cual, de mezclar los Desviernes solo con su grupo anterior, el de la fenecida revista *LO*. Unas abejas sobre un fondo blanco, una entrevista interminable al poeta Bruno Vidal, otra sobre el aborto (a favor) y una crítica a la lentitud de la transición. La

revista se reducía a Patricio Fernández, becado entonces en Italia, a Andrés Claro y a Rivas. Oficiaban en un departamento en Ismael Valdés Vergara que me pareció interminable, con un piano de cola entre las máscaras amazónicas y los estantes de libros.

–¿Qué haces? –le pregunté al impecable dueño de casa, un chico de mi edad y tamaño, con el pelo rizado, que no podía dejar ni por un minuto de preocuparse por atendernos.

–Estudio filosofía –respondió con total candor.

–¿Y qué más? –pregunté, abarcando por primera vez con los ojos todo el salón que terminaba en un balcón que sobrevolaba las copas de los árboles del Parque Forestal.

–Nada más, ¿por qué? –volvió a sonreír Andrés, resuelto a no sentirse incómodo la misma noche en que su primer matrimonio se acababa.

Distraído, yo no podía hacer otra cosa que recorrer el espacio desnudo y blanco donde se perdía una mesa redonda y unos sillones que parecían unidos por unos misteriosos cordones de esos que cuelgan de los telones de teatro. Merino y Natalia ya conocían la casa. Era la perfecta escenografía de intelectuales de las películas italianas. Me incomodaba justamente porque se parecía demasiado a la que soñaba para mí cuando grande. Algo que no esperaba, que no creía posible a los 24 años, cuando vivía a punta de boletas de honorarios, un título de profesor escondido en el trastero de la cocina y una pieza de monje sin claustro al final de la casa de mis padres. Todo eso en manos de un estudiante que jugaba a tener los mismos tormentos que los jóvenes de su edad.

–Se fue la Andrea, dice que la deprimo, dice que no sabía si podía ser feliz aquí –nos informaba de los últimos capítulos de su prematuro matrimonio. Merino trataba de convencer a Andrés de que en 10 años más esto no le importaría nada. La Tala pedía detalles. Matías fumaba pitos en la terraza.

–¿Qué piso es? –le pregunté al marido abandonado.

–Nueve. ¿Por qué?

–Tírate. Son nueve pisos. Seguro que te matas. Si no te matas quedas inválido, te sirve igual.

Andrés se quedó mirándome en perfecto silencio. Sabía que tenía que estrangularme, o que tenía al menos que echarme de su casa. Yo agravé mi falta hablando de Raimundo Tupper, el futboindenta de la Universidad Católica que acababa de saltar del noveno piso de la torre más alta de Costa Rica, y de su abuelo presidente y de la fiesta que harían los comunistas al enterarse de la noticia.

El empeño mío por provocar debió chocar con mi aspecto inofensivo. El dolor de perder a una mujer me era completamente desconocido. Pero mi insensibilidad de alguna forma despertó a Andrés. Su dolor encontró en el balcón de su departamento una súbita frontera. Decidió que yo quería salvarlo, que al no poder ser enemigos no nos quedaba otra cosa que ser amigos.

Corbata

Me puse corbata para bajar a la playa de Cachagua.

–¿No se supone que es elegante esta playa? –le pregunté a mi primo Marco Antonio, al ver que nadie más venía vestido con algo más que polera y traje de baño.

–Mira cómo nos miran –se complacía él, que tenía la facultad única de lograr sentirse siempre más fracasado que yo–, parece que tuviéramos unos neones que dicen imbéciles sobre la cabeza.

Se reía, nos reímos, los dos imaginando el cartel apagándose y prendiéndose sobre nosotros. Era lo que mejor hacíamos juntos. Reírnos de todo el mundo y de nosotros antes que nadie, compartir el cartel de idiota, yo por vestirme como nadie se viste en Cachagua, él por vestirse como todo el mundo se viste, sin lograr tampoco pasar inadvertido.

Cachagua, con sus techos de coirones casi polinésicos y sus calles de tierra dura y sus lentos burros llenos de niños colgando, arrastrados por cansados padres que iban reconociéndose en cada esquina. “Oye, ¿qué tal?”. “¿En qué estás? ¿Cómo está la Chichi, La Magda, la Cocó, la Elisa?”. Pisco sour en la terraza y ministros del gobierno de Patricio Aylwin, el primer gobierno democrático después de la dictadura. Eso, más los artistas plásticos y de los otros que aportaba mi tía, casada a su vez con un ministro. Todo eso terminando en cenas más o menos improvisadas en la casa de tal o cual vecino, que también es o sería ministro y que te conoce de toda la vida.

No sabía, no podía saber que la informalidad sin corbata era una de las señales de identidad de Cachagua, nacida como una especie de rebelión contra la vecina Zapallar, más de derecha, con más mansiones y mejor vista, aunque peor playa. Zapallar, sus cerros en eterna bruma, sus grandes pinos oscuros, sus torreones, sus jardines salvajes, sus helipuertos ocultos, donde tal vez mi corbata hubiese tenido algo de sentido. Aunque ni siquiera. ¿Quién va a la playa con corbata, en cualquier lugar del mundo?

Desnudo o vestido de profeta mapuche, con un mohicano punk amarillo y morado, no habría logrado ser más rebelde, más chocante, más raro. Juro que no buscaba eso, si bien también buscaba rebelarme contra la informalidad de esta playa, protegerme hasta el cuello de cualquier desnudez posible. Tenía 23 años, nada puede borrar ese hecho, que era lo suficientemente joven como para que cualquier gesto de reverencia fuese también un gesto de rebeldía. Era Cachagua, V Región, pero jugaba yo a que este era el Lido en *La muerte en Venecia* y yo Dick Bogart, muriendo de su propia seriedad de músico sinfónico mirando a un joven rubio que acababa de revolcarse en la arena con un bruto sin gracia.

Pero me miraban, nos miraban, ese era el objetivo. Seguían como un imán el cartel de neón con la palabra "*IMBÉCILES*", las niñas en bikini o polerón blanco, las ex alumnas del Villa María, La Maisonnette, las Monjas Inglesas, Francesas o Argentinas (en el peor de los casos). Sus pestañas salpicadas de arena, sus risas ahogadas, nos ayudaban a flotar a dos centímetros del oleaje que nos congelaba los pies. Sorprendidas por la corbata tanto como por saber qué hacía Marquito, el buenmozo hijastro del ministro de Economía, con este espantapájaros pálido que baja a la playa vestido de funcionario público.

En la noche, las bañistas se acercaban a la calle Diego Sutil donde veraneaba mi primo. La rubia Consuelo, que apenas me distinguía del paisaje cuando trabajaba en *EneTV*, volvía transfigurada en una de las amigas de la Nessi, la polola de mi primo Marco, que era también su vecina del otro lado de la calle Diego Sutil. Y la Fran, perpetuamente bronceada, con esa sonrisa desconectada como si fuese un amigo más que una amiga, y sin embargo fatalmente linda. Y la Angélica, que me gustaba aún menos y que a pesar de ser sicóloga me despreciaba abiertamente, aparecía y desaparecía sin avisar. Y la Bárbara, a la que obligué a traducir una canción de los Rolling Stones que tocaban en la radio, y la flaca Morgana, que bailaba sobre unos cubos en las fiestas Spandex; los carretes de las hermanas Viera Gallo, poblados por criaturas de sexo indefinido. El universo entero de las compañeras del Saint George de Marco y el Ale Burr, que era nuestro puente con otro universo de gente normal, de jóvenes de verdad con quienes se podía hablar de cualquier tontera.

"Esa mina se culeó a todo su curso", nos informaba uno.

"Es que le crecieron las tetas demasiado luego", decía otro.

"Esa chupa el pico de entrada", agregaba un tercero.

Entrenábamos el brazo y la mano para, sutilmente, guiar la cabeza de las niñas a las que invitábamos a ver ciertos VHS con películas de Hollywood donde la *felatio* era lo más natural. "Pero mira en la tele. Kim Basinger lo hace. ¿Tú no vas a ser menos que Kim Basinger?". O Demi Moore o Sean Young, y gente tan sana como Deborah Winger, Rosanna Arquette y Sigourney Weaver. Para qué hablar de Madonna, que para esos efectos era nuestra única aliada, siempre buscando motivos y lugares para desnudarse y contar sus intimidades.

"Le gusta por el chico, le gusta más que por el otro lado. Las minas ursulinas son así, están dispuestas a cualquier cosa con tal de no perder la virginidad. Todo, huevón, todo menos eso", sorprendía otro testimonio.

Yo, que tenía por entonces la manía de no acostarme nunca después de la una de la mañana, me iba a dormir y los dejaba a todos abajo jugando pool. Al otro día, Marco amanecía agotado y yo, sin corbata ya, vestido más o menos como había que vestir, para mi sorpresa notaba que las bañistas nos seguían con la mirada y empezaban a hablarle a mi primo como si lo conocieran de toda la vida.

No existe otra frustración que la sexual. La pobreza sería no solo aguantable, sino que deseable, si no supiéramos que las niñas más lindas se van con los que ganan más. Es quizás lo que explica por qué la Iglesia une el voto de pobreza con el de castidad. Ser pobre sería cómodo, sería simple, sería deseable si las poblaciones estuvieran llenas de bellezas rubias y morenas, si los cuerpos no decayeran tanto o más que la economía, si no supiera que los millones o la fama o la mezcla de ambos puede comprarte una entrada al único paraíso que conocemos, no solo que esas niñas de las Ursulinas o del Saint George nos miraran, sino que jugaran con nosotros, que tuvieran incluso la deferencia de mirarme a pesar de la corbata playera, o quizás por lo extravagante que esto resultaba.

Yo había buscado la fama de manera ciega, olvidando entre medio la razón profunda que motivaba esa búsqueda. Ese paseo por la playa de Cachagua me lo recordó bruscamente: tener más es un pecado, pero ser más es una necesidad. De todos los pecados el que más rápido perdono es el arribismo, porque en el fondo tiene la sabiduría de entender que esos dos verbos, ser y tener, no solo terminan con la misma letra. La recompensa por saber eso se paga en sexo o en esa cosa que lo reemplaza y se llama *glamour*.

1993: las *top models* (Naomi Campbell, Linda Evangeindenta, Claudia Schiffer) eran más importantes que las actrices o las cantantes. Una

época en que se podía llegar a la cima de las revistas sin decir ni una sola palabra. La época del videoclip, de las agencias de imágenes y comunicaciones, del retoque en las portadas de las revistas más coloridas que nunca. La santa de mi época era Teresa de Calcuta, tan arrugada y anciana, tan inverosímilmente sacrificada, que atraía a una legión de celebridades y bellezas sin par. Hasta Kurt Cobain, que se rebelaba abiertamente contra todo eso, era de una belleza insolente y solitaria.

Ser pobre o anónimo nunca tuvo como entonces menos sentido y menos *glamour*. Yo no puedo, hasta el día de hoy, quitarme la impresión de que donde hay niñas rubias o de flequillo luminoso, tengo que estar yo. Ergo, debo huir de cualquier proyecto de mujeres esforzadas y mal vestidas con problemas de gotera en sus casas. A las niñas de Cachagua las habían educado para descubrir donde había "onda" –extraña mezcla entre seguridad y locura– y por sobre todo, futuro. Vivía para mostrarles que mi rareza era en el fondo una señal de mi glorioso futuro. No tenía otra arma que escucharlas hablar de la monja sádica de su infancia, del pololo que se fue lejos cuando falló el condón, del viaje por el sudeste asiático de una amiga. Las mujeres para mí eran como el imperio del gran Kan: accedía a ellas por medio de los relatos de unos pocos viajeros que sí habían explorado su territorio y conocían su clima, sus montañas, sus costumbres. Valoraba las heridas que aquel viaje le habían producido a su protagonista: cuántos sablazos y golpes debía soportar el héroe para poder contar cómo llegó al infranqueable reino de las ex alumnas de las Ursulinas.

Pude hacer más de lo que hice, pienso ahora. Pude hacer algo, tocar un pezón, agarrar una teta, usar la energía de mi sexo para empujar la frontera de algo. ¿Podía realmente? ¿Qué habría conseguido? Besos viendo *Sábado Gigante*. Confesiones en el paradero que el ruidoso tráfico se lleva, la fricción de la bragueta de tu blue jeans con el cierre del suyo... Las mejillas rojas, la sonrisa incómoda. "Voy a buscar un chaleco arriba", se disculpaban para deshacer el atraque y tú agradecías volver al frío, la risa de los amigos fumando, la otra pareja que se besaba de verdad al fondo de la sala. "Son felices el Negro y la Loly, pero, ¿quién sabe cuánto van a durar? Es una inconstante la Petu, la Pilu, la Cony, la Moni, la Pilli, la Consu, la Rita, la Sole, la Vero, la Pollo, la Mary... El miedo a que se supiera demasiado cuánto le gustaba que le acariciaran los pechos, el miedo a que las pillaran en la siempre mal cerrada pieza y el miedo también a ser gansa, a no ser

suficientemente liberal, moderna, cosmopolita, a no estar a la altura de los tiempos que tampoco sabíamos a ciencia cierta qué significaban.

Marco tenía el sentido común de usar polera gris y short en la playa de Cachagua; podía haberme advertido de mi desatinada. No lo hizo porque en el fondo esa desatinada era la suya también. Marco había tenido la extraña idea de ir con corbata y traje, los mismos trajes y corbatas de su padrastro-ministro que usaba yo, a estudiar filosofía a la Universidad de Chile. Podía imaginar cuán inadecuado parecía en ese universo de perros abandonados y partidos infinitos de ping pong. Marco, en traje y corbata en el Campus Juan Gómez Millas, paseando como un ejecutivo atrasado entre las molotov, las lacrimógenas, con su padre biológico Miguel Enríquez, mártir inconcluso de la revolución chilena, pintarrajeado en todos los murales.

–A tu papá le daría vergüenza que existieras, huevón traidor. Concha tu madre, huevón vende patria. Vuélvete a París, hijo de puta. No tienes nada que hacer aquí –le lanzaban a la cara sus compañeros de curso–. Ándate a la Católica, traidor concha tu madre. Tu verdadero papá es el traidor de Ominami.

Porque ese era el problema que estos estudiantes de filosofía no podían resolver: ¿de quién era hijo su compañero de curso? Era el hijo de un ministro de la transición –como tantos que estudiaban allí y abjuraban de sus padres y fumaban marihuana en el patio hasta titularse. Pero era también el hijo del héroe del MIR. El punto es que era las dos cosas. No le bastaba con ser la mascota del movimiento.

Hay gente que vive para hacerse un nombre. Marco estaba destinado a deshacerse y volver a hacerse de nombres prestados, regalados, fugitivos. Hasta los nueve años fue Marco Gumucio, porque con su padre clandestino resultaba imposible inscribirlo en el registro civil. Por años fue, ante todo, el niño que mis abuelos criaban en su minúsculo departamento de París. Una vez reconocido por su abuelo en México, de un día para otro empezó a ser Marco Enríquez, hasta que a los 30 años, a la misma edad en que murió de un disparo su padre biológico, agregó el Ominami, el apellido del novio de su madre que también lo crió en París. Cuando se hizo diputado y candidato a la presidencia de la República la primera vez (cristalizando la crítica autoflagelante a la transición política chilena), la prensa lo llamó MEO, convirtiendo a sus adherentes en meístas, nombre del que trató de deshacerse en las elecciones siguientes, explicando que MEO era el nombre de su perro, no el suyo.

¿Qué hacía ahí en la boca del lobo, pudiendo escapar de mil formas?, me preguntaba yo entonces y me sigo preguntando ahora. ¿Qué hacía en una facultad donde había que elegir perpetuamente entre los heideggerianos, que trataban de disculpar el nazismo del maestro, y los marxistas, que no leían por principios a Marx? ¿Cómo se le ocurría escoger la tercera alternativa y volverse hegelianocomunitarista?

Cuando niño me abismaba su capacidad de ser un niño normal, que iba a ver *La guerra de las galaxias* y se compraba botas rojas de Superman. Viajaba a Cuba a inaugurar hospitales con el nombre de su padre o descubría en México que siempre había tenido una hermana, pero se olvidaba luego y volvía a ser el niño que inventaba conspiraciones de los gitanos contra él y que quería jugar con nosotros, porque éramos los primos grandes. En Chile estudió en la Alianza Francesa y en el Saint George, y vivía en un departamento en Augusto Leguía con los vidrios polarizados. Y las minas y los amigos y su cara que se alargó, resultando más llamativo para las mujeres. Estudió economía un año, donde ser el hijo de Miguel Enríquez no era un honor sino un agravio. ¿Quizás en la Universidad de Chile buscaba que alguien lo comprendiera? Los revolucionarios del verde bosque y de la cancha de baby no habían perdido la mitad de sus tíos bajo la tortura o la demencia del exilio. La dictadura, que combatían aunque no existiera ya, no les había cambiado la vida ni la mitad de lo que lo había hecho a Marco.

No eran capaces de comprender esa sutileza. Daba lo mismo, con dictadura o sin ella, con democracia o sin ella, ellos eran los perdedores y Marco, que lo había perdido todo varias veces, era un ganador. ¿Cuánto de eso comprendía el propio Marco Enríquez del año 93? No sé. Le excitaba el temor terrible de pasar de ser extranjero a ser el que anuncia con su nombre el fin de la revolución y el comienzo de la metamorfosis. Iba a clases rodeado de silencio y de los escupos en el suelo. Producía documentales sobre tribus perdidas del fin del mundo y acciones raras de las Yeguas del Apocalipsis, que estaban oficialmente enamorados de él. Se le ocurrió ser candidato a presidente de la FECh, a pesar de la oposición –algo tibia, hay que decirlo– de los militantes de su partido. Iba más rápido que sus reparos. Trabajaba en esas horas que sus compañeros no sabían que existían. Sacaba revistas y programas de televisión, dejando a todos en la sede central de la calle Dieciocho enojados, pero sin respuestas.

En medio de esa campaña conocí a Ángel Carcavilla, un estudiante de la Universidad Diego Portales que caminaba con la lentitud

cuidadosa de un animal de otra especie. Lo era, sus padres habían llegado en el Winnipeg, el barco de los exiliados republicanos españoles. Su padre había muerto cuando él tenía cinco años, solo con él en la misma pieza. Su madre se había ido a Argentina con su padrastro. Flotaba sin casa entre mantras y maldiciones satánicas, seguro de que su destino era ser extremadamente famoso. Era dulce cuando no estaba destrozando con dos frases –o con una sola sonrisa– a toda la gente que le parecía inferior (o sea, todo el mundo). Seguíamos en los estudios de la facultad las piernas de la Paula Larraín, que tenía que presentar el programa de televisión que Marco producía para la FECh. Parecíamos sintonizados, amigos desde hace siglos, odiando la misma gente, riendo de lo mismo desde el fondo de la sala, hasta que, sorpresivamente, supe que Ángel y Bernardita, su novia, habían decidido odiar a Marco después de que el programa de la FECh no saliera aprobado por el directorio de la misma.

–¿Te hizo algo? ¿Por qué te cae mal? –le pregunté.

–No es confiable –me dijo. ¿Pero tú eres confiable, Ángel, por favor? Trabajas en la tele con Gonzalo Bertrán trasladando el "televisor mundialero" por todos los lugares en que se juega fútbol, un deporte del que no sabes absolutamente nada; te encanta la plata, pero defiendes la vida macrobiótica y las ballenas. Somos lo mismo, solo que a otro grado, con más contacto, con más historia, pero es nuestra historia, Ángel, la de los huevones que no pueden ser consecuentes con algo porque lo son con muchas cosas al mismo tiempo.

–¿Viste? Me odian –me decía Marco, cuando le comunicaba las aprensiones de mi nuevo *casi* amigo Carcavilla.

–Nadie te odia, huevón. Puta el huevón paranoico. Nadie odia a nadie, la gente no tiene energía para odiar a la gente que no conoce.

Tendía a extrapolar mi propia incapacidad para odiar por más de una semana a nadie (la misma razón por la que soy incapaz de llevar un diario de vida). No comprendía que la generosidad que ponía a disposición de todos –directores mediocres, dirigentes más mediocres del Partido Sociaindenta, sus privilegios de nacimiento– era una forma sutil de ofensa. Marco le parecía a Ángel incluso una mentira, sobre todo cuando decía la verdad. Porque su verdad parecía de novela: el niño que cambia de nombre, de país y de padres cada 10 años, que trata de convencerte de que es como tú, pero que siempre saldrá por otra puerta, que siempre tendrá otra vida.

Escuchaba a mi primo, con el que empezamos a filmar películas. Entendía su drama mejor de lo que podía entenderlo el 90 por ciento

de la población. Sin embargo, había un 10 por ciento que no entendía. Una zona de sombra. Mis amigos vivían en Ñuñoa como si estuvieran en Bloomsbury, Londres. Los había escogido porque no podían juzgarme. A su modo, cada uno tenía una rareza tanto o más complicada que la mía. No teníamos conflictos políticos, pero yo no esperaba de ellos la menor valentía, claridad o lucidez. Me aceptaban y yo aceptaba que estábamos jugando.

Marco no tenía eso. No lo tenía porque la relevancia era un deber visible en su familia. Eso yo también lo sentía, aunque me juntara con Cociña para conseguirla por la retaguardia, donde nadie me esperaba. Marco se fue de frente a perder una elección perdida de antemano, una elección que sin embargo le hizo ver a sus enemigos su irrelevancia, provocando una rabia que, el delicado pariente que hacía todas las latas que el resto de la familia no quería hacer, no podía merecer. ¿Qué lo llevaba a ser complicado y distinto en un lugar, la Universidad de Chile, en que era imposible que lo comprendieran? ¿Pensaba que merecía el castigo o sabía que no podía escapar a él?

En la facultad le advirtieron en todos los tonos, hasta que un día Marco vio cómo se quemaba en el estacionamiento el auto que su madre le prestó.

No renunció a la carrera. Dio su tesis sobre Charles Taylor, el comunitarista inglés, sacó el título sin pensar ni un solo minuto en ejercer la profesión. Estaba ya produciendo cinco películas al mismo tiempo, llenando su agenda de *post-its* y más *post-its* con su letra minúscula, para cubrir cada hora con dos o tres actividades simultáneas.

Año Nuevo de 1994

–¿Invitaste a alguien al final? –le lanzó la Natalia a Merino.

–Huevona, no te preocupes, invité a todo el mundo.

–No me importa, es asqueroso el Año Nuevo. ¿Para qué hicimos esta huevada? ¿Quién quiere ver gente? Es lo más deprimente del mundo el Año Nuevo –se siguió indignando Natalia, contra los peucos, rapaces de baja altura, obsesionados por encontrar minas en cualquier parte. Organizar un Año Nuevo era lo contrario de todo lo que sucedía allí. No había nadie más que nosotros: Machuca, Langlois, Merino, la Natalia, la Mariana y su hermana, la Cony Acuña y Andrés Claro, que trajo las tortas. A las 11 de la noche llegó Cárdenas, tan inglés como nosotros, pero Mod, esos londinenses de mitad de 1966: The Small Faces, The Who. ¿Tú cachái esa onda, viste *Quadrophenia*?, y el montgomery sobre el chalequillo rojo furioso que Cárdenas, moreno y completamente lampiño, no podía ni quería permitirse.

–Bienvenido a los oscuros territorios de Cárdenas –te avisaba con la voz enronquecida de amenaza, cuando bajabas la calle Manuel Rodríguez. Ese barrio de palacios con nombre y apellidos derruidos, mansiones abandonadas o habitadas por comandos del Ejército en calles como Gorbea, José Miguel Carrera y Domeyko, donde vivía con sus seis hermanos, a dos cuadras del taller en que pintaba el Santa Lucía oscuro, las vitrinas con banderas inglesas; o la Alameda con Diagonal Paraguay, cuando el último rayo de luz era reemplazado por los faros de los autos. Entre un cuadro y otro se perdía varios días en el sueño de la ketamina, un anestésico para gatos. Se despertaba a veces en Valparaíso, otras veces en un sitio eriazo al final de Departamental.

–Ves tu propia muerte. Tu entierro, tu ataúd y vas más allá.

–¿Pero qué ves, el paraíso o el infierno? Nada de eso, la muerte nomás, como un alivio, como una especie de fiesta, tu cadáver, tu entierro tal vez, una oscuridad que no duele ni asusta ya. Tú eres judío compadre –me lanzó Cárdenas a quemarropa, porque había

descubierto que los judíos eran todos inteligentes.
–Yo soy judío también. Cárdenas, sefardita, más judío que la chucha, huevón. Mira Merino, ese huevón sí que es judío –todo lo que decía tenía ese tono de desafío escolar que ponía nervioso hasta al más calmado.
–Huevón, yo soy un caballero, lo más importante es ser un caballero en la vida –siguió lanzando Cárdenas con un vodka transparente en la mano.
–¿Tú eres Gumucio? Son unos rotos todos aquí, ¿no es cierto? –Y no sabía si tenía que decir que sí, no o más o menos.
–Suede, huevón, son como los Smiths, pero más maricones –se entusiasmó al escuchar la música de fondo. Pegado a una lámpara de velador, solitario, se puso a cantar con la luz directa en la cara.
–Puta la huevada desastrosa –sonrió Mariana, la hermana de Natalia, que Matías llamaba Petra von Kant por las amargas lágrimas de la película de Fassbinder. "Inoculadora de angustia", se quejaba Rivas, que apareció en la puerta sin atravesar el umbral. Eran las 11 y media, las 11.40, eran las 12 y no nos quedaba más que abrazarnos entre nosotros, dispuestos a admitir que esto había sido todo: los amigos de siempre en esa casa de siempre. Un fracaso total.
Hasta que sonó el timbre una vez y otra y otra y otra más. En 20 minutos el jardín estaba lleno de invitados y no invitados, que empezaron a circular entre las sillas de playa que acaparaban Gonzalo Contreras y Jaime Collyer, los portaestandartes de la nueva narrativa chilena, abrazados cada uno a una mujer que tampoco se sabía si eran las suyas, pero que no se veían del todo felices de estar ahí, insultándose y felicitándose a un ritmo incomprensible para el resto que se mantenía a discreta distancia.
¿Cómo llegaron? No sé. Nada que ver estos gallos. ¿Quién los conoce?, exclamaba Natalia. Creo que los trajo el primo de Roberto, un fotógrafo de toreros que luego caería preso en un estúpido entuerto. ¿O fue Mariano Aguirre, crítico literario y factótum editorial, quien bailaba con Cárdenas al ritmo de Suede en la pieza de la ampolleta amarilla? ¿De qué vivía Mariano Aguirre, cómo vivía, los anteojos de carey de pasta gruesa, la dentadura en estado lamentable, el pelo muy negro y la piel muy blanca? Misterio. ¿Muerto hace unos cuantos años, Mariano Aguirre era la sombra misma de esos años, el puente que lo relacionaba de alguna forma con la despeinada Unidad Popular, cuando se podía como él ser amigo de todos sin ser especialmente amistoso?

–Con la cantidad de huevones pesados esta huevá se puede hundir en cualquier momento –susurraba a mi oído Matías Rivas.

Gonzalo Díaz, el artista plástico, instaló sus muletas en la cocina para ponerse a musitar todo tipo de comentarios terminantes con esa cara de niño amurrado que un chiste de pronto iluminaba, mientras el resto circulaba asustado por la presencia de los adultos. Porque Merino podía tener la misma edad que Collyer y Contreras, pero gracias a su abierta ancianidad estaba fuera de cualquier moda con su barba darwiniana y sus cejas sobrepobladas, un look que lo liberaba de la obligación de tener expresiones faciales que exhibir.

Ese era su truco. La cara visible del grupo era yo entonces (porque salía de tarde en tarde en la tele y mis artículos llevaban mi foto en el encabezado), aunque este fuese el territorio de Merino. Ese patio en que Contreras me echó en cara una crítica despectiva a su novela *La ciudad anterior*, unánimemente elogiada y destrozada solo por mí, debido a esa manía ciega de distinguirme del resto y hacerme notar.

–¿Has leído a Henry James alguna vez huevóóón? –me desafiaba con un alarmante tartamudeo que no había esperado nunca de su tranquila cara de galán portugués.

–Es que estoy en contra de Henry James –contestaba, sin confesar que apenas había leído *Otra vuelta de tuerca* en el colegio. Henry James, que para mí era la película de James Ivory, donde Helena Bonham Carter suspira debajo del corpiño y los encajes. Muchas comidas con velas y mansiones donde la gente no dice nunca lo que siente, no obstante sienten mucho más que la gente normal. Henry James, que escribió *El comienzo de la madurez*, un libro un poco como este, que ahora le copio descaradamente. Henry James, que en ese patio era la idea de la literatura correcta, limpia y límpida contra la que ciegamente me oponía de entrada, contra la que sigo peleando con todos los matices del caso.

¿Cómo podía confesar a Contreras que escribí contra su libro por pura e instintiva envidia? ¿Cómo explicar que ese sentimiento tan bajo era también el instinto de otra cosa más profunda, la sensación de que "escribir bien" el año 94 era un error? Porque escribir bien era un acuerdo de las partes, del cura Valente en este caso, de José Donoso y de los lectores, un acuerdo como todos los otros de esos años basados en una misma cuota de sensatez y miedo, de ganas y de silencio, igual que el resto de los acuerdos de la transición política. Eso y otra cosa, la castración pienso ahora, la de Donoso escondiendo su sexo, y el mundo literario aceptando sin chistar ese velo nada

tupido, muy delgado, el del cura Valente prohibiendo el sexo suyo (y el de los demás).

–Perdona, es cuestión de gusto, la novela seguro que es buena, pero no me gustó el nombre del personaje. Nadie puede llamarse Carlos Feria, pero son ideas mías, obsesiones huevonas –me disculpaba como podía ante el autor de *La ciudad anterior*... buscaba desesperadamente con la mirada el apoyo de Merino, de Rivas, de la Natalia, algunos de los que habían celebrado mi crítica en su día.

–No se puede decir no me gusta, así como así. ¿Qué es eso de me gusta? ¿Quién es Yo ahí? ¿Qué quieres decir con Yo en ese contexto? –empezó a corregirme Rita Ferrer, musa de la Escena de Avanzada, grupo neoestructuraindenta que en dictadura sembraba las calles de cruces blancas y limpiaba veredas prostituidas para desviar los signos que la autoridad patriarcal y autoritaria lanzaba sobre nosotros.

–¿Desde qué lugar hablas para decir me gusta o no me gusta esto o lo otro?

–De aquí, del jardín de la casa –respondí, comprendiendo tarde que ella no estaba a esa hora de la noche en este jardín ni en ningún otro.

–No el jardín, desde qué lugar, lugar, constructo sociocultural, el lugar otro, la otredad del lugar...

–Tú no, no, no... tú no entiendes el punto de vista del narrador en Henry James, cabro –me aleccionaba al mismo tiempo Gonzalo Contreras–. Dónde se sitúa el narrador, tú no cachas esa huevada, tú eres el consumo rápido, la frivolidad, la parafernalia.

–El lugar de la enunciación. Ese lugar. ¿Desde qué lugar hablas tú? Ya pues, responde niño, no te hagas el tonto. ¿Desde qué lugar?

La pregunta me parecía absurda entonces y me parece ahora profética. ¿Desde qué lugar hablaba? ¿Irritante y frívolo, envidioso y ciego? ¿Desde qué lugar? Este mismo, el pasto seco, la piscina vacía, la estatua sin brazos de una diosa griega cerca de la cual Merino conversaba con la Luli Vela, quien acababa de cortarse el pelo al rape y tenía una sonrisa de duende y fama de buscar novios raros.

–Kafka, muy fácil decir Kafka... –seguía acabando conmigo Gonzalo Contreras ante mis vacilantes respuestas.

–No hay inocencia, el lugar de la inocencia es políticamente sospechoso –complementaba desde el otro rincón Rita Ferrer.

–Petu... lante –diagnosticó Contreras.

–Es un no lugar tu lugar. Estás hablando desde el no lugar. –No escuchís al chico Gumucio, está hablando puras huevadas de curado –me salvó Jaime Collyer, que no sabía que no tomaba ni una gota de

alcohol–. Todos están hablando puras huevadas en esta huevada de fiesta. Este es un pueblo de mierda, este es un país culeado, esta huevada no existe, huevón. Esto es Curicó, todo lo que se hace en este país culeado no sirve para nada.

Aproveché la bravuconada para desplazarme de mi no lugar y perderme entre las otras siluetas, lejos del tribunal de alzada que peleaba ahora por quién era de verdad y quién no lo era.

Dicen que las primeras horas de un año marcan lo que ese año será. ¿Cómo fue el 94? Leo en Wikipedia, 1994: elecciones, cantantes de Seattle, Mundial de Estados Unidos, el más olvidable de todos. ¿Un triunfo? ¿Un fracaso la fiesta? El tipo de éxito del que éramos capaces entonces. Tres de la mañana en la casa de la Natalia. Comienzo de verano, fin de todos los fuegos artificiales. Risas detrás de la pandereta, autos que pasan, borrachos cayendo y tratando de liberarse después de la piscina vacía. En el mismo patio gente que luego sería incompatible, como si en el fondo ese hubiese sido el motivo de la fiesta, nuestra batalla, navegar entre medio de la Nueva Narrativa y *La nueva novela* de Juan Luis Martínez.

Había algo de desafío en todo esto, algo de manifiesto que solo soy capaz de desentrañar ahora. Era la segunda vida de Merino, había invitado a todas las anteriores a despedirse. Mariano Aguirre que baila ahora con Rita Ferrer, Contreras que ya no le responde ni a Collyer, más y más jóvenes estudiantes de arte que nadie conoce arrasando con las provisiones que quedan en el fondo del refrigerador. Al fondo del jardín, cerca de la estatua sin brazos, Merino negocia con la Luli un posible noviazgo.

Al otro día, Merino inauguró noviazgo perdiendo de una sola vez la vista.

–Puta el huevón, eso le pasa por creerse Borges –se indignó la Natalia con la noticia. Aunque muy luego le informaron que la ceguera sería momentánea. Una vez conectado a una máquina más grande que él, Merino podría ver, aunque no podría hacer muchas cosas más.

Patagonia

Roberto salió del hospital con un riñón nuevo y la obligación de conseguir en el extrarradio de Santiago las dosis clandestinas de un remedio que consumía casi todo el dinero que era capaz de ganar. Para Merino, entonces, trabajar dejó de ser una forma de distracción para convertirse en una cuestión de vida o muerte. De vida o vida. Porque la muerte dejó de parecerle interesante desde el momento en que fue posible.

La sensación de que Merino podía morir aceleró todo en los Desviernes.

–Te trasplantaron el riñón de una bailarina de cabaret, huevón –bromeaba la Natalia para explicar el brusco cambio en Merino, desde la pasividad asumida a una especie de apuro nuevo. Fui víctima de la segunda juventud de Roberto Merino, que era también la primera. Nosotros, que nos juntábamos justamente a no ser nadie, nos vimos de pronto obligados a dejar testimonio de nuestra existencia. Nosotros, que vivíamos más o menos inéditos mirando como la Natalia no terminaba nunca un cuadro de una mujer igual a ella, nos pusimos a fundar de la nada una revista que no recuerdo quién llamó *Patagonia*.

¿Quién le puso el nombre? Merino no tomaba esas decisiones. Rivas seguramente, Rivas que iba pasando siempre, que nunca se sentaba, perseguido por innombrables monstruos, dejando instrucciones que invariablemente seguía la Natalia, que fue sin oposición de nadie nombrada directora.

–Odio las revistas –se quejaba la Natalia–, ensucian todo, son horribles –se quejaba mientras eliminaba cualquier ejemplar del *Apsi* o de *Don Balón*, la revista de fútbol en que Merino terminó trabajando cuando no pudo esperar más los sueldos atrasados de *Apsi.*

Las caras, las sonrisas, las fotos, las letras que atraen a los lectores, todo eso la alteraba de manera física. Por suerte en *Patagonia* no habría nada de eso. La tapa del primer número era azul, al centro una foto en blanco y negro del archivo de un anciano caminando de perfil

delante de la rueda de un parque de atracciones. *Patagonia* podía publicarse en cualquier año. Esa era su pretensión principal, negarse a cualquier actualidad. Era, quizás, la actitud más provocadora que tenía: la voluntad de ser clásica, absoluta y totalmente elitista, una revista que no quería influir o que quería influir justamente de esa forma, al salir del debate, al usar el permiso de escapar de cualquier obligación nacional o internacional.

La revista se equilibraba en ese extraño balance: ingleses traducidos al castellano, castellanos pensando como ingleses, ingleses que escriben sobre Argentina o Chile, ensayos gratuitos y amables como los que escribían los ingleses de la dorada era victoriana, que a nadie en la Inglaterra de esos años se le habría ocurrido reivindicar. Abría la revista un fragmento de W.H. Hudson, un inglés que escribía sobre la pampa uruguaya. Páginas después, Neil Davidson les explicaba a sus lectores ingleses (que aún no existían) cómo era Santiago de Chile. En la mitad de la revista, el mismo Neil les decía a los lectores chilenos quién era Charles Lamb. Andrés Claro traducía “Disertación sobre el cerdo rostizado”, también de Lamb. La Tala se declaraba discípula de John Constable y el artículo sobre la lectura de Matías Rivas era ilustrado con cuadros de Joshua Reynolds. Rivas recopiló además poemas latinos que hablaban de los distintos tipos de cornudos. Merino, que nos había de alguna forma empujado a esa arqueología, se saltaba la obligación de ser clásico, y recopilaba y transcribía voces perdidas que había escuchado en la radio.

Porque la rareza, la gracia y la desgracia de la revista, residía en que estaba en la frontera entre Joshua Reynolds y Samuel Johnson y Marcel Duchamp y Carlos Leppe y Eugenio Dittborn y el CADA. La diagramación perfectamente estable de la revista la interrumpía una indenta de frases hechas diagramadas por Gonzalo Díaz y un diccionario de ideas, y “en exclusiva”, las páginas de los diarios de Marcelo Matthey, *Todo esto lo escribí entre diciembre de 1987 y marzo de 1988* y *Sobre cosas que me han pasado,* donde el autor se esforzaba para que no pasara exactamente nada:

> Al despertar en la noche y ver sobre la pared de mi pieza oscura el reflejo de una luz que se desplaza, podría tener miedo. Pero me quedo tranquilo porque pienso que seguramente hay un estacionamiento de la playa que ha dirigido sus luces hacia mi pieza.
>
> Sería grande la angustia si faltara una explicación convincente para esa luz que se mueve. Podría ocurrirle a uno, entre sueños, al no tener la capacidad para razonar claramente. O a un niño, que puede creer que la luz es un ser

vivo.

Nuestra forma de salir de esa dictadura fue recuperar la legibilidad que estaba prohibida en los catálogos de arte llenos de letras entre paréntesis. El lenguaje que decía sin decir, que complejizaba la complejidad nos había formado a todos en *Patagonia,* contra él nos rebelábamos retrocediendo en el tiempo, viajando de la Francia del siglo xix, a las raíces de la vanguardia, y hacia una Inglaterra que nunca logró tomar en serio esas convulsas novedades. En *Patagonia* todo sucedía en Londres o en Santiago, dos puntos comunicados por ese extraño túnel que era la idea misma de la *Patagonia,* el invento de Bruce Chatwin, su modo de escapar sin escapar de la obligación de ser inglés. Solo escapaba a esa geografía el contundente artículo sobre la cábala de Andrés Claro, otro sobre el *Perséo* de Cellini de Adolfo Couve y un extraño cuento sobre dos tribus africanas que escribió Patricio Fernández, el fundador que quedaba por conocer de la revista *LO*, que llegó sin avisar a la casa de la Tala, abrazado a una morena muy sonriente que trabajaba con él en el Conservador de Bienes de Raíces.

–Mi polola... ¿Cómo te llamabas tú, perdona? –y acto seguido se sentó como si llevara muchos años ahí mismo. No sé por qué hablamos del placer de rezar y la fuerza de arrodillarse. Dios, el diablo, Jesús o Mahoma nunca habían cruzado el cielo raso del Desviernes. La Natalia creía salvajemente y por rachas, pero vivía como si Dios no importara. Pato había querido ser cura de adolescente y leía como quien lee el diario a San Buenaventura y San Juan Escoto; el tema le parecía natural. La novela que escribía en ese momento hablaba de eso, de un monje perdido en medio de un desierto de sal y conchas sucias de marisco que llevaban la pureza hasta al delirio. Le importaba la pureza contra la que luchaba con su inevitable seriedad de mejor alumno de la Facultad de Letras de la Católica.

Pato estaba empeñado en probar todas las drogas, acostarse con todas las mujeres que se lo pidieran, perderse en la noche y predicar ante quien quisiera escucharlo. Metódico, se despertaba a las seis de la mañana, aunque se hubiese acostado a las cinco y media. Pero recordando lo mucho que no quería parecerse a su papá, llenaba la tina y se ponía a leer en el agua tibia, hasta no sentir su cuerpo. Leía después el diario de punta a cabo, porque le interesaban temas muy distintos a los de la gente del Desviernes.

Pato tenía, además, ideas contundentes (incluida la contundente idea

de que no había que tener opiniones taxativas), si bien sabía declinarlas con esa misma sonrisa que le permitía a la niña del Conservador de Bienes Raíces perdonarle que hubiese olvidado su nombre. Cómodo en todos los lugares, especiaindenta en arreglar cualquier fiesta aburrida, era sin embargo imposible que disimulara cierta sorna secreta ante el anglicismo infinito del grupo patagónico. La ignorancia me protegió; de haber sabido la existencia del grupo de Bloomsbury, habría compartido su desconfianza. Los de Bloomsbury querían romper con todo o casi; su elegancia era involuntaria, su parsimonia apenas un disfraz. No era nuestro caso, victorianos eminentes. Para Pato Fernández todo eso era chino. Su beca en Florencia, donde se encerró lo más que pudo en todos los museos, despertó en él una sed infinita de actualidad, de calle, de borrachos, de mendigos, de gente rara que se cree normal. Así podía detestar a la gente normal que se cree rara, o sea, a los escritores, los pintores, los intelectuales invariablemente rascas, pobres y asustados, la antítesis de esa capacidad aún virgen de caos que después se cristalizaría en *The Clinic*.

En secreto, yo entendía su distancia. Mi artículo en *Patagonia* era un panfleto contra "lo interesante", un alegato, en el fondo, a favor de la distancia que el grupo de la revista mantenía respecto de casi todo. Me gustaba esa distancia porque vivía el resto del tiempo hundido en la actualidad, la fiebre, el hambre infinita de ser alguien. Pato comprendió antes que nadie que ese defecto era mi única cualidad. Me llamaba del Conservador de Bienes Raíces, la oficina de su abuelo, donde timbraba montañas de papeles sin darles siquiera una mirada.

–Me tengo que cortar el pelo –me disculpaba.

–Vamos –me proponía. Caminábamos por el centro, hablando de religión y política, temas prohibidos en la casa de la Tala. Estábamos, a grandes rasgos, de acuerdo en todo; no obstante, en los detalles aparecían las discrepancias. Con él volvía a recuperar esa facultad de hablar sin tiempo ni borde, que fue lo mismo que me hizo amigo de Merino y de Cociña el año 90. Esa pureza del tiempo perdido que ensuciamos, más tarde, con cerros de proyectos. En mi caso, con la competencia. Pato creía, con el fervor con que creía en todo, en la urgencia de no hacer nada útil. Postulaba al puesto improbable de diletante profesional, coleccionista, amigo de sus amigos, lector de libros en la tina. Esperaba todavía heredar de su abuelo, en coma por entonces, y poder escribir sin preocupaciones. Tenía visto el departamento en San Damián que mandaría a arrendar. No

sospechaba que Pato dirigiría uno de los proyectos más exitosos de las últimas décadas, que estaríamos los dos más ocupados que nunca. Me cortaba el pelo en la Peluquería Francesa, íbamos después donde la Carola Delpiano (¿era el 96 ya?), y después él partía al Liguria, que cambió por esos años su menú centrado en la carne mechada y empezó a atraer a rockeros y mujeres terribles, de esas que Pato conquistaba dejándose llevar, sin empujar ni negarse a nada, dejándose llevar por la noche.

Muy pronto, Pato rompería los compartimientos estancos en los que estructuraba mi rutina y llamaría a los de la tele y los del Desviernes y la revista *Patagonia*, a un proyecto financiado por la campaña paralela y clandestina de Ricardo Lagos, que comandaba mi primo Marco. O sea, el exacto contrario del mundo patagónico en que la política, de puro inexistente, no era siquiera mal vista. Pero no quiero ir tan lejos, al tiempo en que todo este dibujo en la alfombra empezó a tener forma, no quiero llegar al momento en que el pasado se convirtió en el presente, quiero quedarme en la incerteza de antes que todo pareciera un plan sencillo y hasta evidente. Quiero detener el tiempo, quiero quedarme en ese año 95 en que casi nada pasó, quiero volver a mi vida de antes, quiero eso de la juventud, no la ilusión ni el entusiasmo ni el sexo que no tenía, sino el tiempo sin borde ni fin, el tiempo que perder. Quiero de nuevo tener ese privilegio: mucho tiempo, como esos lagos en que nadas asustado y feliz por la falta de olas, espantado por la calma que no puede llevarte de vuelta a la playa.

Heaven

De pronto, sin una razón especial, la Natalia se fue a Londres. Le encargó a Merino que regara las plantas.

–Nada de traer peucas para acá, huevón degenerado. Esas rubias gigantonas con las que pololeas tú.

–¿Cómo se te ocurre, huevona? Estás loca.

–Las minas, huevón –pronunciaba con desprecio las sílabas–. Eres capaz de cualquier cosa por las minas.

–No te preocupís, yo lo cuido –se ofreció Matías Rivas, que no sé por qué misteriosa razón le inspiraba más confianza a la Natalia–. Dame la llave a mí, yo no voy a dejar entrar a ninguna huevona.

Lo que le quedaba de sentido común la llamó a dejar otro manojo de llaves en manos de su hermana Mariana. Hicimos como si desalojáramos la sede de Ricardo Lyon y convertimos el edificio de ladrillos rojos y mansardas londinenses, ubicado en Hernando de Aguirre con Carlos Antúnez, en el centro oficial de nuestras reuniones. Mariana nos recibía en el último piso del edificio que el abuelo construyó para alojar solo a la familia, pero que había sido progresivamente invadido por arrendatarios. Había que esconderse de ellos, separados del mundo de los Babarovic por una serie de rejas y contraseñas.

El departamento de la Mariana era una sola mansarda con muros de madera que recordaban un jardín infantil alemán de los años 40, lleno de cojines y camas de campaña donde íbamos cayendo sin avisar, uno a uno. Mariana tenía la ironía pegada a los labios; le gustaba pensar que era dura: retaba a Merino casi tanto como a su hermana Natalia, pero con menos éxito y menos furia. En su casa, donde había que bajar la voz cada cierto tiempo para no despertar a la niña Daniela, se hablaba mucho menos de literatura o pintura que en la casa de Lyon de la Natalia, y uno se reía un poco más. Machuca, Langlois y Pato Fernández llegaban a esos encuentros que se convirtieron cada vez más en algo parecido a una familia.

En Hernando de Aguirre, Andrés Claro entrenaba natación en la piscina congelada del primer piso. En la noche, Matías lanzaba amenazas y predicciones que Mariana respondía con cierto placer incomprensible, desafiándolo más y más.

–Loca furiosa, enferma, hazte ver.

–Chuta, habló el más cuerdo.

–Narcisa enferma. Estás cada vez más loca.

Merino, Andrés y yo tomábamos palco, hasta que Mariana buscaba apoyo en alguno de los dos. De pronto alguien interrumpía la pelea, para conseguir que Mariana soltara las llaves de la casa de Lyon para ir a regar las plantas.

–¿Qué hacís aquí? –preguntaba el fantasma más antiguo al fantasma nuevo, cuando más de uno se encontraba en la penumbra del salón abandonado.

–Vine a regar las plantas –explicaba el recién llegado, y se oía a veces una puerta cerrarse a su espalda. Nadie daba más explicación que esa.

–Yo venía a lo mismo. ¿Dónde está la manguera? –y buscábamos desesperadamente en la cocina el tubo verde que no sabíamos enganchar a la llave de agua de la cocina. El regador oficial fusilaba con la manguera los hierbajos secos. Dejaba correr por la piscina vacía los excedentes de barro, salpicando en el camino la estatua sin brazos de la ¿musa? ¿Venus?

–¿Qué tal, huevón? –le preguntaba a Merino para jugar de nuevo al juego de no hablar nada, de ver agacharse el tiempo bajo su propio peso. Me hablaba del verano del 79. Sin la Natalia que nos distrajera, recorría las paredes pegoteadas de fotos en blanco y negro, de archivos de acciones de arte de los 50, instantáneas de cuerpo entero para posibles retratos, manchones de espinos que la Natalia había entrevisto en el auto camino a Lolol.

–¿Cómo era Rodrigo Lira? –volvía a preguntarle a Merino para amoblar la tarde–. Era loco, pero no se le notaba nada. Siempre tenía proyectos prácticos. Empezó a plantar tomates en el patio del Pedagógico, hasta que los milicos se lo prohibieron. No entendía los impedimentos. Le gustaba ser práctico de una manera que no era práctica. Le mandó currículums de 200 páginas a todas las agencias de publicidad, donde estaba seguro que lo contratarían como creativo. Ensayaba en el jardín de mi casa el monólogo de *Hamlet* con el que participó en *¿Cuánto vale el show?*

Rastreaba en la cara de Merino algún tipo de vibración sentimental:

¿melancolía, rabia, arrepentimiento? No es que no le importara, no es que no supiera lo grave o lo triste que era cargar a los 20 años, que tenía él entonces, con el mejor amigo muerto, en un país donde lo que Lira hizo parecía lo más racional que podía hacerse. Le parecía que repetir todo eso era redundante y Merino detestaba las redundancias. Prefería los cahuines, la inmortalidad sin precio del pelambre.

–Anda muy bueno para la natación don Andrecito –disparaba con malicia.

–Esa piscina tiene el agua más fría del mundo. Tiene sombra todo el año con los árboles. Yo no nadaría ahí ni cagando.

–Hay gente que le gusta el agua helada.

–¿Has sabido algo de la Tala?

–Escribió una carta larga. Parece que su amiga es fundamentaindenta de la leche materna. Dice que los ingleses coleccionan peculiaridades. Está obsesionada con ir al campo a ver crecer champiñones. Dice que seríamos famosos allá. Que nos tomarían presos, pero seríamos famosos.

–Puta, parece que a mí me aburre Stevenson –cambiaba yo de tema bruscamente–. Trato por todos lados, pero parece que me da lata.

–Tiene una huevada sobre la infancia muy buena. Matías anda con unos problemas con unos gatos de la Rita.

–¿No habían terminado? –y comentábamos lo difícil que era siquiera intuir una información tan simple con Matías, que siempre iba montando y desmontando lo que él mismo llamaba la Torre de Mentiras. Seguíamos despacio hablando del ego solo aparentemente modesto de Pancho Mouat; de los cierres del *Apsi* en que Otano sufría hasta la última línea; de la Cecilia Aguayo, que tocó en Los Prisioneros y pololeó con Lira cuando era una hippie estudiante de medicina, y de *Arenas del Mapocho* de un tal Ricardo Puelma, con el que andaba obsesionado por entonces.

El verano en Santiago, del que Merino era el mayor propagandista: el día que se estira en los antejardines, el martes que puede ser jueves o domingo, un loco sin camisa caminando por la calle Huelén, un incendio en Recoleta, el brillo del sol en el monumento a la aviación frente a las Torres de Tajamar, la noche en que alguien desesperado vuelve de la playa y necesita a alguien con quien hablar todo lo que en su casa con niños, perros y suegros no puede. ¿Cómo y cuándo pasan las cosas cuando se supone que no pasa nada? Se me ocurría muchas veces escribir una novela sobre eso: cómo se conoce la gente, cómo se casa, cómo se mata. Imaginaba un héroe de provincia o de

otra parte del mundo, que llegaba a Santiago sin conocer a nadie y de pronto va tejiendo lazos y se empiezan a acumular personas y acontecimientos, dispersos al comienzo, hasta dibujar al final una especie de alfombra. No sabía que ese héroe era yo, que esa era mi vida.

Porque de pronto, no sé cómo ni cuándo aparecieron tres delgadas niñas de la Católica, demasiado altas y jóvenes. Asustadas por nuestra incapacidad por encender las luces aunque ya caía la noche, se quedaron paradas en medio del salón. Hasta que de pronto adivinamos la razón de su presencia. Eran necrófilas. Una estaba enamorada de Jorge Coke Délano, otra dispuesta a sacar de la tumba a Edwards Bello para convertirlo en su novio.

–Yo me violaría a Alone –decía la más rubia de las tres.

–Pero si era maricón Alone, aunque lo sacaras de la tumba es imposible que quiera acostarse contigo –intentaba introducir algún elemento de realidad Matías Rivas, el único que las conocía de siempre, o casi. Intimidado, me alejé para mirarlas mejor. La conversación se perdía y volvía a saltar, discurría en varios canales al mismo tiempo, sin que yo lograra entender adónde iban y volvían las miradas. Una partió al baño, después otra. Matías desaparecía y volvía a aparecer, Merino se acariciaba la barba. No sé de dónde encontré valor y me senté al lado de una de las necrófilas, la que se quería violar a Edwards Bello. Tenía el pelo muy negro y la cara muy blanca. Una mancha debajo de la boca y algo muy serio en la mirada que, sin mirarme tampoco, me evitaba del todo. No sé por qué le declaré mi amor.

¿Qué le dije? ¿Cómo? No me acuerdo. No se ofendió ni se emocionó. Vació el vaso de no sé qué líquido transparente.

–No puedo –me dijo–, la vida es complicada. Sería bonito que fuera posible, sería perfecto, pero no se puede.

No me atreví a rebajar mi oferta al beso, que en el fondo era lo único que quería. Volvió a mirar a la nada mientras yo buscaba palabras para salir del *impasse*. De pronto las otras decidieron que era tiempo de irse, y se fueron, dejándome congelado en plena noche de verano.

–¿Qué le dijiste, huevón? –se preocupó Matías al otro día–. Huevón, huevón, la cagada, dice que se acuerda que le dijiste algo importante, pero no se acuerda qué.

–¿Cómo no se va a acordar?

–¿A qué hora te declaraste?

–No sé, tarde, a la una de la mañana, supongo, no sé.

–Cagaste, se le olvidó todo. Tomó una huevada rara, se acuerda como hasta las 10 de la noche. A esa hora se miró al espejo y después tiene un borrón hasta el otro día.

–Puta la huevada –me quejo, primera vez me declaro y se le olvida todo.

–Huevón suertudo, no cacháis nada, tenís el pase gol. Ahora tenís puro que definir –arremetía Matías, quien organizó entusiasta una cita de a tres para una semana después–. Háblale de Chesterton. De esa huevada católica tuya. No, no es católica, pero esa huevada funciona. No le digas que eres virgen, eso asusta a las minas. Hazme caso, haz todo lo que yo te digo, huevón.

Le hice caso, hablé de Chesterton, de mi catolicismo, pero vi que sus ojos me evitaban. Su primer No hacía imposible todo lo demás. Fui dueño de un minuto de su vida que había perdido. Con una mezcla de vergüenza y orgullo japonés, necesitaba que ese minuto, que esas palabras que se le habían escapado, no se evaporaran del todo.

No las recuperó esa noche ni la siguiente, sino un par de semanas después, cuando sin Matías de chaperón fuimos de un lado a otro de Santiago en su Volkswagen gris. ¿Qué buscábamos? ¿Dónde? Nos esforzábamos en no saber. Los Smiths tocaban en la casetera. Subimos por el puente Carrascal, las chimeneas industriales, las líneas férreas a la nada. Hasta que de pronto vi en el cielo un neón que decía Heaven, y pensé en el cielo. La obligué a atravesar una discoteca infame, hasta un banco de madera en medio de un submarino de mentira. Sin palabras, sin esfuerzo, como si cerráramos los párpados al mismo tiempo para dormir, nos besamos.

Era mi primer beso.

Los guionistas

–Hegel… ¿Ustedes conocen a Hegel? –fue lo primero que nos preguntó el guionista Lauro César Muniz. Nos miramos desconcertados los 20 alumnos que acabábamos de firmar un contrato con TVN para no venderle a nadie más las ideas que se nos ocurrirían en el curso. Jaime Torres Lara, el autor del best seller *Estrella de Chiloé bajo el cielo de París*, nos salvó la cara. Con su enorme barba de profeta sonriente, siempre quería ser el líder del grupo. En eso competía con Morales, ex cajero de peluquería que, junto a Víctor Carrasco, se convirtió instintivamente en mi vecino de clases. Torres Lara juntaba plata para comprarle a Lauro César un Indio Pícaro, la figura de madera que al levantarse dejaba escapar un enorme pene y que creíamos entonces que era un invento cien por ciento chileno. Morales prefería competir recitando elencos enteros de telenovelas de los 70. Perla Devoto, dulce y simpática, con un nombre y apellido perfectos para la profesión. A otro alumno, del que no recuerdo el nombre, le interesaba resaltar la capacidad de su gremio, el de los actores, de ir más allá de las palabras (por lo que superaban, claro, a los guionistas).

–Por ejemplo, yo con esa cara… –y nos mostraba una mueca que éramos incapaces de adivinar qué decía–. Eso es angustia. O eso… –Y otra cara–… miedo. Eso es mejor que mil palabras. Eso ningún guionista lo puede transmitir.

Escapábamos al casino del canal a reírnos.

–¿Ese huevón no sale en la propaganda de Sperti preparación H? –un remedio contra las hemorroides, donde ejercitaba todas las caras con las que deseaba impresionar a Lauro César Muniz, que no se inmutaba con nada. Un verdadero vaquero el brasileño, que nos contaba cómo tuvo que encerrarse en el corazón mismo del Brasil, sin teléfono, televisor ni comunicación alguna, para terminar el final de *O Salvador de la patria,* la teleserie más vista de la historia de Brasil hasta entonces.

–¿Qué es más dramático: un combate de box o un diálogo do Platón?

–preguntaba Lauro César.

–El combate de box –se apuraba Torres Lara, a quien le gustaba pensar que era nuestro representante.

–Ninguno da dos. A situación dramática es un combate de box que al mismo tiempo es un diálogo de Platón. ¿Comprenden? –Algunos anotaban; otros no disimulaban su desconcierto. Lauro César no se impacientaba. El puente aéreo entre Río y Sao Paulo parecía haberle quitado la capacidad de indignarse.

¿Qué pensará este brasileño de esos chilenos ansiosos y callados? –nos preguntábamos Víctor y yo, mientras veíamos pasar a camarógrafos y asistentes, a una periodista de taco alto de vez en cuando, a Santiago Pavlovic con el parche en el ojo, a la rubia Pamela Jiles tratando de que la luz del sol no delatara sus nacientes arrugas. Decorados enteros pudriéndose en el patio, estudiantes en práctica llorando por el mal trato del equipo del matinal, la incendiada cabellera de Pedro Carcuro, que sonreía como asustado mientras esperaba su enésimo café.

Con Víctor me imaginaba escenas posibles de una *sitcom* que no nos atreveríamos nunca a escribir, sobre una escuela de guionistas donde se mezclan las historias de los alumnos con las escenas de la telenovela que están escribiendo. Genial, decíamos, genial, pero preferíamos reírnos en vez de ponernos a escribir la primera escena. Imaginábamos más y más escenas para el piloto fantasma. Víctor, que escribía ya por entonces las telenovelas del canal, sin imitar, imitaba a los demás. Los inventaba a todos, obligándome a agregar detalles y más detalles, en una espiral de risa contagiosa que espantaba más de lo que alegraba a cualquiera que nos viera en los patios de Televisión Nacional.

Años después, sus chistes terminarían por desgarrarme los músculos del estómago, en lo que constituye el único accidente de mi vida laboral. Escribíamos *Sucupira, la comedia*, versión cómica de una telenovela que había sido un suceso dos años antes. Uno de los personajes era un burro. Antes de escribir en serio inventábamos escenas que no podríamos grabar nunca, protagonizadas por el resto del piso 24 de la Torre Santa María, donde nos tenían recluidos. Aparecían las chicas del canal regional, las secretarias, el Burro (que se llamaba Luis Miguel) y la Semana Santa que se acercaba, todo eso combinado no sé cómo terminó por lanzarme a golpe de retorcijones en una esquina de la sala.

–Ya pues, huevón, para huevón –rogué, lloré, le pedía una y otra vez

a Víctor que parara, pero ya era demasiado tarde. No creía en mis gemidos de dolor. Solo cuando no pude levantarme a pesar del apoyo de todo el equipo de guionistas, me creyó.

–Estoy deprimido –expliqué con los ojos mojados de risa a todas las secretarias y funcionarios que acudieron alarmados–. En serio, en serio –insistí, pero nadie me creyó. Terminé en la Clínica Alemana, con un desgarro que subía por todo mi vientre aún discreto en su redondez. Pasé toda la Semana Santa buscando quien tuviera a bien inyectarme en el trasero un desinflamatorio que me permitiera soportar el dolor. Terminé en la casa de mi abuela, quien insistía en poner en práctica lo que aprendió en un curso de la Cruz Roja en 1936.

–Son dos cruces en el poto –medía con su mano mi trasero desnudo a su merced.

–Señora Marta, no es ahí. Déjemelo a mí, yo soy enfermera profesional –le discutía la Martita, enfermera que la cuidaba en las noches.

–Cállese metete, no sabes nada. Ahí.

–Ahí no, señora, lo va a dejar inválido. Ya pues, señora Marta.

–Cállate –y clavó con rabia la aguja– ¿Estás bien mi amor? Mueve las manos, las piernas.

Obedecí, moví las manos, los dedos, las piernas. Volví a mi lugar en el equipo, desgarrado y a salvo. Dos reuniones estuvimos dedicados a la escaleta de los capítulos, sin mencionar al burro. A la tercera sesión volvimos a imaginar todo tipo de posibilidades sexuales entre el burro y Federico Valdivieso, el alcalde de la serie, y las solteronas hermanas y el propio dueño, un pobre borracho al que le hablaban los extraterrestres. La serie no siguió después de la segunda temporada, quizás porque el exceso de chistes internos la hacía imposible de entender para los telespectadores.

¿Qué sacaba yo con insistir en que ese invierno del 98 estaba completamente deprimido? ¿Qué sacaba con explicar que el síntoma más claro de mi depresión era esa risa sin control en que Víctor me obligaba a caer? ¿Qué tipo de reacción química producía el humor de Víctor en mí? Algo parecido a lo que me provocaba mi primo Marco, Ángel Carcavilla o Álvaro Díaz, con los que nunca pude mezclar del todo a Víctor, maestro de la desconfianza, parco y serio cuando se encontraba con otros chistosos, tan desconfiados y crueles como él.

"Huevones pesados, puta los huevones pesados". He vivido escuchando estas palabras alrededor de las mesas de restaurantes y

bares en que nos juntamos. ¿Cómo aguantas a esos huevones pesados? Me disculpan porque yo suelo ser educado y comprensivo, porque nadie podría suponer que en la mesa no soy la víctima sino el victimario, el tipo sin piedad que habla mal hasta de los que quiere, sobre todo de los que quiere, y destrozo hasta el último hueso de los que ni siquiera conozco. Una risa desesperada, pienso ahora, la del encierro en un patio escolar donde solo puedes responder a los golpes de los gigantones burlándote de ellos hasta los huesos. Humillar para que no te peguen, pegar también hasta que no quede nada del otro. Señal de una época, pienso también. Dudo que entre los jóvenes de hoy alguien experimente ese tipo de humor sin piedad, esa facultad perfecta de convertir a cualquiera que se acerca demasiado en un personaje de historieta. La malicia es otra antigualla del siglo xx. Mis alumnos hablan bien de sus compañeros, o no hablan.

Hay espacio para todos, me dicen, los que son distintos a ti tienen tanto derecho a existir como tú. ¿Tienen ese derecho, realmente? Crecí sabiendo que mi derecho a ser distinto era una excepción, un papel que podía caducar en cualquier momento por una orden desde arriba. La Guerra Fría cuando no te mataba de fuego, te mataba de frío. Nuestro humor era humor de cárcel, de preso, complicidad urgente en medio de la gente de buena voluntad que nos aplastaba con su sonriente tontería; tontería que sentíamos que era siempre un desafío, un insulto en plena cara, un disparo de los enemigos, porque eso teníamos todavía claro, la sensación de que hay enemigos a los que combatir. Enemigos y no amigos absolutos, porque el humor era una forma aún de apartar, de seleccionar, de dividir para reinar mejor.

El humor es siempre un arte marcial. ¿Contra qué? ¿Contra quién peleaba Víctor Carrasco, guionista de las más exitosas y coloridas telenovelas de la televisión chilena? El Chiloé de *La Fiera*, las selvas del sur en *Oro verde*, las salitreras del norte en *Pampa ilusión; Los Pincheira* y *El señor de la Querencia* en las haciendas del valle central. Una verdadera reconciliación del país con su paisaje y sus acentos regionales, en que siempre la dura y frágil Claudia Di Girolamo terminaba por enamorarse del sonriente y siempre bien dispuesto Francisco Reyes. Víctor, que había sido actor, pero que detestaba el histrionismo, montaba, al mismo tiempo que escribía éxito tras éxito en la televisión, las obras de Bernard-Marie Koltés, *La soledad en los campos de algodón* y *La noche justo antes de los bosques*. Perros que ladran a la nada, ladrones sin nombre, poesía caminando sobre la

cuerda floja, gestos perfectamente coordinados para evitar cualquier emoción que se desborde, impecable luz, implacable escenografía. Obras que carecían de cualquier sombra de humor.

Ese doble registro era quizá un síntoma de la época. La imposibilidad de ser completamente serios era el reverso exacto de la imposibilidad de ser completamente frívolos. Ángel y Álvaro querían ser cineastas, de los serios. Marco estudiaba filosofía, yo quería ser Chéjov, Víctor creía en Koltés como el Dalai Lama cree en Buda. Nos reconocíamos como los lobos por la risa cruel, pero no se nos habría ocurrido que podíamos ser cómicos. El humor era solo una defensa ante el ataque de ese patio en que hablar raro, no jugar fútbol, cojear, venir de lejos o gustarte los muchachos más que las niñas podía terminar a golpes o con redadas en la calle y en la comisaría. Ante los compañeros de curso, Víctor tenía la burla; ante los compañeros que no se burlan, las telenovelas; ante los profesores, esos profesores imaginarios que vivían en una Francia imaginaria, el teatro de Koltés. Las telenovelas que todo el mundo veía financiaban un teatro que se veía libre de la obligación de atraer al público. ¿Pero no sería al revés? La seriedad de Koltés era de pronto menos profunda, menos esencial, menos importante que la sucesión de historias con que Víctor consiguió una especie de luna de miel entre el país y su imagen, cuando logró traducir al chileno las cansadas lecciones que nos daba Lauro César Muniz en el taller.

¿Cuánto faltaba para que supiéramos que los profesores se habían ido, que los bravucones del curso éramos nosotros, que ese patio de colegio sin muro ya no era un patio? ¿Cuánto tiempo faltaba para saber que nos habíamos graduado de este curso y de cualquier otro?

Campos de concentración

Al final del taller de Lauro César Muniz teníamos que escribir cada uno una escena de un capítulo de teleserie. La historia estaba designada de antes, con personajes y todo, según las escaletas que habíamos trazado en común en la pizarra de la sala de reuniones. Lauro César después de leer nuestras escenas en el Hotel Sheraton –donde se alojaba–, se reunía con cada uno en una pequeña oficina del área dramática de TVN. Sacó mi escena de la carpeta. Le bastó mostrar el gigantesco espacio que ocupaba en la página la descripción del lugar y los gestos de los personajes, en comparación con el minúsculo lugar que ocupaba la acción y los diálogos, para dejarme en claro que deseaba decirme de la manera más diplomática posible:

–Ahinda, no escribas telenovelas. Escribe novelas, escribe poemas, por favor. No seas tonto, no escribas telenovelas.

Salí de la reunión sonrosado, pero feliz. Sentí, no sé por qué, un enorme alivio. Temía verme alejado de la obligación de ser escritor. Quería que alguien me condenara a ello. Exhibía con cierto orgullo mi incapacidad de escribir un guion con el *turning point, plot* y *sub plot, storyline* y personajes con propósitos definidos, que era lo que en todas partes nos enseñaban que había que hacer.

Mi primo Marco, que volvía de estudiar todo eso en la Fémis en París, se desesperaba ante mi testaruda negativa de intentar siquiera leer alguno de los manuales de guion (el Eugene Vale, por ejemplo). Faltan guionistas, era una frase obligada de ese tiempo. Los que habían no escribían historias con desarrollo, clímax y final, escala dramática. En San Antonio de los Baños, Cuba, García Márquez les enseñaba a alumnos de toda Latinoamérica que el cine en español solo se salvaría si sabía contar historias pequeñas, baratas, en tres actos perfectamente delimitados. Era el discurso de esos años, los americanos ganaron la guerra porque saben contar las historias, porque al final de sus películas tú lloras o ríes. Todos los que tratan de contar de otra manera, todos los que se enredan con los sentimientos

de sus personajes nos condenan al atraso y la miseria. Mira a los brasileños y luego a los argentinos y luego a los mexicanos triunfando en Hollywood.

No había leído aún a Raúl Ruiz, que teorizaba mi desconfianza. Ruiz por esos años empezaba a viajar periódicamente a Chile para filmar, al mismo tiempo y con los mismos actores, una telenovela imposible y una adaptación de *La divina comedia*. No era capaz de su radicalidad (todo lo francés me resultaba insoportable), pero pensaba la vida de personajes secundarios, escenas aisladas que se disgregaban de un conflicto que nadie quería escribir porque tampoco estábamos seguros de haber visto. Traspasaba a la escritura una especie de pudor ante los conflictos y una suerte de alergia al suspenso que, me parecía, era la esencia de vivir en Chile. Las historias redondas en un país que se cae del mapa no hacen otra cosa que rodar hasta desaparecer. Sentía que las películas francesas sin historias, o con historias invisibles y desparramadas, eran en el fondo más corteses que las americanas, porque dejaban espacio para vivir en ellas, para instalarse, ir a la cocina a comer algo directo del refrigerador y quedarse dormido, permitiéndote al final mezclar las escenas de tus propios sueños con la trama de la película.

No podía escribir una historia donde pasan cosas, donde nace y muere gente, porque no había visto nacer ni morir a nadie. Sabía cosas de rebote o porque la voz en *off* las decía. Me habría gustado tener la fuerza para contar en detalle las distintas maneras en que las cosas no suceden, contar el aburrimiento de Santiago sin latear a nadie. Explicar mi soledad sin símbolos ni máscaras. No creía en las historias. Apenas tenía fuerzas para terminar los chistes de *Los Toppins,* programa de títeres políticos en que, por regla general, no tenía que pasar nada para, así, pasar los filtros de la censura que imponía Patricia Guzmán, la jefa de prensa de Megavisión, una mujer disparatada y divertida, pero implacable a la hora de proteger a Ricardo Claro, el dueño del canal (y de buena parte del país).

Ricardo Claro era la imagen misma de todo lo despreciable: un católico integrista fofo, que había hecho su fortuna gracias a carpetas y más carpetas de información privilegiada, algunas de ellas obtenidas directamente de agentes de la CIA. Un señor que nunca sonreía y se vanagloriaba de su capacidad infinita de venganza.

Gracias a la omnipresencia de Ricardo Claro, el muñeco que hacía de Pinochet resultaba el pícaro que les ganaba a todos. Frei era el tonto, Lagos el cascarrabias, Schaulsohn el pillo de izquierda. ¿Cuántos

nombres de estos resistirán el paso del tiempo? Títeres de títeres, casi siempre inexpresivos, en un país en que la política importaba todavía porque no podía decirse todo. No bromeábamos. Nos tocaba defender unos chistes que, para la mayoría de nosotros, los guionistas, eran la única forma de pagar la pensión alimenticia de los hijos y las más diversas esposas. Jorge Montealegre, que había sido el primer escritor que leyó alguna vez un cuento mío, era el hombre tranquilo de las reuniones. Yo, por ser el sobrino de mi tía Manuela, que producía el programa, me sabía sospechoso, y trataba de hablar lo menos posible. Galindo era un duro, se consideraba a sí mismo "el Maradona del chiste", y hablaba sin parar de plata o de su pasado revolucionario y "la tontera", tocándose la nariz para que entendiéramos de qué se trataba. Terminaba tarde o temprano peleándose con el Guatón Zañartu, un gordo gigante deformado de niño por una cuchara que se tragó. Se llamaba Francisco Javier Zañartu, nombre de patrón de fundo que contrastaba con su figura. Consciente de que nadie podía tomarlo en serio, había tenido la inteligencia de hacer de eso una profesión.

Yo también trabajaba en el *Desjueves,* el programa de comedia improvisada que quería ser un destape a la chilena y que parecía más bien una interminable despedida de soltero de cuarentones adictos a "la tontera". Y escribía en *Jaguar You?* No recuerdo cómo terminé cayendo ahí. Una sola mesa enorme de vidrio polarizada donde quedaban marcados mis dedos. El Guatón Robles incendiaba el diario que leía Zañartu.

–Puta maricón. Madura, huevón. ¿Cuándo vas a madurar, cabro chico culeado? –aunque esa era su única gracia, la de Gonzalo Robles y la de casi todo el resto del grupo de actores, que se conocían de siempre con Coca Guazzini, Malucha Pinto, Rodolfo Bravo y Aldo Parodi, maridos, amantes, amigos que se empujaban entre ellos y nos hacían corregir y volver a corregir los guiones que luego masacraban arriba, o sea en las oficinas ejecutivas del canal. Temeroso ahí siempre de la llamada de arriba: La Moneda al principio, pero cada vez más los auspiciadores.

¿Qué tipo de auspiciadores podía tener *Jaguar You?,* un programa que se reía de la pretensión de ser la versión latinoamericana de los jaguares de Asia? El presidente Frei con una guayabera al uso en la cumbre Asia-Pacífico. Nuestro destino que iba a ser ese, mano de obra barata, capitales móviles, mucha especulación, torres de 20 pisos color arena naranja. Manacho Valdivieso, el protagonista, coordinador

general de la República; su mujer, la Tuto Donoso; Orge, el chofer, que se iba a llamar Jorge cuando su padre lo inscribió resfriado, y la Mitzi, que era la empleada sexy.

–La Mitzi gana la Lotería. Se viste igual que la Tuto. La Tuto la quiere matar, pero no puede porque está por la promoción de la mujer. Está bien eso. ¿Y qué más? –preguntaba el Guatón Sepúlveda, que alguna vez había sido compañero de curso de Merino, poeta como él, pero que ahora era la versión conversable de su hermano Reinaldo, director de televisión del *Desjueves* que nadaba en una nube blanca de *rating* y modelos semidesnudas.

–Y Manacho. ¿Qué hacemos con Manacho? –seguíamos preguntándonos ante el pizarrón blanco donde debíamos fijar más o menos la idea de los 14 capítulos de la temporada, que estaba siempre a punto de ser la última.

–Manacho entra en Móóótel –respondía el mítico periodista Hernán Millas que había escrito en *Topaze* y *Hoy*. ¿Qué edad tenía por entonces?, ¿70, 60? Defensor del Golpe, encarnizado enemigo del pinochetismo luego. Sus pantalones sostenidos con suspensores negros, la sonrisa siempre tirante detrás de sus anteojos redondos.

–Motel se dice, don Hernán –le corregía la Malucha Pinto, que a pesar de su aspecto pachamámico era la encargada del rigor y las reglas dentro del grupo.

–¿Su capítulo, don Hernán? ¿Qué pasó con su capítulo?

–No me va a creer usted, pero cuando lo estaba imprimiendo justo cayó un árbol sobre los cables de mi casa.

–Adolfo, tú –disculpaban de entrada a don Hernán para concentrar su atención en Adolfo Cozzi, el más discreto de nosotros, el pelo rizado, cara siempre sonriente, que había pasado un año entero entre las graderías del Estadio Nacional y el campo de prisioneros de Chacabuco. Torturado un día sí, un día no, comiendo lentejas duras, una pistola en la cien… esperando que eso acabase pronto. Pero no acababa nada… y siguió subiendo y bajando las graderías del estadio, durmiendo en los camarines vacíos, viendo pasar entre las rejas a los veedores de la FIFA que querían saber si se podía jugar en el estadio. Un partido sin público y sin contrincantes (la Unión Soviética se negó a aterrizar siquiera en Santiago), que el equipo de Chile ganó un gol a cero.

¿Cuánto de eso de lo que no hablábamos, no por miedo sino por creer que ya lo sabíamos, se interponía en las reuniones de guiones? ¿Era ese silencio una forma de seguir viviendo?

Jorge Montealegre, ahora que lo pienso, había estado en el mismo estadio y el mismo campo de Chacabuco que Cozzi, solo por haber cometido el delito de tener 18 años para entonces.

–Tu papá me ofreció mi primera pega en París –me agradecía siempre que podía–. Tuve que rechazar el trabajo eso sí –el que consistía en maquillar muertos antes del entierro. Mi padre había intentado una vez el mismo trabajo. Su muerto quedó tan mal maquillado que lo echaron. Montealegre ni siquiera lo intentó, después de haber visto tantos muertos en los dos campos de concentración en los que estuvo, así que rechazó delicadamente la oferta en París.

Todas las mañanas en la televisión Jorge Chino Navarrete decía chistes y mandaba mensajes aleccionadores, llenos de buena vibra. Nadie se lo preguntaba por entonces, pero si lo hacían contaba con total candor, sin una sombra de rabia, que antes del 73 era estudiante de filosofía y funcionario del Banco del Estado. Nunca supo cuál de los dos crímenes (además, era militante del muy moderado Partido Radical) lo llevó a Pisagua. Preso entre otros cientos, desnutrido y golpeado, empezó a contar chistes para calmar los gemidos de sus compañeros.

Cuando lo soltaron, sus papeles manchados, sus estudios truncos, su familia espantada ante el peligro de siquiera alojarlo, cesante, hambriento y solo, recurrió a los chistes que hicieron reír a los presos en el norte. El humor fue su única arma. Chaqueta color crema, camisa negra, sonrisa a flor de piel, imitando en la mayor parte de sus chistes a un niño completamente inocente que hace preguntas tontas a los grandes. El humor más blanco posible.

Cozzi, Montealegre, Navarrete... no se parecían en nada más que en una delicadeza extrema. ¿Escribían o decían chistes como una forma de morir? Habían descubierto quizás en el contacto con la tragedia una cierta alergia hacia lo trágico. Sus historias, por lo demás, no cabían en ningún formato en ese entonces. *La muerte y la doncella*, la obra de Dorfman sobre tortura y venganza en una casa de playa, pasó sin pena ni gloria por un teatro de Vicuña Mackenna. Cuando la montaron con inflamatorio éxito en Broadway y después la llevó al cine Polanski, el público chileno tuvo que resignarse a que esta era *su* historia.

Aunque no lo era, la rabia, la violencia y la excitación sexual de la torturada ante su torturador amarrado a una silla, no se parecía a la tranquilidad frágil y exigua con que Cozzi, Montealegre o el Chino

Navarrete escribían chistes. No había rabia, no había otra cosa tampoco. Existía simplemente la impresión tan rara de que los golpes, las torturas y el odio eran parte también del día a día de un país donde nada solemne o importante parecía posible. El drama y la gracia de sus vidas es que seguían circulando de un canal a otro. El misterio consistía en la forma inesperada en que ese pasado se fundía en el presente, hasta convertirse en un filtro que los separaba de la luz común, sin que nadie más lo notara.

Prueba de cámara

En *Jaguar You?* me volví a encontrar con Ángel Carcavilla. Escribía guiones junto a Gonzalo Peralta. Ángel ya para entonces era una promesa de la televisión. Cargaba por distintos puntos del mundo un viejo televisor con el que dialogaba. Era “la nota diferente”. Un humor irreverente, con mucho futuro, decían todos los críticos especializados (o no). Altiro lo adoró Gonzalo Bertrán, el zar de la televisión de aquella época, alto y barbado, de perpetuo mal humor, célebre por putear a sus asistentes hasta destrozar sus nervios. Consiguió morir a finales de esa década, destrozado por sus propios nervios, dedicado a pulverizar en el *rating on line* a todos sus competidores.

A la salida de una reunión de guiones del *Jaguar You?* Ángel me habló de un programa de televisión que querían hacer con él y conmigo.

–Un proyecto la raja, como argentino. ¿Cachái a Pergolini, *La TV ataca*? Esa onda, ese formato. Pero nos quieren meter una mina ondera que usa harto chape. Hace crítica de cómics en *Extra Jóvenes*. No podemos dejar a esa mina. Tú tienes que oponerte.

No sabía muy bien de qué hablaba, pero me hice el que comprendía. Ese era hasta ahora el secreto de mi éxito. ¿Qué canal? ¿Qué mina? No me hice ninguna ilusión tampoco. Circulaban en el ambiente varios proyectos de televisión. Los franceses, los españoles y hasta algún inglés perdido por ahí, pensaban situar en Chile el centro de sus operaciones en Latinoamérica. Había ido varias veces con Luis Cociña a venderle proyectos al canal Austral, que se suponía que sería la versión para el Cono Sur del Canal Plus francés. Los exiliados chilenos pasaban rabiando en la estrecha oficina casi sin ventanas contra ese país que se supone debían conocer y reconocer, y que sin embargo les resultaba detestable. Cuando me llamaron para una prueba de cámara para un canal nuevo pensé que se trataba del Austral. Dije que sí, porque era mi costumbre no decir que no a nada. Mi única estrategia era aceptar todas las ofertas que se me hacían. Incapaz de comprar sin

ruborizarme una máquina de afeitar en la panadería de la esquina, decidí tenerle miedo a cualquier cosa menos a la multitud sin rostro que había al otro lado de la pantalla. La televisión (y los diarios, el cine y los libros) era mi única forma de salvarme del silencio, mi único enemigo. Yo me preparaba en mi casa para ser inolvidable. Traté de hacer lo mismo frente a la cámara, en un minúsculo desván con olor a parafina, en lo que había sido hasta hace tan poco el Microcine de Bellavista, donde vi por primera vez *La rodilla de Clara* de Eric Rohmer y *Movimiento en falso* de Wim Wenders. Y *El fantasma de la libertad* de Buñuel. Y esa escena al comienzo de la *Vía láctea*, del mismo Buñuel, en que Jesús le pregunta a su mamá si se afeita o no.

Un gordo que se sorbía los mocos me dio las instrucciones:

–Habla de las noticias. Toma el diario, lee algo y habla de eso –Tomé el ejemplar y, claro, las imágenes no llegaban a mi cerebro. Vi DC, en un titular, la foto de un presidente de partido demócrata cristiano entrando en La Moneda. ¿Qué decían? ¿Qué hacían ahí? Me resultaba imposible saberlo. Algo se interponía entre el nervio óptico y mi cerebro. Veía, pero era incapaz –de interpretar– de repetir qué era. El frío mantenía quietos mis pies, el rumor de los técnicos cansados de su trabajo me hizo sentir en el fondo de un útero helado del que no podía nacer.

–¿Estás indento? –me preguntó alguien que había ido a fumar afuera. Debía ser el director, todos parecían mirarlo como tal. Se sentó frente al monitor, para mover manijas y controles. El fondo azul detrás mío, el botón rojo de la cámara y la luz del sol sobre la vereda que veo en un hueco de la puerta...

¿Qué hago?...

¿Qué digo?...El estómago congelado, las manos que no siento, la saliva seca en mi boca. Tengo que saltar, tengo que saltar. Tengo que cantar mi canción, tengo que arrodillarme para saltar mejor, tengo que salir de mi garganta, nacer como Dionisio de la rodilla de Zeus o como Atenea de sus orejas. Desafiar el cuerpo de Dios como un tumor, ser la hernia misma de su destino, salir del rayo, beber la sangre de mi padre, alimentarme del rumor del mar, nacer contra natura donde nadie me espera.

–Cuando quieras –me dice el tipo que me pasó el diario doblado como única defensa.

Y no tengo nada que decir, nada que hacer aquí... ¿Qué?... Mi casa y mi cama me esperan. Estoy clínicamente deprimido, diagnostica mi sicóloga... Me cuesta levantarme, no logro dormir... No tengo novia,

no la he tenido nunca, no sé si voy a tener... Salté de la infancia a la vida adulta sin intermedio... Soy una estafa, un experimento, no tengo piel con qué proteger mis músculos en carne viva... No tengo nada que decir. Y a su vez, no puedo dejar de ver el mundo sin mí.

Era eso lo que no podía permitirme, un mundo, el director que no se digna a mirarme, los técnicos que pasean a mis espaldas, los pasos de los transeúntes en la calle Antonia López de Bello al otro lado de la puerta. Solo para salir de ahí volví a mirar de reojo el diario doblado y hablé de la Democracia Cristiana. Democracia Cristiana, dije por decir algo en voz alta. En agradecimiento a mi valor, las imágenes empezaron a pasar detrás de mis ojos. Salté sobre las pozas de mi tartamudeo, incendié varios graneros, destruí, sin nombrar, a los profesores que tuve, a la historia de Chile, a la historia familiar y las sentencias y condenas que había escuchado durante toda mi vida.

–Mira a la cámara, cabro. Se ve mal cuando no miras a la cámara –me aconsejó el director, porque en la televisión, al revés que en el cine, el que no mira a la cámara da la impresión de mentir. Porque el telespectador, a diferencia del espectador, no es un mirón sino un invitado. Porque no son gigantes contra minúsculos seres sentados en la oscuridad, sino enanos que te invitan a ser como ellos. Una ventana, dicen los teóricos, un living dentro de otro living, pero también un cuadro en la pared. ¿No hay acaso en *La Gioconda, Las meninas, Desayuno sobre la hierba* y *La señoritas de Avignon* al menos un personaje que mira directo a la cámara, que convence al espectador de que esto es verdad, ya que te miró y que reconoce estar en igualdad de condiciones con el espectador?... Pero es difícil, imposible, mirar a la cámara, que es nadie y al mismo tiempo es todo, todos. ¿Cómo se hace para buscar con la mirada al otro lado del abismo una sonrisa que pueda desarmarte, denunciarte; acogerte también? Eso es lo difícil, tener la seguridad de decirle a nadie y al mundo entero: “Soy yo el que buscas, el que quieres, el que necesitas”. Y sostener la mirada y no bajar de ahí, para seguir de largo hasta que seamos amigos, hasta que seamos los dos cómplices.

Me deshice en un mar de sudor y hasta mi estómago cantó de hambre. Pero hablé mucho, de todo, ideas acumuladas sobre la política chilena, las mías, las que circulaban en mi casa. Se me secó la boca. Hablé hasta vaciarme y, qué alegría, qué tranquilidad, ver sonreír al gordo detrás de la cámara.

Me agradecieron todos los del equipo y me fui, sintiéndome magníficamente solo. Sordo como Cuasimodo colgando de las

campanas. El sol, la brisa, sentí que todo podía llevarme. No tenía fuerzas para resistirme a nadie. Vacío, avergonzado, feliz, odiándome con todas mis fuerzas y aferrándome a las pocas que me quedaban, caminé por el barrio del Parque Forestal y me topé con perros sin dueño ladrándoles a los montículos de hojas quemadas y escolares haciendo la cimarra, refregándose sobre la ladera del Santa Lucía.

Morir ahora que me había vendido, ni siquiera vendido, regalado. Mi cara no tenía importancia. Ya no sería García Márquez, ni Cortázar siquiera. No sería Proust, no sería ni siquiera yo mismo. La vergüenza cantaba feliz en el meollo mismo de mis huesos.

Bosnia

Mi destino estaba decidido. Lo supe cuando vi bajar de la oficina de la productora audiovisual Visión, las medias de lana roja de Paula. Esa Paula, la misma del seminario *Utopía(s)*. Atrás suyo, Claudio Marchant, que me fue presentado como el director del programa que me había seleccionado como conductor.

¿Qué programa? ¿Qué canal? Seguí sin preguntar. Las cejas de Paula cubrieron en su cara muy blanca y redonda todas las formas del oleaje. Tenía que creer, tenía que confiar. Paula me había venido a buscar al fondo mismo del Purgatorio, para llevarme no sé si al paraíso, pero al menos al limbo. Detrás de un gigantesco óleo lleno de travestis y dominatrix, una niña llamada Monserrat, animadora del *talk show* del canal, estaba sentada en posición fetal en el estrecho alféizar de la ventana. Todo el sol era para ella. La manera que tuvo de mirarme me llenó de deliciosos escalofríos. El contraluz no me permitió distinguir sus rasgos, aunque sabía que con una luz normal tampoco sería capaz de hacerlo del todo.

Arrodillada en el suelo, Carolina, la niña de trenzas y chapes de la que me habló Ángel Carcavilla, recortaba artículos del *Diario de lo Insólito,* un pasquín mexicano de noticias que ponía en portada a hombres con barba de abejas, niños de tres brazos y perros cruzados con ovejas.

–Hola, ¿cómo estái? –levantó la cara, lanzando hacia atrás las trenzas y los chapes, sonriendo como si me conociera hace siglos. Joven, ondera, como decía Ángel, pero en su cara había una armonía terrible que, sabía, le habría gustado también a mis abuelos.

Con un hilo de voz, me salió un "hola" doblado y falso. Las tres se miraron de reojo, como si hubieran ensayado mi llegada. Yo me senté con todo el peso de mi cuerpo a esperar no sé qué milagro que me permitiera volver a sacar palabras de mi garganta.

Paula me sacó del horror y nos trasladó a todos a Bosnia, un enorme galpón oscuro en que nos habían acumulado, 200 personas, ocho

computadores infectados de virus, dos teléfonos, focos de teatro que nos iluminaban solo las siluetas, y una pobre mujer sirviendo café de un termo al lado del baño.

Lo llamábamos Bosnia porque nuestros refugiados, como los de la guerra de los Balcanes, que en esos momentos ocupaba las primeras planas de los diarios, eran rubios, altos, desgarbados, invisibles bajo la caprichosa luz del galpón que provenía de una estufa gigante, que parecía una turbina de avión. En Bosnia todo se perdía. Los curiosos y mendigos del barrio entraban sin avisar. Se sentaban a mirar las tetas perfectas de Leslie, una misteriosa VJ, o sea presentadora de videoclips peruana, o se quedaban mirando los gruñidos de jabalí de Mister Check, el alemán que tenía que repartir entre nosotros la buena nueva del internet, que se suponía que iba a cambiar el mundo, permitiendo conseguir desde una pizza hasta la respuesta sobre la existencia de Dios.

Por la puerta entraban payasos, malabaristas y diseñadores computacionales. Mientras redendenreábamos (o como se llame el extraño proceso en que el computador tomaba en cuenta los cortes que hacíamos) o poníamos música al reportaje, pasaba un ratón, fascinado con los líquidos percolados que salían del baño, los cuales complementaban el olor a león que bajaba del cerro San Cristóbal. Mirábamos las palomas y los murciélagos suicidarse en el techo del galpón, el zumbido de una colmena de abejas entre los focos, y seis metros más abajo, el cielo pintado por unos asistentes sin nombre, para seguir ahí con la prueba de cámara permanente a la que sometían a más y más postulantes.

–¿Tienes miedo a la muerte?... ¿Tienes novia?... ¿Viste *Cinema Paradiso*? –le preguntaba el director de turno a toda suerte de bellezas en estado salvaje, estudiantes de teatro con vocación de saltimbanquis que harían la continuidad del canal. Porque íbamos a acoger como nuestra la publicidad, porque hasta en eso seríamos creativos y originales en el Canal 2 Rock & Pop, como nos contaron en una agitada reunión en el Sheraton que se llamaba el proyecto, haciéndonos jurar que no se lo contaríamos a nadie. “Canal juvenil, frecuencia abierta, vamos a cambiar no solo la forma de hacer televisión, sino de ver televisión. Abierto, pluralista, los dueños son democratacristianos, el hermano del presidente es parte del directorio, pero no queremos ningún abanderamiento político. No somos un canal de gobierno. No somos un canal ni de derecha ni de izquierda. Juvenil, como la radio, conectada con la buena onda, cultura,

concursos, malas películas comentadas desde el sillón de la casa. Canal segmentado, lo que viene en la televisión. Creatividad a mil, son libres cabros. ¿Te dieron el Pomelo? ¿Lo leíste? Ahí está todo”.

Porque al contratarte, el director supremo del canal, Juan Enrique Forch, te entregaba un cuento escrito por él que resumía un día de un tal Pomelo, soñador, comprometido, rockero, escéptico, informado, interconectado, diverso, irreverente pero realista, rebelde con causa, dispuesto con todo el respeto del mundo a romper con todo y cambiar la historia de la televisión en Chile. Una mezcla de optimismo de los años 60 con sintaxis a la Fuguet, uno de los asesores del canal, que tuvo la mala idea de decirle a la prensa que en el Rock & Pop no podía trabajar nadie mayor de 30 años.

Forch ya tenía cuarenta y tantos. La juventud era su obsesión. En 1972 había publicado en Quimantú “Viaje por la juventud”, un reportaje sobre los jóvenes de la Unidad Popular. Había sido parte de los creativos detrás de la campaña del No, llena de colores y alegría. Era también el responsable del colorinche *Show de los libros*. Su programa fetiche, entre todos los que producían en el canal, era uno en que dos tipos hablaban un lenguaje inventado por Forch y unos amigos. El suelo del estudio lo pintaron con imitaciones de Miró. Los presentadores se vestían de payasos a la menor amenaza. Todo eso que ya era viejo en 1995, pienso ahora. Todo eso era la idea que los viejos tenían de los jóvenes. Era la propia juventud inconclusa de Forch, apurada por el exilio, la clandestinidad, los negocios después, su bigote gris, su calva imponente, sus modales de profeta siempre dispuesto a ofenderse o a indignarse, o sentirse emocionado por la creatividad, las ganas, la sensación de que estábamos rompiendo algo.

Las ganas de romper y el miedo también:

–Si hablan mal de la señora Lucía, llega toda la CNI aquí en la mañana –nos advertía Forch, indignado porque nuestra insolencia no era suficientemente “inteligente”.

Inútil decirle que oficialmente la CNI se había disuelto, que oficialmente estábamos en democracia, una democracia que poco o nada significaba si no teníamos permiso para reírnos de la esposa de Pinochet con su cara de gallina hambrienta, sus sombreros estrafalarios y su crueldad sin fin. La señora Lucía, que según propia confesión, nunca fue más feliz, agasajada, tan completamente impune, rica y admirada como en los años 90.

–No saben las locuras que yo haría por mí –le brillaban los ojos a Forch en medio de la reprimenda–, no saben las cosas que se me

ocurren a mí, mucho más irreverentes que todos ustedes juntos, pero no estamos para darnos gustitos personales aquí. La gente muere por los gustitos personales. Tú no sabes la cantidad de gente que murió en la dictadura por darse gustitos personales –y brillaba una lágrima a punto de caer, que nos dejaba conmocionados unos minutos, hasta que de vuelta a Bosnia recordábamos párrafos de Pomelo y todo nos parecía absurdo.

"Que se vaya a la chucha Forch, lo vamos a hacer igual". Aunque no lo hacíamos. Más temprano que tarde, obedecíamos a las órdenes de los jefes. No éramos Los Prisioneros, no éramos Luca Prodán. Éramos niños bien educados, de colegios de monjas y de curas. Ex boy scouts casi todos, Ángel, Álvaro y Pedro, quien trabajaba en el noticiero, pero venía a dibujar a nuestro rincón del balcón. Creo que si algo nos unía era la obsesión por ser viejos, por escuchar música, leer libros, ver películas de antes de nuestros nacimientos. Pienso en Guarello, que hacía el programa de fútbol y opinaba que todo el mundo era chanta y mentiroso y sabía todas las alineaciones de todos los equipos desde 1922 en adelante. O la Piedad Rivadeneira, que estaba a cargo del vestuario, compraba todo en la más usada de las ropas usadas... ¿Cuándo llegó la Paula Molina, la Lorena Giachino, el peli largo de sonido, el sobreactuado Cote Correa, Alaluf, Pablo Illanes, la linda Ingrid Miranda, la Consuelo y todo *El Pulso*, la Maca Mardones, que se dedicaba al Tai Chi en el pasillo; Sergio Lagos, Salfate, el Pera, Mónica Godoy, el Rumpy, Caco Montt...?

Conocí lo mejor y lo peor de mi generación en esa penumbra fetal llena de ego y aspiración, de sueños y ambiciones. Pasé de la soledad más total a tener mi edad, en medio del eco y la confusión que me permitió pasar por alto también mi timidez. Porque en Bosnia nadie se presentaba, porque todos suponían que el otro era genial, porque todos éramos una cara y un nombre, y todos éramos incapaces de concentrarnos en lo que debíamos: escribir guiones, preparar pautas, salir a grabar, perder lo que nos quedaba de pies y dedos en las salas de edición con la misteriosamente sensual Sole Salfate (que era baja y normal de lejos, y todo lo contrario de cerca) y el displicente Andrés.

Lo confieso con cierta vergüenza: estuve enamorado de toda una oficina. Fue quizás mi primer amor, mi primer amor correspondido al menos. La oficina donde sin querer tu piel roza la otra, recién duchados ambos, todavía dormidos en parte, buscando desesperadamente en ese campo de refugiados, en ese Alcatraz, el olor familiar de un cuerpo que te salve esa tarde de horas extraordinarias:

la Paula, la Carola, la Monse, la Consuelo, cambiaba cada día de obsesión, recorría todas las posibilidades imposibles de amor, hasta divorciarnos y no vernos nunca más. Tantas niñas lindas de la Católica juntas no podían equivocarse de canal. Antes de engordar y acomodarnos, nos gustaba la seguridad y la belleza de esas caras que inspeccionaban en la oscuridad si valíamos la pena para darnos unos atraques en los pasillos que los obreros iban descubriendo entre las planchas de cholguán y los muros de piedra calcárea que mantenían al cerro San Cristóbal, al pie del cual todo eso sucedía. Volvía bajo otra luz a evaluar a la Carola, la Paula y la Monse, quienes estaban a punto de casarse con ancianos divorciados llenos de hijastros. Nada o casi nada llegó más lejos que la mirada, el odio brusco y la complicidad de adivinarnos amigos en la arena misma del jardín infantil. No pasó nada y pudo así seguir pasando, prolongarse al infinito el primer minuto en que nos vimos reunidos como conchas rotas y vidrios, huiros, piedras limadas por las olas, en la misma playa.

No me gustaban menos Álvaro, Ángel, Pedro. Todos participaban de la misma verdad –a punto de ser mentira–, del milagro de no estar solo. Antes de elegirnos, elegíamos; nos sorprendía no conocernos de siempre. Chocábamos como los electrones que habían permanecido por años separados, vigilándose a veces. Me guiaba en las penumbras de Bosnia la misma mezcla de borrón y conocimiento que domina a los enamorados. La sensación de que hay un hilo que une la incoherencia de los días, un eco en que tus palabras se posan para encontrar su verdadero volumen, lejos de ti, sin saber ya qué dijiste tú, qué dijo la otra.

En la cena de bienvenida del canal espantamos a los dueños del restaurant, lanzándonos migas de pan de un lado a otro del salón. La Carola iba a trabajar con su perro Julio César pegado a los pies. Un camarógrafo estacionaba su bicicleta en plena sala de directorio. Interrumpíamos todo trabajo para ver en masa *Los Simpson*. Balbuceo en vez de palabras y empujones en vez de abrazos, intentando cada cual impresionar más. Las mujeres a los hombres, los hombres a las mujeres, y después los hombres a los hombres y así hasta el infinito. ¿Eso era ser joven? Eso es lo que cuenta André Breton, surrealista antes de ser surrealista, así eran los Beatles antes de ser Beatles y los del Boom sonriendo abrazados –o casi– en la oficina de Carmen Balcells. No éramos surrealistas, no éramos escritores, no éramos los Beatles, éramos eso que nunca esperé encontrar: un grupo de iguales que hacía un programa de televisión de jóvenes (yo, que no había sido

joven nunca).

Sé que no cuento nada nuevo. Así debería ser la universidad para los universitarios, ese milagroso patio en que no hay nada menos único que ser único. Pero la universidad no fue eso para mí. Sospecho que no lo fue del todo para nadie en Bosnia. La universidad era para nosotros todavía la dictadura o, peor aún, la clandestinidad. Era el miedo de que torturaran a tus compañeros, era el colegio del que no salías de tu piel a esa desgraciada edad: 17, 18, 19. Era el absurdo del decano, era la pobreza de los profesores hundidos en el humo de sus cigarrillos, era el encierro, era el pacto de que tenían todavía derecho a vigilar. Demasiado tímidos o cómodos para reventarse a los 20 años, esperamos tener un sueldo, una responsabilidad, el espectro de la fama para atrevernos a hacerlo.

Es quizás la señal de mi generación: su falta de imprudencia y su ambición fue para nosotros lo que para otros el amor o la revolución. No éramos serios, pero no éramos tampoco otra cosa. No nos molestábamos siquiera en no ser burgueses: lo éramos con la pasión y el apresuramiento con que otros se esforzaron antes en ser bohemios. Ese fue nuestro arte, salir de la provincia sin irnos de la casa. Esa fue nuestra pasión: el poder ya no era un sueño ni una pesadilla, sino una segunda naturaleza.

A patadas con las palabras

Decidí que era tiempo de escribir un libro en serio, como escriben los libros los escritores de verdad. Tenía miedo de que la televisión me tragara, miedo a no poder volver a escribir después, de convertirme para siempre en un payaso que trata de hablar en serio bajo la lluvia de tomates podridos. Sentía a los 25 años que había aprendido mi lección, que podía entrar a la literatura sin jugar a ser divertido y raro, sino como un sencillo y silencioso clásico. No había leído ningún cuento de Carver y lo que leía de los que hablaban bien de él tendía a caerme mal. Sin embargo, decidí que sería su discípulo chileno. Me gustaba el abismo y el placer que causaban sus coloridos libros de Anagrama en las casas de veraneo: *Catedral, Puedes hacer el favor de callarte por favor, ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?* Hojeé algo de un ciego, de una novia que vuelve después de muchos años en esos livings con muchos ventanales donde todo es transparente.

Perseguía, sin saber muy bien cómo, la sensación de que la realidad depurada, como los restos percolados del café que quedan en el filtro, en vez de asquear producía eso que los críticos de cine llamaban “epifanía”. Una palabra que correspondía perfectamente a lo que buscaba yo en la literatura, ya no el éxtasis místico sino la epifanía: “El estudiante”, ese cuento de Chéjov que leí en el pequeño volumen de Aguilar que me prestó mi abuela. Papel biblia, lomo de misal, leído en medio de los empujones de la micro, con los vidrios empañados y la lluvia que se colaba por todas partes. La historia de un estudiante que en Viernes Santo camina por el campo oscuro y ve a dos *mujik* calentarse las manos en una hoguera hablando de la traición de San Pedro y el gallo que canta tres veces. Y la sensación que tiene el estudiante de que esta escena es solo un eslabón de una cadena de escenas igualmente mínimas que llevan directamente a esa noche en Jerusalén, en que San Pedro traiciona a su maestro. Y los otros cuentos de Chéjov que devoré, como si el libro fuese un talismán contra esa normalidad de profesor haciendo la práctica profesional.

Sin haber leído aún a González Vera, se me ocurría que mi deber era escribir mis propias *Vidas mínimas*. Quería escribir sobre lo que todo el mundo olvida, lo que no le importa a nadie. Tenía que ser el poeta de eso que no tenía poesía. Quería ser el primero en rastrear la clase media chilena en su momento más insulso, esos años de abundancia que eran también terribles porque estaba prohibido quejarse. Esa furia por ser normales nos convertía a todos en monstruos posibles. No tenía que ser yo el que hablara. Solo eso tenía que tener claro, tenía que ser la historia de otros, de esa gente sin nombre y sin cara que se me cruzaba en la micro y en las calles del centro, sin mirarme. Sabía que tenían que hablar los personajes, que me tenían que guiar donde ellos quisieran. Preparé al borde de mi cama un cuaderno y un lápiz. Tomé grandes vasos de agua, dejando que el sueño me arrastrara hacia la voz que en la mañana, sin dificultad, escribiría en el cuaderno, hasta que se agotara la inspiración y volviera a ser yo.

He escrito muchos libros después, todos más exitosos que *Invierno en la torre*, pero nunca tuve esa sensación de verme raptado por los personajes, esa sensación de fluir en el mismo río que Chéjov, Tolstói o Proust. Nunca le di a la escritura tantas ventajas sobre mi vida como esas mañanas con la nariz tapada y los ojos chirriantes de cansancio, viendo, entre tantas cosas, a través del agujero de esos departamentos que la gente compra o arrienda para que no suceda nada definitivo. Esos lugares en que las cosas definitivas ocurren. La imagen de un agujero de bala que dejó un conscripto el 73 en un edificio de departamentos, ni nuevo ni antiguo, ni rico ni pobre, normal, como la familia que lo habita, que fue lo primero que se me ocurrió al despertar el primer sábado en que empecé a escribir. Y la explanada de la torre de Tomás Moro, al lado del colegio en que hacía clases, y la infancia en Montevideo del protagonista. Y luego, la voz del joven nervioso, apurado, que cuenta una historia de amor que lo desespera justamente porque ella lo quiere y él la quiere, porque todos en la casa lo tratan como si fuera uno más de la familia, porque ella es linda y paciente y feliz, y él no sabe cómo va a terminar eso.

¿Qué pasa después?, me preguntaba. Me acostaba y volvía en la mañana pidiéndole a la novia perfecta explicaciones y más explicaciones, hasta quebrar el noviazgo, dos meses antes de que un escape de gas mate a la familia. Y el entierro donde solo queda la hermana de la novia y la idea de que quizás si el agujero de bala en la ventana hubiese sido unos milímetros más grande todos se hubiesen salvado. Y la sensación rara de ver como todo encaja, como la imagen

que parecía gratuita al comienzo volvía con toda la historia y el título, *La bomba que desnuda*, que era también el título de una película del Súper Agente 86.

Eso es ser escritor, pensé, escribir historias que no tienen nada que ver con uno, con la convicción con que uno recuerda, sabiendo que eso y no otra cosa sucedió, que eso es lo único que puedes contar. Hablaba de gente sin militancia, sin exilio, completamente chilenos, porque era también mi forma de serlo yo, que no llevaba más de ocho años en el país. Hablaba de novias porque no tenía; era mi forma de tener una. Como un perro, olfateaba el rastro de deseo olvidado en algún lugar: en una torre de clase media al final de la avenida Bilbao, en que me citó una actriz para explicarme con detalles por qué no nos acostaríamos. Detrás de todas las novelas está esa cosa inconclusa que es siempre el sexo. Después de 200 páginas, Naipaul hace que el protagonista de *Un recodo en el río* le escupa la entrepierna a la mujer que ama. Recién entonces sabes que la herida de Naipaul no es el colonialismo, la vergüenza, la pobreza, la traición a su estirpe, que todo eso es verdad, pero que solo es literatura por esa otra herida, las putas que los personajes no saben cómo penetrar, las esposas insatisfechas que asustan a sus maridos, disminuidos hasta la insignificancia.

En el segundo cuento era un doctor que trabajaba para alguna misteriosa organización que no explicita y compite con su mamá por quién tiene el mejor cumpleaños. En otro era un sicólogo que creía que el sexo traía mala suerte. En el último era una niñita encerrada en el *penthouse* de la torre en que sucedían los otros cuentos. Creo que había un crimen, unos vecinos simpáticos y terribles. Creo que todo eso lo adivinaba la niña. Puros fantasmas sin carne de mi propia carne; me sorprendía la facilidad con que pasaba del sicólogo a la niña, de la niña al doctor, porque no tenían más que datos que los distinguieran, porque era el mismo acento profundamente desconfiado e inocente, incapaz de ver algo como todo el mundo, incapaz tampoco de declararlo en voz alta ante los otros, sus padres, su novia, sus amigos, que no los veían pasar y desaparecer.

Solo yo sabía todo lo que tenían que esconder, solo yo hablaba su idioma, que pasaba de la torpeza al esplendor sin intermedio, que quería morder y en el fondo se dejaba acariciar como una mascota. Pensaba yo que eran invencibles, porque hablaba con ellos todos los sábados, a esa hora en que nada tiene forma y color exacto, donde todo es la pura sensación de nacer recién, de no tener toda la piel

sobre los huesos. Pensé que nada podía matarlos, porque los quería como quien quiere una salvación: los amigos que de otra forma no podía procurarme. Como todos los solitarios, pensaba que por mi soledad debía ser perdonado.

Volví con mi manuscrito a la editorial Planeta. Ya no estaba Sabanes ni la Marcela Gatica. Cualquier sombra del *glamour* de comienzos de los 90 había desaparecido. Me atendió Carlos Orellana, un hombre discreto, muy bajo, que había llegado a Chile en los años 60, exiliado comunista de una de las tantas dictaduras guatemaltecas, rescatado junto con Augusto Monterroso por Neruda.

Me preguntó si había estado de niño en la embajada de Francia. Sí, le respondí con sonrojo. Si yo era el niño insoportable que se paraba sobre la mesa a arengar a los refugiados políticos, mandándoles a pelear a la calle y no molestar al embajador. Perdí en dos segundos cualquier se-ñal de *glamour*, cualquier sombra de poder. Volvía a ser el nieto de mi abuelo, el hijo de mis padres, volvía a Planeta a ser parte de ese útero de izquierda del que huía escribiendo ese manuscrito.

Orellana daba vueltas buscando anotaciones. No tenía muchas. Adiviné de inmediato su falta de entusiasmo. Skármeta le había mandado a decir que yo era un genio en potencia. No estaba muy convencido, pero prefería apostar. Los grandes nombres de la nueva narrativa habían empezado a dejar de vender. Yo podía ser algo parecido al recambio. El libro se publicaría con mi cara en la portada, sobreimpresa en un living de cortinas y cubrecamas rosadas. Una de esas fotos que mi hermano compraba por kilos en San Diego con Santa Isabel.

Tengo perdida una foto que me gustaba mirar. Estoy con corbata, chaqueta y chalequillo gris, firmando ejemplares en la Feria del Libro de Estación Mapocho. Sonrío como un inválido en la nieve. Gordo, con el cuello apretado, mi cara blanca brilla de virginidad. Había llegado adonde había soñado y estaba rodeado de mis nuevos amigos de la televisión, que presentaron el libro (Carolina y Ángel). Esa promesa, que nunca me atreví a hacerme, es la que más brilla en la foto, la de no estar solo, la de tener una pequeña fila de amigos esperando para recibir mi temblorosa firma. No estoy solo, soy alguien, escribí un libro que habla en el fondo de lo solo que estaba antes, exorcicé ese demonio, me salvé, dice mi sonrisa, dice esa foto.

Me premié a mí mismo, viajando a Europa como se supone que viajan los escritores. Pablo Azócar me alojó en su departamento, al

borde del Sena. La Natalia me alojó en Stoke Newington, al norte de Londres.

–En el fondo soy chileno, mamá. En el fondo mi lugar es allá. Europa es un museo. La gente en Chile me quiere.

–No te quieren tanto. No te hagas ilusiones. Disfruta Europa, no pienses mucho en Chile –me respondía mi madre al otro lado del teléfono.

–¿Por qué dices eso, mamá?

–No te preocupes, pásalo bien. Sé feliz.

Solo en el aeropuerto comprendí las reservas de mi madre. Apurada, mientras buscábamos el auto, me pasó la página de libros de *El Mercurio*. Internet era entonces un experimento, o poco más. A nadie se le habría ocurrido leer un diario chileno en Londres. La reseña se titulaba "A patadas con las palabras". La firmaba Javier Edwards Renard, uno de los críticos del diario. Era también abogado de un banco. Su crítica, por lo tanto, era una especie de sentencia judicial. Enumeraba los crímenes, incontables faltas gramaticales y de sintaxis, el espantoso narcisismo del narrador, la superficialidad del tema y de los personajes, las imágenes inconexas. Se preguntaba si me podía perdonar en razón de mi juventud e inexperiencia. Descubría que era profesor y escribía periodismo, y que salía en televisión haciéndome el gracioso. Finalmente, me condenaba a cinco años y un día sin escribir o publicar.

Algunos colegas me defendieron, algunos gramáticos descubrieron que el que cometía faltas gramaticales era Edwards Renard. La crítica se reprodujo, reparos más, reparos menos, en los otros diarios. Rápidamente, pasó de ser polémica a ser indesmentible. ¿Cuál es el peor escritor de Chile?, le preguntaron a la periodista Ximena Torres Cautivo en la tele. No quiero hablar mal de nadie. Pucha la pregunta, dijo. Bueno, Rafael Gumucio. Rafael Gumucio no es escritor. Y miró al resto de los comensales, todos escritores, que no querían ser tan duros, que igual me encontraban simpático, aunque escritor-escritor, pensaban, no era.

La luna de miel entre los escritores, los críticos y los lectores terminó justo cuando se me ocurrió publicar. Como los hijos a la hora del divorcio, me quedé sin casa. Me quedé también sin generación. Alejandro Zambra y Guillermo Calderón, a los que les gustó el libro cuando salió, eran estudiantes. Los de mi edad simplemente perdonaron mi imprudencia. Mi libro cargaba también con sus propios pecados. Mis cuentos no eran los cuentos minimaindentas de moda en

aquella época. Mis personajes eran un retrato mío, aunque no había vivido en esa torre ni sabía qué era el amor, la muerte o el sexo del que hablaba en el libro.

Era consciente de que había cometido crímenes distintos a los que se me atribuían, pero crímenes al fin. Cumplí mi condena, después de cinco años publiqué y fui perdonado por el mismo Edwards Renard. Aunque nada me devolvió nunca la sensación primera de escribir a patadas con las palabras, pero también a abrazos y mordiscos y besos. Nunca más he tenido la sensación corporal de ser parte de lo que cuento, de verme en esa bruma que apenas entiendo, de entrar en ella sin miedo, sonriendo como sonríen los ciegos. Me arrepiento, no lo volvería a hacer, digo con los dientes apretados cuando me interroga la asistente social de la policía, seguro que nadie puede quitarme esa sensación de paraíso perdido, la violencia tan dulce de esa venganza de la que fui la única víctima.

Plan Zeta, una explicación

1996 fue un año normal. Aunque decir eso es justamente la cosa más anormal del mundo. Pinochet era comandante en jefe del ejército. Un tercio del Senado era designado por él o gente cercana a él. La UDI, su partido más fiel, una mezcla de fanáticos del libre mercado y supernumerarios del Opus Dei, ganaba y ganaba elecciones parlamentarias y municipales. Chile crecía aceleradamente, los pobres se reducían extraordinariamente, la desigualdad era tema de majaderos en ONG más o menos financiadas por la ONU o alguna inutilidad por el estilo. Para fingir estatus, algunos llenaban sus carros de supermercado de productos importados, para luego abandonarlos a su suerte y, disimuladamente, comprar las dos o tres botellas de Coca-Cola *ligth*, el paquete de tallarines y el tarro de atún que se podían permitir.

El presidente Frei Ruiz-Tagle, un ingeniero de pocas palabras y de menos ideas aún, apareció de pronto vestido con guayabera de color incendio, dejando en claro que el foco de nuestra política exterior sería Asia y el Pacífico, océano infestado de paraísos fiscales e islas manufactureras. La presidenta de la agrupación de detenidos desaparecidos pasó todo el año pidiendo una reunión con el presidente. Este pensaba que con haber encerrado en una cárcel especial a Manuel Contreras, el jefe de la policía política, el hombre que tuvo la mala idea de hacer estallar una bomba a 200 metros de la Casa Blanca en Washington, ya había cumplido con su labor. Le tocaba entonces "modernizar" el país.

Nos gustara o no, los jóvenes del Canal 2 éramos parte de esa modernización. Jugábamos a criticar ese ambiente de entusiasmo sin dirección, esa nube de certeza cocainómana, pero nos espantaba tanto como a cualquiera la nostalgia por la Unidad Popular. Álvaro Díaz apenas pudo juntar plata para viajar, visitó la América profunda de donde venían todos sus ídolos: Bruce Springsteen, Clint Eastwood y los Dukes de Hazzard. A Pedro le gustaban las novelas de misterio

inglesas y los guiones. La Carola coleccionaba jaulas sin pájaros y revistas mexicanas. Yo bajaba la cabeza de rabia y vergüenza cuando veía a alguno de los antiguos militantes de la secundaria, ahora exitosos, desembarcar en el canal, jugando también ellos a ser modernos, descomprometidos, coloridos. Esta revolución era la mía, esa que probaba que yo había tenido razón de ser cobarde y seguir como un perro de caza el olor sacrosanto de las niñas del Campus Oriente.

El cine nos gustaba porque era obligación que nos gustara, pero preferíamos inconfesablemente la televisión, que había sido el padre o la madre que nos faltaba. No hacíamos en *Plan Zeta* nada distinto a lo que ese padre catódico nos había enseñado. Después de todo, habíamos crecido viendo el canal de la Universidad Católica de Valparaíso o el Canal 11. En el cable veíamos programas argentinos en que todos se tuteaban y puteaban, deformando videos e inventando chistes sin comienzo ni fin. En la universidad fingíamos morirnos de la risa viendo las películas de Monty Python. Nos imaginábamos que sería fácil hacer algo como eso. Bueno, era verano y queríamos tener de alguna forma vacaciones mientras trabajábamos, hacer algo así.

Queríamos chocar, resulta evidente ahora que lo pienso, pero no esperábamos lograrlo tan efectivamente. Éramos unos niños, no pensábamos que le pudieran importar a alguien los *sketches* que grabábamos en el gigantesco departamento de Merced, que mi mamá me dejó al irse con mis hermanos a Bélgica. Habíamos salido apenas del colegio y la universidad, donde no nos dejaban jugar como lo hacíamos en el canal. "Tú vas a ser un profesor chanta, y tú un huevón sin cabeza, y tú un doctor chanta, y tú una enfermera chanta, y tú un gorila que vende cuentas de AFP".

Jugábamos con la total impunidad que permitía trabajar en un canal que nadie veía, menos aún en verano, hasta que de pronto nos sorprendimos: el Consejo Nacional de Televisión se querelló contra el programa, por distintos tipos de ofensas que este Consejo tenía permiso para querellarse. Perdí la copia exacta del requerimiento del Consejo. Copiarla aquí me habría ahorrado páginas y páginas sobre la extrañeza de la época. Cosas del tipo: "Una muñeca caracterizada con el traje ceremonial de etnia Mapuche es singularizada como una mujer dedicada a las labores domésticas. Se agrega que viene incorporado un muñeco, llamado Ken, que sería parte del cuerpo de Carabineros de Chile".

Los representantes de la Iglesia, de las Fuerzas Armadas y del Senado

insistían en la profunda confusión en que podían caer los niños chilenos que amaban las muñecas, al ver que sus pueblos originarios eran destinados solo a las labores domésticas.

El representante del Colegio de Periodistas, el escritor Guillermo Blanco, intentó explicarles como pudo que la barbie mapuche (que para que no se querellara Mattel llamaba Marbie) no era una ofensa contra el pueblo mapuche, sino una ironía sobre el rol que habitualmente se les asigna a las empleadas domésticas en la sociedad chilena. Y lo mismo con la Marbie travesti y la Marbie opus y sus siete hijos y su cilicio incorporado. Y la crítica de la Biblia, que un crítico pedante calificó de una mala copia de *Cien a*ños de *soledad*, y la serie de televisión *Grandes héroes de la Biblia*, eran una burla de la pedantería del propio crítico y no de la Biblia misma, explicaba Guillermo Blanco.

Más problemas tuvo Blanco, al señalar que el concurso de banderas e himnos nacionales en el cual Chile obtuvo el primer y segundo lugar, nunca se realizó. De haberse hecho, seguramente hubiera sido tan exagerado y ridículo como el que filmamos en el programa. Jaime del Valle, ex ministro de Relaciones Exteriores y Justicia de Pinochet, respondió que era degradante que dos invertidos en ropa de encaje (Ángel y yo) fueran los únicos capaces de apreciar la belleza de nuestro himno y pabellón patrio. No sé si dijo algo así en el Consejo, pero sé que se lo dijo en vivo y en directo a la Carolina Delpiano y a mí, en otro programa de televisión. “Pero este no es el caso más infamante –arremetió el abogado. Aquí tenemos el caso de este video *Vuestros nombres valientes*, que pretende ser una recreación del pronunciamiento militar de 1973. Dios sabe que no le tengo particular aprecio a Salvador Allende, pero es en el video de dicho programa presentado como un borracho sin Dios ni ley que se suicida en plena pantalla. Le puedo asegurar que ninguno de los hechos aquí descritos tienen siquiera la apariencia de verdad documental. Pero el agravio al que este video somete a todas las figuras históricas que participaron en los hechos no tiene precedentes en la historia del país. Este tipo de video tendencioso, que desinforma a la juventud chilena, no ayuda en nada a la reconciliación del país. He dicho”.

–Es tío lejano mío –confesó Álvaro Díaz. Nunca sonreía en las reuniones familiares, pero parece que no era mala persona–. Todos mis tíos son unos dementes, en todo caso –y volvía a contarnos la historia del tío Iván Welles, que de un día para otro se convirtió en capellán militar, sin haberse metido antes a cura.

–Igual la cagamos un poco parece, se nos pasó la mano –se arrepintió Peirano, siempre el más cuidadoso del grupo.

Con todo, sus palabras resumían de alguna forma una sensación inconfesable que compartíamos todos, sin atrevernos a decirla en voz alta. El resto de los videos era un juego más o menos prohibido. La Patty Aracena, maquilladora que había sido del MIR, me miró entre espantada y feliz cuando terminó de maquillarme:

–¡Es él! –señaló cuando me puse la banda presidencial y salí al patio del canal. Todos los mayores de 30 años empezaron instintivamente a alejarse de mí, como si hubiesen visto un fantasma. Subimos a la camioneta rumbo al centro. De los otros autos se asomaban a tocar bocinazos o aceleraban hasta perderse, para que no los alcanzáramos. Cuando bajamos a la vereda, una patrulla de carabineros se acercó para preguntarnos si teníamos los permisos correspondientes.

–¿Permiso para filmar oficial?

–No, para eso –y mostraron tímidamente con el dedo mi atuendo presidencial. Los transeúntes, al mismo tiempo, iban dándose vueltas, saludando al Chicho, preguntando cuándo había vuelto, qué hacía allí tan lejos de La Moneda. Los carabineros, temerosos del escándalo que podía provocar el arresto en plena Amunátegui al ex presidente Allende, me soltaron con la promesa de que no armara alboroto. Espantado por el éxito de mi atuendo, no me costó nada prometer lo que me pedían.

Filmamos en el Palacio Pereira, en ruinas en ese entonces. El polvo y las molduras rotas, las vigas desnudas, el metal oxidado. Se suponía que era La Moneda en llamas, una imagen hasta ese momento prohibida. Escalofriante todavía para la izquierda, culposa para la derecha, a la cima de la escalera ponía la pistola de plástico en mi boca cuando Pinochet (Peirano) me ofrecía rendirme por la Virgen del Pilar.

–Rezar, suicidarme –y teníamos la decencia final de que la pantalla se fuera a negro antes de que se escuchara o viera el disparo.

Tencha Bussi, la viuda de Allende, me llamó por teléfono para pedirme unas explicaciones que no podía darle. ¿Cómo podía explicarle que el programa se llamaba *Plan Zeta*, el mismo nombre del fraude inventado por la derecha, al señalar que la izquierda tenía indento un plan para asesinar a los hijos de los militares que se opusieran a ellos?

Fue el mismo plan que justificó el arresto de mi madre. El mismo plan que pasó de ser mi destino, mi trauma y mi horror, a convertirse

en mi trabajo, mi patio de juego, mi liberación.

–Usted, nieto de su abuela. Con lo amigo que era el Chicho de su abuelo. ¿Cómo hace eso? ¿Cómo se le ocurre deshonrar así la memoria de Salvador?

Porque él está muerto y yo estoy vivo, señora Hortensia. Vivo, eso es lo que no entiende usted y los de su generación y los que los siguen más aún. Chile no se acabó ni empezó el 11 de septiembre de 1973. Ese fue para mí un año irreparable, pero un año al fin y al cabo. Tenía tres años, la Carola y Ángel cuatro, Álvaro y Pedro tenían uno o dos. No pudimos morir, aunque debimos morir, señora Tencha. Somos eternamente culpables de eso, de no haber muerto a tiempo ese martes fatal del que estamos cansados de hacernos cargo. Un pataleo, un gritoneo, un jugueteo, tiene razón señora Tencha. Todo esto es un juego de niños que piden atención de los adultos que se borraron, que se distrajeron, que se asustaron, que se fueron mientras no podíamos evitar vivir inmensamente, intensamente, alimentarnos, aprender a caminar, tropezar y levantarnos en un país prohibido.

–Salvador como un borracho. Salvador como un libertino, realmente usted no tiene límite –siguió reprochándome la viuda. ¿Pero no es lo mejor que tenemos que decir los de mi generación de Salvador Allende, que tomaba, que bailaba, que le gustaban las mujeres, que estaba también vivo? ¿Podemos nosotros, señora Tencha, ser eternamente huérfanos de un padre que no conocimos? ¿Ese es el destino que nos queda, el de esos niños que lloran entre las ruinas en nuestro absurdo video y que Pinochet salva en nombre de la patria?

–¿Lo vio? –se me ocurrió preguntarle a la viuda, como para ir negociando al menos algunas secuencias.

–No. No necesito verlo, lo leí en *El Mercurio*.

–*El Mercurio* miente, señora Tencha. Está mal que se lo explique, a estas alturas. Si usted se informa por el diario de la derecha, qué le queda al resto.

Y usando el estrecho espacio que me dejaba la viuda más viuda de todas las viudas, me despedí apurado. Con la espalda toda sudada, corté la llamada.

Mosca muerta

Me mandaron ese lunes a la morgue con una cámara. El nuevo director del Instituto Médico Legal descubrió un cadáver que llevaba 12 años congelado, esperando que alguien lo reconociera. La nota era suficientemente absurda para que la escogieran entre una indenta de conferencias de prensa que aparecían en la pauta matinal de *El Pulso*, el noticiero del canal.

El director del Instituto Médico Legal me esperaba a la entrada de una infinita galería de minúsculas ventanas que separaban las oficinas del tanatorio. Usaba un bastón y no se veía feliz. Trabajar rodeado de muertos parecía algo más que una vocación. Impaciente ante mis preguntas, se concentró en denunciar las malversaciones y horrores administrativos del director anterior. Vio que no sabía ni de qué ni de quién hablaba. Su desprecio no hizo más que crecer.

–Vamos –decidió de pronto, y se puso a cojear por la galería hasta el fondo de otro infinito pasillo fiscal.

–Sigámoslo –le ordené al Chucho Lorca, el mañoso camarógrafo que me asignaron. Bajamos la escalera hasta la sala de autopsia, gigantesca, con gradas y un pupitre donde los alumnos de medicina abrían por primera vez su primer cadáver. Otra sala era más discreta, con lavadero, azulejos y tuberías hasta el fondo. Aproveché para preguntarle por los huesos del Patio 19 del Cementerio General, donde se supone que había enterrados detenidos desaparecidos, muertos en tumbas sin nombre, una cruz de metal oxidado sobre la que alguien pintó en blanco NN. Me respondió con impaciencia, lanzándome nombres y datos que no me decían nada. Hice como si entendiera casi todo y seguimos conversando de inhumaciones, de antropólogos forenses, de ADN, de tibias y calaveras, por otro corredor interminable.

–No puede más el Pata de Gaviota –me avisó el Chucho Lorca, mostrándome al sonidista, pálido y verdoso, apoyado en la puerta de la última sala de autopsia. Busqué algún muerto que explicara su

temblor. Nada. Los tubos, las llaves, las canaletas en el suelo. Todo limpio, blanco, perfecto.

–¿Estás seguro de que no puedes más? –pregunté. No tuvo la fuerza siquiera de responder– Quédate aquí, Pata de Gaviota –lo calmé mientras levantaba la mirada hacia el camarógrafo–. ¿Tú cómo estás? –le dije al Chucho.

–Yo estoy bien –aseguró, feliz de probar su valor. Recogiendo los equipos que dejó tirado el Pata de Gaviota, seguimos bajando escalera abajo, hasta los congeladores del subsuelo.

–Ahí está –me mostró el director del servicio una puerta roja que no cerraba del todo, dejando escapar algo de vapor helado. Ni un nombre, ni una seña. Los operarios barrían el suelo sembrado de aserrín, los cables de alta tensión chirriaban, la luz del sol filtrada entre las rejas chocaba contra las puertas abolladas de los frigoríficos.

Me acerqué con el micrófono a entrevistar al cadáver.

–¿Cuánto tiempo resiste sin descomponerse totalmente?

–se me ocurrió preguntarle al director del Servicio Médico Legal.

–¿Tres años? Cuatro, a lo más.

–¿Está pudriéndose entonces? –concluí. Iba a preguntar más detalles justo cuando una mosca entró directo en mi boca.

–Ahh, ala –gemí.

–¿Qué te pasó, huevón?, estás verde –se asustó el Chucho Lorca.

–Mierla… mierla… –gemí sin atreverme a cerrar la boca, para no empujar con mi saliva la mosca dentro de mi garganta– sáela… sáela de la oca… –expliqué mientras daba braceadas de ahogado.

–Una moca… –me atreví al fin a pronunciar–… en la oca una osca… –y mostré mi cuello donde con sus delgadas patas, salpicadas de carne en descomposición, el insecto trataba de trepar por mis cuerdas vocales hasta mi lengua, mi esófago, mi estómago, mi hígado, todas mis venas, mi sangre, mi piel; la muerte segura, lenta y terrible que nadie me cree, que a nadie le importa.

–Sáquenlo de aquí. ¡Jara! ¡Gajardo! –gritó el director a otros dos doctores que me levantaron del suelo y me acostaron en una sala afelpada e insonora, donde reconocían a los muertos en último grado de descomposición.

–Escupe, escupe –me ordenaron los funcionarios. Sobre mi cabeza, un agujero cubierto de vidrio desde el cual podían los parientes reconocer a su muerto sin tener que lidiar con su olor. Traté, hice arcadas, escupí más y más flema del fondo mismo de mi garganta, sin dejar de sentir al insecto caminando debajo de las amígdalas, hacia el

centro del cuello.

No sale, no puede salir. Me voy a morir. Me estoy muriendo ya, intuí, supe, juré... Verde por dentro, toda la sangre, cada órgano, uno por uno mis dedos, mi mano, mi hígado, ya estoy muerto... No quiero morir ahora. No puedo morir ahora... Trabajo en la tele. No soy famoso, pero casi. Me estaban viendo todos los martes a las 11 de la noche en Canal 2 Rock & Pop. *Gato x Liebre*, se llama el programa, un noticiero irreverente. Una versión muy chilena del *Caiga quien caiga* argentino que dan en el cable... E ir a los cócteles, las sesiones del Congreso, las conferencias de prensa, hacer preguntas tontas, regalar flores, jugar que se está en un desfile de modas en tribunales, jugar a las escondidas con los guardias de seguridad en la cumbre iberoamericana, convertir en héroe al jubilado demente que lanza todas las semanas huevos a un ministerio diferente... Y la pizza fría en la mesa llena de papeles que nadie nunca usó. El frío en el fondo de los pies, cuando subíamos la colina de Chucre Manzur hacia el estudio color berenjena, donde teníamos que transmitir en directo... Frío como si nos fueran a ejecutar allá, responsables como si fuésemos nosotros los fusileros. Nos abrazábamos, nos golpeteábamos los brazos hasta moretearnos, nos reíamos, nos odiábamos, celebrábamos después en el *loft* de la Carola... Los *lofts* del barrio Brasil, la onda, la rebeldía tan relativa de los cuicos que odiábamos en público pero donde éramos felices en privado. Porque nadie nos preguntaba nada, porque nos veían en televisión y agradecían que fuéramos “irreverentes”. Palabra clave de esa época como ninguna otra. Directores de arte, creativos varios, actrices cansadas de hacer de escolares en las telenovelas, poetas que dejaron la Bolsa asustados de volverse millonarios demasiado pronto. Y de repente los *Pánico,* el grupo de rock del barrio. Eddie Pistolas era hijo de un exiliado en París y Carolina Tres Estrellas, colorina y francesa, su pareja. En un video suyo de repente “las cosas van más lento”. Y se veían juguetes gigantes, parodia de una parodia, como *Sabotage* de Beastie Boys, más o menos en la misma época donde los miembros del grupo hacían de policías de una serie rasca de los 70, como el vestuario que nos escogió la Piedad Rivadeneira en el canal: pura ropa usada, de Franklin y Bandera, puro mercado de las pulgas.

Era una época que siempre quiso ser otra, que sobrepasada por la tecnología demasiado veloz tocaba en viejos órganos Hammond, guitarras chirriantes y baterías que se oyen como batería sin programación. Las mansiones que construyeron sus abuelos en el

barrio Brasil, el estilo de vida que sus padres abandonaron por los suburbios, volvían a poblarse; ahora eran los nietos los que llegaban y rayaban los muros, para indignación de los viejos vecinos. Más hippies que los hippies, más sicodélicos, porque todo lo que probábamos estaba probado antes. Un poco de disfraz, de carnaval, jugar a ser como los papás: los últimos que fueron jóvenes de verdad. Y vamos a la plaza Brasil a mojarnos los pies en la fuente y ver el sol aparecer y a las viejas mirarnos con odio infinito... Morir de una mosca ahora... (¿morir por si las moscas?) cuando estaba a punto justamente de ser por primera vez inmortal. Todo lo que soñé junto: la tele, la fama, las mujeres, el *glamour*, el arte, la clase alta, todo sin agacharme casi, bajo mis propias reglas.

Vivir exageradamente, vivir totalmente, vivir definitivamente, vivir sin esconderme, una mosca en la garganta que al fin logré escupir en plena morgue. Y el milagro de seguir. No importa, da lo mismo. La cámara, el micrófono, la isla de edición, el reportaje, la sala de maquillaje donde Carolina se desnudaba y volvía a vestirse, sin reparar en mi presencia. Viví tres años en una especie de éxtasis del que no puedo distinguir más que el brillo que me encandila todavía. Di entrevistas, perdí la virginidad, tuve todos los amigos que no me atreví a tener en la universidad. Y de repente, la Carola Delpiano que se fue a Rusia y el Ángel a Inglaterra. Nos detuvimos a pensar qué hacer con el programa, con mi carrera, con el futuro. Justo entonces sonó el teléfono de mi casa. Me llamaba un tal Héctor Soto, de la brigada de delitos económicos, para saber cuándo podía visitarlo en el cuartel.

La cárcel por dentro

–¿Qué hice? –solté aterrado.

–Nada –me dijo con cansancio. Nada importante, solo había infringido la Ley de Seguridad Interior del Estado.

La pena mínima: cinco años y un día, prohibición de votar o de ejercer cualquier cargo público, me explicó Héctor Salazar, abogado de DD.HH. y amigo de mi tío Juan, quien prefirió no defenderme porque Servando Jordán, el ministro de la Corte Suprema al que había ofendido, lo había ayudado en varios casos.

–Es buen gallo Jordán. Excéntrico, raro. Dicen que fue sociaindenta en Punta Arenas. Es facho, como todos, pero prefiero no meterme en líos con él. En esta huevada uno tiene sus amigos. ¿Qué le dijiste al pobre viejo?

–Eso, que era viejo y que era feo.

–¿Eso lo escribiste o lo dijiste en una entrevista?

–Lo escribí con un amigo y lo mandé por fax.

–¿Quién es su amigo? –pregunta el policía. Pero ¿cómo aclarar que en esa oficina del pasaje Chucre Manzur nada se hacía solo, que Peirano terminaba las frases que empezaba Álvaro Díaz o Ángel o la Monse o la Paula.

–¿Está seguro que era un fax? –insiste en preguntarme el detective Soto–. Es importante aclarar el procedimiento, porque la periodista que recibió el fax y la directora del medio también están inculpadas.

–¿Se lo leo? Ahí va –aclara el detective. Dobla la revista de papel cuché y busca el párrafo:

–"¿Por qué el senado no aceptó nominar a Servando Jordán senador designado?", pregunta la periodista. "Porque es viejo, feo y tiene un pasado oscuro, no como el resto de la Corte Suprema...", responde usted.

–O sea los otros también son viejos y feos, eso quise decir: que son todos viejos, feos y con pasado oscuro... –pero me doy cuenta de que la aclaración solo agrava la falta.

–¿Pero el señor Jordán es feo, es viejo y tiene pasado oscuro? –aclara el detective.

–Pero es un chiste. Es un juego de palabras. ¿No me van a poner preso por un chiste?

–No le pareció gracioso su chiste al ministro, parece.

–Todo eso de los senadores designados es una tontería –empiezo a sudar–. No los elige nadie. Es una tontera ser senador designado, mucho mejor ser ministro de la Corte Suprema, me parece a mí. ¿Quién quiere ser senador designado? Yo que él, estaría feliz de que no lo eligieran. Esto después va a ser una vergüenza...

–A mí me da lo mismo –se peina el detective–, yo no me meto en política.

–Pero la libertad de expresión, no sé. Es una opinión. Un chiste. Una tontera que uno dice sin pensar. Yo no soy nadie, qué le importa al señor de la Corte Suprema que yo diga que es feo. Yo también soy feo, si es por eso. Y él no es tan feo ahora que lo veo en foto; la verdad, es buenmozo, tiene algo de Marcello Mastroianni.

–Es una institución de la República, tiene derecho a querellarse. Tiene que apurarse. No se preocupe, la ley es rápida, en 10 días se va a saber todo –y sin la menor señal de severidad cierra la carpeta y me deja en medio de una incomprensible angustia.

¿No buscabas eso? ¿No era ese el juego que hacías en la tele?, me dijeron mis papás, mis tíos y mis amigos, en todos los tonos, desde la simpatía hasta la impaciencia. Disfrazarse de Allende borracho en La Moneda, reírse de Don Francisco al entrevistarlo usando muletas de mentira, para hacerle creer que era un periodista minusválido. Y Pinochet y la Miss Pascuense y los diputados y los senadores y todos los comandantes en jefe de todas las armas. ¿Le parece normal, le parece gratis? Pero eso era señor detective, abogado, señor juez, un juego al que jugaba también la Mónica Comandari en la revista *Cosas*. Era la frontera nunca vigilada de la transición, la democracia con todos sus paréntesis y sus comillas y esa mañana que pasé sentado con Jaime Castillo Velasco, ex ministro de Justicia, símbolo de los derechos humanos, que accedió a disculparse por mí ante Don Servando, quien se mantuvo inflexible, encerrado en su jaula de actuarios, al fondo de ese pasillo en que de pronto, sin saber cómo ni cuándo, quedé engrillado, conducido por dos gendarmes al calabozo del tribunal. Preso luego en Capuchinos (la cárcel para presos de delitos económicos) toda una noche con la rubia Paula Coddou, la periodista que recibió el fax en la revista *Cosas*.

Derecha ella, imperturbable a pesar de la enfermedad de su hijo y la impaciencia de su marido. Tan digna mientras yo temblaba, mientras yo no podía evitar preguntarme ¿por qué yo? ¿Por qué a mí si soy bueno, si yo no odio a nadie, si lo único que quiero es que me quieran? Ese es el problema. Quieres que te quieran, quieres que te vean, crees que con solo verte te tienen que querer, quieres decir lo que no se dice para que te vean, quieres estar en el centro del mundo. Eso es lo que hay en el centro del mundo, una celda en una cárcel de lujo. Los barrotes que dan a la piscina. La noche entera para ti solo.

A la mañana siguiente, otra vez tribunales. La espera, la fianza, la libertad finalmente, todos los flashes atacando mis ojos y una cara que busco y no encuentro. Pato, Pedro, Paula, Consuelo, mis papás, mis tíos, los periodistas en manada... ella no; ella, la novia oficial, nada... Feliz de que lo haya logrado, me manda a decir, orgullosa, que está trabajando horas extras y que después pasa por mí... después, después...

Esa rubia ausencia a la salida de la cárcel me dolió más que todas las horas que pasé en la celda. Ese mismo verano ella decidió que no podíamos ser felices porque justo la semana pasada había visto un sitio que le gustó en Laguna Verde.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

–Ese es el problema, no tiene nada que ver contigo.

Pero yo podía pagar los maestros, comprar los materiales. No es eso, no entiendes, no sería feliz con eso. ¿Me entiendes? No entendía. Nadie habló de terminar, ni de seguir.

–Yo siempre te voy a querer. Eres encantador. Eres tan diferente a los otros hombres, no te das cuenta. Necesitas alguien mejor que yo. Necesitas una mujer de verdad que te haga feliz de verdad. No te quiero perder, quiero estar contigo. Podemos ser amigos si quieres – pero ese era justamente el problema: podíamos ser amigos. Éramos en gran parte eso desde que nos conocimos en la fiesta de inauguración del canal, sus ojos que no me dejaron ver al principio la totalidad de ella. Y el abrigo blanco, y la sonrisa ronca y clara de niña. ¿No la conoces? Es prima de la Carola, trabaja en *Más música* con la Angélica Castro. La luz en las pupilas que tuve que alejar para ver el brillo de los collares de cuentas, los pedazos rotos de vidrio, su abrigo blanco, el Volkswagen blanco en perpetuo desastre, el tapiz verde sobre la mesa de bridge de su padre. La crema de betarraga, el mapa de la luna con todos sus cráteres, la ilusión de salvarte de tu tristeza sin lágrimas, de mi entusiasta desesperación, la impresión que tenía de

que llevábamos cinco décadas, nosotros u otros como nosotros sentados en la misma mesa frente al mar, hablando como si nos comprendiéramos desde siempre y para siempre. Para siempre, esa trampa de pecas y cables muy negros en la ventana de ese departamento en que atravesamos el invierno como el transiberiano atraviesa la tundra. Y la llave goteando atada a un pedazo de tela precolombina, la ropa de los muertos, las sillas huachas flotando sobre el oleaje como después de un naufragio. Sin padres ni ella ni yo, jugábamos a ser huérfanos hasta que llegó la policía, la ley, la cárcel, las decisiones que alguien tenía que tomar.

–¿Entonces se acabó todo? –pregunté.

–No lo digas así. No seas tan dramático –estuve preso mijita, ¿cómo no voy a ser dramático?, pensaba para mí mismo. No estoy para delicadezas, no estoy para disculpas tontas, soy ex presidiario, tengo adentro mío todos los tatuajes del mundo. No hay ninguno con tu nombre, no te preocupes. Sigue tu vida. Trabaja nueve horas al día, trata de olvidar los resfríos a golpe de amoxicilina, busca en tu auto plateado las luces de una ciudad que no se alcanza, construye la casa que el mar se va a llevar, vive sin mí si quieres, si puedes, vive sin mí hasta que todo lo que no fuimos nunca deje de ser posible.

–Eres tan duro. Tan rígido, tan estricto que te pones a veces –se quejó unas semanas después. Hice lo posible para mantenerme así y sorprenderla con mi distancia, por si acaso lograba reconquistarla. ¿De dónde saqué la fuerza para no hablarle más? ¿Cómo pude extirparme esa lealtad hacia ella? ¿Cómo pude soportar la idea misma de que me abandonara esa mujer que parecía incapaz de abandonar a nadie? ¿Cómo resistí la tentación de correr de vuelta a sus brazos y decirle perdona, perdona, no sabía de qué hablaba, soy un esclavo, soy la sombra de una sombra sin nombre, arrasa conmigo, calla mi nombre, olvida que grité, que rogué, perdona la audacia, déjame muerto de escarcha negociando con un gato un lugar en tu cama?

Sin pensarlo demasiado, renuncié al canal para no correr el peligro de verla subir y bajar la colina de Chucre Manzur, donde ella, obvio, trabajaba también. Los amigos no me perdonaron la traición, justo cuando estaban empezando un nuevo programa. Dejé de almorzar con ellos. La Paula ya no trabajaba en el canal, ni la Consuelo. La Carola estaba en Moscú, Ángel en Elephant and Castle, Londres. No tenía cómplices, a no ser Patricio Fernández, que tenía casi tanto tiempo como yo que perder. Dejé todo lo que amaba y conocía para no sentir el peso de mirarla sin abrazarla, sin incendiarme, sin quemar algo,

alguien, todo. Me quedé solo en el departamento de Merced, que abandonó mi madre para dejármelo a mí, despierto hasta las tres de la mañana, durmiendo hasta que me despertara el cañonazo de las 12, para que me vieras, para que en todo minuto me vieras transformarme y dejar de ser, para ti, el hombre invisible.

Gritos y susurros

La primera vez que probé el vino vomité y, aunque seguí tomando periódicamente, no logré convertirme en un borracho aceptable. Mi falta de vicio congénito fue la última de mis decepciones. Era decepcionantemente normal. Ni en la desesperación total sabía perderme del todo, borrarme. Como muchos años después me denunciaría mi amigo Guillermo Hidalgo, soy demasiado "autoconstructivo".

–Eres demasiado autoconstructivo, compadre. Ese es tu problema.

Seguí así unos meses, escribiendo chistes para el área dramática de Televisión Nacional. Me despertaba a las 12 justo, cuando sonaba el cañonazo en el cerro Santa Lucía. Escribía, cortaba champiñones y cebolla, cocinaba, comía, escribía. Acumulaba al lado del televisor una montaña de VHS que veía semidormido. Soporté como pude y en septiembre de 1998 me mudé a la casa de mi mamá. Sin sueldo, sin trabajo estable, viviendo de mis ahorros, cuidando a mis hermanos en la noche, bajando los cinco pisos para subir las bolsas de supermercado que repartía de modo igualitario en el refrigerador familiar.

Todo eso tenía la ventaja de suceder en París, donde nadie podía verme. Sin responsabilidad, sin dignidad tampoco, lamía mis heridas en la antigua pieza de mi hermano chico Salvador, que sin quejarse ni un minuto por la mudanza, se desplazó al salón para que estuviera más cómodo. Solo en ese final de pasillo, escribía toda la noche, incapaz de renunciar al *jet lag*, como si vivir en París con las seis horas de desfase me mantuviera de alguna forma en Chile.

Extraña lealtad de mi cuerpo que me despertaba al medio día, mientras me quedaba a las seis vigilando el mail, cuando todavía era una novedad que alguien te escribiera un mail. Transcribía todas mis notas de los últimos 10 años hasta que el cielo clareaba sobre los techos. Mi espalda no aguantaba que siguiera escribiendo sin saber si eso era una novela, un ensayo, mi vida, o si era solo la forma de llenar

de palabras el vacío de mi cuerpo.

Pobre enana a la que le escribía infinitas cartas de amor que no llegaban siquiera a traspasar el teclado del computador, tan poca cosa, pobrecita, pelusa al sol, reflejo de un reflejo colgando en la puerta de provincia. ¿Dónde estás? Aquí no. En todas partes, en cualquier rincón. Tu prima, el canal, el campo y la ciudad, los amigos comunes y los míos y solo míos que te parecían tan falsos, tan ambiciosos, tan brujas las mujeres, "que te tratan como si fueras algo suyo". No entendías que era mi forma de ser libre, tener tantos dueños, repartirme, regalarme, el taller de Skármeta, Cociña, el *Apsi*, el diario *La Nación*, los Desviernes, la tele, todo eso que tarde o temprano en mi memoria terminaba por rimar contigo. Para deshacerme de ti tenía que desandar el camino que cuento en este libro. Deshacerme del hombre que logré ser, para comprender donde falló la mezcla. Buscar algo que fuese mío y solo mío en París, que era mi infancia, mi miseria propia, el fondo mismo de la madriguera. Por eso me fui, porque en París no había nada que relacionara contigo, porque allí estaba solo, como un monje en su monasterio reducido a descifrar la letra ilegible de un santo.

Buscaba el castigo supremo de estar fuera del mundo. Eso y el regreso a los orígenes. Mi mamá vivía en el distrito 15, y cuando chico habíamos vivido en el 13 y el 14. Lo suficientemente lejos y lo suficientemente cerca como para revivir mi infancia sin revisitarla del todo, y entender por qué escribía y en qué lengua lo hacía. No en francés, pero tampoco en castellano, sino en una especie de plañidero gemido entre ambas lenguas. La lengua del niño que sabe que siempre se mantendrá intraducible, dueño justamente de algo que es previo y posterior a las palabras. La timidez para pedir el pan en la panadería, la tibieza de mi pecho cuando me subía al mismo bus en que arrancaba de las clases de física a los 12 años.

Atravesaba apurado, como si me persiguieran, los Jardines de Luxemburgo. Inspeccionaba la oferta de VHS en los puestos del Boulevard Saint Michel. Si era temprano, entraba en algún cine de la rue Champolion o de la rue des École, el Studio de las Ursulinas donde Buñuel estreno *La edad de oro*, y los siniestros cines frente al Beaubourg, el Acattone y sus interminables ciclos de Pasolini, la rue Mousieur Le Prince en el peor de los casos, la rue Bonaparte, todo Cassavetes en Champion. Por una hora o dos estaba en Los Ángeles, en Osaka, en Nueva York, en París, pero en blanco y negro. Dormía en plena función de *Barbarroja,* de Kurosawa. Concluía que era una obra

maestra igual. Salía avergonzado al pavimento de París, tan irreal como las películas, tan mío como ellas. Llegaba empujado por el viento hasta el borde del río. Miraba con desconfianza y felicidad al mismo tiempo la parsimonia del Sena, al que le daba lo mismo que estuviera vivo o no. Y la Notre Dame y la Saint Chapelle y el Louvre y el Pont des Arts en que los turistas asiduamente se tomaban fotos.

Era eso y no era eso, yo también. Un extranjero y un local, un turista y un exiliado. Conocía de memoria como seguían los puentes y el río, eso recorría yo, no las calles, no las avenidas, sino mi memoria. Cuadras y más cuadras de adoquines y papelerías, liceos a la hora en que salen todos juntos los niños a las veredas, los castaños mojados, el metro Sevre, Montparnasse Bienvenue, Edgart Quinet, Pasteur hasta el departamento de la rue de Vaugirard, tan parecido al antiguo del Boulevard Saint Marcel, pero sensiblemente distinto también porque no éramos ya ni pobres ni revolucionarios. Mi padrastro trabajaba ahora de funcionario de un gobierno democratacristiano, el partido que apoyó el Golpe de Estado. Tenía que explicarles a los franceses que colaboraron con la resistencia cómo Pinochet seguía ahí y no había grandes ni pequeñas Alamedas, sino una economía abierta y competitiva que ofrecía al mundo toda suerte de acuerdos de libre comercio.

Ya no nos perseguía nadie. Entrábamos a esa embajada ante la que solíamos protestar, como invitados habituales de cócteles donde los exiliados de ayer se mezclaban con los senadores de la derecha de hoy. No queríamos creer del todo en el cambio. Mi mamá atendía refugiados bosnios en la Acnur, solo por el placer de ver familias atemorizadas y disgregadas, como la nuestra en los años 70. Porque ella necesitaba eso: sentir que no había cambiado nada, que éramos los mismos, que la leyenda de alguna forma continuaba. Éramos de izquierda, podíamos ganar batallas, pero no podíamos ganar la guerra. Mi presencia insomne en el pasillo del departamento la ayudaba a confirmar esa verdad, la única admisible para mi familia, que estábamos solos y perdidos en una ciudad.

Concentrado en mi desesperación, como si se tratara de una huelga de hambre que la estremecería, se me olvidó que era feliz. Más libre que nunca, trabajando vagamente para Santiago, comiéndome los ahorros, dejando que se escapara lo que quedaba de primavera entre los puestos de falafels y los quioscos llenos a rabiar de fascículos. Esperaba a mi hermana a la salida de una escuela de arte y diseño donde rendía exámenes, en el metro Ópera. La obligaba después a ir a

ver películas de Bergman, esas que daban en el cine de Saint Andrés des Arts.

–Son alegres. Te parecen terribles porque eres joven, después vas a echar de menos ese tipo de depresión –insistía yo.

–Pero si no pueden hablar de puro sufrimiento las niñas. ¿Cómo se llama esa que vimos ayer donde están en una ciudad rara y son dos hermanas?

–¿*El silencio*?

–Qué terrible, Rafael. Ese odio. Y la de la araña y la del verano con Monika, que empieza bien y termina más mal que todas.

–Pero son lindas por lo menos las mujeres. Sufren, pero les brillan los ojos, el pelo, la cara. Los paisajes también son lindos. En la vida real la gente es fea y los paisajes son horribles, pero el odio, el silencio y las arañas son iguales.

–¿Qué dan mañana? –preguntaba ella.

–*Gritos y susurros.*

–Esa sí que debe ser terrible –sonreía, imaginando cuando los susurros se convierten en gritos.

–Es linda. Pasa en el siglo pasado. La ropa es bonita. Es una mujer que se está muriendo delante de sus hermanas.

–Qué alegre.

–Si no quieres, no vayas. Yo puedo ir solo. Ya la vi, pero la vería de nuevo, feliz.

–No, si voy a ir. Son horribles tus películas, pero son entretenidas. Es divertido ver cómo van a terminar sufriendo todas esas niñas rubias.

–Son comedias, vas a ver. Están bien iluminadas, bien actuadas, tienen sentido, pasan cosas todo el tiempo.

–Qué terrible eres Rafael, ojalá no termine como tú a tu edad.

Y sonriendo con compasión, se subía de un salto en su bicicleta. La imitaba como podía. Pequeña, blanca, el pelo liso y castaño claro, 18 años ella, 28 yo, era seguramente para los franceses un árabe inescrupuloso que intentaba conquistar a una inocente francesa. La brisa fresca, las plazas llenas, los castaños cargados de hojas verdes, era la felicidad, pienso ahora. Pedaleábamos a contraluz, mientras el sol caía sobre el Faubourg Saint Germain. El atardecer, los techos grises, los campanarios de París. Definitivamente nuestra vida no era una película de Bergman. A lo más, una de Truffaut. Algo más sonriente todavía, ¿Lelouch? ¿Prevert y Carnet? Era la juventud, la de mi hermana y la mía, era la brisa, el metro Aero, los restaurantes marroquíes, los chinos, las impecables farmacias francesas, el

crepúsculo de las panaderías que iban cerrando a nuestro paso.

Era la paz perfecta, pero eso lo comprendo recién ahora. Mi hermana tampoco lo entendió:

–Me cagaste la vida, Rafael –terminó por confesarme años después, convertida en diseñadora–. Tenías razón. La vida real es mucho peor que la más terrible de las películas de Bergman. Son unas comedias musicales las películas de Bergman comparadas con la vida real. Por tu culpa soy una amargada de mierda.

Roma

Cuando no soportaba más seguir siendo un niño mayor de edad en la casa de mi madre, llamaba a Andrés Claro, quien terminaba por entonces su doctorado en l’École des Haute Etudes. Jacques Derrida consideraba que una sola de las cuatro variaciones sobre un ensayo de Walter Benjamin escrito por Andrés bastaba para situarlo entre los mejores filósofos de su generación. Con las otras tres, la tesis llegó a pesar 1.500 páginas, convirtiéndose finalmente en *Las vasijas quebradas*, un libro que enfoca por todos los flancos posibles el problema de la traducción en la poesía (el provenzal, el chino en Pound, las distintas variaciones de la poesía mesopotámica), pero también en la sociedad, la religión, la política y la historia en todas sus capas y posibilidades.

Andrés sonreía entre tímido y coqueto cuando le preguntaba por cualquier tema más o menos filosófico. Me consideraba, con razón, un voluntarioso debutante con el que no valía la pena perder el tiempo hablando “huevadas”. Andrés Claro detestaba latear y evitaba como podía parecer un ratón de biblioteca. Jugaba tenis, viajaba en moto, usaba poleras grises, se despeinaba como podía y usaba lentes de contacto, para evitarse los lentes pesados que le hubiese correspondido usar. Ni corbata ni chaqueta. Con la obsesiva meticulosidad que aplicaba a todo, se esforzaba en conseguir ser un joven de 29 años ese fin de verano europeo del 98. Se esforzaba sobre todo en que pareciera fácil y natural, espontáneo.

Ese era justamente su secreto: todo lo que al resto le salía fácil, a él le resultaba doloroso y difícil, y al revés: todo lo que a los otros les resultaba difícil, para él era fácil. Escribía mil páginas de un soplido, leía en tres lenguas mamotretos imposibles, y no tenía que ganarse la vida, si bien ese era justamente el objetivo central: tener el derecho a nacer cuando su madre moría en el mismo parto. Y su padre, que tenía la edad para ser su abuelo. ¿Arrancaba de eso en París, el equívoco terrible de ser culpable de unos privilegios que eran

cualquier cosa, menos un regalo?

En París no había que explicar nada. Íbamos al cine casi siempre solos. Invitaba a veces a una italiana que era linda pero triste, o que quizás era fea pero misteriosa, nunca lo supe muy bien. Nublado por mi necesidad imperiosa de demostrarme a mí mismo que era capaz de acostarme con alguien fuera de las fronteras nacionales, me empujé a invitarla a salir sin saber muy bien qué pensaba de ella. Caminamos una vez por la rue Saint Jacques hacia Port Royal. Hablamos de cosas muy serias, nos reímos un poco entremedio, no nos tocamos ni de cerca. Nos despedimos con un beso en nuestras mejillas que apenas se rozaron. Volví a mi casa flotando, sin saber qué pensar.

–Llámala de nuevo, huevón –insistió Andrés. Pero yo no sabía insistir. No tenía casa donde invitarla. No sabía cómo funcionaban los moteles en París y me espantaba la idea de verme encerrado en una *chambre de bonne* ajena, en una vida ajena también, con pelos púbicos, cigarrillos y nombres de ex novios impronunciables. Había evitado toda la vida ser un estudiante y me imaginaba en sus brazos convertido en eso. Tenía que inventar un idioma para amarla, una salida para hacerlo sin miedo.

No sospechaba aún que llegar a la casa de mi mamá de la mano de una extranjera iba a ser mi destino. Me lo habían predicho las cartas, sin embargo, con pelos y señales, justo antes de empezar el viaje.

–Yo esto lo hago con los amigos. Yo no soy adivina, yo soy bruja, que es distinto –nos advirtió la Carmen Muñoz antes de dibujar sobre la mesa la cruz de los arcanos mayores. Pequeña y redonda, de pelo castaño claro tironeado por un moño, una sensualidad tirante y pícara que sabía que era tan inaccesible como necesaria para mí, había entre ella y Pato Fernández, que me la presentó, una leve inquietud que ninguno de los dos estaba dispuesto a resolver del todo.

–Rubia –terminó por aclarar Carmen, el color de pelo de la mujer que conocería en Roma y me cambiaría la vida según decían las cartas sin lugar a dudas–. ¿Vas a ir a Roma próximamente? –me quedé pensando unos segundos en la improbabilidad de la predicción de la adivina hasta que recordé el viaje de novios de Merino y la Moño, que coincidía con mi viaje a París, y con el de Niels y la Natalia a Londres.

–Olor a muerto. Todo tenía olor a muerto –nos explicó espantada la Natalia sobre la casa en que los había alojado Vivien, una pintora francesa que se había conseguido la vivienda de dos ancianos judíos que se habían ido a Jerusalén huyendo del frío.

–Todo podrido. Todo lleno de polvo gris en todas partes. Niels tocó

un vaso y se le quedó pegado el olor en la mano. Es terrible, la muerte en todas partes. El olor a muerto.

–Suban –sonrió Andrés, acomodándose en el espacio apenas sobrante de su departamento de la rue de Rambutteau. Nos esparcimos el resto por el diminuto salón donde asumimos la misma actitud de la casa de Lyon. La Tala quejándose de un *jet lag* que la perseguía desde Londres, donde llevaba ya un mes viviendo; Merino comentando la extraña entrevista con mi tío Mario Rivas Espejo y su relación de amor-odio con los raperos de su esquina; Andrés cortando panes y quesos salidos de la nada. La noche se alargó casi como en Chile. Pasó de pronto el periodista René Naranjo, que en Chile era un exigente amante del cine alemán, y habló feliz de una peluquería donde le cortaban el pelo bailando tecno. Felipe Tupper, el autor de *Los negocios de este mundo*, vendía en esa época sistemas de radio y luego vendería flotas de barcos, con una tranquilidad al borde del despeñadero, como si estuviera aún dando vueltas por Europa después del colegio. Mauricio Electorat, electrificado, bufando por todos los poros de su piel rugosa, se quejaba por los departamentos que se inundan, y por desahucios, divorcios, formularios y deudas impagas.

Era lo que necesitaba en ese momento: el ritmo de Santiago, la velocidad con que entendía sin que me explicaran los pelambres, las exageraciones de Rivas, que no estaba pero no dejaba de estar en cada conversación, esa complicidad totalmente impermeable a la lluvia, a la luz, al ritmo de París, que caminando con Merino y la Moño resultaba más irreal aún que en las películas. París les daba lo mismo, o incluso menos que eso, les parecía una molestia. La Moño estaba embarazada, pedía cada dos cuadras una pausa para tomar café o Coca-Cola. Sentados en la terraza, los turistas fotografiaban a Merino, pensando que se trataba de un excéntrico pintor impresionista de vacaciones en el siglo XX. A Merino el Louvre lo agotaba, Notre Dame no le interesaba nada, Víctor Hugo le caía mal, Napoleón peor, toleraba a Baudelaire apenas, le interesaba más saber dónde vivió Joaquín Edwards Bello o entender cómo Electorat pasó de ser un poeta tímido y casi inmaterial de Ñuñoa, a un noveindenta lleno de entrañas peleado contra los cuatro elementos.

–Demasiado linda la huevada, por la chucha –dijo la Natalia cuando terminamos de visitar el castillo de Fontainebleau–. Un poquito de desastre por favor, un poco de sitios eriazos –ordenaba, cristalizando de paso el sentimiento del grupo.

–Roma no es así –trataba de argumentar ante la decisión cada vez

más inamovible de la Tala y Niels de volver al sur de Inglaterra a presenciar en directo el comienzo de la temporada de champiñones–. Roma es salvaje, Roma es un desastre. Es como una ciudad de provincia que, al mismo tiempo, es la capital del mundo. Ruinas hasta el hartazgo, champiñones incluso, malezas, arbustos, enredaderas sobre piedras milenarias. No podemos desperdiciar esa oportunidad. Es gratis. Es el Sheraton. El papá de la Moño paga todo. Los pasajes ya están comprados. Las piezas están reservadas. Es más engorroso cancelar que ir. ¿No es cierto, Moño?

–Si hay que cancelar, hay que cancelar. Yo no me siento bien. Roberto tampoco. Nosotros preferimos volver a Santiago, ¿no es cierto, Roberto? –me traicionaba la Moño, que se hacía cargo así del cansancio que Merino no se atrevía a poner sobre la mesa de esa diminuta taberna de estudiantes a la orilla del Beaubourg, donde solíamos reunirnos con Andrés para sonreírles a las estudiantes de arte que hacían de camareras.

–Roma es Roma. Tú conoces Roma, Andrés, cuéntales a ellos –insistí, viendo desaparecer el amor al que estaba destinado según la Carmen Muñoz.

–Hace calor en Roma. No es la mejor época –trató de moderar el tono Andrés–. Podríamos quizás ir a España, a Barcelona, ahí por lo menos llueve un poco, se puede respirar.

–Paso de España –levanta la voz por fin Merino.

–Están todos los museos en Roma, Natalia, todos los templos, todas las basílicas –rogué, gemí, imploré–. Goethe estuvo ahí, todos los huevones estuvieron ahí por lo menos una vez en la vida. Los ingleses también –miré a Niels, en quien sentía que estaba la oposición más irreductible–. Gibbon, la decadencia del Imperio Romano. ¿Te suena?, el Papa, Caravaggio, Miguel Ángel. Está todo en Roma, eso no se puede desperdiciar. Tú haces clases de pintura. Tú pintas, Tala. ¿Cómo vas a preferir ir a ver crecer miserables champiñones que ir a Roma, donde está el origen de todas las huevadas que enseñas?

–Me da lo mismo, eso quiero, quiero ver hasta la última callampa de Inglaterra.

–No vamos a pelear por huevadas. Yo te dejo el vale del hotel Rafa, anda tú –intentó la Moño, para satisfacer a todo el mundo.

–La idea es ir todos juntos, hacer algo que nunca más vamos a poder hacer después –¿Cómo viajo solo a mi destino?, me pregunté para mis adentros. ¿Cómo la encuentro, si no tengo la excusa de los amigos?

–Yo también tengo mil huevadas que hacer en París –me abandonó

bruscamente Andrés Claro–. Podemos ir a Roma en cualquier otro momento. No es la última vez que vamos a viajar. Lo mejor es cortar por lo sano y hacer cada uno lo que quiere hacer.

Todos aprobaron su sensatez. Me quedé solo con las cartas de ese tarot idealizado sobre la mesa. Mi vida destrozada, mi posibilidad de paraíso pulverizada por los champiñones de la Tala, la manía de querer ser ingleses, esos espantosos ingleses, esos bárbaros que hablan un francés incomprensible, se emborrachan a las siete y media de la tarde, y se matan de tristeza con total imparcialidad.

–Es pura maña eso de los champiñones, Tala. La típica huevada provinciana de decidir que lo que importa no importa. La pura pasión de hacerles caso a los caprichos. Es tan horriblemente chileno, tan terriblemente provinciano. Eso es lo que mató a Couve, guiarse por puros caprichos sin sentido –los ojos de Natalia pasaron de desafiarme a taladrarme. En vez de amedrentarme, insistí–. Así vas a terminar tú, si sigues con la huevada estúpida de cagarse en la cultura.

Su mirada concentró todo el odio del que era capaz. Sus manos largas buscaron en la mesa algún punto de apoyo que en un segundo o menos no aguantaron más. A punto de decir muchas cosas, prefirió simplemente insultar.

–Maricón de mierda, eres un maricón –soltó antes de perderse en la multitud de la plaza de una ciudad que no conocía ni le importaba.

–¿Cómo le dices esa huevada? Huevón cruel, adoraba a Couve, casi se me muere cuando se mató –me retó Andrés, sorprendido, sin intuir que mi crueldad no era otra cosa que defensa propia: la rubia de Roma, las cartas sobre la mesa, la forma final de recompensar mi destino, tan perdido como la Natalia caminando sobre el asfalto mojado del Boulevard Sebastopol.

Perdona Tala, no sé lo que dije, no pienso eso. Perdona. Da lo mismo, el daño ya está hecho, el muerto libre y París, inmensa, se convirtió en la tumba de mi ilusión.

Francisco

Mi mamá decidió compensarme por el viaje frustrado a Roma, inventándome otro viaje. Convenció a su hermano Francisco de que me llevara con él a Alicante, donde vivía mi tío Domingo. Francisco tenía 15 años más que yo, pero aparentaba mucho menos. Alto, desgarbado, de ojos intensamente azules y peinado como un niño bueno, me recordaba a mi hermano Ignacio, pintor como él y dedicado, como él también, a crear con desechos de madera artefactos para mejorar la coordinación motriz. Para ganarse la vida, un par de días a la semana arreglaba muebles y pasaba películas en el Latina, el cine de la Unión Latina (una especie de ONU de países unidos por las lenguas romances), que vivía esperando que Rumania o Italia pagaran su cuota anual para salir de la perpetua bancarrota en que flotaba.

–Rafita –me saludó en el andén con voz suave, como si fuese yo su tío y él mi sobrino. Arrastró mi maleta hasta el vagón del tren; la suya era un simple bolsón de cuero, escolar.

–*On va mettre les pendules a l'heure* –levantó las cejas cuando el tren por fin abandonó el andén. El reloj que había que poner a la hora no era otro que el de nuestra vida sexual, que París, con su programática depresión, impedía que fluyera como debía. Y su larga mano describía la suave pendiente por la que se deslizaría una mujer sensible, artística y sexualmente insaciable, como una colombiana que él había conocido y otra chilena que estaba bastante bien, hasta que encontró una cicatriz que no le permitió concentrarse nunca más.

–¿Me entiendes? Faltaba fluidez –bajaba la voz mi tío, ya de por sí muy baja–. Nos llevábamos bien, pero faltaba esa cosa más complementaria. El codo, tenía una cosa rara en el codo. Veo al hijo todavía. Ella se puso un poco nerviosa cuando le dije que no quería tener hijos. Me gustan los niños, me entiendes tú, pero prefiero no tener hijos yo... Viste –y me mostró por la ventanilla Orléans–, estamos en el sur, se siente, el aire es menos denso, ¿no encuentras? Hay como más posibilidades. La energía está mejor conjugada,

¿entiendes? En París hay una cosa deshumanizada que no permite nada. Esa niña de ahí es como cinética, ¿no? –y me mostró a una muchacha con chaleco de múltiples cuadrados que miraba con desinterés totalmente parisino la ventanilla del tren.

–Que va a ser cinética, es cuica nomás –lo desanimé de entrada–. Se visten bien las francesas en general, eso engaña. En Chile uno sabe de una sola mirada de dónde viene una mina y cómo es. Aquí todo el mundo parece artístico, pero en el fondo solo piensan en la plata –no alcancé a especificar el resto de mis dudas cuando Francisco ya estaba sentado al lado de la cinética, viendo por dónde podía trabar conversación. ¿Jesús Rafael Soto, Vasarely, Carlos Cruz Diez? ¿El arte en general? ¿La arquitectura que había estudiado en Santiago, sin poder titularse porque a la salida de una protesta lo tomaron preso y lo dejaron semanas en la cárcel? ¿La dictadura en Chile? ¿El cine? ¿Ubicas el Latina, en el Marais? Hasta que, desesperado, intentó algo más general: los viajes, España, Argentina, Chile (los países donde ha vivido). A la niña cinética le gustaba esquiar, el único tema en que Francisco no podía seguirla. Pero lo intentó hasta que alcanzamos Poitier. Se rindió más o menos donde lo hicieron los moros contra Pipino el Breve, y volvió a mi asiento.

–No había conexión espiritual –me explicó–. No sé, había algo frío. Tenía algo detrás de los brazos que colgaba un poco. No sé. ¿Qué opinas? Yo creo que en España encontraremos una energía más positiva.

Sin embargo, antes de atravesar los Pirineos había logrado hablar con dos australianas que no paraban de reír, a pesar de que no les unía con mi tío ni un solo tema de interés.

–¿Qué opinas, Rafita? ¿Sientes alguna conexión?

–Son unas rubias calientes que vienen a emborracharse a España.

–Tienes razón, no son muy espirituales, pero tienen cara de hacer de todo. ¿Cuál te gusta? Elige la que te gusta, yo me quedo con la otra.

–No te preocupes por mí –fui elegante, aunque acepté sentarme con él al lado de las australianas. Incapaz de cualquier tipo de ataque, me quedé esperando el momento en que pasara de la risa y la simpatía mutua, a que me tocara hablar algo. A mi tío le sobraba el hambre, pero le faltaban ansias de morder. Era la cruz de su generación, la de Mayo del 68, la píldora anticonceptiva, la de Claudio Bertoni, la de Roberto Bolaño; educado en reducir sus necesidades, su forma de seducción era la espera paciente.

En Alicante, mi tío Domingo, cinco años mayor que mi tío Francisco,

hijo de una generación en que el caballero sacaba a bailar a las niñas, les ofreció alojamiento a las australianas. Y alimentación y viajes a Almería. Pero dos australianos frustraron su intento, justo cuando estaba a punto de anotar el teléfono y la dirección de las chicas. No pareció molestarse.

–Qué tetas, ¿dónde sacaron esas maravillas? –nos felicitó por el descubrimiento–. Valquirias, perfectas valquirias. Qué belleza. Francisquito, qué maravilla. Rafita, qué increíble –abrió los brazos, la barba entrecana y la sonrisa invencible.

Supe en ese andén que había caído en una trampa mortal. Mi tío Domingo era el que había creado ese tono entre santo y pícaro. Dos horas después de nuestra llegada, dibujaban con el torso desnudo un círculo perfecto en tinta china. La terraza donde lo hacían daba a un descampado que ocupaban los gitanos a los que mi tío les hacía clases en el Liceo Leonardo da Vinci.

–El nombre del instituto, imagínate, Leonardo da Vinci –decía con esa risa estentórea que nadie se hubiese esperado de su perfecto tono profesoral. Una alumna le insistía en que pensaba ser puta cuando grande.

–¿Por qué cuando grande? ¿Por qué no empiezas ahora?

–y se permitía una escalada de chistes y risas cavernarias que rejuvenecían su rostro chamánico. Volvía a la voz sacerdotal para hablar con perfecta resignación de su sueldo, que se iba casi todo en la pensión para la ex esposa, sus tratamientos siquiátricos, las hijas repartidas por España y el curso de yoga donde conoció a una niña que le daba más pena que calentura. Un proceso de crecimiento y aprendizaje, espiritualmente maravilloso, acordaban mis dos tíos, devorando yogur natural y arroz blanco con soya, ignorando los chorizos y embutidos que yo había venido a probar a España.

–Rafita, eres un grande –exclamaba de pronto Domingo–. ¿Qué piensas del mundo actual? ¿Crees en Dios, Rafita?

–Sí –cometí la ingenuidad de responder en serio–. Pero parece que Dios cree más en mí que yo en él.

–Qué maravilla, Rafita, qué maravilla más grande... –me abrazaba Domingo, ya de noche en el centro de Alicante. Pasaba sin transición a alabar la belleza más bien especulativa de alguna profesora de inglés, tomando su última caña en la barra.

–Eres única, tienes algo en la mirada. En serio, en serio. ¿Conoces Chile? ¿Has ido a Sudamérica? Mi sobrino, que está aquí conmigo, es un famoso filósofo allá, tiene un departamento precioso, estaría feliz

de invitarte. ¿Cómo te llamabas, perdón?

–Elsa –decía la profesora, de pronto joven y deseable, bajando la mirada hasta el fondo mismo de la espuma de su cerveza. Entregada, dispuesta a casi todo, hasta que mi tío lanzaba su carcajada fáustica.

–Rafita, la cara que pones Rafita –y todo lo que era verdad se volvía mentira, o ni siquiera. Con una sola mirada, Francisco y yo sabíamos que teníamos que ir a otro bar a ver si Domingo dejaba ahí de reír con esa felicidad que espantaba tanto a las niñas.

–Mi hermano es pintor –mostraba Domingo a su hermano Francisco–. Dice que tienes una cara especial, que te quiere hacer un retrato. Yo soy solo aficionado a la pintura, pero si no te molesta, quisiera pintarte también. Mi sobrino es escritor, podría hacer un poema sobre todo el proceso.

–¿Qué quieren, verme en cueros? ¿Quieren que pose desnuda para ustedes, par de degenerados? –decía la mujer y la risa de mi tío Domingo coronaba la derrota total en una especie de victoria. Y otro bar, y otro barrio, hasta la esquina de las putas cerca del puerto. Allí, los bares terminaban por confluir en una sola multitud de muchachas que llevaban colgando de sus cintillos penes de poxipol. Penes fluorescentes más allá, la machacona música electrónica, la arena y las olas que abrazaban cuerpos inertes de éxtasis y sangría.

–¡¡¡*La pendule a l'heure*!!! ¡¡¡*La pendule a l'heure*!!! –me llamaba extasiado mi tío Francisco, abrazado por una pandilla de niñas de 15 años que saltaban frenéticamente. Mi tío Domingo, perdido en la luz estereoscópica, reía solo. No bailaban del todo, aunque algo parecido hacían. Eran todo lo feliz que yo no era, envuelto en la soledad misma de mi adolescencia perdida, pensando en las horas de sueño que perdía. Intuía que tenía que huir de todo esto, ir solo a Sevilla o Granada, tomar un bus para conocer España de verdad.

Al día siguiente me dejaron en la estación de buses, aún destrozado por el trasnoche y el alcohol que mi cuerpo no había aprendido aún a absorber del todo. Escapé como de un secuestro, en un bus que atravesó Sierra Nevada, Granada, Sevilla y me dejó en la plaza de la Santa Cruz. Alojé en el Hotel Murillo, donde había dormido mi abuela cuando mis padres fueron felices. Justo antes de que yo naciera y empezara su historia. Sí, arranqué de mis tíos, pero estaba solo, más solo que nunca. Un día después, al salir del hotel en Sevilla, me encontré con Pinochet colgando en todos los quioscos. Caminé un poco más allá de la plaza Santa Cruz. No se iba, seguía ahí con su bigote encanecido, su cara ancha y cuadrada, su sonrisa de guardia de

edificio sardónico, terriblemente chileno. Caminé así por todo el Arenal, hasta que finalmente, al borde del Guadalquivir, compré *El País* y leí de una vez los detalles del caso: Pinochet arrestado en una clínica de Londres, por orden del juez español Baltasar Garzón.

Continuará

Saliendo del sueño de la anestesia, Pinochet les preguntó a las enfermeras qué hacía toda esa gente rara delante de la puerta de su habitación. Le explicaron –en inglés– que estaba arrestado, a la espera de ser extraditado del Reino Unido al reino de España. Un intérprete tuvo que repetirle todo en castellano. Los crímenes contra la humanidad, el juez Baltasar Garzón de la Audiencia Nacional. Con la boca seca, el general trató de argumentar que no se podía, que tenía inmunidad diplomática, que como ex presidente, que como ex comandante en jefe del ejército, que como actual senador vitalicio... no le podían hacer nada, que por eso viajó a operarse a Inglaterra, porque en Chile no lo dejaban en paz, porque en Chile no podía ser débil ni por un minuto, porque en Inglaterra no había prensa ni consejeros ni parientes. No sirvió de nada, los agentes no venían a discutir sino a notificarlo del arresto. Y una vez que hicieron su trabajo, dejaron la pieza y también al enfermo (que no sabía si estaba despierto o sufriendo una pesadilla).

Pinochet preso, cuando nadie esperaba ningún castigo. Atrapado lejos de su país sin sus huestes, exiliado, como nos había exiliado a todos hace tantos años. El presidente Frei, sorprendido en Porto, Portugal, en una cumbre Iberoamericana, dejaba ver su indignación, mientras yo no sabía cómo y con quién manifestar mi alegría.

¿Pero era realmente alegría?

Estaba perdiendo una capa de piel que me cubría.

Ligero pero también desnudo, como una embarcación que flota a la deriva.

¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde caí?

No es Chile, pero en todas partes siento el acento de Santiago. Las catedrales floridas, el bamboleo brilloso de la niña era igual al bamboleo de la Monse, de la Paula o de la Carmen Luz, rubias pizpiretas, morenas llenas de arreboles, gloriosas melenas que quieren todo y no dan nada, mis amigas chilenas, mis derrotas y victorias me

estaban siguiendo hasta el fondo de este juego de espejos en que estaba atrapado. Lejos de Chile y en el centro mismo de la chilenidad. Ñatas orgullosas de sus narices diminutas, pequeños traseros al trote bajando y subiendo la calle Sierpes. Y la Puerta del Perdón, la Giralda, calle Aire, Santa María la Blanca, Archivo General de Indias, Casa de Contratación, Real Audiencia, Consejo de Indias, como se llamaba la calle a la que llegué a vivir el 84, cuando dejamos de ser exiliados. Pinochet era una cara colgando en todas partes, una cara que se filtraba en mi vida, en mis tejidos, en mis recuerdos: la niebla en Ñuñoa, el frío en los zapatos, el televisor encendido en el living, sin que nadie lo mire; 1985, 1986, 1987. La manta mapuche agujereada, los ceniceros que faltan, una pareja que se esconde en una pieza al fondo de la casa como en una escenografía precaria, cubiertos nuestros actos y nuestros olvidos de esa vigilancia suprema: su excelencia el Capitán General Augusto Pinochet Ugarte en la voz sin aliento de emoción del periodista de turno. El viejo que no sabía decir un discurso sin tropezar con las palabras, que nunca dijo algo que no fuera sardónico o aburrido, que no tenía vuelo alguno, que pesaba en su propio cuerpo cuadrado y sin gracia, pero que de alguna forma nos dominaba a todos.

En dictadura, de manera evidente e inescapable; en democracia, de manera más sutil. Pinochet pasó de ser el que te prohibía, a ser el que delimita la frontera de lo posible. La justicia en la medida de lo posible, dijo Patricio Aylwin, para explicar su renuncia a juzgarlo. Hacerlo habría roto el pacto que le permitía gobernar. El gran acuerdo nacional que permitía que la centroizquierda volviera al poder, sin cuestionar mayormente la tortura, los desaparecidos, las privatizaciones de empresas públicas y los millones que se chorearon Pinochet y sus familiares y amigos. El yerno, que se convirtió en el más rico explotador de salitre; los ministros y subsecretarios, que quedaron a cargo de las empresas que privatizaron ellos mismos. Y Pinochet, que acuartela sus tropas y les ordena pintarse la cara para la batalla, solo porque un juez amenaza con investigar un misterioso cheque que recibió su hijo mayor. Pálidos y solemnes, los ministros de Aylwin aseguran que todo es normal, un ejercicio de enlace de rutina, sin asomarse ni por un minuto a la verdad: la compra y venta más o menos legal de armas, el porcentaje de sus comisiones en un banco de Shanghái.

Pinochet sigue ahí en la pantalla de todos los bares de Sevilla: exclusiva, último minuto, preso en Londres. Más informaciones en

pocos minutos. Hasta cuándo, hasta cuándo. ¿Qué me importa Pinochet? Mira Sevilla, aprovecha que estás ahí, ¿cuándo vas a volver a Sevilla de nuevo? La Torre del Oro, la plaza de toros, la ópera *Carmen* y El Arenal, donde compré un parche para mis pies destruidos por los adoquines desiguales, y los sevillanos comentando al borde del río Guadalquivir la maldad del "Pinochet ese", y la imprudencia del juez Garzón de meterse con él, porque dicen que en Chile hay dinero por montones, que dejó su país rico "el Pinochet ese".

–¿Como Franco?

–Mejor, incluso.

–Peor, querrás decir. Franco era un hijo de puta.

–Que va a ser un hijo de puta, es lo mejor que le ha ocurrido a este país.

Los viejos en la terraza del café: gomina, bigotes recortados, corbata, traje, puro... todos tan parecidos a mi abuelo Enrique Araya, que llamaba a Pinochet el Cerdo, y que prohibía que en su casa se lo llamara de otra manera.

–Yo creo que Pinochet piensa... –balbuceaba cualquiera de sus 15 hijos y 54 nietos.

–Los cerdos no piensan, niño. No puede pensar un cerdo –terminante y definitivo. Aunque al final, mi abuelo aceptó trabajar para "el Cerdo" de agregado cultural en Argentina, a mediados de los 80. No puedo olvidar su cara cuando volvió de su misión, callado y asustado, humillado hasta la médula por los funcionarios de la policía secreta, que cambiaban su escritorio cuando querían. ¿Quién abrió mis cartas?, preguntaba. "No preguntís huevadas... Ándate con cuidadito nomás... Más respeto, huevón...".

Milicos cobardes, pobres huevones de anteojos oscuros, pelo al rape, corbata apretada y ese odio total hacia cualquier cosa que pareciera culta. La mediocridad misma. La pesadilla más vieja: el gobierno de los capataces, la venganza de los funcionarios, el panadero que denuncia a los vecinos, la señora que denuncia a la amante de su marido. Cerdos –se vengaba mi abuelo puertas adentro. Cerdos o gorilas. Sí, así les decíamos los exiliados a Pinochet y la Junta. Pero no eran cerdos ni gorilas. Solamente eran chilenos. Más chilenos de lo que nunca sería mi abuelo. Pinochet en Sevilla, Pinochet en la segunda edición. Saindente del colegio, pero tienes que volver a dar el último examen al mismo patio. Ángel Parra y la Irene Domínguez protestando delante de la embajada de Chile en París. Repetición 20 años después de las mismas escenas de infancia. *El pueblo, unido,*

jamás será vencido y el *Venceremos*.

¡Venceremos!
¡Venceremos!
mil cadenas habrá que romper
¡Venceremos! ¡Venceremos!
al fascismo sabremos vencer.

Debajo de la torre Eiffel, nuestra voz rebotaba en el metal y volvía multiplicada. Una y otra vez, la pasión de tener la razón sin que eso sirva de mucho. Porque el país es de ellos. Porque Pinochet es mi país. Porque pensar en Pinochet, odiar a Pinochet, olvidar a Pinochet, todo eso junto, todo es su victoria. ¿No es esa la razón de ser de las dictaduras: obligar a los distraídos escritores, a los altivos pintores, a ver a todos los estafetas, agentes de aduana y soldados rasos que habitualmente pasan por alto? Pinochet no era nadie antes de serlo todo. Pinochet era uno más, antes de que nos obligara a todos a pensar en él. El hijo de la Avelina Ugarte, el viñamarino sin luces, que se salvó de una tuberculosis muscular que estuvo a punto de dejarlo sin una pierna. Militar de puro esfuerzo, después de tres exámenes para ingresar. Casado con una mujer que le recordaba cada dos días el pobre tipo que era. Enamorado una vez en Quito, obligado a volver a su casa, de puro miedo a perderlo todo. Presidente casi por azar, escondido detrás de unos anteojos negros para simular la autoridad que no tenía hasta entonces. Obligado sin fuerzas a ir hasta el final y comprender que en la misma esquina del horror espera el ridículo.

Pinochet preso en una clínica que no encontró mejor idea que llamarse, simplemente, The Clinic. El nombre del periódico que Patricio Fernández fundó en esos días y que con los años se convertiría en otro capítulo de estas memorias. Pinochet, en su desmesurado intento por no ser olvidado, creó su anticuerpo: el nombre de la revista consagraría el desprecio de una generación que lo vio arrancar, hacerse el tonto, rogar y morir senil y aterrado ante la posibilidad de que los juzgaran en Chile. Preso en la peor de todas las cárceles, su cuerpo sudando en una cama cerca de Baker Street en Londres, mientras veía la luz del sol abandonar muy lenta los techos de Sevilla.

LA HORA DEL MIEDO

La transición política, ese período al que quedó asociada mi juventud, comenzó también en Sevilla. En la isla de la Cartuja, precisamente, yo trataba de entender que Pinochet ya no era Pinochet, que ya no tenía la fuerza de decidir ni por su propio cuerpo. Fue en Sevilla, también, donde Chile sorprendió, en 1992, a todo el mundo con un enorme bloque de hielo transportado directo desde la Antártica. Se trataba, según explicó Fernando Léniz, comisario del pabellón chileno de la exposición, de que:

> Chile se vea como un país moderno. Aquí no hay problemas étnicos, no tenemos una gran tradición precolombina. Chile es básicamente un país nuevo.

Sevilla, de donde había partido la mayor parte de las expediciones que conquistaron a sangre y fuego ese país nuevo, recibía en el centro de su calurosa primavera (30 grados promedio), el iceberg despedazado en su jaula de cristal, en que parecía un despedazado gigante atrapado en medio de un grito.

> Nos interesa impactar al europeo –siguió explicando el comisario Léniz– con la imagen de un país no exótico... porque no lo somos. En el pabellón tendremos personas de excelente presencia, bilingües, bien vestidas y esto no es esnobismo. Es simplemente la necesidad de que nos vean como iguales a ellos y no como una curiosidad exótica.

Me resulta un milagro, ahora que lo pienso, haber intentado convertirme en escritor en un país obsesionado hasta la locura con tratar de ser normal. Un país que se hacía de la normalidad una idea absolutamente anormal. Porque ¿puede haber algo más risiblemente exótico que llevar, desde el extremo sur del mundo, un pedazo de hielo para exhibirlo en pleno verano de Sevilla? ¿Puede haber algo más inútil y excéntrico que un pedazo de hielo en el centro de otra transición política, la española, que también quería ser normal y era

completamente extraña?

Hasta 1998, Pinochet fue el comandante en jefe del ejército. Un tercio del Senado era designado por los militares y la Corte Suprema. Los ex presidentes eran ese Parlamento, un Parlamento en el que con 30% de los votos se tenía la misma representatividad que los que superaban el 50%. El divorcio estaba prohibido, la libertad de culto tampoco estaba asegurada, los hijos nacidos fuera del matrimonio no tenían el mismo estatus que los otros; Jesucristo, a través de una asociación llamada el Porvenir de Chile, se querelló por injurias y calumnias contra Martin Scorsese, y lo peor: logró que no se exhibiera *La última tentación de Cristo*.

Por otro lado, el país crecía como nunca en su historia. Las calles de tierra se asfaltaron, los parques se hicieron verdes y los hijos de los camioneros y los paramédicos y los taxistas empezaron a estudiar en universidades privadas pintadas de color berenjena o lúcuma. Los obreros de la construcción empezaron a trepar a grúas para construir sucursales de banco, financieras, *holdings*, edificios de vidrio y más vidrio, donde supongo que se transaban los chips de madera, los salmones, los vinos, y donde también se tomaba todo tipo de atajo para reducir impuestos. Los malls se empezaron a acercar al centro de las ciudades, las que, a su vez, se llenaron de emprendedores por cuenta propia, profesores que venden colaciones en sus inexistentes horas libres, vendedoras de AFP, seguros, Isapres, instrumentos financieros, clínicas a los pies de la cordillera. Fue allí donde se instalaron también los colegios de los Legionarios de Cristo y del Opus Dei, sectas integristas católicas, que se llenaron de alumnos con apellidos árabes y yugoslavos que bruscamente pasaron a llamarse croatas, cuando la guerra de los Balcanes se trasladó al estadio y club social que mantenían los hijos y nietos de inmigrantes de la ex Yugoslavia, en plena comuna de Las Condes.

No era fácil explicarles a los corresponsales extranjeros el contraste en esta economía abierta e imprevisible, que chapurreaba inglés y llenaba su oficina de MBA en Harvard, Stanford o Chicago, y esos mismos ejecutivos vestidos de huaso, rezando a diario en misa y comprando ruedas de carreta y naturalezas muertas, para decorar sus casas de campo o de playa, ojalá lo más parecidas posible a las que sus padres y abuelos nunca tuvieron. A la larga, decían los periodistas, la economía abierta acabaría con esos enclaves coloniales. De alguna forma tenían razón. Aunque esa apertura al mundo empezó justo cuando la economía empezó a desacelerarse y Chile se conectó, a

través de la figura de Ricardo Lagos y de Michelle Bachelet, con su pasado fiscal, republicano y masónico.

Mientras escribo esto se discute si se puede reponer el aborto terapéutico. Los argumentos de la derecha, y parte de la izquierda, son los de la Era del Hielo, el de ese país que quería ser normal, es decir, decente, blanco, limpio, bilingüe, nada mestizo, como dijo el comisario Léniz en Sevilla. En La Araucanía, los mapuches queman camiones e iglesias para reafirmar su existencia. Los jubilados desfilan por la Alameda, porque después de 30 años de ver invertir sus ahorros con éxito, sus pensiones no sobrepasan los 300 dólares mensuales. La ciudad se llena de farmacias, mientras el mercado del lujo vive una época de oro. Y es posible que el futuro presidente del país sea Sebastián Piñera, el hombre que estuvo en todas partes estos últimos 30 años y que consiguió, gracias a las tarjetas de crédito con las que los chilenos deben tres o cuatro veces su sueldo, ser uno de los hombres más ricos de Chile. Mil millones de dólares, cuentas en las islas Caimán y Panamá, pero en su casa no se toma Coca-Cola y se usa el mínimo posible las estufas en invierno.

Tenía 22 años cuando el hielo llegó a Sevilla. Tenía 22 años y estaba solo, de una soledad sin borde ni fin. El miedo, que todos sentíamos, que todos sabíamos siempre ahí, era mi especialidad. De niño y quizás antes, había aprendido a convivir con él. Lo había convertido en el único testigo de casi todo lo que tenía: la vergüenza. Sabía que nadie corre más rápido que alguien a quien persiguen. Que nadie va más lejos que el que tiene miedo de volver a su casa. Que el miedo construye casas cuando ve el temporal acercarse, y fortunas cuando el hambre amenaza con volver. Sabía que el miedo era el motor del milagro chileno. Sabía, sin ser plenamente consciente, desde luego, que ese era su límite también. El día que supiéramos que el demonio no era tal, que el peligro no era tanto, cuando nos convenciéramos de que el castigo era más fácil de asumir que la prohibición, todo ese esplendor y riqueza y energía, desaparecerían. Se irían también la paranoia, la censura y el silencio. Seríamos más libres, pero ya no seríamos tan nuevos como para arrastrar por el Guadalquivir un iceberg de la Antártica.

La magia de la infancia, que no es otra que la del terror, cedió su paso a la incertidumbre de la adolescencia, que a su vez entregó la plaza a la feliz decepción de la edad adulta: no creemos en las brujas, pero tampoco en las hadas madrinas. Paso a paso, esa profecía que no me atreví nunca a seguir hasta el fin, se cumplió en mi propia vida.

Héctor Ortega miraba la película desde la salida del cine. Recorría la ciudad a contracorriente, seguro de ser un héroe y de no poder decírselo a nadie. Era virgen y no tenía amigos. Tenía miedo, un miedo que singularmente lo obligó a exponerse a toda la vergüenza, a todo el temblor. Empezó a tener mi nombre, o yo a deshacerme del suyo. Tuve amigos, conocidos, participé de la fiesta. No solo entré al cine que Héctor Ortega miraba desde fuera, sino que me hice parte de la pantalla. Dejé de ser como Héctor Ortega, para ser yo y solo yo. Perdí el poder de mi sexo incólume, la lucidez de mi celda de monje, la fuerza de saber temblar mejor todavía que la placa de Nazca. De entre todas mis posibilidades, elegí una rellena y simpática.

No fui un genio, tampoco un frustrado. Cumplí con todo lo que mis padres esperaban de mí. Pero ahora estoy solo. Sin enemigo, no sé cómo impedir que la rabia resbale por el muro. No tengo esa fuerza secreta que me decía que si no vivía a cualquier precio, moriría sin precio alguno. Sin el miedo, no tengo por qué crecer.

No soy Chile, es cierto, pero no puedo dejar de sentir que este país siempre recién nacido tiene mi edad, porque el miedo sincronizó nuestros relojes. Me sorprendo a veces igual que el país, quejándome de no saber o no entender hacia dónde nos dirigimos. Hablo solo con ese que fui yo hasta hace poco, ese fantasma que era contra todo lo esperable, y esperado, joven. En esa revolución en cámara lenta que es la transición, puedo con delicia y espanto seguir todas las fases de la metamorfosis. Y contarlas. Me resulta, ahora que lo pienso, un extraño privilegio. Hoy pienso que esa época en que era terrible jugar a ser escritor, fue la mejor época para serlo realmente, que ese largo momento sin historia es mi historia, la única que vale la pena contar.

El príncipe de La Araucanía

Volví desesperado a Barcelona, donde mis tíos Domingo y Francisco me habían dado cita. Este último intentó conquistar a una joven argentina, que sufría por un artesano heroinómano de la Rambla. Mi tío Domingo, de puro solidario, mantenía a raya a la tía que nos alojaba a todos, una doctora sabia y dura, también argentina, que me hizo ver una noche mi profunda y total superficialidad.

En el tren de vuelta, mi tío me preguntó sobre la niña argentina.

–Se va a Buenos Aires. Tiene como 19 años. ¿Vale la pena seguir escribiéndole? Sentí como una conexión, pero no tanto. ¿Qué crees tú?

–Es una pobre niña perdida. El próximo año va a ser una gorda inculeable, que busca su destino donde está segura de no encontrarlo.

–Increíble las tetas, eso sí –subrayaba mi tío, solo para ser justo.

–Es pura ansiedad, pura pose, quiere ser artista, pero va a terminar rogándole a su novio de Buenos Aires que se la tire por caridad –me miraba sorprendido mi tío. No pensaba nunca así de mal de la gente, quizás porque no pensaba nunca tanto en la gente como lo hacía yo. Pero se reía de mi crueldad.

Para alegrarle la tarde, hablé pestes de una serie de personas, mujeres de preferencia, que mi tío no conocía. Nos separamos de un abrazo en la Gare de Lyon, de donde habíamos partido hacía una semana. En la casa me esperaban noticias de Chile. Alfredo Sepúlveda, de *El Mercurio,* quería que entrevistara al rey de La Araucanía.

–Philippe Boiry se llama, trabaja en una universidad, no sé cuál. Anota el número. Lo queremos de portada. El rey francés de La Araucanía.

Fue fácil contactarlo. Parado al lado de su escritorio de laurel, parecía estar esperando la entrevista hace años. Blanco, alto, rubio, dirigía una universidad privada de relaciones públicas. Era un pionero en la materia, declaraba, el primer periodista en Europa en dedicarse a la comunicación estratégica.

–¿Está seguro que quiere entrevistarme? –porque le sorprendía que un diario chileno, que *El Mercurio* en particular, el más conservador de los diarios chilenos, se atreviera a entrevistarlo, sabiendo hasta qué punto el gobierno chileno le temía.

En un momento abrió, con una sonrisa traviesa, su pasaporte.

–¿Ve esa A? –entre su nombre y su apellido, efectivamente había una A solitaria.

–Esa A es de Araucanía. Me la hice poner como signo del reinado –y empezó a sacar de un archivo medallas de la resistencia, diplomas de honor y un árbol genealógico que lo emparentaba con Carlo Magno. Porque, me explicó, era noble antes de ser nombrado por Antoine III, el filósofo, Príncipe de La Araucanía, un título electivo, me siguió explicando, "aunque soy pariente lejano de Orélie Antoine", el aventurero francés que a mediados del siglo xix fundó el reino, antes de que el gobierno chileno lo apresara, juzgara y expulsara. Pero allí, parapetado en bares, particularmente en el Chat Noire de Montmartre, Orélie Antoine siguió repartiendo títulos nobiliarios entre amigos y enemigos.

Comidas anuales, parlamentos del reino, borracheras insignes en nombre del monarca, que debía demostrar en otros campos del conocimiento logros especiales. Era una broma entre poetas, desde que Orélie Antoine se lo entregó a Antoine Cros, Antoine II, hermano del poeta e inventor Charles Cros. "Una familia de intelectuales", me explica. Él mismo era poeta, pero no quería que lo del reino fuera pura fantasía literaria, como pretendían algunos. Para los reyes anteriores, los mapuches apenas existían; él, en cambio, les devolvió un rol. Casi no sabía castellano, ni menos mapudungún. Había estado solo dos veces en su territorio, más en Argentina que en Chile. Me mostró algunas fotos de él, vestido de lonco, entre dirigentes mapuches de Chile, de Argentina, más algunos exiliados chilenos en pleno París. Los nombró uno a uno, con un acento francés que deformó sus apellidos llenos de haches y terminaciones pan y man. Habló de las injusticias sin fin del gobierno argentino y más aún del chileno, que habían usurpado su reino y a los que tenía demandados a las cortes internacionales.

–¿Podemos continuar la conversación comiendo algo, si prefiere? Conozco un lugar cerca que prepara unas muy dignas *Andoillette* –propuso el príncipe–. No soy rey de nada mientras no nos devuelvan nuestros títulos. El reinado es un principado.

En el restaurante siguió detallando su plan para regresar a su tierra y

solucionar de una vez el asunto mapuche. Por eso le espantaba lo que estaba haciendo Jean Raspail.

–¿Lo conoce? ¿Habló con él? Mejor, perdería usted su tiempo. Es un buen escritor, pero una pésima persona –un chiflado que le dio con nombrarse a sí mismo cónsul de la Patagonia en Francia y tomó posesión de una isla inglesa, Minquiers, llamándola Patagonia Septentrional. Dicha acción fue seguida por otros cientos de autodenominados patagones, quienes izaron la bandera sobre toda suerte de peñascos rocosos en Bretaña, Japón...

–Una locura sin sentido, ¿no le parece? –me preguntó. No me atreví a decirle que no me parecía menos cuerdo que su reinado.

–La envidia y maledicencia no tienen límites, usted sabe. Ser príncipe es un trabajo horrible. La gente piensa que es broma. Hay gente que sugiere que me he enriquecido con el cargo. Qué cosa más tonta, imagínese. Yo podría ser millonario fácilmente, si no fuera porque me tomo en serio el título que asumo como una responsabilidad, no como un honor. ¿Conoce la Fundación Auspice Stella? Una organización sin fines de lucro, que modestamente dirijo. Tenemos estatus consultativo en la comisión de derechos humanos de la ONU. Hablamos en todos los foros mundiales del derecho de los indígenas a su propia tierra. Hable con cualquier dirigente mapuche, cualquiera se lo dirá. La sede de la fundación queda en mi casa, en Dordogne. Tenemos ahí el museo con las medallas, los títulos nobiliarios, los papeles de la demanda contra el Estado chileno. No un castillo propiamente tal, pero sí una casa grande de piedra. Debería visitar el museo para que su artículo esté completo. La gastronomía de la Dordogne es la mejor de Francia.

Y recitó algunos platos, algunos quesos famosos, algunos poetas, dramaturgos que nacieron o murieron ahí.

¿Le parece si lo dejamos hasta aquí? –le pregunté al apagar la grabadora. Aceptó complacido con su propia actuación. Me separé de la mesa, feliz de poder hablar el francés de los libros, ese que ya nadie hablaba en las calles de París. Sin grabadora pude mirarlo en toda su amplitud y ver a un hombre separado de la historia, el vestigio mismo de una Francia en que hasta la excentricidad era algo que se tomaba en serio. Caminé de vuelta por entre los tilos recién podados en ese barrio de casas con rejas y mansardas, como en Chile casi. Pensé en esa necesidad de inventarse un país que te proteja de la inescapable vejez que todo lo uniforma y normaliza. Dueño el príncipe de un territorio que era solo suyo y que le servía para defenderse del

tiempo, ese terrible tiempo sin reyes, sin duques, sin honor ni deshonor.

Como todo rey, el príncipe de La Araucanía vivía de mitos y medallas con que vestir su cuerpo a la manera de una armadura: un traje de acero que lo protegía a la perfección de cualquier duda o tropiezo. Yo no tengo eso. Caminé desnudo, como me contó Ángel Carcavilla que caminaba en su departamento en Londres. Tan desnudo que su esposa no sabía ya de dónde agarrarlo, para que cambiara la ampolleta que acababa de echarse a perder. No sabía cómo reponerla porque no había aprendido a decir ampolleta en inglés. Yo sé francés, al menos. Pero no tenía esposa que me abandonase y las ampolletas las cambiaba mi padrastro. Conozco, eso sí, esa desnudez rara de quien carece de títulos y misiones, la desnudez de quien puede hacer lo que quiere. La libertad por la que llevo toda una vida luchando, la gran promesa de mi juventud, mostró su incomprensible inmensidad sin borde: no sabemos hacia dónde nadar los que lo tenemos todo y no entendemos nada.

Un reino, un título, una misión cualquiera se inventó Philippe A. Boiry, porque sabía que sus poemas o su academia de comunicadores desparecería antes de tiempo, que solo algo tan tirado de las mechas como un reino al fin del mundo le permitiría seguir mostrando orgulloso la A que le agregó a su nombre en el pasaporte. Ridícula victoria, pero victoria al fin y al cabo.

¿Dónde está mi reino?, le pregunté a los tilos de la plaza. En Chile, claro, respondieron los árboles. ¿Pero dónde queda eso? Lo veía como un lugar imposible, un lugar del que había partido hace dos siglos y al que no tenía permiso para volver, hasta que tuviera una cara en el espejo que reconocer.

El incendio de Amsterdam

Pero volví, terminé por volver. Me expulsó el invierno. Tuve miedo de la primera gripe en París, más miedo aún de quedarme atado, como mi tío Francisco o mi tía Teresita, que vinieron a estudiar un par de meses y se quedaron 30 años. Miedo a los domingos de Raúl Ruiz y Waldo Rojas, escuchando boleros en Belleville, una junta a la que Andrés Claro asistía para vivir algo parecido a la familia chilena. Jubilado a los 28 años, solterón dedicado solo a sus libros, era la vida que quería tener o la que merecía tener. Pero yo no me quedé. No pensé en buscar trabajo en París. No habría sabido cómo. En Chile quería ser famoso y me pagaban por eso. En París estaba condenado a no ser nadie y que me pagaran lo que se paga por eso, o sea, nada.

Habían pasado cuatro meses apenas, pero sabía que volvía a otro país. Pinochet seguía preso en Londres, la crisis asiática golpeaba la economía del país, Ricardo Lagos (el primer sociaindenta después de Allende) se presentaba como candidato a las elecciones. No tenía trabajo, solo la vaga promesa de un contrato para escribir mis memorias. Una idea de Germán Marín que me parecía lo suficientemente demencial como para lanzarme a ella. Mil páginas de anotaciones, monólogos e ideas al pasar, que llenaron de una vaga esperanza mis noches, escondido en la pieza de mi hermano pequeño.

Más asustado que nervioso, me dejé llevar por uno de los tubos transparentes del aeropuerto Charles de Gaulle. Como *2001, odisea del espacio*. Vestigios de cuando el futuro era pensable. Los tubos de plástico que atravesaban el pozo de hormigón armado llevando a los viajeros a un laberinto de alfombras y escaleras. Esa perfecta escenografía de la partida que me separó del único país que conocía 15 años antes, en septiembre de 1984, el comienzo de la leyenda, cuando se acabó el exilio y empezó eso que de manera tan imprecisa no nos cabía más que llamar “retorno”. Separado luego también de los otros pasajeros para quedarme solo en mi satélite, esperando el avión de KLM que no terminaba nunca de estacionarse en la pista.

Nadie me esperaba en Santiago, podía llegar mañana o en una semana y no cambiaba nada y, sin embargo, estaba impaciente, sintiéndome insultado por cada minuto de espera. Era 1998. No había celulares todavía, internet dependía de un cable que había que enchufar a unos computadores pesados, que a nadie se le ocurría todavía separar del escritorio. La soledad todavía era posible, y posible todavía esa tierra de nadie donde esperaba el avión que me llevaría a Amsterdam-Schiphol, donde corrían hacia un rincón perdido del Duty Free toda suerte de carros de bomberos. Una tienda se estaba quemando, nos explicaron en inglés y francés las rubias aeromozas. Nos iban a llevar a todos a un hotel. Ordenados y en fila, con sus maletas en la mano, pararon un taxi que compartí con un señor grande y gordo con collares y anillos de oro, y que le dio órdenes en una lengua incomprensible a una diminuta indonesia que, seguro, adquirió en el tráfico de prostitutas.

Estacionamos en el hotel cuatro estrellas. No sé si estaba en las afueras o en el centro de la ciudad. No hablaba inglés, y ya nadie hablaba francés ni mucho menos castellano. Orientándome en la lengua de signos, recibí la tarjeta de mi habitación en el quinto piso del hotel. Por la ventana: un canal y el patio de una comisaría. Llamé a mi mamá, le pregunté ¿por qué yo? ¿Por qué ahora? ¿Qué hago, qué no hago, mamá? No supo qué decirme. Trató de calmarme, me dijo que el avión partiría tarde o temprano, como si no fuera ese mi terror, el de volver.

Era una película, me consuelo; si fuese una película tendría mucho sentido. Espía o héroe cómico, una pieza que no podría pagar jamás. Un escritorio con papel secante. El frigobar. La cama de dos plazas, en la que me acosté sin atreverme a ponerme el pijama, porque soy un pasajero en tránsito que viajaba hasta la última estación del ramal. ¿Por qué nacer tan lejos? ¿Por qué vivir al fin del fin del mundo? ¿Quién era yo, aparte de eso? ¿Un escritor que nadie lee? ¿Un animador de televisión que nadie entiende? ¿Un humorista desesperado? Resumen de mi vida: yo, que logré a los 28 tantas cosas imposibles, en el fondo no obtuve casi nada de lo que me propuse. No terminé el magíster en literatura. Era profesor, pero no sabía ejercer mi oficio. No era periodista, pero trabajaría en los medios mientras siguiera siendo gracioso, mientras mi impertinencia continuara cayendo bien. ¿Cuánto tiempo más viviría de prestado?

La bruma terminó por ganarle a la noche. Era de día, casi. Bajé mis maletas al lobby. Esperé el bus. Caminé dos pasos, tres, otro canal, un

puente, una calle vacía, un barrio tan blanco como la bruma, tan impecable como un sueño. Una estatua: Ana Frank vivió en la casa del lado. Doblé por una esquina pensando que volvía al hotel. Más calles blancas, más canales donde duermen los barcos de metal, más mansardas, campanarios luteranos, adoquines mojados, otra plaza diminuta, otra estatua de Ana Frank, ¿en cuántas casas vivió Ana Frank? Vi al final de la calle el bus que me tenía que llevar al aeropuerto. Corrí desesperadamente y logré subirme cuando este ya estaba en marcha.

Justo cuando alcancé mi asiento, me atacó uno de esos terribles espasmos duodenales que me perseguían por entonces. La tripas atadas, el vértigo de verme violado por mi propia necesidad de evacuarme, de deshacerme de esa garra que me destruía por dentro, de ese agudo vértigo que entraba hasta el fondo de mis entrañas. Inconfesable. Era la rebeldía de mi cuerpo, cansado de que hiciera con él lo que yo quisiera, que imponía su derecho a veto. Y no había baño en ese bus. No había manera de saber cuánto duraba el viaje ni cuánto tiempo tendría que resistir sin soltar ese mojón que contenía todas las espinas de mi alma.

¿Cómo decir, en holandés, “necesito un baño, es cosa de vida o muerte”? ¿Cómo decir “paren el bus, espérenme un minuto nada más”? Aguanté 10 minutos; 15 también. Al llegar al aeropuerto encontré un baño donde sudé la angustia. Hice la fila después, como todos. Me informaron en idioma de signos que mi avión no viajaba a Santiago, que volaba a Lima, que quizás allá podía lograr conexión con Santiago.

–¿No es seguro? –pregunté.

No, lo único seguro era ese vuelo a Lima con escala en Curazao, que partía en 10 minutos más, así que no me quedaba otra que tomar mi lugar entre los maridos holandeses que abrazaban como podían a sus hijos recién nacidos, mientras sus esposas peruanas enarbolaban con orgullo sus pasaportes comunitarios.

El avión era una gigantesca guardería, gobernado por las madres y las suegras, que expulsaban de sus asientos a los solterones, comerciantes y turistas que no estaban dispuestos a cederles el asiento para que mudaran con más tranquilidad a los recién nacidos. En Curazao se bajaron los pocos turistas que quedaban. La brisa del trópico limpió el avión del intenso olor a pañal. Seguimos otras seis horas hacia Lima, ciudad que no conocía. Me esperaba ahí otra aeromoza de KLM, alta y rubia como las demás, pero que hablaba dos

o tres palabras de castellano. Me confirmó que no había vuelo para Santiago, aunque si esperaba cinco horas en esa misma sala podía subirme en un Lan, que hacía escala en Santiago antes de seguir a Buenos Aires.

No me quedó otra. Me dio a cambio las tarjetas adecuadas. Si salía de esa sala, tendría que pasar por los trámites de aduana y perdería mi oportunidad de subirme al vuelo. No tenía más que francos en los bolsillos. El único quiosco del terminal, una tienda ambulante de sándwiches, solo aceptaba soles. Una banda de música tropical ensayaba largamente sus pasos en el salón verdoso, que parecía la precaria escenografía de los programas de televisión de los 80, cuando llegó el color a las pantallas chilenas. Todo se parecía al Chile de antes, pobre y familiar, temible y precario, fuera del tiempo y cerca del espacio.

Puse en mi *walkman* un casete de Jean-Louis Trintignant leyendo *Albertine Disparue,* de Marcel Proust, hasta que de pronto todo sincronizó: la coreografía de la banda de cumbia, la voz de Trintignant describiendo los colores de un mercado en Saint Germain des Prés, la desnudez en la cama de Albertine y los muros como de plumavit del aeropuerto Jorge Chávez, el rojo furioso del carrito de los sándwiches y la muerte de Bergote mirando la pandereta amarilla en medio de la vista de Delft, de Vermeer, cerca de Amsterdam, donde había estado la noche anterior. Mi papel en el mundo consistía en explicar la misteriosa armonía de todo eso, el lugar en que todo eso era parte de la misma realidad. Era mi papel en el mundo explicar cómo y hasta qué punto era en verdad la prosa de Proust la que bailaba la banda tropical en el aeropuerto, como era el tiempo recobrado lo que de pronto me hacía pasar de la desesperación más total a una secreta confianza, a una incomprensible certeza, de saber que todas esas cosas sin testigo sucedían. Era el encargado de explicarlo y contarlo al mundo, si lograba terminar ese vuelo y llegar a alguna parte.

Las cinco horas de espera me parecieron cinco minutos. Todo un equipo de KLM vino especialmente a trasladarme a una puerta llena de chilenos. Para compensar mis desvelos, en Lan decidieron instalarme en primera clase. Me recomendaron el *carmenere* para la carne que pedí y me ayudaron a inclinar mi asiento para dormir mejor, mientras decidía qué película ver. Eran tres horas de vuelo. Juré no dormir hasta llegar a Santiago. ¿Qué hora era? ¿Qué día? No sabía ni me importaba. Dejé que el vino y la carne se mezclaran en mi

sangre, que la película sin sonido transcurriera en la pantalla. Abandoné mis huesos, mi piel, mis fuerzas, a cien mil metros de altura me dejé mecer, más allá de cualquier intento de control. Un cansancio de años, de años de intentarlo, de no verme borrado por las circunstancias, de recordarle al mundo quien era. Años y años de luchar por no estar solo, pero también para no verme tragado por los demás. Años y años de vigilancia que me eran perdonados en ese instante, disuelto en las alturas, confundido sin querer aclarar ni por un minuto la confusión.

¿Pero no se está levantando el avión? ¿No está dejando la pista?, pensé. Mierda. Se va a Buenos Aires. No me despertaron, me cagaron.

–¡Me bajo aquí! –me levanté gritando– ¡No voy a Buenos Aires! ¡Voy para Santiago! ¡No sigan, por favor, déjenme aquí!

–¿Qué le pasa, señor? –corrieron hacia mí las aeromozas. –Yo voy a Santiago. No voy a Buenos Aires. Tengo que bajar aquí.

–Estamos aterrizando en Santiago, no se preocupe, se-ñor. Está todo bien, vamos a aterrizar en 15 minutos más. Póngase el cinturón de seguridad, por favor.

Índice

HUEDERS

Este libro se terminó de imprimir en Salesianos Impresores,
Santiago de Chile, en octubre de 2017.